«Inspirada en la fascinante historia real de un grupo poco conocido de bibliotecarios, escritores, editores y libreros que se unieron durante la Segunda Guerra Mundial para combatir el fascismo con la literatura».

# LA GUARDIANA DE LOS LIBROS QUEMADOS

BRIANNA LABUSKES

HarperCollins
*Narrativa histórica*

# LA GUARDIANA DE LOS LIBROS QUEMADOS

BRIANNA LABUSKES

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

# 28036 Madrid

La guardiana de los libros quemados
Título original: The Librarian of Burned Books © 2023, Brianna Labuskes
© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
© De la traducción del inglés, Celia Montolío Nicholson

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.


Diseño de cubierta: Kerry Rubenstein
Imágenes de cubierta: © Mark Owen/Trevillion Images (mujer); © Shutterstock
ISBN: 9788410021358

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo
Agradecimientos
Nota de la autora
Club de lectura Preguntas para debatir
Nota

*Para los bibliotecarios, guardianes de libros*

*Nueva York*
*Noviembre de 1943*

El telegrama que lamentaba informar a Vivian Childs de la muerte en combate de su marido llegó antes que su última carta.

Cuando, dos semanas después de que el sargento de cara aniñada llamase a su puerta, vio el sobre escrito con aquella letra tan familiar, le fallaron las piernas. Cayó de hinojos contra el suelo de mármol del vestíbulo, y, aunque sabía vagamente que lo lógico era que le doliese, no sintió nada.

Edward.

Por un segundo, Viv se dijo a la desesperada que aquel terrible telegrama debía de haber sido un error.

Pero no, era imposible que fuera un error. Lo de ahora era un fantasma, las palabras de un hombre muerto que aún no sabía cuál iba a ser su destino.

Viv sentía los dolorosos latidos del corazón en las muñecas, en la garganta. El tiempo pasaba mientras el tictac del reloj de pared se acompasaba con las palpitaciones de sus sienes. El reconfortante entumecimiento que la había protegido durante las dos últimas semanas se había disipado, y el dolor que había conseguido mantener a raya irrumpió ahora en tromba en cada recoveco de su cuerpo.

Casi fue un alivio que su muñeca chocase con el borde de la mesa cuando buscaba a tientas la carta. Este tipo de dolor sí que lo entendía.

Con la mirada clavada en el sobre, tocó delicadamente su nombre y después el de su marido antes de rasgar una esquina con la uña.

*Viv, mi amor:*

*No sabes cuánto agradezco tus cartas. Por favor, no dejes de enviarlas y de mantenerme al tanto de tu divertidísima disputa con la señora Croft y su engreído caniche. Los muchachos están todos tan pendientes como yo del desenlace del incidente del tinte azul.*

*Uno nunca piensa que la guerra pueda ser aburrida; sin embargo, solo hay monotonía y arena, y después momentos de terror que te dejan temblando durante horas hasta que se te pasa y vuelve la monotonía. Ni te imaginas cuánto nos entretienen tus historias.*

*Menos mal que en lo que respecta a entretenernos parece que hay novedades. El Ejército ha impulsado una ingeniosa iniciativa: enviarnos libritos que se puedan llevar encima para desviar la atención de estos pobrecitos muchachos aburridos de todas las bombas que caen a pocos metros de nuestras cabezas.*

*Disculpa mi sequedad. Lo cierto es que estos libros han sido una bendición. Conseguí echarle el guante a un ejemplar de* Oliver Twist*, y me recuerda a Hale. El orgullo siempre le ha impedido a mi hermano aceptar de mí nada que pudiera sonarle a caridad, pero la verdad es que me gustaría haber encontrado una manera de ayudarle más cuando éramos pequeños. Cada vez que pienso en lo que ha tenido que esforzarse, mientras que yo he tenido de todo… En fin, los remordimientos hacen que a uno le cueste conciliar el sueño, ¿no? La guerra es útil para eso: para hacerte recordar todo lo que te gustaría haber hecho de otra manera.*

*Sé que esta carta palidece en comparación con las tuyas, tan vívidas, pero, por favor, no me castigues dejando de contarme historias porque yo no tenga nada que contarte. Dale un beso a mi madre.*

*Siempre tuyo,*
*Edward*

Viv hizo todo lo posible por ignorar la mención de Edward a su hermano Hale. Le vinieron a la cabeza imágenes fugaces de calurosas noches veraniegas, labios pegajosos de algodón de azúcar, una sonrisa tentadora y unas manos encallecidas. Un relámpago que iluminó la oscura noche de su dolor.

¿Para qué pensar en algo que jamás podría tener?

En su lugar, releyó la carta, y por primera vez en dos semanas se permitió imaginarse a Edward. Hasta ahora, cada vez que lo había intentado solo había conseguido ver un cuerpo magullado y roto, carne desgarrada y sangre, tierra chamuscada, llamas. Esta vez se lo imaginó delante de una hoguera, pero una hoguera apacible, de noche, rodeado de sus compañeros de armas. En las manos tenía un libro; a veces les leía sus pasajes favoritos a los demás, y otras hacía una pausa para escucharlos a ellos.

Se aferró a esa imagen, recreándose en su reconfortante calidez.

Después de leer la carta por cuarta vez, Viv se llevó una mano a la cara y se tocó los bordes de la primera sonrisa que se permitía desde

que Edward murió.

# Capítulo 1

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

Viv pegó la espalda contra el muro de ladrillo de la calleja para dividir la atención entre la puerta trasera del asador más lujoso de Manhattan y la rata curiosa que se iba envalentonando por momentos.

En la imaginación de Viv, esta aventura había transcurrido con menos basura y más intriga, y empezaba a preguntarse si su plan tendría algún fallo elemental. Cuando empezaba a considerar la posibilidad de retirarse, apareció por fin el lavaplatos al que estaba esperando para sobornarlo. Entre los nervios y el miedo, se mareó un poco al darle al muchacho el billete que había doblado de manera impecable.

El hedor a col podrida se esfumó en cuanto entró en la cocina del restaurante. Recobrando la confianza en sí misma, Viv adoptó el personaje de mujer fatal que llevaba ensayando toda la mañana para este plan descabellado. Incluso se había vestido expresamente para el papel: falda negra a juego con las ligas y unas preciadas medias con costuras que le ceñían las pantorrillas por detrás. Se había recogido el cabello con unos perfectos rollos de la victoria con los que habitualmente no podía permitirse perder el tiempo, y se había puesto con esmero un pintalabios color cerezo que en teoría desentonaba con los tonos rojizos de su pelo pero que, en la práctica, por la razón que fuera, quedaba bien.

El humo de los fogones a su paso y las palabrotas de los hombres la iban envolviendo como si estuviese caminando por el puerto una mañana de niebla después de haber matado a un amante. La imagen le hizo cimbrear las caderas y enderezar los hombros.

Esta sensación tenía su importancia. Le daba fuerzas, la ayudaba a compensar el temblor de las manos.

Viv solo iba a tener una oportunidad, y no podía meter la pata.

El senador Robert Taft iba a volver a Washington D. C. a la mañana siguiente, y no podía decirse que tuviese un buen historial a la hora de responder a las cartas de Viv. La confrontación tenía que ser en persona y tenía que ser hoy.

Al entrar en el comedor del asador, Viv localizó fácilmente a Taft.

Meses atrás, antes de conocerlo, se lo había imaginado como un hombrecillo menudo y contrahecho. Se había figurado que tendría ojos malvados, y la cara, chupada. El mentón, poco pronunciado. La encarnación, en suma, de su mezquina personalidad.

En realidad, descollaba entre sus compañeros de mesa. La luz de la vela se reflejaba en su calva, y tenía la típica postura expansiva de los hombres poderosos, con el brazo extendido por el respaldo del reservado circular.

En lo del mentón, Viv sí había acertado.

Y también en lo de la personalidad.

Un guardia salió sigilosamente de detrás de las cortinas de al lado del reservado y paró a Viv antes de que llegase hasta el grupo, una sombra peligrosa que debería haber previsto. Y en realidad sí, solo que se lo había imaginado apostado en la entrada, con instrucciones para cerrarle el paso.

Al fin y al cabo, Viv no había sido más que un incordio para Taft en los seis últimos meses. Él quería evitar esta conversación tanto como quería ella tenerla. De ahí que Viv sobornara al lavaplatos para colarse por la cocina.

—Senador, ¿me concede un momento? —se arriesgó a decir.

Los comensales, tensos, interrumpieron la charla. Era un extraño momento de la historia para ser político: mandabas a los muchachos de la nación a una muerte cierta a la vez que disfrutabas de un bistec y un *whisky* a costa del contribuyente.

Taft tamborileó un ritmo descompasado sobre el elegante asiento de cuero; debía de estar calculando las dimensiones de la escena que iba a montar Viv. Él no era el único comensal del restaurante, a fin de cuentas, y si de algo era consciente era de su propia imagen.

Con el rabillo del ojo, Viv se fijó en un reportero del *New York Post* con el que había trabajado en tiempos. Como directora de publicidad del Consejo para los Libros en Tiempos de Guerra, Viv había trabado amistad con un montón de periodistas. El hombre levantó la copa y arqueó las cejas a modo de saludo; por su expresión risueña, se veía que ya estaba planeando incluir una noticia sobre este encuentro en la sección anónima de cotilleos.

El gesto debió de llamar la atención de Taft, porque apretó con fuerza los labios mientras miraba fijamente al reportero. A continuación, le hizo una seña a Viv para que tomase asiento. Los otros hombres se apartaron y Viv no tuvo más remedio que sentarse mucho más cerca de él de lo que habría querido.

—Señora Childs —dijo Taft, exhalando como si Viv fuera una niña traviesa reconvenida por el director del colegio—. ¿En qué puedo ayudarla?

Viv casi se echó a reír. ¡Como si no supiera por qué estaba allí!

Sin responder, metió la mano en el bolso y sacó los finos libros que habían motivado su cruzada contra aquel hombre. Dejó caer uno sobre la mesa, delante de él.

—*Las aventuras de Huckleberry Finn* —dijo, sin apartar la mirada. Se preguntaba si él habría visto siquiera algún libro de las Ediciones de las Fuerzas Armadas. Viv le enviaba ejemplares por correo, pero la secretaria de Taft (la misma que la había informado de esta comida) le había dicho que todos los mensajes de Viv o del consejo se convertían inmediatamente en papel borrador. De no ser porque había racionamiento de papel, habrían terminado en el fuego. Dejó caer el segundo libro—. *Las uvas de la ira*.

—Señora Childs, no sé qué piensa que va a conseguir con esta maniobra, pero permítame asegurarle que…

Pero Viv estaba en racha.

—*Cándido, o El optimismo*. *El yanqui del Olimpo*. *La llamada de la selva.* —Cada vez que decía un título, estampaba uno de los libros verdes sobre la mesa—. Todos estos libros van a quedar excluidos de nuestro programa de Ediciones de las Fuerzas Armadas por culpa de su nueva política de censura —dijo Viv, y se recostó y se cruzó de brazos para intentar contener la intensa ira que se estaba apoderando de ella—. ¿Quiere que siga? Hay un montón.

—No es una política de censura, señora Childs —dijo Taft con un tono absolutamente racional que hizo que Viv apretase los dientes—. Lo único que pido es que ese consejito suyo no utilice el dinero del contribuyente para enviar a nuestras tropas libros que son propaganda política velada. —Se encajó un mondadientes entre los delgados labios y empezó a pasárselo de una comisura a otra—. Hay centenares de libros bien escritos y entretenidos que no tocan la política. Si quiere incluirlos en su programa, adelante.

—El lenguaje es demasiado general —dijo Viv, cruzando los dedos para que no notase el ligero temblor de su voz. En cierto modo veía que había permitido que todo aquel asunto se volviese excesivamente personal, como si las Ediciones de las Fuerzas Armadas y la última carta de Edward se hubiesen entrelazado. Pero se negaba a dejar que Taft la despachase como si fuera una histérica, una de las innumerables desconsoladas viudas de guerra de las que estaba lleno el país—. Si de verdad han redactado la legislación de buena fe, habría que cambiar las palabras. Ahora mismo, lo único que se está consiguiendo con la prohibición es mutilar nuestra iniciativa de las Ediciones de las Fuerzas Armadas.

Ambos sabían que obrar de buena fe nunca había sido importante para él. Su principal objetivo siempre había sido hacer daño al consejo… sin que pareciera que estaba haciendo daño al consejo.

Pero Viv tenía que intentarlo.

—El asunto se ha debatido en el Congreso de los Estados Unidos y se ha tomado una decisión. Ahora ya es ley, muchachita —dijo Taft, y en los huecos entre una palabra y otra Viv oyó «ha perdido»—. ¿Se cree más lista que el Senado?

A Viv le habría gustado puntualizar que Taft había amenazado políticamente a todos los legisladores que habían intentado hacerle frente respecto a ese tema, pero con ese argumento no llegaría a ninguna parte… Saltaba a la vista que el senador estaba orgulloso de sus turbias tácticas.

—El lenguaje es demasiado general —repitió Viv, e intentó recordar el guion que tantas veces había ensayado la noche anterior, aterrorizada de que se le fuese a trabar la lengua en ese momento. Señaló los libros que había traído—. Míreme a los ojos y dígame que cualquiera de estos libros es propaganda. —Al ver que él no respondía, continuó—: Según su política, el Ejército tendría que prohibir su propio manual de instrucciones porque incluye una foto del presidente Roosevelt en el interior. ¿A quién le va a ayudar eso?

—El lenguaje tiene que ser general para evitar que la gente encuentre vacíos legales. Puede que algunos libros inocuos se queden atrapados en esa red más amplia, pero es el precio que tenemos que pagar. Si tuviera usted conocimientos de leyes, lo sabría. Pero no los tiene. Y, ahora, con su permiso…

—Estos libros no son los únicos —dijo Viv, desesperada—. Es casi toda nuestra lista.

—Bueno, entonces entenderá por qué era necesaria mi enmienda —dijo Taft, y a sus labios asomó una sonrisa tan amplia que se le formaron arruguitas en torno a los ojos. Se lo imaginó haciendo campaña electoral y se preguntó si la gente realmente se tragaría esta imagen—. Está claro que el consejo necesitaba que se le orientase mejor acerca de qué novelas son adecuadas para que las lean nuestros soldados.

Viv le miró pestañeando y contestó:

—Los soldados que están muriendo por nosotros… ¿necesitan que se les diga qué deben leer?

Al darse cuenta de que había dado un paso en falso, Taft intentó ganar tiempo cogiendo la servilleta y dándose unos toquecitos en la barbilla.

—Bueno, en cualquier caso, estoy protegiendo a los contribuyentes que no quieren que su dinero se gaste en propaganda aprobada por un dictador que quiere asegurarse un cuarto mandato.

Ese era el origen de todo. Que Taft odiaba profundamente al presidente Roosevelt era un secreto a voces. Pero Roosevelt era tan popular que Taft tenía que ser astuto cuando le atacaba. Y, además, el presidente era un ferviente defensor del Consejo para los Libros en

Tiempos de Guerra y de su aclamadísima iniciativa, que cada mes enviaba millones de novelas de bolsillo a las tropas destinadas en el extranjero. El programa de las Ediciones de las Fuerzas Armadas tenía tanto éxito que Taft sabía que Roosevelt lo utilizaría como parte del argumentario de la campaña electoral en otoño. Con su política censora, que en esencia prohibía el noventa por ciento de los libros que el consejo quería enviar a los soldados, Taft estaba obstaculizando la iniciativa hasta el punto de volverla irrelevante.

—Sí, ya veo cómo le preocupan los presupuestos —dijo Viv, sus palabras cada vez más gélidas mientras recorría con la mirada los restos de un almuerzo con el que se habría podido financiar un mes de actividad del consejo.

Taft atacó, hundiendo las yemas de los dedos en los huesos de la muñeca de Viv. Seguro que mañana le salía un cardenal.

—Ya he tenido bastante paciencia con su rabieta, jovencita —dijo Taft, apretándola con el corpachón contra el reservado—. Le recuerdo que está usted hablando con un senador de los Estados Unidos de América.

A estas alturas, Viv no pensaba dar marcha atrás.

—¿Lo puede negar? ¿Niega que esto no sea más que un intento de destruir el consejo y perjudicar con ello a Roosevelt?

—A usted yo no tengo por qué negarle nada —dijo Taft, escupiendo con saña la palabra «usted».

Viv valía menos que una miserable mosca, no pintaba nada.

Y quizá Viv —una mujer que seis meses antes no había tenido más experiencia de la vida que los almuerzos que organizaba para ayudar a vender bonos de guerra a sus acaudalados amigos— no pintaba nada en general, ni en esta guerra, ni en la política.

Pero en aquel momento, con Taft cerniéndose sobre ella convencido de que podía intimidarla igual que intimidaba con sus bravatas a todos los que le rodeaban, decidió que esta era una causa por la que merecía la pena luchar.

Puede que no fuera una causa muy grande, pero era suya.

—Los muchachos van a las batallas con estos libros —dijo con toda la delicadeza posible para que causase más impacto. No intentó liberarse la muñeca; así, tal vez Taft notase la firmeza de su pulso, su inquebrantable convicción—. La semana pasada, un hombre me envió un ejemplar de *Las aventuras de Tom Sawyer* que todavía tenía manchas de sangre. Quería darme las gracias. Su camarada se había echado unas buenas risas la noche antes de morir gracias a este libro. —Dejó reposar las palabras antes de continuar—: Un libro que no habría tenido si su política censora hubiese estado vigente tan solo unos meses antes.

Si no hubiese estado mirando atentamente, no se habría fijado en

que a Taft se le movió la nuez al tragar saliva, y por un instante pensó que a lo mejor le había convencido. A continuación, Taft se removió en el asiento, se metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes.

Los tiró sobre los libros que había traído Viv para acusarle.

—Cómprate algo bonito, encanto. Y los asuntos importantes déjaselos a los hombres.

A continuación, se levantó, hizo una seña a sus compinches, que rondaban por ahí, no muy lejos, y se marchó sin mirar atrás ni una sola vez.

# Capítulo 2

*Berlín*
*Diciembre de 1932*

Con los ojos escocidos por el frío, Althea vio cómo las guirnaldas luminosas tendidas entre los puestos del mercado de invierno se convertían en estrellas borrosas. Las risas la envolvieron, sumiéndola todavía más en el ruido y el ajetreo de aquella plaza, por lo demás tranquila, situada a pocas manzanas de la Potsdamer Platz, mucho más bulliciosa.

El mercado era pura vida, pura celebración, a pesar de todo lo que había oído Althea acerca de la incertidumbre económica que seguía asolando Alemania tanto tiempo después del final de la Gran Guerra. Abuelas encorvadas regateaban los precios de baratijas y frutos secos tostados con los vendedores, y todos ocultaban su alegría detrás de expresiones serias para evitar que los timaran. Los niños se reían y correteaban entre la multitud, las parejas paseaban del brazo, y en algún lugar cercano una banda tocaba canciones entusiastas mientras las voces de un coro itinerante se entretejían con el aire y lo hacían latir y brillar.

Berlín era mágico y Althea estaba embelesada, como bajo el efecto de un hechizo. Cuaderno en ristre, como tantas otras veces en la semana transcurrida desde su llegada a la ciudad, estaba deseando captar con palabras aquella escena que superaba con creces cualquier experiencia vivida hasta ahora en el Maine rural, donde se había criado en un ambiente muy protector.

El profesor Diedrich Müller, su enlace de la Universidad Humboldt, la observaba con una afectuosa media sonrisa que hizo que Althea agachase la cabeza y se guardase todo atropelladamente en el bolsillo del abrigo.

—No, por mí no pare. Estaba disfrutando con el espectáculo de contemplar a una famosa escritora manos a la obra —dijo Diedrich con la soltura de alguien ducho en el trato con personas socialmente torpes.

La semana anterior, cuando Althea había desembarcado en el muelle de Rostock después de la larga travesía desde Nueva York, por poco tropieza al verle. Le habían dicho que un profesor de Literatura

la estaría esperando a su llegada a Alemania, pero se había imaginado a un caballero entrado en años, con predilección por las chaquetas de *tweed* y la poesía esotérica. Desde luego, no a este despampanante Diedrich Müller que parecía una estrella de cine, con su pelo color miel, sus ojos azules como la nieve derretida y ese encanto natural que rezumaba por los cuatro costados.

Hasta su voz era atractiva, con aquel acento que evocaba imágenes de castillos góticos perfilados contra un fondo de tupidos pinares y cuentos de lobos feroces que se zampaban de un bocado a las niñitas.

Si algún día lo incorporaba a una novela, seguro que a su editor le parecería demasiado perfecto, poco realista.

—No es nada importante… —objetó Althea, que aún no se había acostumbrado a que nadie la mirase como si tuviese algo interesante que contar. Antes de que su primera novela se convirtiese en un rotundo e inesperado éxito internacional, la única persona con la que solía hablar era su hermano Joe. Pero, claro, era de su familia, así que no tenía más remedio que hablar con ella—. Tonterías…, garabatos…

—Bueno, pues espero que incluya esas «tonterías» y otras descripciones de nuestra magnífica ciudad en su próximo libro.

—Por supuesto.

Al fin y al cabo, suponía que esa era una de las razones por las que la habían invitado a ir a Alemania: para retratar el país bajo una luz favorecedora.

No mencionó que tenía la sensación de que había perdido la capacidad de contar historias desde que un giro del destino la había sacado del anonimato. Cada vez que intentaba empezar su nueva novela, las páginas en blanco se burlaban de ella. ¿Cómo iba a volver a pedirle peras al olmo?

Los cuadernos que había llenado desde que llegó a Berlín estaban llenos de palabras huecas que no acababan de estar a la altura de lo que veía.

—No hay nada más hermoso que esta ciudad en invierno —continuó Diedrich, dándole una taza de humeante vino caliente con especias—. Excepto, quizá, una mujer que sepa apreciar su esplendor.

Althea intentó no sonrojarse y, preguntándose si se acostumbraría algún día a sus flirteos, consiguió decir:

—¿Solo quizá?

Diedrich, que a todas luces se estaba divirtiendo, respondió con un destello de dientes blancos. *Qué boca tan grande tienes.* Entonces, ¿Althea era Caperucita Roja?

A continuación, se arrimó a ella y le rozó la concha de la oreja con los labios.

—Depende de la mujer —dijo.

Althea perdió la batalla contra el rubor que le había estado

subiendo por el cuello. No podía referirse a ella. Imposible.

No se engañaba respecto a su belleza. No era que se considerase poco atractiva, pero era de esas mujeres a las que siempre se elogia por su inteligencia más que por su aspecto. Era poquita cosa, desde su cara y sus ojos —agradables, poco memorables— hasta aquellas pequitas tan monas cuando era pequeña que, sin embargo, ahora le deparaban consejos no solicitados sobre las bondades del colorete.

No podía decirse que aquella tarde no se hubiese esforzado por ajustarse a la imagen que debía de tener Diedrich de la sofisticada escritora de renombre mundial que en teoría ella era. Poco podía hacer respecto a la pesada cortina de pelo que, por alguna razón, se negaba a permanecer donde se la colocaba, pero la víspera había ido a una *boutique* —una de esas en las que daba miedo tocar cualquier cosa— a comprarse un vestido que no hubiese pasado de moda hacía veinte años.

La sonrisa sensual que había asomado a los labios de Diedrich al verla confirmó que había merecido la pena el gasto.

Cuando Althea se terminó el vino, Diedrich le dio un pastelito.

—Tiene usted que probar todo lo que ofrece nuestra cultura, querida.

—¿Está usted incluido en la lista, profesor Müller? —preguntó Althea, consciente de que estaba roja como un tomate y diciéndose que ojalá Diedrich lo atribuyese al frío.

—Por favor, señorita James… —murmuró él con un tono de complacida reprimenda que Althea solo conocía de habérselo oído a otras personas en el bar de su hermano, donde tantas noches había pasado arrumbada en un rincón. Así hablaban los hombres cuando tenían interés por una mujer en particular.

Como solía hacer cuando estaba aturdida, intentó imaginarse que no estaba viviendo, sino escribiendo, aquella escena. ¿Qué haría si fuese la protagonista y no la amiga desgalichada que solo estaba ahí como contrapunto? ¿Si fuera Lizzy Bennet y no Charlotte Collins?

Armándose de valor, Althea adelantó a Diedrich, se volvió hacia él con una sonrisa pícara y se alejó con aire desafiante a un paso mucho más rápido que el del tranquilo paseo que iban dando.

*Píllame si puedes.*

Al soltarse de Diedrich, Althea pensó que tal vez se sentiría desorientada, abrumada. Separarse de un acompañante en medio de una multitud podía ser muy angustioso, sobre todo en una ciudad que no conocía y cuyo idioma hablaba solo de forma pasable.

Pero el mercado tenía algo especial…: hombros que al pasar se rozaban con los suyos, rostros que se volvían con una media sonrisa ausente, niños que le tiraban del dobladillo del abrigo. Althea no estaba atrapada en una avalancha descontrolada y aterradora; era un

copo de nieve en una tormenta infinitamente más grande que ella.

Así se había sentido desde que se apeó del tren en Berlín.

Antes de este viaje, tan solo había salido una vez de Owl's Head, cuando fue a Nueva York a ver a su editor el día en que publicaron su novela. La idea de viajar sola a otro país le daba pánico; había deshecho las maletas en más de una ocasión.

¿Qué es lo peor que te puede pasar?, se había preguntado.

*Que te mueras,* le susurraba el miedo.

¿Y lo mejor?

*Que vivas.*

Althea había vuelto a hacer las maletas y se había ido de la casita cerca del acantilado en la que vivía.

Siempre se había sentido segura en los mundos que creaba para sus personajes, y siempre un poco fuera de lugar en el mundo real. Pero parecía que en Berlín encajaba.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que se había detenido en medio de la muchedumbre y tenía la mirada clavada en algo.

Eran libros.

Tiraban de ella como un gancho agarrado a la suavidad de su vientre, el tenso sedal enrollándose hasta situarla cara a cara con el vendedor, los dedos abiertos sobre los ejemplares encuadernados en cuero.

—La señorita tiene un gusto excelente —dijo el hombre en inglés, aunque por las pausas que hacía entre palabra y palabra se veía que no lo hablaba con fluidez.

—Reinmar von Hagenau… —murmuró Althea, y retiró bruscamente la mano para no dejar huellas en el tesoro.

Von Hagenau fue un dilecto *Minnesänger* —el equivalente alemán de un trovador— del siglo XII, muy respetado por los demás *Minnesänger*, que escribían poemas líricos y canciones centradas en el amor cortés y el honor.

Los ojos del vendedor se posaron sobre el libro con el orgullo de un padre que mira a un hijo precoz. Al levantarlos, pareció leer en el rostro de Althea que la joven podía ser un alma gemela.

—¿Demasiado caro? —preguntó.

Althea sonrió, se encogió de hombros y probó a responder en alemán:

—Lo siento.

—No, no. —El vendedor ignoró su disculpa y se agachó detrás de la mesa. Sacó un grueso libro de tapa dura que era menos lujoso que el que estaba expuesto y, cogiéndolo con las dos manos, se lo ofreció—: Para usted.

Althea lo aceptó, y, después de pasar la mano por la cubierta para quitar los pocos copos de nieve que habían caído encima, casi gritó de

alegría al ver el título. Era un ejemplar más sencillo de la recopilación de textos de Von Hagenau.

—¿Cuánto es? —preguntó, buscando el monedero.

Seguro que era más económico que la versión para coleccionistas, pero aun así dudaba de que llevase suficiente dinero encima. La suma que le había dado su editor por su siguiente novela le había cambiado la vida, pero estaba siendo prudente con los gastos por si le pedían que lo devolviese todo cuando vieran que no conseguía escribir nada de la calidad que esperaban.

—Es un regalo —dijo el vendedor con una leve reverencia. Se llevó la mano al corazón, después señaló a Althea y dijo—: *Die Bücherfreundin*.

—«Amiga de los libros» —murmuró Diedrich por detrás, la palma de la mano plantada en la cintura de Althea, el pecho tan cerca que le rozaba la espalda cada vez que inhalaba.

*Die Bücherfreundin*, repitió Althea para sus adentros. Su parte educada quería insistir en pagar, pero el coste de que el vendedor lo percibiera como un desplante a su generosidad sería mucho más elevado que el del libro.

Al final, levantó un dedo y se puso a rebuscar en su cartera, de donde sacó un ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas*. Se lo había traído a modo de manta de seguridad: los evidentes paralelismos existentes entre ella y una Alicia desorientada y deslumbrada que había caído en el País de las Maravillas le resultaban reconfortantes.

—Un regalo —repitió como un loro, intentándolo en alemán de la misma manera que había hecho él con el inglés.

El vendedor lo cogió con las manos ligeramente temblorosas de un anciano, sonrió al ver de qué libro se trataba y se lo apretó contra el pecho simulando un abrazo.

Asintió una vez con la cabeza, un acuse de recibo, un adiós. Y a continuación pasó a atender a otro cliente.

Althea quería quedarse, permanecer un rato arropada por aquella vivencia, pero Diedrich ya había empezado a apremiarla y ella tuvo que seguir sus pasos en dirección a la salida del mercado. El plan era ir a cenar, después quizá hubiera más planes si seguía portándose como si fuera la protagonista de la escena y no la fea del baile. Si seguía siendo la versión berlinesa de Althea James.

Aunque en el mercado le había parecido que sus torpes coqueteos con Diedrich triunfaban, las pocas veces que intentó repetirlos durante el paseo por la orilla del Spree mientras se dirigían a cenar fracasó. Diedrich se había sumido en un pensativo silencio que no encajaba con lo que Althea entendía que era su gusto natural por la conversación inteligente. Fue, por tanto, una cena tranquila, porque

Althea nunca había dominado el arte de hablar por hablar. Se preocupaba por cada palabra que salía de su boca, daba vueltas a lo dicho, se preguntaba si habría hecho algo mal.

A pesar de que la comunidad literaria internacional la consideraba una persona importante, lo cierto es que Althea era una chica sencilla. Incluso ahora, que participaba en un programa cultural que organizaba estancias de seis meses en Alemania para «célebres y respetados escritores» de raíces alemanas, no podía evitar sentirse como una impostora. Y no solo porque aún no hubiese aceptado la idea de que era una escritora de verdad, sino también porque nunca se había visto como otra cosa que como una estadounidense.

Sus abuelos habían nacido en un pueblo situado a las afueras de Colonia, pero lo único que ella sabía de ellos en realidad eran sus nombres escritos en la biblia familiar. Y su madre jamás había mostrado el menor interés por sus orígenes. Eran americanos, y que a nadie se le ocurriese decirle lo contrario a Marta James.

Después de la temprana muerte de Marta, Althea había estado demasiado ocupada criando a su hermano hasta que se hicieron adultos como para pensar en otra cosa que no fuera si tenían suficiente dinero para comprar azúcar cada semana.

Aun así, por mucho que Althea no se sintiese vinculada a sus antepasados alemanes, la oferta de ir a Berlín había sido demasiado tentadora como para dejarla pasar. Si accedía a participar, le proporcionarían un billete de ida y vuelta, un estipendio, un apartamento en un barrio seguro y el contacto con un miembro de una universidad local que se encargaría de pasearla por la zona. A cambio de ello, se le pediría que asistiese a reuniones políticas y festivas, además de dar unas cuantas charlas sobre *Luz sin fracturas*, la novela que había transformado a la escritora aficionada en una escritora «célebre y respetada».

Se mordisqueó el labio inferior a la vez que escudriñaba el rostro de Diedrich. No fruncía el entrecejo, no estaba arrugando la frente. La expresión, por tanto, no era de enfado, sino de contemplación.

A punto estaba Althea de intentar animar el ambiente —aunque ¿cómo podría hacerlo?— cuando pareció que Diedrich se sacudía de encima la extraña emoción que se había instalado sobre sus hombros.

—Conque le gusta la literatura alemana… —dijo con aquella sonrisa que le había dedicado antes, en el mercado.

Althea se dejó envolver por su calidez, aliviada al comprobar que no había perdido su afecto.

—Sí.

La sonrisa de Diedrich se amplió.

—¿Me permite una sugerencia?

—Por favor.

—Es uno de mis favoritos. —Diedrich se removió en la silla y se sacó un libro de tapas rojas del bolsillo interior de la chaqueta. Mientras sus dedos acariciaban la manoseada cubierta, la titilante luz de la vela iluminó unas letras doradas. Fuera el libro que fuera, estaba claro que significaba mucho para él, tanto que lo llevaba encima. La cubierta no podía ser más sencilla—. Me encantaría saber qué opinión le merece.

—Por supuesto. —Althea le dedicó su mejor sonrisa mientras repasaba el título con un dedo. *Mein Kampf*. Sabía leer el alemán mejor que hablarlo o escribirlo, de modo que la traducción no fue difícil—: *Mi lucha*.

Diedrich hizo un gesto de aprobación.

—Estoy seguro de que le va a parecer fascinante.

Aunque no era muy amiga de las autobiografías, Althea estaba lo suficientemente al tanto de la actualidad como para reconocer el nombre del autor. Era el jefe del partido que había financiado su viaje a Berlín. Por cortesía, murmuró:

—Seguro que sí.

# Capítulo 3

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

El traje de mujer fatal de Viv había languidecido a la vez que su confianza en sí misma, que había sido aniquilada en el reservado del asador.

Pero no tenía tiempo para ponerse algo más discreto antes de irse al West Village. Había quedado a tomar algo con Harrison Gardiner, una de las estrellas editoriales en ascenso de William Morrow. La idea era salir a festejar su triunfo, pero ahora lo único que quería era un trago fuerte para sofocar la extraña mezcla de rabia, tristeza y humillación que se enmarañaba incómodamente en su pecho.

Fue a pie, porque la taberna en la que habían quedado estaba a solo unas pocas manzanas del restaurante. Además, necesitaba tomar el aire; temía que, si se enfurruñaba en el metro, las lágrimas le estropearían el rímel que se había puesto por la mañana. Y, normalmente, una vez que empezaba a llorar no podía parar. Era como si su dolor estuviese al acecho, pendiente de la más mínima muestra de vulnerabilidad. Por lo general, lo mantenía a raya, pero en momentos como este, en los que lo único que quería era hablar con Edward, era cuando más presente tenía que jamás iba a volver a hacerlo.

Viv vio a Harrison al otro lado de las mugrientas ventanas de la taberna White Horse, ligando con una joven que parecía recién bajada del autobús procedente de Iowa.

De todas las veces que habían quedado a tomar algo, ¿había habido alguna en la que Harrison no hubiese localizado inmediatamente a la mujer sola más cercana para flirtear con ella? Viv puso cara de resignación, pero por primera vez después de que entrase en el asador, hacía una hora, se rio.

Pasó a la taberna y recibió un silbido grave del tipo con aspecto de artista desaliñado que estaba apostado junto a la puerta. Debía de estar tan borracho que no veía con claridad; si no, se habría abstenido de dedicarle aquella supuesta muestra de admiración.

Y no porque Viv no supiese atraer las miradas. Era más angulosa que las mujeres que adornaban las páginas de las revistas, esbelta en

comparación con el tipo ideal a lo Betty Boop que presidía los paneles de control de los aviones de combate. Pero sabía que sus líneas alargadas, combinadas con una barbilla puntiaguda, pómulos marcados y una mata de pelo rubio tirando a pelirrojo tenían su atractivo; hacían de ella una mujer interesante. «Pareces una gata», le habían dicho los hombres más de una vez, probablemente considerándose el colmo de la creatividad. Aun así, no era de las que recibían silbidos de desconocidos. Al menos, no de desconocidos sobrios.

Hizo caso omiso del hombre, cruzó la sala y se arrimó a Harrison. La chica de Iowa dio un respingo y sus ojazos azules se posaron inmediatamente en Viv a la vez que un rubor teñía su cutis de lechera.

—Ya veo lo que pasa cuando me retraso —bromeó Viv y cogió la aceituna del vaso de Harrison—. Que te apañas otra cita. Al menos habrás dejado que se enfríe la silla, ¿no?

—Yo no estaba… —se apresuró a asegurar la chica, pero Viv se limitó a guiñarle un ojo.

La chica se sonrojó, se levantó corriendo del taburete y salió atropelladamente por la puerta.

Harrison la observó mientras desaparecía y después se volvió hacia Viv con los ojos entornados.

—Antipática.

Viv ocupó el lugar vacío de la chica.

—Venga ya, no me digas que eso era amor. Si ni siquiera te sabías su nombre.

—En la vida hay cosas más importantes que los nombres, muñeca —dijo Harrison, pero en su voz no había encono, y ya le estaba haciendo señas al barman que estaba rondando por las inmediaciones para que les sirviera otros dos martinis.

—Cierto. Por ejemplo, las medidas de la chica —dijo Viv, dándole una patadita en la espinilla con la punta de los zapatos de tacón.

Harrison esbozó una sonrisita y le birló la aceituna del martini sin darle tiempo a protestar.

Nada más conocerse, Harrison había desplegado todos sus encantos con ella. Era moreno y delgado, casi guapo, si no fuera porque su rostro era un pelín demasiado alargado y tenía los ojos demasiado juntos. Pero la había hecho reír, y Viv pensaba que quizá esa fuera, en buena medida, la clave de su atractivo. Al ver que ella no le seguía el juego del flirteo, Harrison había reculado enseguida y se habían hecho amigos.

A veces, en noches solitarias, Viv echaba de menos aquellas mariposas que solo había sentido una vez en toda su vida; en las horas más oscuras, deseaba que cada vez que conocía a un hombre atractivo e ingenioso la invadiera esa sensación de «posibilidad» tan

embriagadora.

Después recordaba el sufrimiento que había acompañado a los fantasmas de esas mariposas y pensaba en el cariño que florecía en su interior cada vez que entablaba una nueva amistad. Había tardado unos años en comprender que el amor no tenía por qué pasar por el altar; podía consistir en salir a tomar algo y cotillear los días que, como aquel, habían sido, por lo demás, horribles.

—Felicidades por *Demasiado ocupado para morir* —dijo ella.

Además de ser amigo suyo, Harrison era un joven y prometedor autor vinculado a una gran editorial y, por tanto, Viv tenía que seguirle la pista como parte de su trabajo con el consejo. Entre sus responsabilidades estaba saber qué novedades tenían pensado sacar las editoriales cada temporada, cuáles iban a ser los próximos éxitos de ventas y qué tenían entre manos los editores más importantes. Estos detalles la ayudaban a decidir qué libros incluir en cada envío mensual de las Ediciones de las Fuerzas Armadas.

*Demasiado ocupado* era una deliciosa novela policiaca protagonizada por un consultor de relaciones públicas y una heroína con agallas que bebía demasiado *bourbon* y era un as a los dados. Aunque Viv jamás se lo reconocería a Harrison, tenía la sensación de haberse inspirado en las agallas de este personaje a la hora de trazar su descabellado plan para abordar a Taft.

—Lo leí de una sentada.

—Me estás haciendo la pelota —dijo Harrison—. ¿Qué quieres a cambio? —Hizo una pausa y recorrió de arriba abajo el modelito negro de Viv—. Cuéntame, ¿tiene algo que ver con que vayas vestida de ladrona de guante blanco?

Viv posó como una de esas chicas que salen en el cine negro de pacotilla.

—Ya veo la portada —respondió ella—: dama de la alta sociedad convertida en ladrona de joyas con un corazón de oro.

Harrison se rio, y Viv dejó de representar el personaje con una sonrisa pícara.

Enseguida se disiparon las risas, y Viv, con ademán impropio de una dama, apuró su copa de dos tragos.

—La semana pasada, Roosevelt permitió que el proyecto de ley para el voto militar se convirtiese en ley.

—Santo cielo —resopló Harrison, porque cualquiera que estuviese un poco atento a la actualidad sabía lo que eso significaba.

Hasta el último mono había sabido que la Ley de Voto Militar se tenía que aprobar… Al fin y al cabo, había sido una vergüenza que en las elecciones anteriores hubiesen podido votar tan pocos soldados. Técnicamente, se suponía que el proyecto de ley iba a resolver aquello. Pero los republicanos sabían que cuantos más soldados

votasen más posibilidades de ganar tendría Roosevelt, así que habían puesto todo tipo de obstáculos. Una vez que comprendieron que de todos modos el proyecto de ley se iba a aprobar en el Congreso, empezaron a añadirle todas y cada una de las normativas que siempre habían querido ver convertidas en ley, por inútiles, excesivas o caras que fueran.

Por ejemplo, la enmienda censora de Taft y su ataque al proyecto favorito de Roosevelt.

Harrison rebuscó en su chaqueta y sacó los cigarrillos. Le ofreció uno a Viv y encendió una cerilla. Viv metió la punta en la llama mientras recordaba cómo le había enseñado Edward a fumar: ella tenía entonces dieciocho años y acababa de salir al mundo, y él, con la alegría contenida en lo más profundo de sus ojos, soltaba el humo formando figuras.

Sintió un palpitante dolor debajo del esternón, y aparcó el recuerdo una vez más.

—¿Y eso qué consecuencias tiene para tu pequeña iniciativa de las Ediciones de las Fuerzas Armadas? —preguntó Harrison después de dar una calada.

Viv sabía que enseñaba demasiado los incisivos cuando sonreía.

—No sé si llamaría «pequeña» a una iniciativa que cada mes envía millones de libros a soldados que están destinados en el extranjero. —Suspiró y asintió con la cabeza cuando el barman hizo un gesto con la botella de ginebra en la mano. Harrison no tenía la culpa, y no era justo que ella lo pagara con él. Dio un par de caladas al cigarrillo y lo apagó con saña—. Que seguirá en funcionamiento.

Viv consiguió darle la auténtica respuesta a su pregunta. Porque ese era el problema. El programa de las Ediciones de las Fuerzas Armadas podía seguir funcionando bajo la normativa de Taft. Simplemente, se le privaría de todo lo que lo hacía tan eficaz.

—Es un cabrón redomado, ¿no crees? —dijo Harrison.

—Eso es quedarse corto. —Viv dio un sorbo a su segundo martini—. Es frustrante que los hombres como él siempre ganen.

—¿Los políticos? —dijo Harrison, arqueando una ceja.

—Los abusones —le corrigió Viv—. No es un Hitler, claro. Pero no es más que otro tipo de abusón, y estoy harta de ellos. ¿Tú no?

—Yo era un chaval esmirriado y empollón, con gafas, enfermo de los pulmones y que iba a un colegio público en el Bronx —dijo Harrison, apartando la cabeza para no echarle el humo—. Conque ¿tú qué crees?

—De verdad pensaba que podía pararle los pies. —Movió la cabeza y se rio de sí misma—. ¡Yo sola!

—Suena a que te estás rindiendo —dijo Harrison—. Venga, la Viv que conozco no se deja amilanar.

Viv se mordisqueó el labio inferior y le miró con una mezcla de orgullo y vergüenza.

—Acabo de tenderle una emboscada mientras comía en Midtown. —Harrison recibió su confesión con un silencio de sorpresa, a continuación soltó una risotada que empezó en su pecho y duró lo suficiente como para que Viv esbozase una sonrisa burlona—. Solo iba a estar dos días en la ciudad; tenía que hacer algo —dijo Viv mientras Harrison se secaba el rabillo del ojo.

—¡Ojalá lo hubiera podido ver por un agujerito! —dijo Harrison, pero enseguida se puso serio—. Doy por hecho que no retiraría en el acto la maldita prohibición, ¿no?

—Ni siquiera apunté a lo más alto. No se lo pedí. Simplemente quería que reescribiese la normativa para que no fuera tan amplia.

—¿Y ahora?

Viv se frotó la muñeca, recordó el mal aliento de Taft, el olor a ajo que desprendía mientras se cernía sobre ella.

—¿Ahora? Ahora quiero destruirle.

Se ruborizó un poco al oír el deje de maldad que había en su propia voz, pero Harrison soltó algo sospechosamente parecido a unas risitas. Sin duda, había elegido al compañero perfecto para salir de copas aquella tarde.

—¿Y en qué consiste eso de destruirle? —preguntó él, asumiendo de nuevo su porte de hombre experimentado y moderno.

—Ya he intentado solucionar esto por todos los medios que se me ocurren, y ¿qué he obtenido a cambio de mis esfuerzos? Cero patatero.

—Si esto fuera un libro, ¿sabes en qué punto estaríamos ahora mismo?

—Me da que vas a decírmelo tú.

—¿Ves esto de aquí? —Harrison presionó el dedo contra la madera para subrayar sus palabras—. Pues aquí estamos. Es el momento del «todo está perdido».

—Exacto —dijo Viv con brusquedad.

—Pero el momento del «todo está perdido» no es la conclusión del libro, como bien sabes. —Harrison se iba animando—. Nadie termina el libro con el momento del «todo está perdido». Están la tensión dramática creciente, el clímax, el final feliz…

—¿Cuántas copas llevas, cielito? No estamos en un libro —señaló Viv.

—Ah, ¿no? —preguntó Harrison con exagerada sorpresa y mirando, ojiplático, a su alrededor. Viv le dio otra patadita en la espinilla—. Mira. —Harrison suspiró y se puso serio—. Ya sé que la vida real es mucho más deprimente y desastrosa que una novela bien estructurada. No siempre hay finales felices, y por supuesto que a veces gana el malo. Pero a veces los buenos sí que ganan. ¿Por qué no puede ser

esta una de esas veces?

—Porque no puedo sacarme de la manga un final feliz solo porque lo desee con todas mis fuerzas —dijo Viv.

Casi le dolía hablar de este tema, que Harrison pareciera pensar que se le había pasado por alto una estrategia evidente. Si hubiese sido mejor, o más lista, o más astuta, habría podido echar abajo la enmienda en el mismo instante en que Taft la había introducido.

—Pero ¿y si pudieras crear tu propio final feliz? —preguntó Harrison—. En tu trabajo te dedicas a contar historias tanto como los escritores, Viv.

—Podría contar historias hasta la saciedad —dijo Viv, con un tono un poco mordaz—. Con eso no voy a eliminar las multas ni la sentencia de cárcel que acompañan a la política de Taft.

—Ya lo sé, pero…

Viv alzó la mano.

—¿Qué me sugieres exactamente que haga? —preguntó.

—No lo sé —admitió Harrison relajando los hombros, y Viv se rio, al hacerlo, se disolvió la amargura que le había provocado el displicente optimismo de su amigo—. La verdad es que sí que pensaba que el hilo de mis ideas iba por buen camino, pero al parecer el camino se interrumpía de golpe al borde de un precipicio.

—Bienvenido a mis seis últimos meses.

—Tú piénsalo —dijo Harrison, y pidió otra ronda—. Y, mientras lo piensas, seguimos empinando el codo hasta caernos redondos.

—Un plan estupendo —dijo Viv, que aplaudió con entusiasmo y se giró hacia la barra y la copa vacía.

Dedicaron el resto de la tarde a elaborar disparatadas estrategias para llegar desde el momento del «todo está perdido» al gran final feliz que deseaban; en algunas había una absurda presencia de animales de granja, y en otras Viv soltaba un apasionado discurso en el Senado para avergonzar públicamente a Taft. En cuanto a cómo iban a conseguir que Viv subiese al estrado, ni se molestaron en planteárselo. Ambos se daban cuenta de que hacía horas que la conversación había dado un giro brusco y había dejado de ser realista.

Para cuando la noche empezó a entrar sigilosamente por las ventanas, Viv ya no se sentía como si le hubiesen vaciado el pecho. Pero tampoco estaban más cerca de un buen plan para revertir la política censora de Taft.

—El otro día me hablaron de un sitio —dijo Harrison, abriendo mucho las vocales a causa del alcohol—. Quizá merecería la pena ir, aunque hay una buena tirada hasta Brooklyn…

Metió la mano en el bolsillo, sacó un bolígrafo y un cuaderno y anotó una dirección.

—¿Qué hay en Brooklyn? —preguntó Viv, asomándose por encima

de su hombro.

Harrison sonrió y le pasó el papel.

—Inspiración —dijo.

Viv recorrió las palabras con la yema de un dedo, y de las cenizas de su derrota florecieron briznas de esperanza.

«Biblioteca americana de libros prohibidos por los nazis».

# Capítulo 4

*París*
*Octubre de 1936*

Cuando más le gustaba París a Hannah Brecht era cuando se avecinaba el invierno.

Sabía que poca gente compartía su opinión, que la mayoría consideraba que salir a merendar cerca de la Torre Eiffel en un precioso día de verano era la cima de la vida parisina, pero, de la misma manera que pensaba que París era para vivirlo con el corazón roto, también pensaba que el inhóspito frío lo volvía más auténtico.

Hannah iba recorriendo en bicicleta las calles de las afueras del distrito catorce. Sus pantalones negros de pata ancha coqueteaban precariamente con los radios de las ruedas, el suave gorro de lana color melocotón amenazaba con salir volando con la brisa, y los rizos morenos se soltaban del apretado moño y le rozaban las mejillas, teñidas de rosa por el viento.

Un poco más lejos, el toldo a rayas de su pastelería favorita la tentó, y el brillo dorado del escaparate puso a prueba su capacidad de resistencia. Le quedaba una última parada por hacer, pero no pasaba nada por que tardase cinco minutos más.

Apoyó la bici contra el muro del edificio de al lado y entró en la pastelería.

En el aire había un aroma a azúcar quemado y levadura, entreverado de capas más profundas de chocolate y granos de café.

—Hannah —dijo Marceline desde detrás de la vitrina, la cara redonda sonrojada por el calor del local—. Entra. ¿*Café noisette?*

—Sí, por favor —dijo Hannah, sin molestarse en aflojarse la bufanda. Tenía poco tiempo—. Y una *canelé*, si te quedan.

Marceline sonrió, como siempre contenta de comprobar que Hannah era incapaz de resistirse a uno de aquellos pasteles de caramelo que eran su especialidad. Hannah había descubierto la pastelería de Marceline el mismo día en que pisó París por primera vez, hacía casi tres años, y trataba de ir al menos una vez a la semana.

También influía el hecho de que Marceline, casada con un alemán, hablase su lengua materna. Como a Hannah todavía le costaba que su práctica lengua berlinesa se enrollase alrededor de las líricas palabras

francesas, Marceline era una de las pocas personas parisinas con las que Hannah sabía que podía hablar sin exponerse a una mirada crítica.

—¿Mucho trajín? —preguntó mientras Marceline iba y venía poniendo leche a calentar y sirviéndole el pastel.

Se lo pasó por encima de la vitrina, y Hannah, que sabía que Marceline no era amiga de ceremonias, cogió el tenedor allí mismo. Por un instante perfecto, la corteza opuso una mínima resistencia contra las púas, y acto seguido cedió para que Hannah hundiera el tenedor en el cremoso centro de vainilla.

—Bueno… —Marceline hizo un encogimiento de hombros de lo más francés—. A veces sí, a veces no. Ahora Xavier se cree demasiado señorito para trabajar en la pastelería de su madre. Estos jóvenes…

Marceline chasqueó la lengua y le dirigió a Hannah una mirada cómplice, a pesar de que esta ni siquiera había cumplido aún los treinta. Hannah tuvo la prudencia de meterse más pastel en la boca, asintiendo con la cabeza como si la comprendiese. Y puede que así fuera.

Pensó en aquellas reuniones de la Resistencia a las que había asistido en Berlín, cuando tanta fuerza tenían todos, y tantos ideales insensatos. Qué jóvenes eran cuando pensaban que podían cambiar el mundo.

—Y quizá haga bien —continuó Marceline mientras echaba leche al café exprés—. Quién sabe cuánto tiempo les queda a nuestros muchachos antes de que los arrastren a otra guerra.

Y había otra razón por la que el local de Marceline se había convertido en uno de los lugares favoritos de Hannah en París. El marido de la repostera tenía un montón de amigos en Berlín que sabían tan bien como Hannah lo que se les venía encima.

—Por eso nunca dejo pasar una de tus *canelés* —dijo Hannah con una sonrisa, queriendo suavizar el ambiente. Por lo general, ella era la escéptica de todas las reuniones, pero Marceline tenía tres chicos y dos chicas a los que sacar adelante durante la inminente tormenta. Los hijos te volvían vulnerable: tu corazón caminaba por fuera de tu cuerpo—. Aunque, como siga cayendo en la tentación, no me van a caber las faldas.

Marceline chasqueó la lengua y la expresión ausente desapareció de su rostro.

—Como si pudieras dejar de ser la mujer más hermosa de todo París. —Se arrimó; los mechones plateados se le pegaban a las sienes —. Y que sepas que incluyo a mis propias hijas.

—Ah, pero a tu lado palidezco… —dijo Hannah, apurando el café *noisette*.

—Los piropos sirven para que te salgan gratis los pasteles —dijo

Marceline, rechazando con un gesto el pago de Hannah.

Hannah le tiró un beso; aun así, soltó unas monedas sobre el mostrador antes de salir por la puerta.

El cielo había adquirido un gris plomizo en el rato que había pasado en la tienda, y se apresuró a coger la bicicleta. La amenaza de un chaparrón era un estímulo más que suficiente para concluir sus tareas de aquella tarde. Los panfletos de la Biblioteca Alemana de Libros Quemados se agitaban en la cestita de mimbre mientras ponía rumbo a su último recado del día. Como siempre, los panfletos le recordaron lo diferentes que podían ser de un día para otro las tareas que llevaba a cabo para la biblioteca.

La Deutsche Freiheitsbibliothek era en parte editorial, en parte biblioteca de préstamos, y en parte punto de encuentro de la comunidad de inmigrantes alemanes que habían convertido la Ciudad de la Luz en su hogar después de huir del régimen nazi. Nacida de los restos de otro proyecto —una investigación en la que habían recopilado cientos de miles de recortes de prensa, ensayos y panfletos sobre los peligros del totalitarismo—, la biblioteca de París estaba volcada en cuerpo y alma en enfrentarse cada día a la marea creciente del fascismo en Francia.

Porque era guapa y mujer, a Hannah la elegían a menudo para distribuir los panfletos antifascistas de la biblioteca en tiendas y organizaciones de París que se sabía que apoyaban su misión. En ocasiones, se preguntaba qué sería de ella si entregaba los cuadernillos a algún simpatizante nazi. Hannah ya había aprendido la dolorosa lección: no podía fiarse de su propio juicio a este respecto.

La prueba de esto era Adam. Su hermano se estaba muriendo lentamente en uno de los aterradores campos de detención de Hitler, con bastante probabilidad apaleado y torturado a diario, y todo porque Hannah había confiado en la persona equivocada.

Althea.

El nombre se enredó con el viento que azotaba la chaqueta de Hannah mientras se apeaba delante de la última dirección del día. Apartó la desesperanza que la invadía cada vez que pensaba en Althea, en Adam, en aquella época que pasó en Berlín, cuyo recuerdo se mantenía tan nítido como si hubiese sucedido ayer, de la misma manera que las pesadillas tardan en marcharse, mientras que los sueños agradables se disuelven en la nada.

Su última parada era una tienda de violines propiedad de un judío, y la había dejado aposta para el final. Adoraba tanto al hombre que la regentaba como a su nieto, Lucien. Cada vez que se pasaba por la tienda a repartir panfletos, Lucien intentaba convencerla para que asistiese a las reuniones de la Resistencia que organizaba cada semana en la trastienda.

Demasiada experiencia tenía Hannah con este tipo de reuniones que atraían a personas partidarias de la violencia como único modo de desbaratar la marea fascista que parecía a punto de arrasar Europa. No era que Hannah discrepase, pero había visto el rostro destrozado de Adam después de aquella primera noche en la que los nazis se lo llevaron a la cárcel. Había visto a los camisas pardas azotar y apalear a amigos suyos en la calle.

Aunque quizá la violencia fuera la última respuesta en este caso, Hannah jamás podría recurrir a ella.

Al pasar, la campanilla dorada que pendía sobre la puerta tintineó.

Henri, el abuelo, estaba encorvado sobre un largo mostrador que se extendía de punta a punta del local. La miró con sus gafas de miope y le dedicó una amplia sonrisa que enseñaba todos los dientes.

—*Bonjour, mademoiselle* —saludó mientras sus manos nudosas continuaban moviéndose con agilidad y destreza por el mástil del violín.

—*Bonjour, Grand-père*. —Cuando se conocieron, Henri le dijo que le daba permiso a la gente que apreciaba para que le llamasen así, y a Hannah le había gustado que la incluyera en la lista—. ¿Y Lucien?

Henri indicó con la cabeza el pasillo que llevaba a la trastienda.

—*Dans le dos.*

—*Merci* —dijo Hannah, y Henri reaccionó a su marcado acento con una mueca de dolor (una pequeña broma que compartían).

Hannah encontró a Lucien colocando sillas en el pequeño trastero y se dijo que habrían convocado una reunión de resistentes para esa noche. Sin esperar a que se lo pidiera, le ayudó a terminar de colocar las sillas en unas pocas filas delante de un atril que había en el rincón.

Cuando terminaron, Lucien le plantó dos besos en las mejillas antes de coger los panfletos.

—Esa biblioteca tuya los está imprimiendo tan deprisa que ni siquiera nos da tiempo a repartirlos.

—Tienen muchas cosas que decir —dijo Hannah, arrastrando las palabras.

—Como nos pasa a todos, supongo —dijo Lucien—. ¿Un té?

—Por favor —dijo Hannah, agradecida.

Aunque había entrado en calor con el café de Marceline, todavía no se le había ido el frío de los huesos después de pasarse el día entero dando vueltas por París. Los bajos del pantalón estaban húmedos, y la chaqueta de punto había intentado valientemente protegerla del viento, pero tanto ella como la prenda eran bien conscientes de las limitaciones del tejido.

Lucien encabezó la marcha hacia una minúscula cocina y puso agua a hervir. Sentada a la mesita del rincón, Hannah observó sus elegantes movimientos. Era guapo; tenía una tupida cabellera morena y una

sonrisa bondadosa, y la típica esbeltez parisina que volvía locas a las chicas de por aquí. Si hubiese estado dispuesta, Hannah habría podido tener una vida así: la acogedora tienda de violines, un amante preparándose para una reunión política mientras ella le escucha atentamente, música que se cuela por la puerta entreabierta…

Pero jamás había querido ser una esposa. O, mejor dicho, jamás había querido ser la esposa de un hombre, y no parecía que hubiera más alternativas.

—¿Qué hacéis? —preguntó Hannah, cogiendo la taza—. En las reuniones, quiero decir.

Al ver el brillo de los ojos de Lucien, que siempre había estado convencido de que Hannah era una resistente vestida de bibliotecaria, se arrepintió de haber preguntado.

—Ven a verlo tú misma, cielo.

Hannah se quedó mirando su taza, pasó el dedo por el borde y encontró una mella.

—Ya he ido a suficientes reuniones en mi vida.

—Lo sabía —dijo Lucien apoyándose sobre los antebrazos, ansioso —. ¿En Berlín? ¿Cómo eran?

—Inútiles —respondió Hannah con tono amargo y hosco. Pero Lucien se limitó a sonreír pacientemente y Hannah siguió hablando, esta vez más despacio. Pensándolo más—. Era como si estuviésemos representando una obra de teatro, ¿sabes? Hitler acababa de ser nombrado canciller, y las cosas se pusieron muy feas de un día para otro. Pero… todavía era 1933, no sé si me entiendes.

—Jamás pensaste que duraría tanto tiempo —dijo Lucien, adivinando sus pensamientos.

—Avivó una llama en tanta gente…, tanto en sus detractores como en sus seguidores —dijo Hannah—. Pero pensé que era un tipo de llama que ardía intensamente y enseguida se apagaba. —Hizo una pausa, tratando de decidir si debía o no responder—. Las reuniones eran absurdas. Hablábamos sobre sistemas económicos y teorías políticas como si fuésemos a debatir en el mercado de las ideas con esos monstruos. Deberíamos haber hablado de billetes de tren, cuentas bancarias en el extranjero y planes de huida.

Lucien se pellizcó el labio inferior y dijo, mirándola con expresión meditabunda:

—En nuestra última reunión, sé de uno que hizo una lectura dramática de *El capital*…

Lo dijo con un tono de autocrítica que hizo sonreír a Hannah.

—Sí, estuve en esa reunión —dijo ella, conteniendo las ganas de darle una palmadita en la mejilla, como si fuera un niño—. Esta noche quizá convendría que hablaseis de si alguien tiene familia en el campo que pueda ofrecer escondrijos cuando los alemanes, inevitablemente,

crucen la línea Maginot.

—Así que crees que es inevitable —dijo Lucien, y a Hannah le extrañó el tono de duda.

Confirmaba su convicción de que estas reuniones de resistentes no eran más que un lugar para que los hombres diesen rienda suelta a todas sus magníficas ideas. No era muy distinto de la Biblioteca de Libros Quemados en sus peores momentos.

—Si es que ya se sabe, la guerra siempre es inevitable —dijo Hannah con tono jovial antes de dar un giro brusco a la conversación—. Anda, cariño, cuéntame, ¿has roto algún corazón últimamente?

Lucien retrocedió y se llevó la mano al pecho.

—Acabas de herirme.

Hannah puso los ojos en blanco y Lucien la miró de reojo con una expresión casi tímida que nunca había visto en él.

—¿Quién es la afortunada? —insistió Hannah, intrigada.

—Una estudiante universitaria —confesó Lucien, y añadió con una mueca—: Americana. Ya, es espantoso.

—Al menos no es una nazi.

—Es verdad. ¿Y tú, Hannah? —Movió las cejas—. ¿Qué, has roto algún corazón?

Ciertamente, Hannah había tenido un montón de amantes desde que estaba en París, pero…

—¿No se te hace raro enamorarte justo ahora?

—¿Y si fuera el mejor momento para enamorarse? —contestó Lucien, que, como buen parisino, tenía predilección por el París de las tardes estivales con rosas y chocolatinas—. ¿Qué otra causa hay por la que merezca más la pena luchar que por el amor?

—Para algunas personas, quizá. —Hannah se encogió de hombros con gesto despreocupado—. No sé si sobreviviré a la tormenta que se avecina. No me gustaría nada dejar de esta manera a alguien que me amase.

—Hannah. —Lucien alargó el brazo para cogerle la mano—. ¿De qué estás hablando, boba? No te va a pasar nada.

—¿Tú crees? —preguntó ella, y apartó la mirada, pero sin soltarse. Por mucho que lo intentaba, todas las conversaciones volvían como imanes a este tema—. A veces parece como si París quisiera recibir a los nazis con los brazos abiertos.

En vez de rebatírselo, Lucien se limitó a acariciarle los nudillos con el pulgar.

—¿Te marchas?

—¿Con qué visado?

—Pero ¿si pudieras? —insistió Lucien.

—París no es mi patria, no soy yo quien debe defenderla —dijo Hannah. Dura, quizá, pero sincera—. De la mía ya se han apropiado.

Por eso me niego a enamorarme.

—Si fuera verdad, no podrías contenerte —murmuró Lucien.

Esa era otra lección que Hannah ya había aprendido.

—Háblame de la chica.

Lucien la entretuvo con una agradable hora no solo de cháchara sobre la chica, sino de salaz chismorreo sobre conocidos de ambos y fruslerías que se les iban ocurriendo. Por fin, cuando la acompañó de vuelta a la entrada de la tienda, le dio un suave codazo y dijo:

—¿No vas a venir esta noche?

—Defiende la causa por mí, ¿vale? —dijo Hannah, haciendo como que no se fijaba en la desilusión que le ensombrecía a él fugazmente el rostro mientras le daba dos besos de despedida.

Se detuvo en el umbral para decirle adiós con la mano, diciéndose por un instante, breve y disparatado, que quizá debería asistir a la reunión de aquella tarde.

Pero se sacudió de encima el pensamiento y, sorteando a un hombre con una carretilla llena de flores recién cortadas, fue a coger la bicicleta que había dejado apoyada contra la barandilla del canal.

Acababa de coger el manillar cuando se fijó en una pareja que miraba el escaparate de la tienda y después a ella. Al pasar por delante, el hombre le escupió, y la burbuja de saliva cayó sobre la mejilla de Hannah y le resbaló hasta la mandíbula.

—*Juive* —murmuró el hombre, y la pareja siguió paseando como si nada hubiese sucedido. Ni siquiera apuraron el paso para huir de la escena.

Hannah no se limpió, sino que se quedó mirando sus espaldas, cada vez más lejanas.

Por cada hombre como Lucien había dos personas como las que le habían escupido a plena luz del día en medio de París.

Hannah sabía que la agresión debería fortalecer su determinación, debería darle ganas de combatir. Pero cada día estaba menos segura de que el mundo mereciera ser salvado.

# Capítulo 5

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

Viv comprobó la dirección en el papelito que le había pasado Harrison el día anterior, aunque era difícil pasar por alto el imponente Centro Judío de Brooklyn, que ocupaba una manzana y, por lo visto, albergaba la Biblioteca Americana de Libros Prohibidos por los Nazis.

—¿Qué haces aquí? —se preguntó Viv en voz baja, aunque lo suficientemente alto como para que un transeúnte la mirase extrañado.

Se preguntó si se habría vuelto completamente loca. Había esperanzas más o menos razonables y luego había misiones imposibles, y en estos momentos el límite entre ambas cosas era muy, pero que muy tenue.

—Ya que has venido hasta aquí, más vale que entres —se dijo, añadiendo por lo bajo que tenía que aprender a mantener la boca cerrada cuando estuviese sola en público.

Después entró en la biblioteca, donde un anciano la miró parpadeando a través de unas gafas con lentes de culo de botella y le hizo repetir «¿La biblioteca de libros prohibidos, por favor?» tres veces antes de entender qué iba buscando.

—Ala oeste.

Le indicó un largo pasillo antes de concentrarse de nuevo en la novela que estaba leyendo.

Cuando Viv llegó a la puerta correcta, tocó con delicadeza las letras doradas del cristal antes de pasar a la habitación.

Era sorprendentemente pequeña, pero estaba abarrotada de altísimas estanterías y mesas llenas de montones desordenados de libros. Por las ventanas se filtraban rayos de luz que atrapaban el polvo que flotaba en el ambiente; en el alféizar de la ventana había una taza de té abandonada; se oía una suave música procedente de la radio que había sobre el mostrador de salida, todo tan acogedor que Viv tuvo que reprimir las ganas de coger una novela al azar y acurrucarse a leerla en una de las butacas.

—Bienvenida. —Salió una mujer de un despacho del tamaño de un armario escobero que estaba detrás del mostrador y, agachándose a

bajar el volumen de la radio, dirigió una sonrisa reservada a Viv—. ¿En qué la puedo ayudar?

Viv apretó los labios para no soltarle su triste historia a esta inocente desconocida. La misma idea que se le había antojado sensata después de media botella de ginebra le hizo preguntarse ahora si alguien pondría en cuestión su cordura.

*Estoy buscando un final feliz que pueda sacarme de la manga.*

—Esto… —dijo Viv, mirando en derredor y aspirando el acre olor a páginas viejas y pegamento a la vez que intentaba mantener el equilibrio.

La bibliotecaria la miró detenidamente.

—Disculpe que se lo diga, pero creo que le sentaría bien una taza de té.

—¿Tan evidente es? —preguntó Viv entre risas, toqueteándose el collar de perlas de una sola vuelta como si fuera un talismán.

Era la única joya de su madre que se ponía. Recordaba haber jugueteado con él de la misma manera cuando era pequeña, sentada en el regazo de su madre, manoseando con los deditos las brillantes perlas. Alguna nodriza bienintencionada lo había enrollado en torno al cuello de Viv la mañana del funeral de sus padres, y no se lo quitaba casi nunca.

Algo vio la bibliotecaria en el rostro de Viv que le hizo entornar los ojos.

—Siéntese —le ordenó, indicando con la cabeza la mesa que estaba al fondo del cuartito.

—Gracias —murmuró Viv a la espalda de la mujer antes de desplomarse en la silla de al lado de la ventana.

Se fijó en un libro que había delante, alargó el brazo y le dio la vuelta para leer el título.

—Albert Einstein —dijo la bibliotecaria unos minutos más tarde a la vez que dejaba una taza de té junto al codo de Viv, que estaba hojeando el libro y entendía más o menos una de cada diez palabras —. Fue el orador principal en la inauguración de nuestra biblioteca.

—Ah, ¿sí? —preguntó Viv, y puso la cara de asombro que requería la ocasión.

La bibliotecaria susurró:

—Por lo que dicen, fue una velada espléndida. Las invitaciones eran tan codiciadas como lo son el azúcar y el café ahora.

—¿Usted no estuvo?

—No.

Su expresión se tiñó de una vaga reserva, y Viv intentó no parecer muy indiscreta.

—¿Y eso cuándo fue? Ya hace años, ¿no?

—La fiesta fue en diciembre del 34 —dijo la bibliotecaria. Relajó los

hombros, y Viv se preguntó si sería porque no estaba hablando de sí misma sino de la biblioteca—. Pero la inauguración oficial no fue hasta unos meses más tarde, para coincidir con el segundo aniversario de las quemas de libros de Berlín.

Viv intentó recordar el mes.

—Entonces, ¿mayo? ¿Mayo del treinta y cinco?

—Sí.

La mujer señaló con un gesto la pared que había más cerca, en la que había un póster de propaganda. DE LA LUZ A LA OSCURIDAD, bramaban las letras sobre las imágenes. Similar a otros que había visto, este póster era una compilación de varios acontecimientos. Las llamas de los libros lamían el cielo para quemar un edificio que Viv identificó como el Reichstag. La silueta pequeña y rígida de Joseph Goebbels lo supervisaba todo.

Viv volvió a centrar la atención en la bibliotecaria. Estaba mirando el póster con una imperturbable expresión de desconsuelo grabada en cada surco de su rostro.

—¡Usted estuvo allí…! —exclamó Viv, incapaz de contenerse.

Al cabo de un largo momento en el que Viv pensó que quizá no respondería, la bibliotecaria agachó la cabeza.

—Sí. Estuve en Berlín la noche de las quemas.

Viv se tragó las mil preguntas que tenía en la punta de la lengua. No había muchas cosas en las que Viv pudiese preciarse de ser experta, pero sabía interpretar a las personas. Y en este caso había muros gruesos, muros que no iba a ser fácil derribar. Señaló los montones.

—Y estos títulos ¿son los que ardieron aquella noche?

—Muchos sí. —La bibliotecaria miró a su alrededor como si los estuviese viendo por primera vez—. Fue difícil reunir un catálogo completo. Había listas, por supuesto. A los nazis —añadió torciendo el gesto— les encantan las listas…

—Así es —dijo Viv, con su mismo tono.

—Pero las hogueras no fueron cosa de una sola noche —continuó la mujer—. La noche del 10 de mayo fue la gran manifestación, pero durante las siguientes semanas se animó a los alemanes a que quemasen sus colecciones personales de libros. El objetivo era purgar todo aquello que se considerase antigermánico o que pudiese restar autoridad al Reich.

Viv se detuvo a asimilar la información unos instantes antes de decir:

—Y, por tanto, cualquier cosa escrita por autores judíos.

—Y comunistas y pervertidos y cualquiera que no abrace la grandeza de la raza superior —dijo la bibliotecaria—. No creo que lleguemos nunca a saber cuántos libros se perdieron realmente aquellas semanas, y durante los años siguientes.

—Pero ustedes intentan seguirles la pista, conservarlos…

—Sí. Es una labor difícil, pero…

Dejó la frase a medias, los ojos clavados una vez más en el póster.

Viv no insistió, y su paciencia se vio recompensada cuando la mujer continuó:

—Los libros son un modo de dejar huella en el mundo, ¿no cree? Son un testimonio de que estuvimos aquí, de que amamos y sufrimos y reímos y cometimos errores y existimos. Puede que en la otra punta del mundo los quemen, pero las palabras no se pueden desleer, las historias no se pueden desnarrar. Continúan viviendo en esta biblioteca, pero lo más importante es que quedan inmortalizadas en cualquiera que las haya leído.

A su voz había asomado un fuego tan intenso como las llamas que habían destruido aquellos libros, y Viv, a su vez, sintió que reaccionaba con calidez.

Entonces, Viv descubrió algo fascinante tras la fachada de la bibliotecaria.

Una guardiana. Quizá esto de imaginarse a la mujer como una protectora de libros fuera rocambolesco, pero a Viv le gustó la idea.

*¿Qué voy a encontrar en Brooklyn?*

Inspiración.

Eso era lo que necesitaba Viv, esta pasión, esta intensidad. Le vino a la cabeza uno de los planes más serios que habían surgido aquella tarde empapada de ginebra que pasó con Harrison: un discurso para avergonzar públicamente a Taft y conseguir que retirase su enmienda.

Obviamente, Viv no iba a conseguir entrar en el Senado, tampoco iba a conseguir que entrase la bibliotecaria, pero no hacía falta. Viv era la directora de publicidad de una importante organización de guerra. ¿Qué necesidad había de recurrir al Senado cuando tenía a los principales periodistas de la ciudad en su agenda?

Sin darle tiempo a Viv de asir con firmeza aquella maravillosa idea en embrión, la bibliotecaria se inclinó hacia delante.

—Y, dígame, ¿a qué se debe que acabe de asomarle ese fervor en los ojos?

«Fervor en los ojos». Viv le dio vueltas a la frase. Le gustaba.

—Bueno, supongo que lo primero que debería hacer es presentarme. Soy la señora de Edward Childs…, pero llámeme Viv. Todo el mundo me llama así. —El silencio que siguió a sus palabras pareció confirmar su sospecha de que la bibliotecaria no pensaba decirle su nombre a cambio—. Trabajo en el Consejo para los Libros en Tiempos de Guerra —se apresuró a decir Viv para compensar el típico silencio incómodo que se hace cuando alguien se salta las formalidades de rigor.

—«Consejo para los Libros en Tiempos de Guerra»… —repitió la bibliotecaria—. Me temo que no he oído hablar de esa organización.

Viv se rio.

—Sí, como tantísimas personas más. Suelo decir que somos pequeños, pero poderosos.

Alzó el brazo como el de Rosie, la remachadora del póster de «Nosotras podemos». En vista de que la bibliotecaria se limitaba a mirarla sin responder, Viv carraspeó y adoptó una actitud más profesional, como cuando llevaba a los donantes a hacer visitas guiadas de la sede o cuando repartía frases a los periodistas para que las insertasen en lo que escribían sobre las iniciativas del consejo.

—Somos una organización integrada por voluntarios de todos los sectores del mundo editorial, desde libreros a escritores y bibliotecarios, pasando por editoriales, agencias y grupos comerciales de la gran ciudad —explicó Viv—. El Consejo y el Gobierno colaboran en varios proyectos de gran envergadura. Pero, en líneas generales, lo que hacemos es intentar utilizar los libros de diferentes maneras para subirles la moral a los soldados que están combatiendo en el extranjero y para recordarles a los americanos que no están en el frente por qué estamos participando en esta guerra.

—Vamos, para subirles la moral mientras libran las batallas en lugar de los hombres poderosos… —comentó la bibliotecaria, dejando ver un destello de personalidad por debajo del frío mármol.

—Bueno, sí.

Viv no pudo evitar darle la razón, a pesar de que estaba mal visto que admitiese un sentimiento así. Entre otras cosas, su trabajo consistía en subir la moral.

—¿Y qué es lo que la ha traído hasta nuestra biblioteca?

Viv suspiró, preguntándose por dónde debía empezar. Acto seguido, decidió soltarle toda la triste historia.

La bibliotecaria escuchó con toda su atención mientras Viv le contaba su guerra contra Taft, las malas artes con las que el senador se había vengado mezquinamente de los demócratas, y la política censora, que con gran facilidad podía convertirse en algo aún más peligroso si Taft acababa algún día, como pretendía, en la Casa Blanca.

—Todo esto suena a *vendetta* —dijo la bibliotecaria después de un reflexivo silencio. *Vendetta.* A Viv le gustaba la palabra, la imagen que dibujaba. De nuevo, pensó en cómo se cuentan las historias, cómo se consigue que a la gente le interesen las cosas. Las *vendettas* siempre resultaban interesantes. Bastaba con pensar en la perdurable popularidad de *Romeo y Julieta* para saber que era así—. Ojalá pudiese ofrecer yo algo que sirviese de ayuda —continuó la bibliotecaria—. Pero creo que no tengo nada.

Viv movió la cabeza mientras seguía persiguiendo la idea que se le había ocurrido.

No había conseguido elaborar el relato adecuado de esta batalla contra Taft. Las Ediciones de las Fuerzas Armadas se habían visto arrastradas por el follón mayor de la Ley de Voto Militar, que se había vuelto tan enrevesada que las bocas se abrían con disimulo cada vez que alguien intentaba entrar en detalles.

Los americanos estaban agotados de preocuparse por tantas cosas. Los apuros de un programa de libros gratuitos difícilmente podían crear oleaje en el océano de dolor, muerte y dificultades que era esta guerra inacabable. Sobre todo, cuando la gran pelea siempre había sido por el derecho de los soldados al voto.

Pero aquí había una historia valiosa que contar, una historia que Viv sabía que al público le importaría si se le hacía entender lo que estaba en juego.

¿Una *vendetta* contra un programa cuyo único objetivo era ofrecer un poco de entretenimiento a los soldados? Eso sí que llamaría la atención del público.

—En realidad —dijo Viv—, puede que haya sido usted de más ayuda de lo que imagina. —A la vez que la bibliotecaria soltaba una risita incrédula, Viv se puso en pie y cogió el bolso. Su mente ya iba tres pasos por delante: estaba ya en la calle, corriendo hacia el metro, ansiosa por poner en marcha su nueva idea. Entonces hizo una pausa y miró a la mujer a los ojos—. Créame, lo ha sido. —La bibliotecaria esperó, como si notase que venía otra pregunta—. ¿Puedo volver?

—Por supuesto —dijo la bibliotecaria con aquella contracción de los labios que era casi una sonrisa—. Nuestra biblioteca está abierta para cualquiera que la necesite. Siempre.

# Capítulo 6

*Berlín*
*Enero de 1933*

Lo primero que vio Althea fue la antorcha.

Se quedó paralizada. ¿Era una turba o una celebración organizada?

Pasó corriendo un joven, los faldones de la chaqueta agitándose a los lados. De no haber visto el fugaz destello de su amplia sonrisa, Althea también habría echado a correr para huir de una amenaza desconocida. En cambio, pegó la espalda contra el muro de piedra del puente. Para quitarse de en medio, sí, pero también para observar.

Aquel hombre no iba solo.

Tras él desfilaba un grupo de jóvenes con antorchas, las siluetas titilantes de las llamas alzándose orgullosas en la oscuridad. Hombres vestidos con las camisas pardas y negras que Althea identificó como las del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán flanqueaban la multitud como si fueran guardias.

Las voces llegaban de todas las direcciones, mezclándose y rodeando a Althea, que sintió que su impulso de huir había cesado por completo para dar paso a un deseo de sumarse a las filas, a su alegría, a su palmario triunfo.

Decidió arriesgarse, y, acercándose a la transeúnte más cercana, la agarró de la muñeca.

—¿Qué ha pasado?

—Hitler es canciller —dijo la mujer con una expresión de júbilo y de algo cercano a la chifladura en el rostro—. Pronto seremos libres.

Althea soltó un grito ahogado, pero la mujer ya estaba lejos. ¿Sería esto lo que había hecho sonreír a Diedrich hacía tan solo unos días? ¿Acaso sabía él entonces que esto iba a suceder?

Lo cierto era que fue la primera vez desde hacía varias semanas que Diedrich se mostraba optimista respecto al estado de su partido. Hasta entonces había parecido frustrado porque el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (o NSDAP, como lo llamaban los alemanes) seguía tambaleándose por efecto del golpe recibido en las elecciones de noviembre, cuando perdieron escaños a pesar de los revolucionarios, y carísimos, esfuerzos de campaña.

Ciertamente, su entusiasmo por la causa no había menguado. A ojos

de Althea —que rara vez, por no decir nunca, había prestado atención a la política antes de ir a Berlín—, la pasión de Diedrich había sido de lo más estimulante.

—¿Canciller? —le preguntó Althea a uno de los escandalosos jóvenes.

—¡Canciller! —asintió el joven, echando hacia atrás la cabeza para gritárselo al cielo nocturno, lo que provocó una vibrante ola de vítores entre la multitud.

Muchos de los hombres hicieron el saludo que Hitler había adoptado como suyo.

Las llamas de las antorchas brillaban sobre las cabezas de los manifestantes mientras se dirigían hacia Alexanderplatz. Althea vaciló un segundo, dos, y después se dejó arrastrar por la marea de cuerpos que gritaban consignas que ella entendía solo a medias.

De nuevo, como en el mercado, Althea esperaba sentirse desconectada, abrumada. En cambio, se incorporó a la enloquecida muchedumbre como una más, azuzada por la euforia generalizada.

—Y esto ¿cómo ha pasado? —le gritó a la joven que tenía al lado, pero no obtuvo respuesta. Qué boba había sido pensando que se la daría.

La multitud, guiada por la luz de las antorchas, atajó por la orilla del Spree en dirección a la Cancillería del Reich. Cantaban en alemán, lloraban, reían, bailaban, y Althea lloraba, reía y bailaba con ellos; en su sangre palpitaba el patriotismo por el país de sus antepasados, embriagador, ardiente, irresistible, a pesar de ser un tipo de orgullo completamente nuevo para ella.

En el mes que llevaba en Berlín, Alemania había empezado a parecerle más suya de lo que nunca le pareció el Maine rural. Esperaba sentirse como Alicia, tirada en medio del País de las Maravillas, rodeada de cosas un poco torcidas y bocabajo o del revés. En cambio, no conseguía sacarse de la cabeza la idea de que era su vida de antes la que estaba distorsionada.

Althea siempre había sido una niña extraña. Las demás niñas de la pequeña escuela de Owl’s Head no se habían cortado a la hora de señalar todas sus rarezas: que si era demasiado pequeña, que si demasiado lista, que si demasiado pálida o demasiado pobre, que si levantaba la mano cuando se sabía la respuesta a una pregunta, lo cual, le decían, sucedía demasiado a menudo.

A través de los cuentos había escapado de las crueles pullas de sus compañeras, y, cuando los aburridos libros de la estantería de su madre dejaron de bastarle para entretenerse, empezó a contar sus propias historias.

Al principio versaban sobre princesas, dragones y castillos; la fantasía como un refugio para su mente infantil. Pero, a medida que se

fue haciendo mayor, iban madurando con ella. Se convirtieron en un prisma a través del cual veía el mundo, su crueldad, su belleza. Había empezado a utilizar las historias como un modo de comprender las razones por las que aquellos otros niños, y más adelante otros adultos, eran a la vez crueles y bellos. Lo que no había sabido ver era la distancia que esto le permitía poner entre ella y otras personas (ella, la espectadora, la creadora, la lectora, y ellos, los personajes, los temas, las marionetas).

A medida que se iba enamorando cada vez más de Berlín —del anonimato que hasta entonces no había conocido, de las luces brillantes, de las risas, de las calles, que parecía que no terminaban nunca, sino que llevaban a lugares nuevos en los que nunca había estado—, fue comprendiendo hasta qué punto se había vuelto asfixiante aquel deseo de autoprotección.

Era difícil romper el hábito, sobre todo cuando se aturullaba, como cuando Diedrich flirteó con ella en el mercado de invierno. Pero Berlín la estaba ayudando a darse cuenta de que no necesitaba esconderse dentro de una novela para escapar de la vida. A veces, la vida era suficiente.

Así pues, ¿cómo no iba a fascinarla la oleada de nacionalismo alemán que arrasaba la ciudad?

Para cuando llegaron a la plaza de enfrente de la Cancillería, Althea tenía los dedos entumecidos por el frío, pero no era el momento para pensar en algo tan prosaico como el clima.

—Allí.

A su lado, alguien dio un grito ahogado y señaló con el dedo. En la ventana había una sencilla silueta negra, la figura poco impresionante de un hombre que había impulsado a miles de personas a echarse a la calle aquella noche.

Para cuando *Herr* Hitler abrió los ventanales para saludar a sus fervientes simpatizantes, la plaza estaba tan llena que Althea se quedó apretujada entre los estudiantes de su alrededor. Las lágrimas surcaban las mejillas de la chica de su izquierda, y a su derecha un chico tenía el brazo subido y miraba a Hitler con evidente devoción en el rostro ladeado.

El nuevo canciller no habló, para desilusión de Althea; su talento discursivo era legendario.

Eso sí, Hitler los observaba y parecía recrearse en los gritos de amor y fidelidad. Althea estaba lo bastante cerca del frente de la multitud como para imaginarse que veía que su boca se curvaba en una sonrisa ufana.

La muchedumbre estaba completamente a gusto, satisfecha de la fiesta improvisada; la cerveza se materializaba como por arte de magia en las manos de los hombres, las canciones iban *in crescendo*.

Estallaron un par de altercados, pero la violencia fue cortada de raíz por los camisas negras que estaban apostados aquí y allá entre el gentío.

Althea vio a unos hombres congregados cerca de la puerta del edificio, y reconoció a *Herr* Joseph Goebbels de una cena de presentación a la que ella asistió nada más llegar a la ciudad. Fue un momento especial cuando habló con él, ya que fue él mismo quien la invitó a Berlín. En sentido estricto, su viaje estaba financiado por el partido nazi, pero Diedrich le dijo que era el proyecto personal de Goebbels. A Althea le impresionó su valoración del inmenso papel que los libros, el arte e incluso medios nuevos como el cine podían desempeñar en la política.

Diedrich le dijo que Goebbels estaba destinado a un cargo ministerial en el sector de la cultura si Hitler terminaba siendo canciller. Esto, sin duda, explicaba su expresión engreída de los últimos tiempos.

La luz de la farola alumbró una cabellera rubia que había junto a Goebbels, y a Althea se le cortó la respiración.

Diedrich.

Pensó que de haber sido un poco más corpulenta no habría podido abrirse paso hasta las primeras filas, pero al ser menuda consiguió colarse por los huecos libres y logró escapar de la maraña de cuerpos.

Dio un traspié, pero no fue a más porque en un abrir y cerrar de ojos los brazos de Diedrich la rodearon, cálidos y reconfortantes y con el suave olor a tabaco de siempre. Althea hundió el rostro en su pecho y giró en sus brazos mientras ambos reían lisa y llanamente porque estaban felices.

—Ya verás —le susurró Diedrich, pegó los labios a su sien y se detuvo—. Ya verás cómo va a mejorar todo a partir de ahora.

Althea no lo dudaba. De sobra sabía, gracias a los amigos de Diedrich, lo urgente que era conseguir que Hitler asumiese una posición de poder. Lo veían como su única esperanza, su faro, el salvador que iba a librarlos de aquellos hombres que querían mantener a Alemania encerrada en la pobreza tan solo porque querían llenarse los bolsillos. Aquellos hombres que querían que Alemania se inclinase ante los caprichos crueles de un mundo que la había culpado por la totalidad de la Gran Guerra, un mundo que quería hurgar en la herida y dejar morir a los alemanes sin mostrar compasión. Los «criminales de noviembre» que habían aceptado el armisticio ya habían firmado el certificado de defunción del país.

—Lo sé —susurró Althea, levantando el rostro para sonreír a Diedrich.

Este vaciló un instante antes de posar los labios sobre los suyos. Sabía a *whisky* y a felicidad, y, cuando Althea soltó un grito de

sorpresa, él deslizó la lengua en su boca.

Un escalofrío de deseo la recorrió de arriba abajo y se apretó contra él…, necesitada, confundida. La arrolló un placer que nunca había conocido.

Tenía veinticinco años, y este era su primer beso.

Diedrich se apartó después de depositar un casto beso sobre la comisura de sus labios. Una infinita ternura destelló por detrás de sus ojos, y de nuevo se rio.

—Venga, cariño, vamos a buscar champán —dijo.

Althea se dejó llevar.

Al fin y al cabo, Adolf Hitler había llegado al poder.

Era una noche para festejar.

# Capítulo 7

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

Aunque Viv se había burlado de la imitación que hizo Harrison de la gran escena final de un libro sobre el enfrentamiento que ella tuvo con Taft, cuando volvía de Brooklyn en metro, ya no recordaba por qué se burló.

A los americanos que se estaban dejando la piel en una guerra que parecía interminable se les había estado preparando durante años, mediante el cine y la propaganda, para que quisieran un final espectacular en el que triunfasen los buenos, el galán se llevase a la chica y el villano obtuviese su merecido.

Viv podía ofrecerles, al menos, dos de estos tres finales.

Si jugaba bien sus cartas.

El metro se detuvo con una sacudida y Viv salió por las puertas justo antes de que se cerrasen.

La parada solo estaba a un par de manzanas de la sede del consejo, en el New York Times Hall, un teatro enclavado como acurrucado entre los llamativos letreros y las luminosas fachadas de sus vecinos de Broadway.

—Viv, tus cartas —dijo la señorita Bernice Westwood en cuanto vio entrar a Viv en el vestíbulo.

El saludo la desconcertó fugazmente, y los tacones le patinaron sobre el suelo de madera al girarse hacia el escritorio de Bernice.

—Gracias —dijo, la voz un poco entrecortada por el esfuerzo. Cogió el saco, que sabía que estaba lleno de fajos de sobres atados con bramante.

Eran de soldados destinados en el extranjero que escribían para agradecerle al consejo los libros de las Ediciones de las Fuerzas Armadas, pedir más libros o preguntar si podían remitir directamente sus mensajes a los autores. Incluso puede que hubiese algunas cartas escritas por familiares de los muchachos, suplicando que se enviasen a estos ejemplares sobrantes de las novelas más populares. El trabajo de Viv consistía en gran medida en leerlas, contestar en caso necesario y entresacar las más llamativas para cuando vinieran periodistas en busca de citas acerca de la iniciativa.

—Un día tranquilo, ¿no? —preguntó Viv, mirando por detrás de Bernice por si había más sacos. A veces había demasiados para llevárselos de una tacada.

—Mmmm… —murmuró Bernice con aire distraído, y a continuación se inclinó hacia delante y, con los ojos bien abiertos y la barbilla enmarcada por la rubia pelambrera rizada, dijo—: Se rumorea que ayer le tendiste una emboscada a Taft en un asador. ¿Por eso entras corriendo como una gallina?

Viv debería haber sabido que no podía esperar que su humillante espectáculo del restaurante dejase de llegar a oídos del consejo. Sobre todo, teniendo en cuenta que había visto la predecible crónica que publicó el *Post*. Si bien era cierto que quedaba enterrada en las páginas interiores, en el consejo había metomentodos para dar y tomar, y leían religiosamente las páginas anónimas de cotilleos.

—No —dijo Viv, frunció los labios y llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era distraerla con otra cosa—. Es que se me ha ocurrido una idea de cómo enfrentarme a Taft.

—Cuenta —la apremió Bernice.

—Antes tengo que exponérsela al señor Stern. —Viv alargó la mano y le dio un apretón de manos a modo de disculpa—. Deséame suerte.

Bernice hizo un mohín, pero enseguida lo cambió por una sonrisa radiante.

—Estás haciendo lo mejor para los chicos, ¿sabes? Porque no te rindes —dijo.

Viv no se molestó en señalar que lo más probable era que fracasase estrepitosamente, como venía haciendo en los seis últimos meses. Había aprendido tiempo atrás que, cuando finges confianza en ti misma, la gente empieza a creer que sabes lo que haces.

—Taft no va a saber de dónde le ha venido el golpe —dijo en cambio, y le guiñó un ojo a Bernice.

El señor Philip van Doren Stern, el jefe del consejo, era un hombre amable, alto y flaco y de cara alargada. Las gafas de montura de alambre y el estilo conservador de sus trajes le daban un aspecto serio que Viv no tardó en comprender que era un modo de camuflar su humor sutil y su naturaleza pícara.

Con las cartas bajo el brazo, Viv llamó suavemente a la puerta abierta de su despacho.

La sonrisa que el señor Stern había estado a punto de ofrecer se transformó en un ceño fruncido cuando vio quién llamaba. Viv debería haberse imaginado que, si los rumores de su plan de enfrentarse a Taft habían llegado hasta Bernice, razón de más para que le hubieran sido comunicados al presidente del consejo.

—Señora Childs.

Viv se estremeció al oír la reprimenda que tan fácilmente acababa

de echarle con la mera pronunciación de su nombre. La decepción del señor Stern cayó con todo su peso sobre sus hombros. Él había corrido un riesgo al volver a contratarla el otoño anterior, justo después de morir Edward, y lo último que ella quería era defraudarle.

—Ya lo sé. No debería haberlo hecho —dijo ahora, entrando con cautela en su despacho—. Pero se me ha ocurrido un plan mucho mejor. Hasta puede que funcione y todo… —añadió con tono jocoso.

—Ay, Vivian… —Suspiró el señor Stern, y a continuación se levantó a servir dos copas de *whisky*, hizo chinchín y le dio la suya a Viv—. Puede que haya llegado el momento de tirar la toalla.

—Pero el Congreso cambia las leyes todos los días —observó Viv.

Esto era lo más importante de su idea. El proyecto de ley para conceder el voto a los soldados ya era ley, pero eso no impedía que se eliminase de ella la enmienda censora de Taft.

—Sí, ¿y?

—Y, para empezar, en realidad, a nadie le gustó la prohibición de Taft —continuó Viv, decidida—. Lo que pasa es que no querían que pusiese en peligro el proyecto de ley del voto militar.

—No querían enfrentarse a Taft —añadió suavemente el señor Stern —. Y seguirán sin querer enfrentarse.

—Por eso tenemos que convencerlos de que políticamente es más ventajoso que se pongan de nuestra parte —dijo Viv con más convicción de la que sentía. Había aprendido de primera mano que eran pocos los colegas de Taft dispuestos a ponerse a malas con él—. Mi error fue centrarme en Taft. Tenemos que centrarnos en todos los demás y enseñarles que en lo que respecta a esta cuestión se han equivocado de bando.

—Y ¿cómo propones que lo hagamos? —preguntó el señor Stern, frotándose el ceño con el pulgar como si estuviese manteniendo a raya una migraña. No sería la primera vez que comparaba a Viv con una migraña en ciernes.

—Convenciendo a sus votantes para que armen un alboroto al respecto —contestó Viv, cada vez más entusiasta—. Y, para eso, organizamos un acto. —El señor Stern hizo un gesto con la mano para animarla a desarrollar su idea—. Organizamos una actividad, invitamos a los medios de comunicación, al mundo editorial, a los bibliotecarios, a nuestros mejores autores —dijo Viv, soltando palabras a borbotones. El concepto aún estaba a medio hacer, pero cuanto más hablaba del tema más se convencía de que tenía posibilidades de funcionar—. Llamaré a los diarios más importantes para informarles. Incluso hay varias personas en la radio a las que puedo dar un toque. —Hizo una pausa y cogió aire—. No hay suficientes personas que sepan lo que está en juego con esta enmienda. Tenemos que hacerles ver por qué es importante.

—Y esta vez, el proyecto de ley del voto no enturbiará las aguas —dijo el señor Stern, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Si ponemos a la opinión pública de nuestra parte, los congresistas no podrán seguir ignorando el tema. Las cosas solo les importan de veras cuando afectan a sus oportunidades para salir reelegidos, ya lo sabes. Necesitamos que comprendan que esto podría dañar sus fondos de reserva para la campaña electoral. Taft intimidó a la suficiente cantidad de colegas para sacar adelante esta enmienda. Pero, en cuanto hagamos caer sobre sus cabezas todo el peso de la indignación de la opinión pública, cambiarán de bando en un abrir y cerrar de ojos. —Chasqueó los dedos—. Las buenas historias necesitan un villano, y por suerte para nosotros Taft se ha ofrecido a serlo en bandeja de plata. —Quizá se habría sentido culpable si, al estar retratando a Taft como un bestia despiadado y ambicioso, pensara que no lo era. Pero lo que había debajo de aquella fachada campechana era exactamente eso, así que no tuvo el menor reparo en desenmascararlo—. Puedo hacerlo —prometió Viv, creyéndoselo en líneas generales. O al menos en parte, y con eso bastaba—. Sentamos las bases con artículos y textos de opinión bien colocados. Nos empiezan a hacer caso nuestros simpatizantes habituales, y poco después los grandes donantes políticos y el público general. Todo irá ganando fuerza hasta el gran día. —Era evidente que el señor Stern titubeaba. Todavía no estaba convencido; como rostro público de la iniciativa, tenía que llevar en palmitas a los legisladores, aunque quisieran destruir el consejo. Por el contrario, como hombre que creía en lo que hacía, tenía tantos deseos como ella de que se echase abajo la enmienda—. Un acto, aquí mismo y con oradores voluntarios —dijo Viv para engatusarlo—. Y a un coste mínimo para el consejo.

Instintivamente, Viv metió la mano en el saco que le había dado Bernice. Sabía que el señor Stern apreciaba la importancia que tenía el programa de las Ediciones de las Fuerzas Armadas para los soldados. Aun así, había una diferencia entre saberlo en teoría y leer las cartas cada día, como hacía ella.

Sacó un puñado, echó un vistazo y le tendió la carta perfecta.

*A quien corresponda:*

*Soy el sargento Billie Flick. Estoy con el 107. No soy escritor ni nada, no se me dan bien las palabras, pero quería intentar agradecerles los libros que están enviando. Hace tres días perdimos a un chaval. Había mentido en la hoja de reclutamiento, dijo que tenía más de dieciséis años, que eran los que en realidad tenía. Le*

*llamábamos Cisco porque venía de San Fran.*

*Sus últimos días, lo único de lo que hablaba era de uno de los libros de ustedes.* Viento, arena y estrellas*, se llamaba, y ¡anda que no se reían del título los muchachos! Le decían a Cisco que se apuntase a un salón literario. Y él decía: no, en serio, tenéis que leerlo. Trata sobre «los lazos de amistades forjadas a fuego». Con esas palabras lo decía; ¿se imaginan?*

*Un francotirador alemán aburrido le pegó un tiro mientras Cisco meaba fuera de los barracones. No lo vio venir, lo cual siempre es de agradecer.*

*Seguramente a Cisco no lo recordarán más que su madre y su familia. Era valiente de una manera tranquila, propia de alguien que mintió para conseguir que lo destinasen aquí. No salvó a nadie, ni cambió el curso de la guerra. Pero merece que alguien más, aparte de nosotros, sepa algo de él.*

*Y me gusta pensar que continúa viviendo en cualquier hombre que lleve en su bolsillo un ejemplar de aquel libro. Así que gracias.*

*Respetuosamente,*
*Sargento William Flick, 107*

Viv se preguntó si Billie se habría dado cuenta de que ni siquiera había llegado a incluir en su carta el verdadero nombre del chaval. De todos modos, tampoco importaba. Para aquellos hombres, aquel chaval había sido Cisco, y probablemente lo olvidarían después de que experimentasen diez o doce muertes más.

Así era la guerra. Todo el mundo tenía alguna historia conmovedora que contar; sin embargo, por eso mismo, era casi como si no hubiese historias.

—Con la enmienda de Taft, habría estado prohibido incluir ese libro en la serie.

El señor Stern no dijo nada, pero tampoco le devolvió la carta. La plegó y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Y ¿cuándo sería ese gran acto?

Viv, sin perder el tiempo en dar palmas, se puso a pensar en cómo organizarlo todo.

Iba a tener que ponerse manos a la obra, hacer que corriera la voz, invitar a la prensa, a los legisladores, a todos los voluntarios del consejo. Formar una alineación imbatible de ponentes invitados.

Esto último era lo más difícil, la clave de su plan. Si quería conseguir un final triunfal, necesitaba oradores capaces de dar discursos que persuadieran al más cínico o agotado de los oyentes.

—A finales de julio.

Quedaba solo un poco menos de tres meses.

—¿Cuántos ayudantes necesitas? —preguntó el señor Stern.

—Lo haré casi todo yo sola —prometió Viv, mirándole a los ojos—. Necesitaré ayuda cuando llegue el día, pero la mayor parte del trabajo consistirá en coordinar contactos que ya tengo.

—No debería dar luz verde —dijo el señor Stern, clavando los ojos en la copa vacía. Después se llevó la mano a la chaqueta, al lugar exacto en el que estaba la carta—. De acuerdo, Vivian —añadió, mirándola a los ojos—. Pero te olvidas del principal escollo.

Viv repasó atropelladamente todos los preparativos.

—¿Cuál?

—Conseguir que asista Taft —dijo el señor Stern con una expresión que alternaba entre el humor y la pena—. Y que no se marche hecho una furia cuando se dé cuenta de lo que está pasando.

Al tocar el hueco que había ocupado su alianza, Viv sintió una opresión en el pecho.

La respuesta a este problema era obvia, pero eso no significaba que fuera fácil.

Pensó en el nerviosismo y en el silencio que se hizo. Después suspiró, aceptando lo que había que hacer.

—De eso me encargo yo.

# Capítulo 8

*París*
*Octubre de 1936*

—Buenos días —dijo Hannah en alemán al abrir la puerta de la Biblioteca de Libros Quemados, en el número 65 del bulevar Arago, tres días después del incidente ocurrido delante de la tienda de violines.

La biblioteca estaba enclavada en un rincón lejano de Montparnasse, una zona de la orilla izquierda del Sena, pero a pesar de estar tan apartada atendía diariamente a una cantidad de gente nada desdeñable. Tres usuarios alzaron la mirada para devolverle el saludo.

Hannah se sintió reconfortada al verlos. Su mera presencia era un antídoto contra el odio que presenciaba tan a menudo. Muchos de los filósofos, pensadores, estudiantes y lectores que acudían a la biblioteca eran exiliados judíos, y Hannah sentía ahora un vínculo con ellos que en Berlín nunca había sido tan fuerte.

Sus padres habían sido prácticamente laicos, cercanos al movimiento reformista del judaísmo que había nacido en su país. Su familia celebraba el *sabbat*, asistía a las ceremonias del templo y mantenía los principios éticos de la fe, pero hacía menos hincapié en las leyes y los ritos judíos privados que las corrientes más conservadoras.

Esto siempre le había convenido a Hannah, que nunca era capaz de reconciliar del todo quién era ella —a quién amaba— con ninguna religión que condenase su estilo de vida.

Sin embargo, desde que estaba en París y trabajaba en la biblioteca, sus opiniones estaban cambiando. Justo el mes anterior, con otros muchos miembros de su nueva comunidad, había celebrado el Rosh Hashana, había ayunado en el Yom Kipur, había recordado durante el Sucot la larga historia que los vinculaba a todos…, la historia de un pueblo forzado al exilio, perseguido y, aun así, siempre capaz de encontrar la luz.

Algunos miembros de la junta directiva de la biblioteca eran practicantes estrictos, algunas trabajadoras llevaban un colgante de la estrella de David bajo la blusa, y, aunque Hannah no tenía intención

de sumarse a ellos, le parecía hermoso que, a pesar del odio que se les profesaba en el resto del mundo, su sensación de pertenencia a la comunidad judía se hubiese fortalecido en lugar de disminuir.

Cuando se instalaba detrás del mostrador para empezar su turno, sonó el timbre que había encima de la puerta. Entró Otto Koch dando un traspié, con el periódico bien agarrado. Hannah intentó no suspirar al ver al muchacho.

Aunque muchacho quizá no era la palabra adecuada para referirse a Otto. Al igual que ella, ya tenía veintimuchos años; era, según la definición de la mayoría de las sociedades, un hombre. Pero Hannah siempre le vería como el dulce compañero de estudios que hablaba demasiado deprisa y con demasiada vehemencia, y que se desollaba las rodillas cada dos pasos.

Incluso tropezó dos veces más mientras cruzaba el pequeño tramo que le separaba del mostrador.

—Hannah.

Lo dijo sin resuello. Tenía la cara roja, y sin dejar de jadear apoyó casi todo su peso sobre la madera maciza.

—¿Quieres agua? —preguntó Hannah mirando las gotas de sudor que le perlaban el nacimiento del cabello.

—No —soltó de manera entrecortada, más respiración que voz.

—A ver, que adivine… —dijo Hannah, abriendo la portada de *Siddhartha*, de Hermann Hesse. A pesar de que Hesse había sido más bien apolítico en la época del gran exilio de los escritores alemanes, los nazis no veían con buenos ojos sus vínculos con aquellos que no tenían pelos en la lengua. Y, por consiguiente, se había ganado un puesto en la biblioteca—. Uno de tus autores americanos del alma va a dar una charla en París.

—Qué más quisiera yo —dijo Otto, los ojos como platos.

—Uno de estos días voy a obligarte a leer varios libros escritos por mujeres, para que se te pase este encaprichamiento —le reprendió Hannah, pero sin acalorarse.

—El fuego de mi amor es eterno —suspiró Otto con aire dramático, echándose sobre el mostrador y, al parecer, con los pulmones recuperados.

—¿Por qué estás así? —preguntó Hannah, acercándose a las estanterías y sabiendo que Otto la seguiría diligentemente.

Metió un panfleto de un célebre filósofo nazi junto al *Mein Kampf* de Hitler. Nada más entrar a trabajar en la biblioteca, la portada roja la había repugnado. Pero el fundador de la biblioteca, Alfred Kantorowicz, había insistido en que todos aquellos libros y documentos que ayudasen a informar a los lectores sobre el hitlerismo y el fascismo merecían un lugar en las estanterías. El conocimiento era poder. Y, si fuera de Alemania hubiese más gente que leyese el

manifiesto de Hitler, había dicho, no tendrían tantas ganas de contemporizar con aquel loco.

—Va a haber una feria de libros —dijo Otto, pisándole los talones a Hannah y sacando algunas novelas de su sitio mientras avanzaba, como un gato incapaz de dejar de toquetear y destrozar todo aquello a lo que pudiese echarle la zarpa—. Va a ser en el bulevar Saint-Germain, y los nazis estarán allí, alardeando de su mejor literatura.

El recuerdo de una dulce carita redonda y pecosa y una sonrisa tímida asomó por detrás de las murallas que con tanto cuidado había levantado Hannah. Una boca carnosa y un ingenio agudo. Un cabello increíblemente denso que suplicaba que unos dedos se enredasen en él…

Althea.

En los recovecos más delicados de su cuerpo se instaló un dolor que ya no era insoportable, sino sordo e insistente, un recordatorio de que Hannah se había roto.

—No existe eso que llaman la buena literatura nazi —dijo Hannah, logrando mantener la voz uniforme y áspera.

Le fastidiaba haber pensado ya dos veces en Althea en los últimos días.

«El fuego de mi amor es eterno», había dicho Otto. Pero de ellos dos Hannah era la práctica, y la cosa no funcionaba así. Para ella, lo único que ardía eternamente eran el rencor y las naves que uno quemaba.

—Da igual. En cualquier caso, van a fanfarronear —respondió Otto —. Tenemos que contraatacar.

Hannah se detuvo delante de la sección de Ernest Hemingway, un hombre con el que muchas personas de su círculo literario parisino habían tenido una amistad muy estrecha. Por vez primera desde que Otto había irrumpido en la habitación, le hizo caso.

—¿De qué estás hablando?

Otto, con la mirada sombría, se apoyó contra los estantes.

—Nunca me escuchas.

Hannah no pudo evitar una sonrisita al oír la quisquillosa queja de Otto. Ambos se habían criado en los acaudalados barrios de la periferia de Berlín. Sus familias habían sido muy amigas y siempre los habían juntado, primero como compañeros de juegos y después como potenciales «amigos especiales». Dado que Hannah nunca había podido ver a Otto como algo distinto de un hermano —sentimiento correspondido por Otto—, habían decepcionado profundamente a sus padres.

Pero de todos modos se habían vuelto inseparables, contrariamente a la idea de que dos personas de sexo opuesto no podían ser amigas. Hannah pensaba que quizá tenía que ver con el hecho de que ni a él ni a ella les atraían especialmente los miembros del sexo opuesto, pero

no era un tema al que ella le diese muchas vueltas.

Ahora, le alborotó el pelo, sabiendo que Otto tardaba horas en peinárselo exactamente a su gusto. Otto intentó darle un manotazo, pero Hannah ya había echado a andar.

Cuando dobló la esquina, con un libro de Helen Keller en la mano, Otto la cogió de la muñeca.

—Te estoy hablando en serio, Hannah.

Otto se enamoraba y se desenamoraba de todas las causas. Siempre había algo de lo que hablaba en serio. Pero Hannah vio que su mirada era firme, que sus labios dibujaban una línea recta y fina, y dijo:

—De acuerdo. ¿Qué propones que hagamos, exactamente?

—Trazar un plan genial para humillarlos mientras están aquí —susurró él con tono cómplice, y Hannah intentó no volver a poner los ojos en blanco—. ¿Qué tal si hablamos de ello tomando un vino?

Hannah echó un vistazo al reloj de pared del rincón.

—Termino a las cinco.

—¿Quedamos en nuestra cafetería? —preguntó Otto, y respondió al gesto afirmativo de Hannah dándole un beso en la mejilla.

Hannah le miró mientras se alejaba y se esforzó por no pensar en Althea, en la suavidad de su piel, en la cama calentada por la luz del alba que se colaba por la ventana. Y, después, habían llamado a la puerta… Tampoco quería pensar en eso.

Al acabar su turno, Hannah salió de la biblioteca al fresco aire otoñal y se dirigió hacia el café que estaba a unas pocas manzanas de distancia.

No tenía ninguna prisa, así que disfrutó de la luz del atardecer en la orilla del Sena. A Hannah no le entusiasmaba tanto París como a Otto. Le gustaba mucho, sí, pero a sus ojos el Sena no tenía punto de comparación con el Spree berlinés.

«Lo dices por llevar la contraria», la había acusado Otto cuando Hannah había comparado los dos ríos. Y puede que llevase razón. París no era su hogar, jamás sería el hogar que elegiría. Pero era un refugio, y, por ahora, eso era muchísimo más importante.

Lo único que lamentaba de haberse marchado de Berlín era no haberlo hecho antes, cuando todavía no había conocido a Althea James. No haber sido capaz de convencer a Adam para que hiciera las maletas y huyese también del país. Tal vez así no vería, cada vez que cerraba los ojos, el labio partido, la nariz rota, los cardenales de debajo de aquellos ojos angustiados.

Vio a Otto en la acera, sentado a una mesita.

Mientras Hannah pedía algo de beber, Otto prácticamente temblaba de impaciencia. Olvidado entre sus dedos estaba el cigarrillo que había apurado hasta la colilla. Hannah lo cogió y lo apagó del todo.

—Conque los nazis vienen a París… —dijo una vez que se hubo

alejado el camarero, un hombre moreno y sensual que la había mirado con unos ojos entornados que Hannah había procurado esquivar.

Sabía que los hombres la encontraban atractiva. Se lo habían dicho tantas veces que tenía que reconocerlo. Entre la melena morena y los ojos claros, las curvas tan bien repartidas, aquel hoyuelo que hacía que a los hombres les flaquearan las piernas y la suave piel que a menudo comparaban con el alabastro… Hannah lo sabía, pero le traía completamente al pairo.

—Te has quedado helada, ¿verdad? —dijo Otto con aire melodramático, como tenía por costumbre.

Hannah sacó un cigarrillo y se dignó conceder una tenue sonrisa al camarero, que le guiñó un ojo mientras le servía el vino.

—Sí, congelada, más bien.

—Eres la monda.

—Y tú empiezas a aburrirme —le soltó Hannah, apartando la cara para no echarle el humo.

—Vale, pelmaza —dijo Otto toqueteando su vaso, en el que había un líquido ambarino. Hannah estaba casi segura de que últimamente él prefería la ginebra, pero lo cierto es que era muy voluble—. No podemos permitir que se salgan con la suya.

—¿Te refieres a que monten una feria de libros? —dijo Hannah, arqueando las cejas.

—No me hables con ese tonito. No hagas como que no comprendes la importancia de esto.

—Vale —dijo ella, evitando mirarle a los ojos.

Otto sonrió con aire triunfal, despatarrándose en la silla. A punto estuvo de hacer tropezar al camarero.

—Perdón, perdón —murmuró, observándolo a través de las tupidas pestañas. Hannah le dio un discreto rodillazo, y Otto hizo un mohín con aire juguetón—. Siempre te toca a ti la gente guapa.

—Pero solo la gente guapa que a mí no me interesa.

—Y a veces la que sí quieres —respondió él, y de nuevo Hannah apartó la vista.

—Hala, hablemos de la feria.

Otto no vaciló ni protestó por el cambio de tema.

—Noviembre. En el bulevar Saint-Germain.

—Sí, eso ya me lo has contado —dijo Hannah con voz cansina.

—Pero no hemos analizado qué vamos a hacer al respecto —dijo Otto, imitando su tono de voz.

—¿Les pegamos un tiro? —preguntó Hannah con expresión inocente.

—Tampoco me parece una sugerencia tan terrible… —dijo Otto con una sonrisa torcida.

—Otto… —murmuró Hannah.

Para él, la solución a los nazis era la violencia. Cuando era más joven no pensaba así… Había sido un chico dulce, tímido, divertido, bueno. Y seguía siendo todas esas cosas, pero en los años transcurridos desde que salieron de Berlín había desarrollado una dureza que a Hannah le daba miedo.

Le recordaba a Adam antes de que se lo llevaran los camisas negras. Su hermano siempre había tenido un firme compromiso con sus creencias, pero aquella primavera, cuando todo se fue al garete, se radicalizó. Se volvió impredecible, testarudo y, si se le provocaba, desafiante.

No quería que le sucediera lo mismo también a Otto.

—¿Y qué sugieres entonces? —preguntó Otto, y apuró la copa de un trago.

Hannah se preguntó cuántas copas llevaría ya y se reprendió a sí misma por pensarlo.

Ninguno de los dos estaba en su mejor momento.

Ella se quedó pensando, frotándose distraídamente los callos de los dedos. Le gustaba que le hubieran salido; eran una señal tangible de la labor que estaba llevando a cabo para combatir a los fascistas. Aunque no había recurrido a las balas y las bombas como querían los jóvenes radicales, sus esfuerzos no eran menos importantes en esta batalla.

Los partidarios de la violencia no entendían que, por mucho que las espadas pudieran destruir cuerpos, la pluma podía destruir a una nación.

Si los nazis iban a venir a París a presumir de su «literatura», solo había una manera de responder a este particular grito de guerra.

—Lo que siempre sugiero —dijo Hannah con tranquila convicción —. Un libro.

# Capítulo 9

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

Al término de la reunión con el señor Stern, Viv decidió acortar la jornada laboral y volver al apartamento del Upper West Side que compartía con su suegra, Charlotte.

El resto de la tarde habría sido improductivo, teniendo en cuenta que era incapaz de pensar en nada que no fuera lo que iba a tener que hacer para asegurar la presencia de Taft en el acto. Al inicio de todo esto, se había mantenido inflexible respecto a quién quería —y, lo más importante, a quién no quería— pedir ayuda. Pero sabía mejor que nadie que hasta los planes mejor trazados podían malograrse.

Se toqueteó con el pulgar el espacio vacío del dedo anular mientras doblaba por Columbus Circle. Cerca, en la esquina de la calle Sesenta con Broadway, un anciano vendía libros, y Viv trataba de comprarle algo cada vez que pasaba por allí.

El hombre masticó la punta de la pipa apagada mientras observaba cómo los dedos de Viv bailaban por los lomos de sus preciosas mercancías.

—¿Le apetece algo?

En su voz ronca, envuelta en humo, estaba contenido todo Nueva York.

Fuera cual fuera la respuesta que iba a darle Viv, murió en su garganta al ver un libro verde con el título impreso en dorado.

*Oliver Twist.*

A punto estuvo de llorar, o de reír, o de una mezcla de ambas cosas. No era de las que creían en el destino cuando la casualidad bastaba y sobraba como explicación, pero no podía ignorar esta señal en particular.

«Me recuerda a Hale», había escrito Edward. Muy pocas veces habían hablado del hermano de Edward, y a veces Viv se preguntaba si Dios se habría estado riendo de ella cuando apareció mencionado en la última carta de Edward.

Sacó la novela del hueco que ocupaba junto a sus compañeras y se la enseñó al anciano, que la miró con una sonrisa en la que faltaban tres dientes y citó a Dickens: «Hay libros cuyos lomos y cubiertas son,

con diferencia, lo mejor».

—Pero no es el caso de este —dijo Viv, lo que le valió un gesto de asentimiento del anciano.

—Pero no es el caso de este —convino el hombre, y cogió el dinero y se lo metió bajo la gorra de pescador que le cubría la densa mata de pelo blanco.

Con el libro pegado al pecho, Viv reanudó el camino de vuelta. ¿Qué pensaría Edward si pudiese verla en estos momentos, encarada con un poderoso senador?

«Puedes conseguir todo lo que te propongas, cariño», le había dicho Edward después de una de aquellas reuniones de la alta sociedad que siempre dejaban a Viv sintiendo una extraña mezcla de desdén, rabia e ignorancia.

Era incapaz de contar las noches en las que habían acabado así en el estudio de Edward, mucho antes de casarse: él, medio desnudo sobre el sofá de cuero que tanto le gustaba, y ella acurrucada en su butaca favorita, cada uno con su copa preferida mientras diseccionaban los incidentes de la velada.

Era así como más le gustaba imaginarse a Edward: en las horas suaves y vulnerables entre la medianoche y el alba, cuando, recorriendo la gama entera de las emociones humanas, eran a la vez mezquinos, bondadosos, graciosos, pesimistas. Tan profundo era su cariño que a menudo ni siquiera tenían necesidad de hablar, y preferían quedarse cómodamente sentados en silencio.

Viv sabía todo lo que se había chismorreado sobre aquellas noches de saraos en las que se marchaba a casa con Edward. Las mismas autoras de los chismes habían aplaudido el anuncio de su boda, encantadas de que se demostrase que tenían razón, como si sus pullas anteriores no hubiesen estado cargadas de crueldad.

En su momento, Viv se alegraba de que ninguna de ellas supiese cómo era realmente su relación con Edward. Solo lo sabían ellos dos. Era algo sagrado y maravilloso, e inconcebible para toda aquella gente que pensaba dentro de los estrechos límites del amor romántico.

Ahora, esto mismo la hacía sentirse sola. Nadie te preparaba para soportar a solas la amargura de unos secretos que antaño, cuando eran compartidos, habían sido deliciosos.

Poco antes de decirle que podía conseguir cualquier cosa que se propusiera, Edward había estado imaginando maneras, a cuál más divertida, de hacer daño al heredero de los Vanderbilt que había humillado a Viv por su osadía de opinar sobre un tema de actualidad, política o inversiones en el extranjero (ya ni siquiera recordaba de qué se trataba).

«Ven», había dicho Edward, haciéndole una seña. Viv, refunfuñando y un poco tambaleante a causa del champán que le corría por las

venas, se había levantado. Cogiéndola de la mano, Edward la había llevado hasta la ventana que daba a la Sexta Avenida y había abierto de par en par. «¡A rugir!».

Viv se había reído, meciéndose contra su cuerpo. «¿Qué? ¡Estás loco! ¡Y borracho!».

«¡A rugir!», había insistido Edward, y a continuación, echando la cabeza hacia atrás, había lanzado un grito al aire de la noche.

«Santo cielo», había murmurado Viv, pero al ver que Edward la miraba con una sonrisa maliciosa y las cejas arqueadas, puso los ojos en blanco y trató de imitarle.

«Puedes hacerlo mejor», había dicho él. «Eres apasionada, eres lista, eres tozuda y valiente y maravillosa. Y, ahora, ¡ruge!».

Y eso había hecho. Había proclamado a los cuatro vientos todas las decepciones y los sufrimientos de la velada, de un millón de veladas similares, hasta que los pulmones le vibraban y la garganta le dolía.

Después, un hombre les había gritado desde la calle que se callasen de una maldita vez, al más puro estilo neoyorquino. Se habían dejado caer en la alfombra de debajo de la ventana, riéndose y desplomándose el uno sobre el otro.

«Puedes conseguir todo lo que te propongas», había repetido Edward antes de apoyar la cabeza contra la de Viv, empezar a respirar más despacio y quedarse dormido.

Viv había susurrado: «¿Qué haría yo sin ti?».

Ahora, mientras subía en ascensor al apartamento, Viv recorrió con el dedo el título de *Oliver Twist*, y le prometió en silencio a Edward que vencería a Taft.

Edward tampoco había soportado nunca a los abusones.

—¿Eres tú, Viv? —dijo Charlotte en cuanto cruzó el umbral. Viv fue derecha a la cocina, de donde procedía la voz. Su suegra estaba cubierta de arriba abajo por la ración semanal de harina, con una expresión entre culpable y desafiante en el rostro dulce y redondo—. Aaaay…

Viv se sentó en una de las sillas amarillo chillón que flanqueaban la isla de la cocina. El brillante colorido combinaba fatal con las encimeras rojas y los toques turquesa que había añadido Charlotte, pero a Viv siempre le había gustado ese caótico confort. En casa de su tío Horace, donde se crio después de que muriesen sus padres, todo estaba impoluto, todo era armónico, el último grito de la moda. Incluso le daba miedo moverse por la casa, no respirar como es debido. Aquí, con Charlotte, Viv por fin sentía que estaba en su casa.

—¿Galletas? —preguntó Viv.

No era fácil conseguir huevos, mantequilla y azúcar, pero Charlotte se las apañaba. Y tenía un bolso muy profundo, que abría sin dudarlo para mantener en funcionamiento el mercado negro de la calle Treinta

y Dos.

—Tarta —anunció Charlotte, y miró con expresión animosa la capa de polvo blanco que cubría el resto de los cacharros de repostería. Se llevó las manos a las generosas caderas y alzó la vista, esperanzada—. Mejor dicho…, media tarta. —Se encogió de hombros y de nuevo se puso manos a la obra, cascando un huevo en el cuenco—. ¿Has comprado otro libro?

La pregunta tenía un tono de ligera exasperación y regocijo. Se estaban quedando sin espacio para la colección en perpetua expansión de Viv.

—*Oliver Twist* —murmuró Viv, tendiéndole la novela.

El rostro de Charlotte se ablandó y a sus ojos asomaron unas lágrimas que Viv sabía que no derramaría.

—Puedes dejarlo con tus otros ejemplares.

Viv rio débilmente. No podía negar que había adquirido el mal hábito de comprar cada libro de Dickens que se encontraba.

—El día menos pensado tendré una fila entera.

—Y te conocerán como la loca que no podía parar de comprar novelas de Dickens —dijo Charlotte, pasando de la tristeza a un afectuoso tono humorístico. Viv sentía un respeto reverencial por la resiliencia de Charlotte y se apoyaba en ella más de lo que debería, teniendo en cuenta que la mujer estaba de luto por su único hijo, en la misma medida que Viv estaba de luto por su mejor amigo—. ¿Qué tal en la biblioteca, cielo?

Viv se secó las manos húmedas con el faldón amarillo del vestido y juntó los tobillos para evitar que sus pies se pusieran a marcar un ritmo nervioso.

—Creo que voy a necesitar la ayuda de Hale.

—Hale —repitió Charlotte con un tono reflexivo, sin asomo de suspicacia—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?

A Viv sí.

Emmett Hale, el hermano bastardo de Edward, había dejado atrás al desgarbado dependiente de comercio que había sido en tiempos para convertirse en el adorado representante de Brooklyn en el Congreso. Era joven, carismático, apasionado, y se rumoreaba que su carrera política acabaría llevándole hasta la Casa Blanca.

También era el hombre del que Viv había estado convencida, hacía mucho, mucho, tiempo, de que sería el amor de su vida.

Cada vez que se sentía tentada de recurrir a él para que la ayudase a enfrentarse a Taft, algo en su interior se resistía. Por muy importantes que fueran las Ediciones de las Fuerzas Armadas, no podía olvidar que Hale le había roto el corazón. Que la había tratado como si no fuera más que un juguete de verano del que se desprendió una vez pasada la novedad.

Se tocó el anular y fingió no ver que Charlotte se fijaba en el gesto.

—Me temo que ya he llegado a ese punto de desesperación.

—¿Quieres que me encargue yo de contactar con él, cariño?

Si la sugerencia hubiese venido de alguien que no fuera Charlotte Childs, habría podido parecer absurda.

El padre de Edward, Theodore Childs, había amasado una fortuna con el acero. Había participado en el exceso finisecular que los nuevos ricos habían lucido como una medalla, putañeando con cantantes de ópera y actrices antes de virar hacia las calles de mala muerte en las que las chicas no tenían más alternativas.

Una de aquellas chicas fue Mary Kathleen Sullivan. Theodore se aburrió de ella y la dejó embarazada y sin un céntimo.

Theodore hizo como si Emmett no hubiera existido jamás, y la única razón por la que sabían del muchacho fue porque Mary Kathleen se encontró con Charlotte en mitad de la Quinta Avenida, delante de Tiffany's.

De haber podido, Charlotte le habría dado a Mary Kathleen la mitad de la inmensa fortuna de Theodore allí mismo. Pero las esposas tenían recursos limitados, así que le dio todo el dinero que llevaba encima en ese momento y después hizo campaña para obligar a Theodore a mantener a su hijo.

No tuvo mucho éxito, pero al final no importó: Mary Kathleen conoció al señor William Hale, un buen hombre que se casó con ella cuando estaba embarazada de cinco meses, le dio su apellido al niño y se los llevó a vivir al otro lado del río, a Brooklyn.

Pero Charlotte nunca había perdido el contacto con la mujer. Incluso ahora que Mary Kathleen había fallecido, Charlotte seguía quedando a comer con su hijo al menos una vez al mes.

—No. Si la que necesita el favor soy yo —dijo Viv, que en realidad habría querido responder que sí—, tengo que ser yo quien se lo pida.

—Así me gusta. —Charlotte le dio una palmadita en el hombro mientras se dirigía al bien surtido mueble bar—. Esto se merece un oporto.

Otras mujeres habrían puesto agua a hervir, pero Charlotte echó un buen chorro de color ámbar bruñido en dos copas de cristal tallado.

Viv se la quedó mirando. Sentía que un nudo de culpa le oprimía el pecho cada vez con más fuerza. Por un instante fugaz, le reprochó a Edward que la hubiese puesto en esta situación.

Y ello se debía a que Charlotte no sabía que, cuando Viv y ella hablaban del amor de la vida de Viv, cada una se refería a un hermano distinto. Charlotte pensaba que Viv había perdido a su alma gemela, que la historia de amor de Viv y Edward estaba a la altura de las grandes historias de amor de todos los tiempos. Estaba convencida de que las mareantes cumbres de su amor no tenían más parangón —

como era de rigor en este tipo de historias— que las simas de su tragedia.

Lo que Charlotte no sabía, lo que jamás podría saber, era que se trataba de una mentira.

«No se lo digas». Estas fueron las últimas palabras que Edward le dijo a Viv en el muelle, justo antes de embarcar. Viv se las repitió a sí misma infinidad de veces en los meses siguientes. Hubo momentos en los que a punto estuvo de derrumbarse y admitirle a Charlotte que Edward y ella no estaban enamorados cuando caminaban hacia el altar tan solo una semana antes de que él partiera para la instrucción. Pero se había tragado la confesión todas y cada una de las veces, porque estaba prácticamente segura de que Charlotte estaba más tranquila pensando que su hijo había encontrado el amor verdadero antes de morir en la guerra.

Viv cogió la copa de oporto con una sonrisa vacilante y se preguntó cuánto sabría o sospecharía Charlotte de aquel verano en el que Viv había conocido a Hale y a Edward. Se preguntó si realmente estaría engañando a su suegra, o, si el cuento del romance de Viv y Edward, no sería más que una bonita historia que ambas habían convenido en fingir que era verdadera.

# Capítulo 10

*Berlín*
*Febrero de 1933*

Helene Bechstein olía a bolas de naftalina y tenía cierta tendencia a inmiscuirse en las conversaciones de Althea.

—Me tienes que contar lo de la noche de la Cancillería —dijo Helene, sus largos dedos rozando la suave piel del brazo de Althea.

Althea contempló con pesar la espalda del joven poeta que se daba la vuelta; a pesar de que escupía cada vez que se sobreexcitaba con un tema, era una de las pocas personas interesantes que había encontrado Althea durante la velada.

De todos los actos a los que estaba más o menos obligada a asistir como miembro del programa de Goebbels, estas fiestas eran lo más tedioso. Y las que daba Helene —y daba muchas— eran quizá las peores.

Helene estaba casada con Edwin Bechstein, el dueño de una de las principales fábricas de pianos del país. Por su altura y su elegancia, sus pestañas oscuras y su rostro alargado, en su juventud se la debió de tener por una mujer de bandera más que por una mujer hermosa.

Según Diedrich, Helene adoraba a Hitler desde que se lo presentaron hacía más de una década, y había sido una de las damas que le habían hecho de guía por la alta sociedad berlinesa al inicio de su vida en la ciudad.

«Le llama "mi lobito"».

Althea había reprimido una mueca al oír el apodo. No sabía exactamente cuándo había empezado a desencantarse del partido nazi, pero debió de ser más o menos por la misma época en la que Diedrich le contó lo del «lobito» con cara de póquer.

—Fue una noche que no creo que olvide nunca —le dijo Althea a Helene mientras cogía un piscolabis de salmón ahumado.

Si tenía que pasar la velada charlando afectadamente con damas de la alta sociedad, qué menos que aprovechar para meterse cosas ricas ente pecho y espalda.

—Ah, ¡ojalá hubiese podido estar allí! —dijo Helene sin apartar los ojos de la pista de baile, donde diez o doce parejas estaban enganchadas en un vals extrañamente formal y anticuado.

Althea dejó vagar la mirada por la hermosa sala. La mansión de los Bechstein se alzaba en la elegante zona situada al sur del Tiergarten, en Leipziger Strasse, donde residían muchos de los acaudalados empresarios de Berlín. Para el gusto de Althea, Helene se había pasado un poco con el oro, pero no podía negar que la opulencia descarada tenía su atractivo. Sobre todo, ahora que la mansión estaba engalanada para una fiesta que celebraba el triunfo de Hitler de la semana anterior.

—Asegúrate de que Diedrich no rehúye sus obligaciones contigo ahora que el ministerio de Goebbels le va a tener ocupado —dijo Helene—. Debería poder hacerse con tiempo de sobra para sacarte por ahí.

—Eso no ha sido un problema —la tranquilizó Althea.

De hecho, la constante presencia de Diedrich, que tan embriagadora había sido al inicio de su estancia en Berlín, se le empezaba a antojar autoritaria desde que Hitler fue nombrado canciller.

Cada vez que le venía este pensamiento a la cabeza, Althea se reprendía a sí misma. Lo menos que podía decirse de Diedrich y del partido nazi era que habían sido unos anfitriones de lo más hospitalario. Pero a Althea no le gustaba, pues le recordaba a Owl's Head, donde no podía ir a ningún sitio sin que todo el mundo se enterase, sin que todo el mundo le hablase… El ambiente asfixiante de la vida en el pueblo era tan familiar para ella que ni siquiera se había dado cuenta de que no podía respirar hasta que llegó a Berlín. Ahora, la libertad de la que tanto había disfrutado las primeras semanas le estaba siendo arrebatada.

La única explicación que se le ocurría a Althea era que tenía algo que ver con el nuevo cargo de Hitler en el poder. En el fondo, tal vez fuera eso lo que había empañado el entusiasmo con el que había reaccionado al éxito de Diedrich.

—Y estoy convencida de que Diedrich se estará encargando de que te expongas únicamente al tipo adecuado de cultura, ¿verdad? —preguntó Helene y, acto seguido, alzó los ridículos gemelos para localizar al susodicho en la sala.

«El tipo adecuado de cultura». Althea había oído esa frase más de una vez, en las lecturas públicas de las librerías, en las cafeterías en las que Diedrich y ella se reunían con los amigos de él. Pero ahora, por primera vez, le pareció inoportuna.

—Lo siento, yo no…

—Hola —susurró una voz nueva detrás de Althea—. Creo que no nos han presentado.

Althea y Helene se volvieron para saludar a la recién llegada. Era más alta que Althea —aunque casi todo el mundo lo era—, con cabello negro azabache cortado al rape. Lejos de darle aspecto de

chico, el corte subrayaba sus delicados rasgos, los ojazos verdes enmarcados por densas pestañas, los pómulos marcados y la boca carnosa. En su piel perfectamente empolvada no había ni un defecto; la única distracción era un lunar dibujado sobre la comisura del labio.

El vestido de seda escotado, de un color casi idéntico al de los ojos, se le pegaba a las suaves curvas.

Cuando Althea volvió a alzar la vista, se fijó en que en las comisuras de los labios de la mujer merodeaba una expresión risueña, aunque algo le dijo que estaba acostumbrada a que los desconocidos se quedasen patidifusos.

Fue esto lo que le hizo reconocer a la mujer, como ocurre con esas letras de canciones olvidadas que se te quedan enganchadas al fondo de la garganta.

—Deveraux Charles —dijo la mujer, que claramente se había dado cuenta del titubeo de Althea—. Seguro que ha visto películas mías, por si está intentando recordar de qué me conoce.

A Althea le entraron ganas de chasquear los dedos, señalarla y decir «Ah, claro», pero no era una maleducada.

—¡Señorita Charles! —la saludó afectuosamente Helene, y la besó en las mejillas antes de volverse de nuevo hacia Althea para decirle—: Ha estado en Múnich rodando una película para *Herr* Goebbels. Por eso no os habíais conocido aún.

—El canciller Hitler no soporta Berlín, ¿no lo sabía? —dijo la señorita Charles—. Prefiere el telón de fondo de Múnich para sus numeritos de propaganda.

Helene chasqueó la lengua.

—No me gusta nada que los llames así.

La señorita Charles sonrió y se encogió de hombros.

—Llamo a las cosas por su nombre.

Althea se quedó mirando al vacío y se decidió por una pregunta neutral:

—¿Es usted estadounidense?

Al fin y al cabo, tampoco es que la mujer estuviese intentando disimular su acento, aquel tonillo lírico y empalagoso que evocaba las noches del Bayou. Un acento de Nueva Orleans o de por ahí cerca, supuso Althea, aunque nunca lo había oído.

—Lo mismo que tú. Y, por favor, no seas tan formal como Helene —contestó la señorita Charles, dándole un codazo a Helene con aire juguetón—. Llámame Dev.

—Deveraux es un nombre interesante —dijo Althea.

Tenía por costumbre fijarse en nombres que podían servirle para futuros personajes.

—La culpa la tiene aquella bobalicona de dieciséis años que era yo —dijo Dev, medio riéndose—. Me sonaba trágicamente romántico y

misterioso. Lo utilicé una vez de nombre artístico, y ya no hubo vuelta atrás. Pero ¿qué le vamos a hacer? Una vez que algo se te pega, es difícil borrarlo.

—La señorita Charles forma parte del mismo programa cultural que usted, querida —le dijo Helene a Althea—. Es una lástima que no haya estado en la ciudad.

—Múnich es tan aburrida… —se lamentó Dev—. Tanta política, tan poca diversión…

Su voz se volvió más grave al final de la frase, y Althea se sonrojó, aunque ni siquiera sabía por qué.

—Pensaba que el programa era solo para escritores —dijo Althea con cuidado, sin querer insultar a nadie, pero sin saber qué más decir. Se cortaba y se quedaba muda en presencia de gente guapa: así era Althea.

—No solo protagoniza las películas —se apresuró a decir Helene.

—También las escribo, aunque de eso no se acuerda nadie —dijo Dev, y sonó entre resentida y resignada—. Cuando eres el rostro que está delante de la cámara, la gente tiende a olvidarse de lo demás.

Althea soltó un grito ahogado.

—¡Qué maravilla! —No es que conociese a mucha gente sofisticada, pero le costaba imaginarse algo más interesante que una guionista. Qué distinto debía de ser escribir guiones de lo que hacía ella. Las novelas eran pura interioridad. Althea se pasaba la mayor parte del tiempo viviendo en las cabezas de sus personajes. Incluso sus diálogos estaban muy influidos por lo que quería que los personajes compartieran u ocultaran, o por lo que quería que se viera que compartían u ocultaban—. No acabo de entender cómo se escribe un guion.

A Dev se le arrugaron los rabillos de los ojos al ver el obvio entusiasmo de Althea. No había crueldad ni malicia; tan solo un discreto regocijo.

—Que nadie te engañe, cielo: son mucho más fáciles que los libros. Lo harías bien.

—¿Va a pasar una temporada en Berlín, señorita Charles? —preguntó Helene, y le hizo una seña a un camarero que llevaba una bandeja de copas de champán.

—Sí, *Herr* Goebbels me ha concedido al menos un mes para que escriba la próxima película —dijo Dev, haciéndole una seña al camarero para que se quedase. Apuró el champán de un trago, depositó la copa vacía en la bandeja, cogió otra y le indicó que se fuera con un gesto de la mano—. Pienso aprovechar el tiempo que voy a estar aquí. Seguro que después me envían a Baviera o a algún otro lugar absurdo.

—Baviera es preciosa en primavera, querida —le reconvino Helene.

—Eso díselo a mis tetas congeladas —dijo Dev, bebiéndose media copa de golpe. Althea contuvo el aliento y soltó una tos, pero a Helene no pareció sorprenderle la grosería. Dev le guiñó un ojo—. Tengo que darle a Helene algo por lo que preocuparse.

—Desvergonzada —murmuró Helene, pero el tono era indulgente. Al igual que Althea, Dev era una huésped del Tercer Reich, lo cual, como empezaba a ver Althea, les concedía una impunidad prácticamente ilimitada en los círculos sociales—. Señorita Charles, ya sé que no ha estado en la ciudad, pero confírmeme que ha oído las amenazas.

Un ligero temblor asomó al rostro de Dev, y acto seguido asintió con la cabeza.

—¿Quién no? —respondió.

—¿Qué amenazas? —preguntó Althea sin pensárselo dos veces.

Las otras dos mujeres la miraron sorprendidas. Helene fue la primera en recuperarse.

—¿No te ha comentado nada Diedrich? ¿No? Voy a tener que llamarle la atención.

Althea solo consiguió a medias contener las ganas de balbucear alguna excusa.

—Hemos estado muy ocupados con otras cosas —dijo.

Dev echó la cabeza hacia atrás, riéndose y exhibiendo la pálida columna de su garganta. Althea apartó la vista.

—No lo dudo —dijo Dev con voz insinuante, y Althea se sintió todavía más humillada.

Solo se habían besado aquella vez. A veces, cuando la mano de Diedrich bajaba por su espalda o entrelazaban los dedos o la miraba con ardor, Althea pensaba que… Pero, como el perfecto caballero que era, no había insistido.

—No, esto, bueno, verás… —titubeó Althea.

Helene le dio unas palmaditas en el brazo y la tranquilizó:

—No le haga caso a la señorita Charles, querida. Le encanta provocar. Estoy segura de que Diedrich la habrá llevado a usted a un montón de recitales.

Sin duda, seguir defendiéndose estaba abocado al desastre, de manera que Althea se limitó a decir:

—Entonces, las amenazas…

—Ah, eso —dijo Helene—. De los comunistas. Ahora que nuestro querido Führer es canciller, han empezado a acumular armas y a hacer planes para atacar a honrados ciudadanos alemanes.

—¿De veras? —dijo Dev con tono insulso; no parecía que aquello la aterrase demasiado.

Los dedos de Althea se cerraron en torno a la copa. No podía negar que hasta ahora había tenido una vida muy protegida: el mayor

peligro al que se había enfrentado era una tormenta de nieve especialmente inclemente. Y, si bien había oído hablar del aumento de la violencia callejera entre camisas pardas y gamberros, como los llamaba Diedrich, ella personalmente no había presenciado nada. La perspectiva de verse atrapada en una refriega la aterrorizaba.

La invadió un sentimiento de culpa. Quizá por eso Diedrich había empezado a ver con malos ojos que se pasease sola por la ciudad. Tan solo intentaba protegerla. Debería habérselo reconocido en lugar de sentirse irritada por su salvaguardia.

—Nuestro lobito ha promulgado decretos para cerrar esas sucias máquinas de mentir a las que llaman periódicos —dijo Helene con desdén—. En cuanto los despache, tengo la esperanza de que podrá concentrarse en arianizar nuestros comercios y nuestras escuelas.

—¿Arianizar? —La palabra le dejó a Althea un extraño regustillo en la lengua al pronunciarla.

—Garantizar que los alemanes buenos y trabajadores no son expulsados por esa gente —dijo Helene con sombría satisfacción.

—¿Esa gente? —preguntó Althea, que a estas alturas parecía un loro particularmente lento.

—Los judíos, cielo —dijo Helene, como si fuera obvio—. No hacen más que coger y coger y coger, y luego no queda nada para nuestros esforzados comerciantes alemanes. Tenemos que recuperar el equilibrio.

—Pero… —Althea notó que se le contraía el rostro en una mueca desagradable— ¿vosotras qué…?

Dev la interrumpió.

—Cielo, creo que acabo de ver a Theo Carsters. Es un artista residente del programa de Goebbels, también. ¿Os habéis conocido ya?

Desconcertada, Althea estiró el cuello para verle, pero el salón de baile estaba demasiado concurrido.

—No, creo que no.

—Entonces, permíteme que te lo presente —dijo Dev, dedicándole una sonrisa de disculpa a Helene—. No te importa que te secuestre a Althea, ¿verdad?

—No, claro que no. Venga, a alternar. Disfruten —respondió Helene, moviendo la mano con aire distraído e indulgente a la vez que oteaba los grupos cercanos en busca de la siguiente persona importante a la que pegarse.

En cuanto estuvieron fuera del alcance del oído de Helene, Dev se inclinó y, arrimándose tanto que Althea sintió en el cuello su cálido aliento, dijo:

—La primera regla del Reich, cielo, es que al Reich no se le cuestiona.

Althea se tambaleó un poco, desconcertada por lo sucedido en los últimos minutos.

—¿Qué? —dijo.

Dev se paró en seco, la observó.

—¿Cuánto tiempo llevas en Berlín? —le preguntó.

—Seis semanas —contestó Althea, molesta por el calor que le subía al rostro.

No era el agradable calor de antes, cuando la mirada de esta mujer la había dejado clavada en el sitio de una manera muy distinta. Ahora, Althea se cruzó de brazos, a la defensiva.

—Y sigues siendo una buena soldadita rasa del Reich, ¿no? —dijo Dev, más para sus adentros que para Althea—. Dime, ¿odias a los judíos? ¿A los comunistas? ¿A los homosexuales?

—¿Cómo? —Althea se quedó tan perpleja que bajó la guardia—. Pues claro que no.

—¿Sabes que nuestros anfitriones sí? —preguntó Dev. Althea negó con la cabeza, sin saber qué decir. Tenía que haber algún error, algún matiz que se le estaba pasando por alto a Dev. A Diedrich jamás le había oído nada tan intolerante. Dev la escudriñó durante un largo minuto, y después pareció que tomaba una decisión—. ¿Quieres que le demos esquinazo a tu adiestrador esta noche? —Mientras lo preguntó miraba a Diedrich, que hablaba con un grupo de oficiales nazis uniformados.

—¿Mi «adiestrador»? —repitió Althea para ver si la palabra le parecía una etiqueta acertada.

Siempre había considerado a Diedrich como su enlace, pero la idea de que era su adiestrador se instaló cómodamente en su cabeza.

En efecto, Diedrich tendía a inmiscuirse en sus planes, en sus idas y venidas, en quién la acompañaba. Althea se lo había tolerado, pensando que él lo hacía porque se preocupaba por ella, una joven ingenua en una gran ciudad desconocida. Pero ¿estaba en lo cierto?

—Por fin —murmuró Dev mientras observaba el rostro de Althea, que acababa de entenderlo todo—. Hala —dijo, dando palmas—. ¿Te enseño el auténtico Berlín?

# Capítulo 11

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

El día después de decidir que iba a volver a ver a Hale, Viv cogió el metro a Coney Island, buscando consuelo en el recuerdo del lugar en el que había conocido al hombre que habría de convertirse en su marido y al hombre que le había roto el corazón.

No iba a retrasar con ningún tipo de excusas su viaje para hablar con Hale. De ninguna manera.

El revisor del metro anunció la parada de Coney Island, y Viv se levantó y esperó a que se abrieran las puertas. A tanta distancia de la ciudad solo quedaban unos pocos viajeros en el vagón, y ella era la única que se iba a apear.

La salmuera y el inconfundible hedor de basura fermentada la golpearon primero en la nariz y después en la piel, mientras el viento le alborotaba los rizos y se los soplaba en la cara. Por eso se había puesto pantalones; recordaba un par de veces en las que una brisa marina particularmente descarada le había levantado la falda, y ella había intentado bajársela frenéticamente con escaso éxito, muerta de vergüenza y de risa, despreocupada, joven.

Dios, qué jóvenes eran entonces.

El paseo marítimo era una sombra de lo que fue en aquellos tiempos en los que Viv y los chicos lo recorrían como si fueran los dueños del lugar.

Siempre le habían encantado las luces y las multitudes, montar en el Cyclone, comer los perritos calientes de Nathan, escabullirse para besar a Hale debajo del embarcadero mientras Edward, tan guasón como siempre, se reía tontamente a lo lejos y tarareaba la marcha nupcial.

El verano en el que cumplió dieciséis años, Viv comprobó que el tío Horace no se percataba de sus escapadas nocturnas. Por lo general se quedaba dormido a las ocho como muy tarde, con una copa de brandi a medio beber al alcance de la mano.

Los salones de baile eran divertidísimos, pero para Viv nada superaba a Coney Island.

Había conseguido convencer a una amiga para que la acompañase

una calurosa y húmeda noche de junio, y fue entonces cuando conoció a Edward Childs y Emmett Hale. Hale siempre se había hecho llamar por su apellido; era su manera de honrar al hombre que le había reconocido como hijo.

Viv y su amiga Dot estaban en la cola para montar en la montaña rusa cuando Edward, al bajarse a trompicones, había vomitado a Viv en los zapatos. Dot soltó en ese momento un estridente alarido que molestó más a Viv que el vómito que se iba enfriando sobre sus zapatos de tacón.

Los chicos se ofrecieron a invitarlas a algodón dulce a modo de disculpa, y Viv abandonó la cola tan contenta, embelesada con el muchacho alto del rizo moreno que le caía con irresistible descuido sobre la frente. Fascinada por el hoyuelo que asomaba a la mejilla de Hale, solo en un lado y solo cuando sonreía de esa manera tan intensa que parecía que estaba compartiendo un secreto contigo.

Edward, por su parte, cautivó a Dot. Con su cara de niño, su risa fácil y sus rizos bronceados, desde siempre había sido un galán, de los que se mueven no por amor, sino por deseo.

Por otro lado, Hale, moreno y de aspecto enigmático y un pelín peligroso, parecía de esos que siempre tienen un par de chicas a la cola. Pero aquel verano Viv comprendió que en realidad no había tenido tiempo para salir con chicas. Su padre adoptivo era dueño de una tienda en la que Hale trabajaba a todas horas con el fin de ahorrar para escapar de la incertidumbre cotidiana de su vida.

A la vez que Edward le soltaba un rollo a Dot para abrirse camino por su falda, Hale y Viv se habían metido debajo del embarcadero y estaban jugando al gato y al ratón entre los postes de madera mientras él le contaba su vida en versión abreviada.

«Ya ni me acuerdo de cuánto hacía que no libraba un sábado por la tarde», había dicho Hale, pero no en tono de queja. Sonrió al suelo como si el comentario fuese una cosa íntima a la que Viv solamente podía echarle una miradita. Y quizá lo fuera. Viv sabía lo que era que no te quisiera tu familia… ¡Qué distinta sería su vida si alguna persona desconocida la hubiese acogido y querido de manera incondicional! ¡Si le hubiesen dado un apellido, un empleo y una vida que tal vez no fuera la que ella habría elegido, pero que al menos sabría agradecer!

«¿Y has elegido pasar la tarde con Edward?», había preguntado ella. Viv se había criado en la opulencia, y era capaz de ver las diferencias entre la ropa, los modales y el modo de hablar de ambos muchachos. Edward Childs pertenecía, claramente, al mismo mundo que ella, y Emmet Hale no. Y, sin embargo, tenían el mismo padre; lo único que había marcado sus destinos era un anillo de bodas. De ahí no podía salir más que resentimiento, ¿no?

«Somos hermanos», había respondido Hale, como si fuera lo más sencillo del mundo. Y quizá lo fuera. Viv habría hecho cualquier cosa por tener el apoyo de un hermano en los últimos años. Hale la miró de reojo. «¿Te gusta Edward?».

Viv, que no estaba acostumbrada a tanta franqueza, se había ruborizado. El tío Horace rara vez recibía visitas, y ella estudiaba en un colegio femenino del Upper West Side. Incluso en los salones de baile a los que se escapaba se había topado únicamente con muchachos respetables que hablaban de los últimos estrenos cinematográficos y de las canciones de la radio.

«No», había dicho, tan bajito que las olas estuvieron a punto de llevarse la palabra. Pero él la oyó, porque agachó de nuevo la cabeza para ocultar una sonrisa y después le rozó a Viv los nudillos con los suyos. Y ella, con el pecho henchido de una luminosa calidez, aceptó la invitación de entrelazar sus dedos con los de él.

Habían pasado el resto del verano en Coney Island, o al menos esa sensación tenía ella. Viv también se había apañado para ir a otras zonas de Brooklyn varios fines de semana en los que el tío Horace tenía compromisos fuera de casa. Un día de agosto insoportablemente caluroso, Hale la sacó a la calle casi a rastras y le enseñó a jugar al béisbol con los chavales del vecindario. Vitorearon a Viv cuando llegó a primera base, y después, mientras se refrescaban con el agua de una boca de riego, Hale le dio un beso que sabía a sudor y a polo de uva.

Sentados en las escaleras de incendios, mientras el sol se ponía a lo lejos, se habían leído el uno al otro fragmentos de sus libros favoritos; habían vagado por el Museo Metropolitano durante horas, deteniéndose delante de cuadros que les gustaban y de cuadros que detestaban. A veces cogían el metro y casi siempre iban agarrados, provocando las miradas asesinas de las señoras y las envidiosas de las chicas adolescentes.

Luego, al final del mejor verano de la vida de Viv, el tío Horace murió.

A sus dieciséis años, Viv había insistido a los funcionarios del Gobierno que estaban decidiendo su destino que ya tenía edad para estar sola. Al fin y al cabo, contaba con la fortuna de sus padres. Pero los funcionarios la enviaron a un internado de Connecticut.

Ni siquiera tuvo ocasión de despedirse de Hale, y ya la habían subido a un tren con rumbo a otro estado.

Viv aún se moría de vergüenza cuando recordaba las cartas que le había enviado, a cuál más desesperada y, después, más dolida. Aún no sabía que no había que abrirse en canal con un chico. No había entendido que las palabras bonitas susurradas como promesas no podían ser más que mentiras vacías. A las chicas se les enseñaba a pillar a los chicos, no a protegerse de ellos.

«Te echo de menos cada día, cada hora, cada minuto».

Así era como terminaba siempre las cartas. Incluso cuando había comprendido que él no iba a responder jamás.

La última que había enviado había sido especialmente humillante. Si la carta hubiese rezumado una ira cargada de superioridad moral, tal vez Viv podría recordarla con complacencia. Pero solo se había sentido triste y confusa, y aun así tan enamorada…

*¿Me equivoqué al pensar que hablábamos el mismo idioma? ¿Que las palabras que utilizábamos significaban lo mismo para los dos? ¿Que la definición del amor es esta: días bañados por el sol, bates de béisbol, las yemas de tus dedos sobre mi piel? ¿Que la definición de «para siempre» es «infinito»?*

*Me hiciste sentir algo que jamás había sentido hasta entonces y le puse nombre. Lo llamé amor.*

*Supongo que ese fue mi error.*

*Te echo de menos cada día, cada hora, cada minuto, y ni siquiera consigo odiarte por eso.*

*Porque mi definición es la correcta.*

Al ver que la única respuesta que obtenía era un silencio sepulcral, comprendió que solo había sido un juguete del que Hale se había desprendido en cuanto había empezado a estorbarle.

*Estos placeres violentos tienen finales violentos*, recordaba haber pensado, sumiéndose en la tragedia de *Romeo y Julieta* de una manera que ahora, al acordarse de la muchacha que fue, le parecía bochornosa. Pero incluso entonces debió de percibir que lo que Hale había detonado en ella era único.

Nunca había entendido la fascinación que sentían otras chicas por los chicos hasta que conoció a Hale.

Edward, en cambio, sí que había respondido a sus cartas… y, bien pensado, ello no dejaba de ser sorprendente. Aquel verano él siempre había estado ahí, en la periferia, pero solo cuando le escribió para darle el pésame comprendió Viv que habían trabado una especie de amistad a pesar de que los dos habían estado ocupados flirteando con otras personas.

Cuando Viv le agradeció que le diera el pésame, él respondió, y después ella contestó a esta respuesta, y así sucesivamente hasta que, sin darse cuenta, estaban escribiéndose cada semana.

Durante los dos años que la habían obligado a seguir en el colegio, Edward se convirtió en su mejor amigo. Él nunca mencionaba a Hale y pasaba por alto los intentos sutiles —y no tan sutiles— de Viv de

sonsacarle información, pero de todo lo demás se podía hablar. Compartieron temores, sueños y anécdotas sonrojantes. Por la razón que fuera, resultaba más fácil contar estas cosas en papel, y no importaba que solo se conocieran desde hacía unos meses antes de empezar a escribirse.

A los dieciocho años, Viv volvió a la ciudad y descubrió que Edward y ella podían hablar con la misma facilidad cara a cara. En su manera de ofrecerle a Viv amistad sin esperar nada a cambio, ella encontró amor. A veces entendía la necesidad que tenía Charlotte de que Edward hubiese sido correspondido en el amor antes de morir. Viv había pensado lo mismo en más de una ocasión.

Otras veces, sin embargo, quería gritar que había sentido un inmenso afecto por él, y se preguntaba por qué esto no les parecía suficiente a algunas personas.

En cierta ocasión, más o menos un año antes de que lo destinasen al extranjero, Edward la miró de una manera tan parecida a la forma en que Hale la miraba años atrás que Viv tuvo que ocultar con disimulo que se estremecía.

—¿Qué fue lo que pasó entre vosotros dos? —le preguntó Edward.

Viv sabía que los hermanos seguían en contacto, y Charlotte también tenía relación con Hale. Pero Viv ya había recibido el mensaje alto y claro cuando tenía dieciséis años.

—Un devaneo de verano —respondió, y se encogió de hombros como si no hubiera sido nada, como si no la hubiese transformado y roto como, suponía, transforma y rompe siempre el primer amor.

Viv intentó imaginarse qué aspecto tendría Hale ahora. ¿Cómo habría pasado el tiempo por él? A los veinte años, su mandíbula aún conservaba cierta blandura como de bebé, y tenía alguna que otra espinilla que estropeaba la perfección de su rostro. Ahora tendría casi treinta años, y esas imperfecciones habrían desaparecido. Quizá en su lugar habría alguna arruguita.

El joven Emmett Hale, tendero e hijo bastardo, habría desaparecido.

En su lugar estaría el diputado Emmett Hale, político adorado y ferviente defensor de los ciudadanos más pobres de Nueva York.

¿Llegaría siquiera a recibirla? ¿Podría explicarle él por qué nunca respondió a sus cartas, o fingirían no acordarse? ¿Se comportarían como dos extraños a pesar de que las manos de Viv conocían la forma de su cuerpo, y de que él conocía el sabor de la boca de Viv?

A Viv le gustaba verse como una mujer experimentada, segura de sí misma y sofisticada. Trabajaba para una importante organización de guerra, cotorreaba a diario con la gente más lista de la industria editorial, leía a los clásicos y novelas cultas importantes, y, sin embargo, el mero hecho de pensar en él la convertía en una azorada chica de dieciséis años que se ruborizaba porque un chico quería

cogerla de la mano.

Un chillido alegre interrumpió sus pensamientos, y al volverse vio a dos muchachas aplaudiendo cerca de una atracción con unas delirantes luces en lo alto.

Les sonrió. La alegría de las muchachas casi le producía dolor, pero era ese dolor que sienten los músculos al final de un agradable paseo por la ciudad.

Después apartó bruscamente sus recuerdos y volvió a encerrarlos a cal y canto en la caja de siempre. Al fin y al cabo, estaban en guerra. No había tiempo para sentimentalismos.

# Capítulo 12

*París*
*Octubre de 1936*

Por cansada que estuviera, Hannah hacía siempre todo lo posible por ir al salón literario semanal que organizaba Natalie Clifford Barney en su mansión de la orilla izquierda del Sena, enfrente del Louvre.

Se alisó el cárdigan color lavanda, que era un guiño a este grupo en particular. «En París no hay ni una sola lesbiana que no haya honrado esta casa con su presencia», le dijo una de las invitadas a Hannah la primera noche.

El suéter que llevaba tenía un pase, pero Hannah torció el gesto al reparar en que el dobladillo del pantalón de pata ancha estaba un poco manchado de barro. Al salir del trabajo optó por ir en bicicleta desde la biblioteca, y resultó ser un error. Ahora ya no tenía remedio.

Tampoco es que tuviese importancia. A pesar de la fama de Natalie y de su prestigio en la escena literaria parisina, no era quisquillosa en cuestiones de vestimenta. Si bien era cierto que la autora teatral y poeta solía emperifollarse cada viernes —conjuntos de un grueso brocado que parecían más propios del siglo anterior—, hasta la fecha no había puesto a nadie de patitas en la calle por no estar a su altura.

—Hannah —oyó al cruzar el umbral (la puerta siempre se dejaba abierta las noches del salón literario).

Al momento, Hannah estaba en brazos de una joven artista que lucía con orgullo manchurrones de pintura en la piel. Hannah le raspó con la uña una costra de mancha azul cerúleo a la vez que besaba a Patrice en las mejillas.

—Pensaba que estabas en Grecia —dijo Hannah.

—Es que me aburro tanto allí… —contestó Patrice, arrastrando las palabras y retirándose del rostro la larga melena trigueña. Con su pantalón negro y su blusa blanca, encarnaba París a la perfección, demasiado elegante y misteriosa para relacionarse con extranjeros—. Sol todos los días, mares azules, comida magnífica… Bah, qué prosaico. Me quedo sin dudarlo con este triste París. Toma.

Hannah cogió sin pensarlo la copa que le puso en la mano y miró las burbujas.

—¿Celebramos algo? —preguntó.

—Tengo una exposición la semana que viene —dijo Patrice, pasándole el brazo por la cintura y dirigiéndola hacia las entrañas de la casa de Natalie—. ¡Ay, Hannah, Hannah, Hannah…! Llevas aquí el tiempo suficiente para saber que no necesitamos celebrar nada para beber champán.

Hannah le dio silenciosamente la razón bebiéndose media copa de un trago, y Patrice le guiñó un ojo antes de hacer lo mismo. No era guapa, pero tenía uno de esos rostros que cobran vida con la distorsión de una cámara fotográfica, rasgos exagerados que al achatarse adquirían un tipo de magnetismo sorprendente.

—¿Qué tal está Marie? —preguntó Hannah recorriendo la habitación con la mirada.

Los viernes no era raro ver a alguna novelista o poeta famosa acechando en la penumbra.

—Ah, Marie… Se ha echado una amante.

Patrice se desplomó con aire dramático, dejándose caer con todo el peso de su cuerpo sobre Hannah.

—Lo siento —repuso esta.

—Bah, no lo sientas. La amante es bastante mona, a su estilo pueblerino… —dijo Patrice—. Y en la cama es fantástica: lleva las riendas de maravilla.

Hannah cogió dos copas de un brebaje rosa de la mesita y se encaminaron al salón principal.

—Suena a que bien está lo que bien acaba —comentó Hannah.

—Ya veremos. —Patrice aceptó gentilmente una de las copas y le pasó la copa vacía a un hombre que Hannah pensó que era un prometedor poeta que tenía extasiado a Otto. Patrice no hizo caso de la exclamación de descontento del poeta, pero ella era así. Vivía en su propio mundo—. La chica parece medio boba cuando la sacamos por ahí. No sé cuánto tiempo va a durar aquí. La ciudad se la comería viva si no fuera por nosotras.

Hannah se calló el chiste grosero que le había venido a la cabeza, seguramente por culpa de haber bebido tanto alcohol demasiado deprisa, y en lugar de ello dijo:

—A lo mejor te acaba sorprendiendo, la chica.

—Pero entonces lo mismo me enamoro de ella, y sería terrible. —Suspiró Patrice, tirando de Hannah para sentarla en el sofá de botones.

—¿Tú crees? —dijo Hannah, recordando su conversación con Lucien—. ¿Tan terrible sería?

Natalie en persona salvó a Patrice de tener que responder. Llegó y se desplomó en la butaca que había delante de Hannah, dejando que el pequeño *bulldog* negro se instalase en su regazo mientras las

observaba con ojillos brillantes.

—Te han roto el corazón —dijo Natalie a modo de saludo.

Había llegado a París procedente de los Estados Unidos y no había perdido del todo el brusco acento americano…, ni tampoco los bruscos modales americanos.

En aquella ciudad de miradas que pestañean y coquetería, a Hannah le parecía que Natalie era un soplo de aire fresco. Pero Hannah no era de las que compartían con facilidad sus emociones, sobre todo con alguien que era prácticamente una desconocida para ella.

—Es la mejor manera de estar en París, ¿no? —respondió.

Patrice se rio y se levantó.

—No he bebido suficiente vino para tener esta conversación. Buena suerte —dijo antes de dejarlas a solas.

Natalie miró a Hannah con los ojos entornados, ignorando la despedida de Patrice.

—¿Tú no crees que en la ciudad de las luces es mejor estar enamorada? —comentó.

Hannah se encogió de hombros, preguntándose por qué habría acabado enredándose en tantas conversaciones filosóficas sobre un tema que llevaba evitando a conciencia durante los tres últimos años. En fin, así era París.

—Si estás aquí de visita, puede. O si eres un niño —observó.

—Deduzco que hace mucho que dejaste de ser una niña.

—En efecto —dijo Hannah con suavidad—. Solo te enamoras así una vez, y el resto de tu vida amas con el corazón roto. Por mucho que haya cicatrizado.

—Es terrible —proclamó Natalie, subiendo la mano con un ademán ostentoso que provocó los gemidos del perro que tenía en el regazo. Natalie era tan teatrera como Otto.

—Es realista. ¿Tú no tienes el corazón roto?

—Tal vez —dijo Natalie, acariciando otra vez la cabeza del perro y observando a Hannah con aire especulativo—. ¿Has oído hablar del arte del *kintsugi*? —Hannah negó con la cabeza—. En Japón, cuando se rompe un cacharro de cerámica vuelven a unir las piezas pegando las rajas con oro —dijo Natalie—. De este modo, el objeto roto es aún más bello que el original.

—Qué poético —dijo Hannah arrastrando las vocales para disimular el temblor de su voz.

Había algo mágico en aquella idea, pero no coincidía con su realidad: cualquier oro que pusiera en las rajas de su corazón sería falso y frágil y se desconcharía a la primera de cambio.

Pero Natalie no se inmutó.

—¿Tú no crees que la poesía y la vida puedan existir armónicamente?

Hannah vio a Adam sentado enfrente de ella con el rostro amoratado en la inhóspita sala de visitas del campo de concentración, y después las lágrimas de Althea y sus inútiles disculpas.

—No.

—Qué manera más triste de vivir, querida —dijo Natalie, con su brutal sinceridad de siempre—. La vida es algo más que supervivencia. Pensaba que eso lo sabrías.

—¿Por qué lo pensabas? —preguntó Hannah. Le llamó la atención que Natalie supiese algo más de ella que su nombre.

—¿Tú no trabajas para la librería esa de Montparnasse?

—Sí —admitió con tono vacilante Hannah, que ya veía la trampa.

—¿Y no te parece poético existir con el único fin de salvar una cultura del peligro de quedar reducida a cenizas? —preguntó Natalie —. ¿Acaso tu pequeña biblioteca no es un modelo simbólico para el mundo de que las palabras son más poderosas que las llamas?

—Así dicho… —dijo Hannah con una sonrisita, renunciando a entrar en la discusión.

Natalie tenía razón. Hannah sabía que, para empezar, le había llevado la contraria porque sí, pero eso siempre le pasaba cuando alguien le hurgaba en la llaga. Y ¿qué era su corazón sino una herida palpitante?

—Yo siempre tengo razón, cielito —dijo Natalie, moviendo la cabeza con gesto imperioso para mostrar que no era rencorosa—. Y ahora háblame de ese gran amor tuyo, de la mujer que hizo que tu mirada adquiriese tanta sabiduría.

Hannah negó con la cabeza.

—No fue una mujer —dijo, mintiendo solo a medias—. Fue un país.

Natalie levantó la copa de jerez y brindaron.

—Es lo mismo, cielito. Lo mismo.

Hannah se quedó en casa de Natalie hasta demasiado tarde y bebió demasiado vino, de modo que al volver a la suya, casi tuvo que arrastrarse escaleras arriba. Había alquilado un pequeño apartamento de un solo cuarto en el último piso de una casa situada en una tranquila calle del quinto distrito, a poca distancia de los Jardines de Luxemburgo.

Sus padres se habían mudado al campo, pero Hannah anhelaba la libertad de la vida urbana y se la podía permitir con el pequeño estipendio que le daba su padre cada mes. Necesitaba ese dinero, teniendo en cuenta los sueldos de miseria que pagaba la biblioteca. Era una suerte que a todos los empleados les pareciera un trabajo gratificante; de no ser así, sería muy complicado encontrar personal.

*Mademoiselle* Brigitte Blanchett paró a Hannah en medio de las escaleras. La patrona era una mujer pechugona con un oscuro bigote y la inflexible determinación de alguien que ha presenciado unos cuantos escándalos en su vida. Por las pocas pistas que había dejado caer, Hannah sospechaba que se había ganado la vida trabajando en un burdel, primero, y regentándolo después.

—¡Correo! —vociferó Brigitte.

Al parecer suponía, correctamente, por cierto, que el vocabulario francés de Hannah era muy limitado, y por tanto tendía a hablarle con frases de una sola palabra.

—*Merci.* —Hannah cogió los dos sobres, fingiendo no fijarse en la mirada chismosa de Brigitte. Su patrona quería que abriera las cartas en su presencia. Por sí sola, Hannah no era lo suficientemente entretenida para Brigitte, que ya se lo había hecho saber en varias ocasiones—. *Bonne nuit.*

Brigitte se quedó mirándola con furia, sus grandes pechos subiendo y bajando bajo la bata de seda, pero Hannah la ignoró y remontó con esfuerzo el último tramo.

Tocó la *mezuzá* que había colgado junto a la puerta. Era una incorporación reciente. A pesar de su tendencia más laica, sus padres también tenían una *mezuzá* con los versículos hebreos de la torá cuidadosamente guardados en el estuche de madera. Su familia había hecho poco caso a la *mezuzá*, casi como si fuera más un amuleto que una bendición sagrada.

«Es una declaración, ¿no te parece?», le dijo una amiga de la biblioteca cuando mencionó de pasada que ella no tenía una. «Dice que este es un hogar judío. Y es un símbolo que podemos lucir si así lo decidimos».

Esta perspectiva le había encogido el corazón. Pensó en todas las maneras que tenía Alemania de marcar a sus ciudadanos judíos para que se sintiesen «menos que»: los documentos, los registros, las pintadas en los escaparates para indicar que eran comercios de propiedad judía.

Había poderío en el hecho de reivindicar, sin aspavientos y alegremente, una parte tuya por la que otros querían que te odiases a ti misma. Hannah se temía que llegaría un día en el que la *mezuzá* se utilizaría contra ella y contra otros judíos, pero por ahora era una manera más de reconocer su propia humanidad. Este era un hogar judío.

Cuando por fin entró en casa, se desplomó sobre la cama y se dejó envolver por el suave abrazo de la luminosa colcha amarilla de su abuela, el único cachito de color en un apartamento un tanto mortecino. Se arrimó a la pared con las rodillas pegadas al pecho y los dos sobres en la mano.

Mordisqueándose el labio, tocó el remite del primero.

Owl's Head, Maine.

La caligrafía era dolorosamente familiar, y le ardieron los ojos. Aunque no pensaba llorar. Eso, jamás.

A Hannah le fastidiaba haber tenido que pensar tanto en ella en los últimos días. En los últimos meses lo había llevado mejor; su dolor se había ido esfumando hasta hacerse tan pequeño que podía guardárselo dentro.

Era incapaz de pasar varias semanas sin recordar lo que había sucedido antes de que ella y su familia saliesen huyendo de Alemania; las consecuencias habían sido demasiado dolorosas. Pero cada vez con más frecuencia conseguía saltarse el recuerdo de Althea y arrumbarlo en un rincón oscuro en el que no se viese obligada a mirarlo, en el que no se sintiese asfixiada por el peso aplastante de una traición.

Hannah tiró la carta a un lado sin abrirla. Ya la echaría después a la caja que tenía guardada bajo la tarima suelta del suelo de su armario, la caja que contenía todas las cartas que había recibido y nunca había abierto. La que contenía aquella preciada edición de *Alicia en el País de las Maravillas*, con los dibujitos de gatos en la primera página.

Pero, por ahora, Hannah se concentró en el segundo sobre. Reconoció la caligrafía con la misma facilidad, y durante un largo instante apoyó la frente contra la carta mientras intentaba recuperar el aliento.

Cuando por fin consiguió obligarse a abrir la maldita carta, se dio cuenta de que tenía las mejillas húmedas.

—Qué boba soy —murmuró para sus adentros, enjugándose las lágrimas.

El mensaje era exactamente el que esperaba, y, por suerte, no el que se temía.

*Hoy he tenido noticias de Adam. Está mal, pero sigue vivo. Su juicio no avanza.*

*Te pondré al día si hay cambios.*

Reconoció la firma serpenteante y chapucera. Johann Bauer. Procuraba escribirles a ella y a sus padres al menos una vez cada tres o cuatro semanas para ponerles al día sobre el caso de Adam. Desde hacía tres años el hermano de Hannah era un preso político de un campo de concentración al norte de Berlín, y desde que lo detuvieron no había habido un solo día en el que Hannah no temiese recibir la noticia de que lo habían ejecutado.

La única oportunidad para su hermano era que Johann —uno de los

pocos amigos que habían seguido siendo leales a su familia después de lo que le sucedió a él— pudiera mover los limitados hilos que le quedaba por probar en el Gobierno. No obstante, él era el primero en reconocer que, al ser un abogado que había hecho la mayor parte de sus contactos durante el régimen anterior, apenas le quedaban aliados en la ciudad.

Johann prometía que todavía había esperanzas. Los padres de Hannah se creían la mentira.

Pero Hannah, envuelta en la oscuridad de la noche, no.

Bajo el Tercer Reich, la esperanza solo existía como arma.

# Capítulo 13

*Berlín*
*Febrero de 1933*

Deveraux Charles tenía un coche particular esperándola a la puerta de la casa de Helene Bechstein.

—Cuando eres la favorita, te dan una jaula dorada —dijo Dev en respuesta a la mirada ojiplática de Althea.

—Pero si te caen mal los nazis —comentó Althea mientras se instalaban en el acolchado asiento trasero.

Dev echó un vistazo fugaz al conductor.

—Ya sabes que me gusta bromear, cielito.

Althea captó la indirecta y mantuvo el pico cerrado durante el resto del trayecto.

No sabía adónde se dirigían, pero se dio cuenta de que le daba igual. Su cuerpo vibraba con un entusiasmo que no había vuelto a sentir desde aquellas primeras semanas con Diedrich, cuando exploraban la ciudad que era nueva para ella. Ahora, el resquemor que sentía por saberse maniatada se intensificó.

«Tu adiestrador».

Desesperada, Althea intentó analizar todo lo que sabía sobre el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. La mayoría de las personas con las que se topaba en los campus universitarios hablaban de él con un entusiasmo febril que encajaba con las estadísticas que tanto citaba Diedrich sobre las preferencias de voto de la juventud. Era obvio que a los comunistas que había conocido Althea no les gustaba este partido, pero ¿realmente le importaba a ella lo que pudieran pensar los comunistas, cuando estaban intentando instigar una guerra civil? ¿Y cuando era evidente que estaban dispuestos a recurrir a tácticas terroristas?

Al parecer, todo el mundo tenía opiniones férreas en materia de política. A veces se decía que ojalá pudiese hacer caso omiso de todo, pero veía que era prácticamente imposible. Había bandos definidos y había que elegir, y ¿por qué no iba Althea a apoyar a sus anfitriones?

Diedrich le caía bien, sobre todo cuando la cogía de la mano y le sonreía como si ella fuera la persona más encantadora que había conocido en su vida. Era verdad que a veces podía ser autoritario, casi

combativo, cuando se trataba de su partido y de sus creencias, pero también lo eran los comunistas con los que había tratado Althea.

Aunque no conocía a Deveraux, por alguna razón también le caía bien. Dev no había dicho que fuera comunista, pero Althea se dio cuenta casi al instante de que no confiaba en el partido político que era su anfitrión.

Con la mirada perdida en las borrosas luces de neón del distrito de los teatros, a Althea estaba a punto de estallarle la cabeza. El problema no se iba a resolver esa misma noche, de modo que lo mejor que podía hacer por ahora era disfrutar de lo que le tuviese reservado Dev.

El coche las dejó a la entrada de un garito de Marburger Strasse.

CHEZ MA BELLE SOEUR, decía el letrero que había encima de la puerta.

—«Mi cuñada» —tradujo Dev, apoyando la barbilla sobre el hombro de Althea.

—¿Es francés? —preguntó Althea pasándose nerviosamente la mano por el cabello, que en comparación con los lustrosos mechones de Dev era de un insulso castaño parduzco.

Menos mal que no se había complicado la vida con el pelo, y se había limitado a retirárselo de la cara con horquillas y había intentado meter el resto en vereda ondulándolo delicadamente.

Dev le guiñó un ojo por encima del hombro justo antes de entrar y contestó:

—Como buen cabaré que es.

«Decadencia» fue la única palabra que le vino a la cabeza a Althea cuando entraron en la sala de fiestas. La decoración recordaba los frescos griegos, pero era el ambiente, más que la pintura de las paredes, lo que le daba un aspecto sobrenatural al lugar.

La belleza de Dev había dejado sin habla a Althea, pero ahora, entre las mujeres apiñadas en la barra y sentadas en torno a las mesas y en los reservados, era una de tantas. Los hombres también eran despampanantes, y Althea jamás se había sentido tan poquita cosa.

Parte de la multitud tenía la mirada puesta en el escenario del fondo, en el que unas mujeres ataviadas con brevísimos *lederhosen* daban patadas al aire cual Rockettes, y había más o menos la misma cantidad de gente charlando, fumando, riendo y cantando a su manera lo que fuera que la banda de música tocaba.

El ruido, la música, el humo, las mujeres guapas, los hombres guapos…: Althea se iba sintiendo cada vez más acorralada, hasta que los contornos de la realidad se desdibujaron y se tambaleó, chocándose con Dev.

Dev le dio una palmadita en la mejilla y la enderezó.

—El verdadero Berlín —susurró.

Después empezó a presentarle a un grupo tras otro. Daba la

impresión de que conocía a todo el mundo y de que todo el mundo la adoraba. Dev era la estrella más brillante de una constelación de estrellas brillantes.

Y he aquí que algunas se interesaban por Althea, peculiaridad esta a la que aún no se había acostumbrado.

—¡Escritora! —exclamaban con asombro—. Dinos a quién conoces.

—Bueno, lo mismo has oído hablar de ella… —le dijo Althea a una mujer especialmente cotilla—: Se llama Deveraux Charles, una prometedora autora teatral con un talento impresionante.

Todos se rieron, y Dev le guiñó un ojo. Althea se sintió aturdida y embriagada por ser el centro de atención.

—¿Sabes lo de Eldorado? —le preguntó un hombre a Dev, que abrió la boca consternada.

—Mejor no me lo cuentes —dijo, casi gimiendo.

—Ludwig se lo ha cedido a los bestias esos de las SA. —El hombre (Althea creía que se llamaba Peter) movió la cabeza con pena—. Lo están utilizando como cuartel general.

—¡Menudo sacrilegio! —gritó Dev—. Aunque, pobre Ludwig, no tenía alternativa.

—Con estas medidas tan enérgicas, desde luego que no —convino Peter—. El día menos pensado le iban a arrestar.

Dev se volvió hacia Althea.

—Eldorado era EL cabaré para la gente que disfruta de la compañía de… —Peter y Dev se miraron a los ojos y Dev se interrumpió antes de continuar—: Bueno, era el local de moda. Qué situación tan lamentable.

—¿Qué medidas enérgicas? —preguntó Althea, tan confusa como si fuera una chiquilla suplicando información a los adultos.

—Luego te lo cuento —dijo Dev en un aparte.

A continuación, se acercaron a hablar con otro grupo que se lamentaba de los toques de queda, los cierres de garitos y la ausencia de café en las tiendas. Althea apenas hizo caso porque se había quedado pensando en las SA.

Las *Sturmabteilung* o «batallones de tormentas». Las tropas de asalto.

Era el nombre más formal de los omnipresentes camisas pardas. También estaban los camisas negras de las SS, volcados sobre todo en cubrirles las espaldas a Hitler y sus altos cargos. Pero a los que más veía Althea era a los miembros de las SA.

¿Qué motivos tendrían para tomar medidas enérgicas contra los cabarés?

«Pervertidos», le vino a Althea a la cabeza mientras echaba un vistazo en derredor. Hombres maquillados, mujeres con el cabello corto y engominado y traje sastre. Mujeres de la mano, hombres con hombres. Intentó imaginarse qué diría Diedrich de estas muestras de

cariño. Él no hablaba mucho de ello, pero Althea supo instintivamente que era a estos a los que se refería cuando escupía esa palabra como si fuera algo repugnante que tenía en la lengua.

«Tu adiestrador».

«La primera regla del Reich es que al Reich no se le cuestiona».

«Pervertidos». Puede que Althea no tuviera mucha idea de cómo era el mundo, pero sabía que jamás se referiría a nadie con un término tan repugnante.

¿Y si no se había enterado de nada?

Mirando a las bailarinas del escenario perdió la noción del tiempo. Había un maestro de ceremonias que salía y contaba chistes entre número y número:

—*Heil*… Maldita sea, ¿cómo se llamaba? —gritó el maestro de ceremonias, y sus palabras fueron recibidas con alaridos y risotadas. Poco después sacó fotos enmarcadas de Hitler, Goebbels y varios hombres más a los que Althea no reconoció—. ¿Qué queréis? —preguntó señalando las fotos a un público embelesado, que parecía deseoso de oír el chiste—. ¿Que las cuelgue o que las ponga en fila contra la pared? —La onda expansiva del clamor de aprobación se propagó incluso entre aquellos que no estaban haciendo caso—. Ya sabéis qué aspecto debería tener la nueva raza superior, ¿no? —preguntó el maestro de ceremonias a la fascinada multitud, que se puso a chillar mientras él asentía con la cabeza como si entendiera los gritos—. Delgada como Göring, rubia como Hitler y alta como Goebbels.

El hombre que estaba hablando con Dev movió la cabeza.

—Más vale que se ande con ojo; a este paso, acabará viniendo a verle Göring con intenciones poco amigables —dijo.

—A los nazis les encanta, no te dejes engañar —replicó Dev moviendo la cabeza afirmativamente al ver su expresión escéptica—. Creo que lo consideran una válvula de escape. Una crítica inocua que permite a la gente desfogarse. Al menos por ahora —añadió, y se encogió de hombros.

—Tú lo sabrás mejor que yo, supongo —dijo el hombre con tono serio—. Pero no van a seguir tolerándolo por mucho tiempo.

Una hora más tarde, Dev soltó un gritito:

—¡Ay! —En un abrir y cerrar de ojos, había cogido a Althea de la muñeca y estaba tirando de ella. La llevó hasta una mesa que estaba un poco apartada de la zona principal de la pista de baile—. Cielo, ¡cuánto tiempo! —le dijo Dev a la mujer, que se había levantado al ver que se dirigía hacia ella.

—Eso es lo que pasa cuando te esconden en Múnich —dijo la mujer, plantándole un beso en cada mejilla.

Al igual que el resto de los presentes, era tan atractiva que casi

costaba mirarla. Llevaba sus oscuros rizos recogidos con horquillas, dejando ver un rostro de rasgos despampanantes: pómulos muy marcados, ojos muy separados y labios suaves que en ese momento sujetaban un cigarrillo fino. Echó el humo por un lado de la boca, observando cómo la miraba Althea a ella.

Con el cuello ardiendo, Althea apartó la mirada, y después, incapaz de contenerse, volvió a mirarla. No había nada provocativo en el atuendo de la mujer (un vestido negro ceñido por la cintura y un escote en pico que subrayaba una clavícula bien definida), pero la mujer lo lucía como si quisiera que alguien se lo quitase.

Althea se volvió rápidamente hacia el acompañante de la mujer. Era igual de bello, aunque a Althea le costaba referirse a un hombre con esta palabra. Pero no había otra mejor para él. Su aspecto era el de un poema de Byron: despeinado y romántico, incluso en lo más profundo de un cabaré berlinés lleno de humo.

Saludó a Dev con una sonrisita cómplice.

—Gracias a Dios que has vuelto. Berlín era soporífero sin ti.

—Seguro que habrás sabido divertirte —dijo Dev con uno de sus guiños maliciosos. Se volvió para incluir a Althea en la conversación —. Queridos, os presento a la señorita Althea James. Es una escritora americana que es más lista de lo que le conviene. —Althea se ruborizó y saludó a la pareja con un tímido movimiento de cabeza—. Y ese bribón que evidentemente no es lo bastante educado como para levantarse a saludar a una dama…

—Cuando veas una, me lo dices y me levanto —dijo el joven con una sonrisa impertinente.

—… es Otto Koch —terminó Dev como si no le hubiese oído—. Uno de los mejores actores que ha producido Alemania.

Otto se levantó por fin e hizo una reverencia con gesto teatral. Después se llevó la mano de Althea a la boca, rozándole los nudillos con los labios.

—Un placer —dijo.

Dev le dio un empujoncito en el hombro.

—Y ella —dijo, señalando a la mujer— es Hannah Brecht.

# Capítulo 14

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

A pesar de que Viv había ido directamente desde Coney Island a la destartalada oficina del estimado representante por Brooklyn Emmet Hale, llevaba ya tanto tiempo paseándose por delante de la oficina que había empezado a llamar la atención de unos ancianos que estaban jugando a las damas en una esquina del bloque de pisos.

Sabía que la gente de la zona tenía una actitud protectora hacia él. La vía más rápida para acabar en el filo de la navaja era decir algo peyorativo del congresista. Viv intentó lanzarles una sonrisa tranquilizadora a los hombres, pero al parecer tuvo el efecto contrario. Uno de ellos se levantó entornando los ojos, y bastó eso para que Viv subiese el primer peldaño de la entrada del edificio.

La puerta que daba a la oficina de Hale se abrió antes de que Viv levantase la mano para llamar.

—Me estaba preguntando si pensabas pasarte todo el santo día ahí de pie —dijo Hale.

La boca se le secó a Viv como un estropajo y el corazón le latió con fuerza al ver a Hale. Estaba apoyado despreocupadamente en el umbral, en mangas de camisa y con un chaleco abierto de color gris marengo a juego con un pantalón que le marcaba la musculatura de los muslos. Sobre la frente le caía el irresistible rizo moreno, y miró a Viv con una sonrisa que era un fogonazo de dientes blancos y socarronería.

—Pues yo me preguntaba si me contagiaría de tuberculosis solo por entrar en tu oficina —contestó Viv, insegura, pero negándose a mostrar la más mínima vacilación. Si se finge durante el tiempo suficiente…

A pesar de que era alta, Hale siempre había descollado sobre ella. Como ahora, que se estiró cuan largo era y la hizo sentirse minúscula al lado de aquellos hombros tan anchos.

Hale miró de refilón la mano desnuda de Viv antes de mirarla a los ojos. Los de Hale eran una mezcla de verde, dorado y azul que se resistía a definirse en un único color fijo.

—Hola, cuñada.

Viv sonrió para reprimir una mueca.

—Queridísimo cuñado —dijo, con idéntica dulzura—. Estás vivito y coleando.

Por algunos comentarios velados de Charlotte, sabía que acababa de tocar una fibra sensible: Edward se había ido al frente y había muerto trágicamente joven, y Hale no.

La sonrisa de Hale se desvaneció por un instante, pero acto seguido se hizo más amplia. Señaló al cielo.

—Gracias a que no hay bombas.

—Sí, ya me imagino que eso ayuda.

—Bueno, y bromas aparte…

Viv cogió aire y exhaló, hincándose las uñas en las palmas de las manos.

—Tengo que pedirte un favor.

—Eso suponía. En contra de lo que puedas pensar, no soy imbécil —dijo Hale, aunque sin asomo de ira en la voz. Esta era una de las cosas que más le gustaban de él, lo imperturbable que era. Pero, cuando quería pincharle, como ahora, la exasperaba—. ¿Por qué si no iba a venir la señora Childs a los barrios bajos? —Alzó una mano—. No me lo digas, déjame adivinarlo.

Hale ladeó la cabeza y la miró durante un minuto incómodamente largo antes de chasquear los dedos.

—¡Ya lo tengo! —Gesticuló como si fuera uno de esos videntes de pacotilla del paseo marítimo de Coney Island—. La Ley de Voto Militar y cierto senador de cuyo nombre no quiero acordarme.

Una reconfortante calidez se expandió por su pecho al pensar que Hale le había seguido la pista, y, molesta, no hizo caso. En tiempos, este toma y daca había sido un juego entre los dos, casi un baile. Ahora solo servía para hurgar en una herida que seguía abierta.

—Que te den —dijo Viv y giró sobre sus talones.

Tenía que haber otra manera mejor.

Pero unos dedos cálidos la rodearon por la cintura y le impidieron alejarse.

—Ah, Viv… ¡con lo divertida que eras!

—Y tú siempre sabías cuándo te hablaba en serio —dijo Viv, y lo miró a los ojos y comprobó que, por fin, ¡por fin!, remitía la expresión socarrona.

—Santo cielo. —Suspiró él y sacó el reloj de bolsillo de plata que Viv sabía que era el único objeto que tenía de Theodore Childs—. Dispongo de diez minutos. Ni uno más.

—No necesito más —le aseguró Viv, pasando por su lado.

Pese a que había querido chinchar a Hale metiéndose con su oficina, había que reconocer que estaba limpia y ordenada. Era pequeña, sí, pero no podía criticarle por eso; Hale había rechazado el dinero que le

había ofrecido Edward hacía muchos años para ayudarle a financiarse cuando empezaba a presentarse como candidato al Congreso.

Hale se sentó detrás de un macizo escritorio en un despacho completamente carente de adornos. Tras él, en la pared, había un dibujo de aire infantil que parecía hecho por algún jovencísimo elector de su circunscripción, y varias fotos enmarcadas de Hale con miembros de su comunidad. Pero hasta ahí llegaba la parafernalia.

Viv sabía que era una imagen que cultivaba: la de un hombre del pueblo. Y también sabía que era auténtica. Era una de esas raras ocasiones en las que se dan ambas cosas a la vez.

—Tenías razón respecto al motivo de mi visita, por supuesto.

Hale no se abalanzó sobre sus palabras como habría hecho tan solo unos minutos antes con una réplica del tipo de «yo siempre tengo razón».

—Las Ediciones de las Fuerzas Armadas han acabado atrapadas por la Ley de Voto Militar —dijo Hale con tono reflexivo—. Intenté convencer a algunos de mis colegas para que cambiasen ese lenguaje tan general, pero…

Pocas cosas sorprendían a Viv, pero esta noticia se bastó sola.

—¿Luchaste por nosotros? —le preguntó.

—Por el proyecto —la corrigió Hale, con expresión risueña—. Tú no eres la única que recibe cartas pidiendo más libros.

—Bueno, pues entonces ya sabes lo importante que es esto.

—Ya te lo dije, lo intenté.

Hale abrió distraídamente la tapa del reloj y volvió a cerrarla sin echar siquiera un vistazo a la hora.

Viv se mordió el labio, intentando contener palabras que sabía que a él le dolerían. Lo más peligroso de conocer bien a alguien es que sabes cómo hacerle daño. Incluso tras ocho años de silencio no podía evitar pensar que seguía conociendo bien a Hale.

—Entonces es que no lo intentaste lo suficiente.

A Hale se le crispó un músculo de la mandíbula.

—No eres quién para decirme eso. No sabes nada, Viv.

—¿Que no sé nada? —le soltó ella, herida en su orgullo—. Sé que no te puedes imaginar lo que es estar allí sin más compañía que unos calcetines mojados y la constante promesa de la muerte. No te haces idea de lo que es ser responsable de la vida de otros hombres.

Hale tomó aliento ruidosamente, como si supiese que uno de los dos tenía que sujetar las riendas de la conversación antes de que acabasen en el suelo ensangrentados y con los huesos rotos. En el súbito silencio que se hizo a continuación, Viv casi pudo oír un «¿Y tú sí lo sabes?», pero Hale consiguió morderse la lengua.

—¿Cuál es el plan? —preguntó.

De nuevo habló sin alterarse; parecía darse cuenta de que ambos

necesitaban soltar un poco de veneno antes de embarcarse en una conversación razonable.

—Estoy organizando un acto para intentar que Taft cambie de idea acerca de la enmienda —le lanzó Viv con toda la confianza en sí misma que al menos fingía tener.

—Para avergonzarlo públicamente, ¿no?

—Si es necesario, sí —dijo Viv encogiéndose de hombros.

—Viv, debatimos este proyecto de ley durante casi un año. Taft no va a ceder porque unos bibliotecarios se pasen una hora hablando con él.

Viv enderezó los hombros a la vez que tensaba la espalda. Era alta y delgada y la habían educado para saber pegar un buen corte simplemente con la postura.

—Entiendo —dijo.

Empezó a levantarse, pero Hale soltó una exclamación de fastidio y extendió el brazo.

—Viv, no lo he dicho con segundas.

—Ah, ¿no? —replicó Viv con voz gélida—. ¿Cómo interpreto entonces eso de que «unos bibliotecarios se pasen una hora hablando con él» si no es como un comentario desdeñoso?

—Soy imbécil, lo siento —dijo él, pasándose una mano por el pelo —. Quería hablarte con un tono desenfadado para que entendieras lo que quería decir, pero he sido desconsiderado contigo. Sé que esto es importante.

Viv se recostó en la silla, sorprendida. Conocía y trabajaba con muchos hombres y solo podía nombrar a unos pocos que estarían dispuestos a disculparse tan fácil y sinceramente.

—De acuerdo —dijo con cautela.

—Bueno, ¿y qué es exactamente lo que me pides que haga?

Aquí venía lo más difícil.

—Necesito que los colegas de Taft le presionen lo suficiente para que asista al acto, eso para empezar. Y que no se marche una vez que se percate de lo que está sucediendo.

Hale soltó un silbido largo y grave y repuso:

—A Taft no le va a hacer ninguna gracia que se le humille públicamente. Aunque consiguieras avergonzarle tanto que echase abajo la normativa, encontraría otra manera de tomar represalias.

Viv se miró las manos. No podía garantizar que Taft no fuese a descargar su ira sobre cualquiera que los apoyase a ella y su descabellada idea. Ambos lo sabían.

—¿Cuál es tu libro favorito? —preguntó, en lugar de seguir dándose de cabezazos contra un muro. Viv nunca se lo había preguntado… Había deseado hacerlo miles de veces, pero se había contenido. No quería llevarse una desilusión.

—¿De veras crees que es posible elegir uno solo?

—No respondas como un político —le regañó Viv, relajándose por primera vez desde que había pisado la acera de enfrente de su oficina.

Hale se rio, recostándose en su silla y entrelazando los dedos por detrás de la nuca mientras la escudriñaba.

—¿Te digo el que le digo a todo el mundo que es mi favorito, o el que de verdad es mi favorito?

—Creo que ya sabes la respuesta. Pero ahora quiero que me digas los dos.

—¿Qué me das a cambio?

A Viv se le cortó la respiración. De repente estaba nerviosa.

—¿Qué quieres?

La atención absoluta de Hale recayó sobre Viv como un edredón en verano: no es que le sobrase del todo, pero tampoco la recibió con agrado. Sintiéndose observada, intentó no rebullirse en la silla.

—Quiero una respuesta —dijo Hale al fin.

—¿A qué pregunta?

—Aún no lo he decidido —dijo y entonces su mirada se ensombreció.

*¿Por qué os casasteis Edward y tú?*

Las palabras resonaron tan fuerte en la cabeza de Viv como si él las hubiera pronunciado en alto. Sabía que era eso lo que Hale quería preguntar, por mucho que jamás lo fuese a hacer.

—De acuerdo —convino Viv.

Hale le tendió la mano.

—Choca los cinco —propuso. Viv soltó una risa burlona, pero se inclinó lo suficiente para encajar la mano en la de Hale. Chocaron los cinco y no hubo ningún chispazo. Hasta los fantasmas de aquellas mariposas estaban exorcizados. Viv apartó la mano, sin saber si estaba satisfecha o desilusionada y sin ningún deseo de indagarlo—. Suelo decir que es *De ratones y hombres* —dijo Hale en cuanto se soltaron.

—Steinbeck —dijo ella, moviendo la cabeza afirmativamente—. Ese libro no ha sido seleccionado para las Ediciones de las Fuerzas Armadas, pero *Tortilla Flat* fue uno de nuestros primeros libros.

—No lo he leído —dijo Hale, sin ponerse a la defensiva como hacía tanta gente cuando Viv mencionaba nombres de novelas.

—Camelot en California, con un alegre grupo de caballeros andantes incluido. Me gustó bastante.

—Como a mí *De ratones y hombres*.

—No es que sea una historia muy alentadora, que se diga —le dio la razón Viv—. ¿Cuál es tu libro preferido en realidad?

—*Don Quijote* —dijo Hale—. O, dicho de manera más precisa, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.*

La respuesta la sorprendió tanto que a punto estuvo de sonreír de

oreja a oreja.

—Un alma romántica —comentó Viv—. Debería haberlo adivinado.

Hale asintió en silencio. Bajo su franca expresión, Viv notó un esbozo de sonrisa y supuso que le habría agradado que recordase este aspecto de su personalidad. Pero, en lugar de aludir al pasado que habían compartido, aprovechó la oportunidad para insistir en lo suyo.

—Entonces, ¿no estás de acuerdo con Cervantes? —Hale hizo una pausa y se quedó pensando. Después, citó de memoria—: «Cuando la vida se vuelve lunática, ¿quién sabe dónde la muerte descansa? […] Demasiada cordura puede ser la peor de las locuras, ver la vida como es y no como debería ser».

—Bravo.

—Y por eso no le digo a nadie que es mi libro favorito —dijo Hale, con tono casi risueño—. Lo utilizarían descaradamente en mi contra. —Hizo una pausa, inclinándose de nuevo para hacer el papel del sincero congresista que era—. En ningún momento he dicho que no respete tus esfuerzos, Viv. Pero me temo que tu lucha contra Taft tiene las mismas posibilidades de éxito que la de don Quijote contra los molinos de viento.

—¿De modo que deberíamos rendirnos? —preguntó Viv, a quien la sola idea se le antojaba repulsiva—. ¿No prefieres ver la vida como debería ser más que como es?

—Soy político, no caballero andante.

—Pues yo creo que nuestro mundo sería un poco mejor con más de lo segundo y menos de lo primero —le soltó Viv.

Se la quedó mirando.

—Te has vuelto bastante retorcida, ¿no crees?

Lo dijo como un cumplido.

—¿Significa eso que lo harás?

—No puedo garantizarte nada. Yo estoy en el Congreso; él está en el Senado.

—Pero tú eres increíblemente popular —insistió Viv—. La gente quiere apoyarte, saben que vas a llegar lejos. Además, voy a encargarme de que la opinión pública le presione. Lo único que te pido es que les des un toque a tus colegas para que Taft no pueda ignorar todo esto tranquilamente.

—Cuantos más diputados estén al tanto, mejor —dijo él con tono reflexivo—. Como ya he dicho, lo intentaré.

Iba a decir algo más, pero pareció que se lo pensaba mejor y cerró la boca.

—¿Qué? —insistió Viv, como siempre incapaz de dejar las cosas a medias con Hale.

—Sabes que el mero hecho de conseguir que asista al acto no es suficiente —dijo Hale, casi con cautela.

—No me digas. Gracias, eso ya me lo imaginaba yo.

Hale levantó las manos.

—Solo digo que Taft es un imbécil testarudo. No va a ser fácil vencerlo.

—No se trata de Taft —dijo Viv. Cada palabra sobre su vulnerabilidad le revolvía el estómago. No quería saber qué pensaba Hale ni qué juicio le merecía su plan; sin embargo ansiaba que le diese el visto bueno. No porque en tiempos hubiese valorado su parecer por encima de cualquier otro, sino porque había ganado en su distrito con el setenta por ciento de los votos. Hale sabía bien lo que era la política, y esto era política—. Se trata de sus votantes. De todos los votantes, en realidad. Al final, lo que pretendo no es que Taft cambie de opinión, sino asegurarme de que otros congresistas sepan lo venenoso que es este asunto y que hagan algo al respecto.

—Y, para conseguirlo, vas a azuzar a los ciudadanos que los votan —dijo Hale, moviendo la cabeza en señal de aprobación—. Eso sí, debo advertirte de que la gente está en las últimas y prácticamente no se interesa por nada que no sea…, en fin…, que no sea sobrevivir.

—Ya lo sé —dijo Viv, porque también ella estaba exhausta. Habían sido unos años aciagos, y las muertes, los racionamientos y la desesperación propia de la vida en tiempos de guerra le habían pasado factura a todo el mundo—. Pero tú sabes mejor que nadie que la gente se pirra por una buena historia. Lo único que tengo que hacer es encontrar la historia adecuada y contarla.

# Capítulo 15

*Berlín*
*Febrero de 1933*

—Eres escritora.

Althea detuvo el lápiz sobre el papel; reconoció la voz a pesar de haberla oído solo una vez.

Hannah Brecht.

Había pasado una semana desde que se conocieron en el cabaré, aunque no habían intercambiado más que un fugaz saludo antes de que Dev tirase de Althea para llevarla al siguiente grupo. Aquella noche había conocido a tantas personas que la mayoría se había mezclado en un recuerdo borroso.

Por alguna razón que Althea era incapaz de concretar, no le costaba nada recordar a Hannah Brecht.

En estos momentos estaban en otro cabaré, más pequeño, pero no menos alegre. Era como si Dev hubiese asumido la misión de arrastrar a Althea a todos y cada uno de los garitos de Berlín. Este era el cuarto al que iban, y, aunque estaba exhausta, Althea jamás se había sentido tan libre.

Diedrich le había estado haciendo preguntas cada vez más incisivas acerca de dónde pasaba el tiempo libre, pero a Althea le resultaba fácil ignorar su malestar cuando pensaba en lo feliz que le hacían las salidas nocturnas.

Hannah Brecht tomó asiento enfrente de Althea sin esperar una respuesta…, y menos mal, porque a Althea le estaba costando Dios y ayuda articular palabra.

En la semana transcurrida desde que se conocieron, Hannah había entrado y salido de sus pensamientos. Althea se había convencido de que había exagerado la belleza de aquella mujer, de que el ambiente y la excitación la habían llevado a emocionarse con todas las personas que había conocido.

En todo caso, esta noche Hannah estaba todavía más impresionante. Llevaba un ajustado vestido amarillo con cortes laterales que dejaban ver las costillas y la espalda, un destello de piel que era aún más interesante porque el vestido le tapaba por completo el pecho y las piernas. Todo un ejemplo de atracción sutil.

Althea sintió que le corría calor por las venas, y lo único que se le ocurrió fue que debían de ser celos. No había ninguna otra razón que explicase por qué no podía apartar la vista de los movimientos del cuerpo de Hannah por debajo de la seda.

La mesa era minúscula y estaba apartada en un oscuro rincón, y, cuando el tobillo de Hannah rozó el suyo, Althea dio un respingo, intentando crear más hueco entre las dos. A Hannah le hizo gracia su turbación.

—¿O es que estás tomando notas para informar a tus patronos nazis? —preguntó Hannah, indicando con un gesto de la barbilla el cuaderno en el que había estado escribiendo Althea.

Althea se ruborizó y se puso a guardar todo de forma aturullada en su pequeño bolso, sin comprender por qué sentía vergüenza. ¿Por ser escritora? ¿Por comportarse en público como escritora?

—No estoy… No son… —logró decir antes de que la mano de Dev se plantase sobre su hombro.

—Hannah, no estarás asustando a nuestro pichoncito, ¿no? —preguntó Dev, y Althea se sintió a la vez agradecida y molesta.

—No, no creo que la esté asustando. En el sentido al que te refieres, no —dijo Hannah después de estudiar la expresión de Althea. Sin dar tiempo a que Althea le pudiese preguntar a qué se refería, Hannah miró a Dev—. Qué, la estás sometiendo a una gira relámpago, ¿eh?

—Estamos recuperando el tiempo perdido —dijo Dev, acariciando el pelo de Althea.

Otto Koch asomó por detrás del hombro de Hannah, ruborizado y feliz y tan guapo que hacía daño a la vista.

—Acaban de desplumarme en la mesa de póquer. Ven a bailar conmigo, Dev, por favor. Ayúdame a olvidar esta injusticia.

—¿Cómo iba yo a decirle que no a esta carita? —dijo Dev, y alargó la mano para pellizcarle la barbilla.

Otto se rio, le agarró la mano y la arrastró hasta el pequeño espacio del que se habían apropiado las parejas de baile. Girando la cabeza, Dev dijo:

—Sé amable, Hannah.

—Yo siempre soy amable —dijo Hannah, aunque tenía los ojos clavados en la cara de Althea y era imposible que Dev oyese la tranquilizadora respuesta—. Eres escritora.

—He publicado un libro —corrigió Althea.

Hannah esbozó una media sonrisa, como si comprendiera la diferencia.

—Entonces, ¿tu próximo libro va a ser sobre los nazis? ¿Tal vez una historia de amor entre una joven americana y un fornido alemán a las órdenes de Hitler?

Althea se ruborizó al recordar aquel día del mercado de invierno en

el que había actuado como un personaje protagonista flirteando con su rubio y apuesto novio. La sonrisa de Hannah se ensanchó, satisfecha y socarrona.

—Los odias —dijo Althea, en lugar de defenderse—. ¿De veras son tan terribles?

En los cabarés, todo el mundo hablaba de los nazis en el mismo tono en que Diedrich y sus amigos hablaban de los comunistas. Cuando menos, era confuso, y complicaba la tarea de hacerse una imagen precisa del estado de los asuntos políticos del país.

Hannah frunció los labios, y Althea no pudo evitar posar en ellos la mirada. Parpadeó y apartó la vista.

—Si te dijera que sí, que en efecto son tan terribles —respondió Hannah—, ¿qué pensarías?

—No…, no sé —farfulló Althea.

—Sí lo sabes. Pensarías que somos dos caras tendenciosas de la misma moneda.

Tenía razón, claro. Althea venía pensando exactamente eso desde el instante en el que había comprendido que Dev no se fiaba ni de sus mismísimos anfitriones.

Todo el mundo conocía historias de los monstruos del otro bando, anécdotas igual de atroces. Pero a ella no la habían tratado mal ni los unos ni los otros. Althea sabía que era una manera muy pobre de juzgar a una persona. Ahora que era una escritora famosa, la gente de Owl's Head era muy amable con ella…, la misma gente, sin ir más lejos, por la que se había visto obligada a buscar consuelo en los libros.

Para juzgar a las personas no había que fijarse en cómo trataban a aquellos a los que querían impresionar, sino a aquellos que no podían serles de ninguna ayuda. Pero ¿qué ejemplos tenía Althea de esto último? La habían llevado a librerías, a lecturas públicas, a cabarés, a cafeterías, y en todo momento había presenciado un comportamiento civilizado por ambas partes.

—Entonces, ¿para qué voy a gastar saliva en decírtelo? —preguntó Hannah, como si le leyese el pensamiento.

—A Dev tampoco le caen bien —dijo Althea, sin saber por qué insistía, ahora que Hannah le acababa de ofrecer un modo de poner punto final a la espinosa charla. Quizá fuera porque la desilusionada resignación que se reflejaba en el rostro de Hannah le escoció más de lo que alcanzaba a entender. No conocía a Hannah de nada, y aun así buscaba su aprobación—. Pero sigue trabajando para Goebbels.

«Y tú eres amiga de Dev», quiso añadir, pero se calló. Le habría salido un tono demasiado demandante, se habría sentido expuesta, vulnerable, como cuando era más joven y aún no había entendido que no debía portarse como si estuviese deseosa de caer bien.

—No te dejes engañar por la propaganda, pichón. El fervor por Hitler no es tan tremendo como quieren hacerte creer los nazis. Hay un montón de gente que se tapa la nariz y trabaja con él a pesar de todo. —Por alguna razón, esto a Althea le pareció peor que tomar partido—. La vida no es un cuento de hadas —dijo Hannah, que estaba claro que entendía a Althea mucho mejor de lo que cabría esperar después de dos encuentros breves—. La gente buena hace cosas malas; la gente mala hace cosas buenas. Y la mayoría de la gente se limita a intentar sobrevivir. —Hannah apagó el cigarrillo—. Y ahora cuéntame qué estabas escribiendo.

—Nada, solo detalles —respondió Althea, y recorrió la sala con la mirada. Había dos hombres vestidos de mujer; llevaban el pelo peinado como el de Dev y se oía el taconeo de sus zapatos sobre las baldosas mientras se mecían abrazados; había una cantante de voz melosa a la que se le llenaban los ojos de lágrimas cada vez que llegaba a un estribillo emotivo; había un par de turistas francesas, mujeres de sesenta y tantos años que a todas luces habían ido al local sin saber lo que les esperaba, pero que no habían dejado de sonreír en todo el rato que llevaban sentadas a la mesa—. Yo… no he viajado mucho —confesó Althea, intentando no tartamudear al ver que Hannah se removía en la silla y la caída lateral del vestido insinuaba las sombras cercanas a las caderas—. Antes, cada vez que escribía tenía que recurrir a revistas y libros y, si tenía suerte, a fotografías de los lugares que estaba describiendo.

—Nunca lo había pensado —dijo Hannah apretando el muslo contra la rodilla de Althea, que apartó su copa porque las burbujas, sin duda, se le habían subido a la cabeza. O tal vez solo fuera efecto de la atención que le estaba dedicando Hannah, que había pasado del desdén a la curiosidad.

—Hay detalles que son universales —dijo Althea. Apoyó la palma de la mano en la mesa, bocarriba—. Una muñeca siempre será una muñeca: venas debajo de una piel suave y muy fina. Si tocas…

Se interrumpió al ver que Hannah recorría las líneas azules con la yema de un dedo y seguía por el montículo de la palma. Y luego, a la inversa. A Althea se le puso la mente en blanco, se le secó la boca, le zumbaban los oídos.

—Si tocas… —la animó a continuar Hannah, la voz ronca y un poco guasona.

—… puedes sentir el corazón de una persona —consiguió concluir Althea.

Hannah le sostuvo la mirada y dijo:

—Aunque hay cosas que no te puedes imaginar.

—Ya…

Althea fue la primera en apartar la mirada, y después, cuando

Hannah se recostó en la silla, echó de menos sus dedos.

Sus ojos se posaron sobre dos hombres que había cerca de ellas, apoyados contra una columna, trabados en un fogoso beso. La visión fugaz de una lengua hizo que Althea fuera plenamente consciente del contacto de su pierna con la de Hannah.

«Si tocas…».

Una oleada de calor le recorrió el cuerpo perlándole de sudor la parte baja de la espalda, y tras el fuego vino un escalofrío.

—¿Algún problema? —preguntó Hannah con una expresión que no delataba nada.

Pero Althea se dio cuenta de que le importaba la respuesta.

—N-no. —Carraspeó para disimular el titubeo de su voz—. No, ninguno.

—Me estabas explicando lo de los detalles —dijo Hannah, y Althea intentó desesperadamente recordar lo que ya había dicho.

—Esto… Hay algunos detalles que se pueden extrapolar. Una muñeca de una mano es una muñeca de una mano. Puede que haya pequeñas diferencias entre unas muñecas y otras (el color de la piel, el tamaño de los huesos, si es gruesa o fina), pero las características básicas son las mismas en todas partes del mundo —dijo Althea—. Un coche es un coche; una nevera es una nevera. Puedo construir un mundo que a mis lectores les parezca real —continuó—. Porque todos sabemos que una muñeca se dobla hacia atrás solo hasta cierto punto y que la nevera enfría las cosas, y que un coche te lleva deprisa a cualquier sitio. Pero hay límites. Sé cómo es un restaurante de Maine, pero no sé cómo son los restaurantes de la India. ¿Qué los distingue de los australianos, y a estos de los de California?

—¿O cómo es un cabaré berlinés? —dijo Hannah, cogiéndole el tranquillo.

Althea asintió con la cabeza.

—Así que investigo y deduzco y cruzo los dedos. Pero siempre reconozco por los detalles a los escritores que han viajado más allá de los seis kilómetros cuadrados a la redonda del lugar donde nacieron. —Miró en derredor, catalogándolo todo como había estado haciendo antes—. Jamás habría podido imaginarme esto.

—¿Te gusta? —preguntó Hannah, con una voz más amable de lo que había sido hasta ahora.

Althea supuso que la debió de notar sobrecogida.

—Es la vida misma, ¿no? —dijo Althea sonrojándose por su propia sinceridad—. Da la impresión de que los cabarés utilizan luces distintas para que todo sea más vibrante, más intenso. La ira, el gozo, la… la pasión. La vida. Aquí todo es más.

Un gesto de aprobación iluminó por un instante el rostro de Hannah, y Althea quiso bañarse en su luz.

—A ver, pichoncita, ¿te gusta bailar? —le preguntó.

Sorprendida por la pregunta, Althea solo pudo parpadear mientras se imaginaba una maraña de extremidades, muslos encajados unos en otros, vientres arrimándose al son de una música estridente. Mientras se figuraba sus dedos rozando la seda de aquel vestido, la seda de la piel de Hannah.

«Si tocas…».

—No, nunca he… No. —Desenrolló su torpe lengua—. No. No bailo.

Hannah tardó en reaccionar. Después se levantó en el mismo instante en que una chica morenita se chocaba contra su mesa. La chica sonrió a Hannah con una desenvoltura que hizo que las chispas que habían ardido bajo la piel de Althea se apagaran.

—Qué lástima —dijo Hannah, sin apartar los ojos de la muchacha.

A Althea no le quedó más remedio que quedarse mirando cómo se fundían con la multitud.

Dev se desplomó en la silla que había dejado vacía Hannah, le pasó un brazo por encima del hombro a Althea y le plantó un beso lleno de babas en la sien.

—Arriba esos ánimos, cielito. No hay una noche de cabaré auténtica sin un poco de mal de amores.

—¿Sabes? Esto de consolar no se te da tan bien como piensas.

Dev se rio por toda respuesta, un alegre sonido como de carillón, y sin hacer caso de las protestas de Althea tiró de ella y la sacó a la pista de baile.

—Y tú no eres tan sosa como piensas —replicó Dev cuando ya bailaban.

—Consuelas fatal —insistió Althea, pero se le escaparon unas risitas mientras Dev la hacía girar y la volvía a atraer hacia sí.

Ni una sola persona del garito se fijó especialmente en ellas… Bueno, quizá algunas sí, pero por Dev, no porque dos mujeres estuviesen bailando juntas.

Althea terminó pegada a Dev, solo por un instante, pero de una manera mucho más íntima que cuando la pierna de Hannah le había rozado la suya. Y, sin embargo, a pesar de la indiscutible belleza de Dev, a Althea no le sudaban las palmas de las manos, y no tenía el corazón desbocado. La alegría que sentía era la que nace de reír con una amiga nueva.

No podía dejar de buscar con la mirada a Hannah y a su pareja de baile. A través del espacio abarrotado, Althea y Hannah se quedaron mirando la una a la otra. La chica morena se había fundido en los brazos de Hannah, y el contoneo de sus cuerpos era sensual e hipnotizante.

La cantante interpretó un tema rápido a la vez que melancólico, las estridentes trompetas y las cuerdas de estilo *blues* entretejiéndose con

su voz grave. Era imposible resistirse a un ritmo tan estimulante, y las parejas empezaron a salir a la pista. La multitud se iba sumando en los estribillos, y las mesas y las sillas chirriaban contra el suelo a medida que salía más gente a bailar.

Y, en medio de todo aquello, Hannah no apartaba la mirada de los ojos de Althea. Lenta, muy lentamente, se llevó la muñeca de su pareja de baile a la boca y apretó los labios contra la fina piel.

Althea casi sintió el susurro de calor en su propia muñeca.

«Si tocas…, puedes sentir el corazón de una persona».

# Capítulo 16

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

Había pasado una semana desde que Viv fue por primera vez a la biblioteca de libros prohibidos de Brooklyn, y, por alguna razón inexplicable, la idea de regresar la ponía nerviosa.

Quizá porque sabía que le vendría de perlas que la bibliotecaria se sumase al acto de confrontación con Taft, o quizá porque sospechaba que probablemente se negaría a hablar en público si se lo pedía.

Había mil cosas que Viv debería estar haciendo en lugar de darse esta caminata hasta Brooklyn. Disponía de poco más de dos meses para terminar de organizar ella sola un descomunal acto para la prensa. Pero, cada vez que dudaba de sí misma en los últimos días, se acordaba de este lugar y de aquella bibliotecaria con fuego en la voz.

Pasarse por allí para recibir otra dosis solo podía ser algo positivo.

Esta vez, la bibliotecaria no estaba perdida entre las estanterías, sino ayudando a una joven en el mostrador, las dos cabezas inclinadas sobre un libro abierto.

Viv no quería interrumpirlas, pero el tacón de su zapato raspó el suelo y ambas mujeres levantaron la mirada. En los ojos de la una había pánico; en los de la otra, hielo.

—Esto… —murmuró Viv, con la incómoda sensación de un policía que acaba de entrar en una taberna clandestina.

Un segundo después, la más joven pasó corriendo por delante de Viv y, en su evidente afán de escapar, se chocó con ella.

Viv se quedó mirándola, consternada. Se volvió hacia la bibliotecaria, que tenía una expresión imperturbable.

—Lo siento mucho. No quería…

La bibliotecaria suspiró y cerró el libro en el que había estado enfrascada con la joven.

—¿En qué puedo ayudarla, señora Childs? —dijo.

—He venido en mal momento, lo siento —intentó disculparse nuevamente, enfadada con el universo por haberla enviado hasta allí en ese preciso instante.

A la bibliotecaria se le disparó la mirada hacia la puerta por la que acababa de salir corriendo la otra usuaria.

—Qué le vamos a hacer.

Viv se acercó y trató de echar un vistazo a la portada del libro, pero la bibliotecaria se lo pegó al pecho con ademán protector.

Y, de nuevo, Viv la vio como algo más que una bibliotecaria.

Como una guardiana.

Había algo tan atractivo en esta idea que Viv no había sido capaz de renunciar a ella, por mucho que no tuviese ningún derecho a pedirle un favor a la mujer.

—¿Quiere que le eche una mano? —se ofreció Viv a la vez que se secaba las palmas en la elegante falda roja y señalaba el carrito abarrotado de libros que había al lado de la bibliotecaria—. Así podemos seguir hablando de la biblioteca.

—De acuerdo —dijo la bibliotecaria, dejando que asomase a sus ojos y a la comisura de sus labios una calidez que no había allí antes —. Empuje. Y sígame.

Ni corta ni perezosa, Viv cogió el carrito metálico de color beis y empujó.

El montón de libros se zarandeó un poco pero no llegó a desmoronarse.

—¿Sabe que aquella noche no solo ardieron novelas en Berlín? —dijo la bibliotecaria mientras se dirigían a las estanterías traseras—. Poca gente sabe que unos días antes de las quemas los estudiantes atacaron el Institut für Sexualwissenschaft. —Al percatarse del perplejo silencio de Viv, la bibliotecaria volvió la cabeza y a continuación tradujo—: El Instituto de Estudios Sexuales.

Viv se ruborizó.

—Ah —dijo.

—Destruyeron el lugar, que estaba llevando a cabo investigaciones pioneras sobre las mujeres, los homosexuales y los estadios sexuales intermedios —dijo la bibliotecaria, sin que le temblase lo más mínimo la voz.

A Viv le habría gustado estar tan de vuelta de todo como ella, quería ser sofisticada, pero en los círculos en los que se movía jamás había oído pronunciar en voz alta dos de esas cinco palabras.

—Interesante —consiguió decir.

—Los gamberros robaron el busto del fundador, Magnus Hirschfeld, del vestíbulo del instituto, días después lo llevaron como trofeo de guerra a las quemas de la Opernplatz —continuó la bibliotecaria, que no era consciente de lo incómoda que se sentía Viv, o le daba lo mismo—. Quemaron buena parte de las investigaciones de Hirschfeld, además de los únicos ejemplares existentes. El mundo retrocedió varias décadas.

Y, por fin, Viv superó su incomodidad.

—¡Qué horror! —exclamó.

La bibliotecaria se detuvo delante de las estanterías y volvió a colocar en su sitio el libro que todavía llevaba agarrado contra el pecho. Viv consiguió ver el nombre del autor.

Hirschfeld.

*Vaya…*

«Mujeres, homosexuales y estadios sexuales intermedios».

Viv pensó en la joven que tanto se sobresaltó cuando ella llegó y que se llevó la mano al corazón.

—Vaya…

—Sin embargo, como ya he dicho, las palabras no se desescriben simplemente porque las quemes. Las ideas no pueden borrarse sin más. No se puede borrar a la gente. —La bibliotecaria tocó el lomo del libro con delicadeza, con reverencia, antes de reanudar sus pasos—. Quemar libros sobre cosas que no te gustan o no comprendes no significa que esas cosas ya no existan.

—¿Cómo fue aquella noche? —preguntó Viv en un susurro, deseando al mismo tiempo haberse mordido la lengua.

La bibliotecaria la miró fijamente, y se preguntó qué estaría buscando.

¿Simple y grosera curiosidad, quizá?

Viv no podía decir que sus motivos fueran del todo puros —seguía buscando una buena historia desesperadamente, una historia que movilizase al público y lo sacase de su apatía general hacia cualquier cosa relacionada con la política—, pero tampoco podía negar que tan solo quería conocerla, enterarse de sus experiencias.

—Lluviosa —dijo al fin la mujer con ironía a la vez que alargaba la mano para coger el siguiente libro.

La risa de Viv llenó el espacio que las separaba.

—Ah, ¿sí?

—De hecho, a los nazis les costó mucho mantener las hogueras encendidas. —Las comisuras de sus labios se crisparon de una manera característica que al menos delataba cierto regodeo, aunque no estuviese exento de cinismo—. Tuvieron que seguir echando gasolina sobre los montones de libros.

—Pero al final lo consiguieron.

—A veces son los que no quemaron los que más me inquietan —rumió la bibliotecaria, colocando en su sitio un volumen de las investigaciones de Freud.

—¿A qué se refiere?

La bibliotecaria le lanzó una mirada, evaluándola de nuevo. Desde luego, era recelosa, aunque Viv se dijo que se lo había ganado.

—¿Qué cree que pasa con los libros de los judíos que son enviados a los campos de concentración? —preguntó la bibliotecaria.

—Supongo que… No lo había pensado.

La bibliotecaria ladeó la cabeza.

—Poca gente lo piensa. Los nazis empezaron a asaltar las bibliotecas privadas de los ciudadanos judíos de Alemania por la misma época en la que necesitaban reunir una cantidad suficiente de libros para quemarlos y ofrecer un buen espectáculo. Jamás dejaron de hacerlo.

—¿Como lo que hicieron en el… —Viv se trabó con el alemán— en el Institut für Sexualwissenschaft?

La pregunta le valió algo parecido a una sonrisa.

—Muy parecido. Y sí, los miembros de las SA confiscaron los libros «antialemanes» de las librerías comunistas, las bibliotecas de préstamo y las casas particulares. En aquellos tiempos, en Berlín había un bloque de apartamentos que alojaba y protegía a los escritores que luchaban activamente contra la censura. Registraron y destrozaron todas y cada una de las quinientas viviendas antes de las quemas.

—¿Y en todo este tiempo no han hecho otra cosa con los libros más que quemarlos? —preguntó Viv, recorriendo con el dedo uno de los ejemplares más bonitos del carro, el pecho oprimido al imaginárselos reducidos a cenizas.

—No lo creo —dijo la bibliotecaria—. Creo que esos cabrones los están acaparando para estudiarlos.

—¿Conoce a tu enemigo…? —preguntó suavemente Viv.

La bibliotecaria asintió con la cabeza.

—La propaganda retrata a los nazis como antiintelectuales ignorantes. Pero los líderes saben lo poderoso que es el conocimiento. Por eso lo quieren controlar de una manera tan estricta. —Viv no pudo evitar pensar en Taft, pero no quería que la bibliotecaria perdiera el hilo si le contaba sus problemas—. Tienen un club nacional del libro, ¿lo sabía? —preguntó la bibliotecaria, y de nuevo el humor negro se deslizó en su voz.

—¿Los nazis?

Viv se quedó espantada. No sabía por qué; ciertamente, no era la mayor atrocidad de todas las cometidas por Hitler, pero por algún motivo le pareció una profanación.

—Tenían a cientos de miles de miembros leyendo a Goethe y a Schiller, y cualquier literatura proalemana que quisieran divulgar. —La bibliotecaria movió la cabeza—. Supongo que es como sus Ediciones de las Fuerzas Armadas.

—No —dijo Viv con la voz entrecortada—. Nosotros no somos así. No tenemos una agenda política.

La bibliotecaria le lanzó una mirada escéptica.

—Todo el mundo tiene una agenda política. Disculpe, he sido injusta.

Pero había despertado una curiosidad morbosa en Viv.

—¿Quién dirige el club de lectura? —preguntó.

—El Ministerio de Propaganda de Goebbels tiene una Cámara Nacional de Literatura. —De repente, la expresión de la bibliotecaria se ensombreció. De nuevo se había levantado un muro entre ambas, y el brusco cambio dejó a Viv un poco turbada. A ciegas, colocó el último libro y se quedó mirando el carrito vacío—. Vaya, no he sido de mucha ayuda, señora Childs.

Con el máximo de sinceridad posible, Viv dijo:

—Me ha ayudado más de lo que se imagina.

—Ya me lo dijo en otra ocasión, pero sigo sin creerla —replicó pensativa la bibliotecaria mientras volvía al mostrador.

—Creo que este lugar —*y usted también,* pensó Viv, aunque tuvo el buen tino de callárselo— tiene algo especial. Su cometido, su historia… Ya sé que nuestras batallas son muy distintas, pero cuando vengo aquí recuerdo el motivo por el que estoy luchando con todas mis fuerzas.

—Puede que los locos metan mucho ruido, pero nosotras también podemos. A nuestra manera.

Viv se esforzó por decir algo que no fuera pedirle a la bibliotecaria que revelase todos sus secretos sobre un escenario, delante de un montón de congresistas y de los corresponsales de prensa de Nueva York.

—¿Cuál es su libro favorito? —preguntó Viv.

—Mi libro favorito —repitió la bibliotecaria, y se sentó en el taburete—. Eso es como elegir el momento favorito de tu vida. A lo mejor se puede nombrar uno, pero eso no significa que no haya otros cien que no lo merezcan casi por igual. —Continuó antes de que Viv pudiese retirar la pregunta—: Bueno, sí que tengo un libro que me hace sentir bien, un libro al que recurro cuando busco la sensación de un día nevado con un té calentito.

—¿Cuál es? —preguntó Viv, impaciente.

—*La librería ambulante*, de Christopher Morley —contestó la bibliotecaria con una suave sonrisa, la mirada un poco soñadora, un poco ausente—. Cuando vendes un libro, no solo estás vendiendo trescientos gramos de papel, tinta y pegamento…; vendes una nueva vida entera. Amor, amistad, humor, barcos en el mar por la noche… En un libro están contenidos el cielo y la tierra.

Era como si alguien hubiese cogido la vida de Viv y la hubiese enfrascado en una cita sencilla.

—Voy a tener que leerlo —dijo.

—Creo que le parecería interesante.

Sonó como si pusiera punto final a la conversación, y Viv decidió no abusar de su hospitalidad. Pero, antes de despedirse, tentó a la suerte.

—Y ¿puedo saber cómo se llama usted?

En cierto modo prefería no saberlo, por mantener la fascinación del

misterio.

De modo que no se disgustó cuando la bibliotecaria, mirándola de arriba abajo y ladeando después la cabeza de esa manera tan suya, respondió:

—Tal vez otro día.

# Capítulo 17

*París*
*Noviembre de 1936*

La Biblioteca de Libros Quemados se había transformado en una especie de taller para la inminente feria de libros contra los nazis.

Los miembros de la junta directiva de la biblioteca le habían dado la razón a Hannah y habían decidido imprimir su novela, que representaba la versión que del ideal alemán tenía la comunidad de exiliados. No obstante, en la última semana, el plan se había convertido en algo de mayor envergadura todavía.

La biblioteca no quería limitarse a contestar a los nazis; también quería llegar a los parisinos. Quizá no a los que ya estaban deseando que las intenciones ocultas de Hitler incluyesen a Francia, sino a los que no estaban seguros, a los que no sabían distinguir la verdad de las mentiras.

Los estudiantes y los voluntarios habían convertido la mesa central en una fábrica de hacer panfletos. Sentados todos juntos al fondo, los miembros de la junta directiva se dedicaban a seleccionar los mejores materiales para mostrarlos en el espacio de exposiciones alquilado, y el resto del personal había aparcado las tareas habituales de la biblioteca para dedicarse a hacer recados.

A Hannah no le importaba; era muy emocionante hacer algo, lo que fuera, para enfrentarse a la odiosa retórica que iban a exhibir los nazis.

La última vez que se había sentido tan esperanzada había sido la primavera anterior a la detención de Adam.

El señor Heinrich Mann, el presidente de la biblioteca, había encargado a Hannah que se pasara por las librerías de la zona a pedir ayuda para mostrar lo mejor de la literatura alemana. La tarea de Hannah consistía en convencer a las tiendas para que aportasen ejemplares gratis, a fin de que la gente curiosa pudiese hojearlos sin la presión de tener que comprarlos.

En el mismo instante en que Hannah se estaba poniendo el abrigo, sonó el timbre que había encima de la puerta. Lucien, el chico de la tienda de violines, estaba plantado en el umbral con las manos en los bolsillos.

—¿Has venido a verme? —preguntó Hannah, sorprendida y contenta a la vez.

No había tenido tiempo de mantener su ritmo habitual de distribución, y echaba de menos a algunas de las personas a las que visitaba.

Lucien miró rápidamente en derredor y se encorvó como si no quisiera estar allí. La alegría de Hannah se desvaneció. Esto no parecía una visita corriente.

—¿Tienes un momento? —preguntó.

Hannah echó un vistazo al reloj. La librería Shakespeare and Company estaba a punto de cerrar, y había planeado hablar hoy con Sylvia Beach.

—¿Te importa que hablemos mientras paseamos?

Lucien no abrió la boca hasta que estuvieron a varias manzanas de distancia de la biblioteca, y ella no le presionó. Pero veía su preocupación en el ceño fruncido, en el sesgo de la boca.

—Eres amiga de Otto Koch, ¿no? —preguntó al fin cuando entraron en los Jardines de Luxemburgo.

—Sí.

—No está herido —se apresuró a tranquilizarla, seguramente porque notó lo tensa que se había vuelto la voz de Hannah—. Ha estado viniendo a mis reuniones.

Hannah no sabía por qué esto la sorprendía. Quizá porque había dado por sentado que Otto compartía el mismo recelo que ella hacia las reuniones de la Resistencia. También había sido muy amigo de Adam.

—No me estarías contando esto si no hubiese ocurrido algo —dijo con la mayor serenidad posible.

De nuevo, Lucien calló. En momentos como este era cuando más notaba las diferencias culturales. Un alemán no habría tenido ningún inconveniente en asustarla u ofenderla.

—Cuenta.

—Dijiste que tenías un hermano al que detuvieron los nazis —dijo Lucien.

Hannah tuvo que hincarse las uñas en las palmas de las manos para evitar zarandearle para que le diese la información, y se limitó a responder:

—Sí.

—Otto está… En fin, por su manera de hablar, parece que va a meterse en el mismo tipo de líos —soltó por fin Lucien—. Al principio, cuando venía a las reuniones, se sentaba al fondo, era muy retraído. Últimamente se ha hecho oír más. Y, de repente, anoche, se puso a discutir con uno de los presentes. —Hizo una pausa y la miró—. Llegaron a las manos, Hannah. —Esta exhaló aire de forma

entrecortada. No eran buenas noticias, pero podrían haber sido peores —. Tuve que echarle —explicó Lucien—. Le dije que no volviera. —Ambos sabían lo que eso significaba. Otto podría ponerse en contacto con un grupo más radical que diese la bienvenida a su fuerte temperamento y elogiase su apasionamiento, en lugar de sofocarlo—. Tengo que pensar en otras personas —añadió Lucien, como suplicándole a Hannah que no se enfadase con él.

Ella se dio cuenta de que llevaba varios minutos sin decir esta boca es mía.

—Claro que sí, cielo —dijo Hannah y se paró para darle un abrazo. Le rozó la mejilla con los labios para demostrarle que seguían siendo amigos. El problema era de ella, no de Lucien; él había hecho lo que tenía que hacer para proteger a su grupo—. Hablaré con él.

—Gracias —dijo Lucien, como si se hubiese quitado un gran peso de encima. Se dio la vuelta, pero antes de marcharse hizo una pausa y volvió la cabeza—. Necesitamos ese tipo de fuego que arde en su interior. Pero si quemamos el mundo entero para destruir a los nazis…

Hannah terminó su pensamiento.

—No quedará un mundo en el que vivir cuando ya no estén.

Hannah se despertó sobresaltada sin saber exactamente qué la había sacado de su pesadilla de cuerpos magullados y huesos rotos, pero, en cualquier caso, se sintió agradecida.

No tardó en darse cuenta de que alguien estaba aporreando la puerta de la calle, tres pisos más abajo de su pequeño apartamento.

Notó que algo oscuro se retorcía en su vientre como si fuera una premonición, y retiró las finas mantas de una patada, se levantó de la cama a trompicones y se acercó a la ventana.

—Hannah. —Era un sollozo—. Hannah.

Una voz desconsolada, abatida. Desesperada.

—Otto, para.

Aunque lo dijo lo más bajo que pudo, Otto debió de oírla y levantó la cabeza y la buscó con la mirada.

Un momento después, la puerta de la casa se abrió de par en par y Brigitte agarró a Otto del cuello de la chaqueta y lo zarandeó. Hannah sabía que a Brigitte le importaba un comino el decoro, pero si algo no soportaba era que la despertasen en mitad de la noche. Otto tendría suerte si escapaba sin un ojo morado.

Hannah se puso rápidamente una bata, salió corriendo al rellano y bajó las escaleras.

—*Mademoiselle, je suis désolé, désolé* —balbuceó Hannah en un pésimo francés—. Por favor. Por favor.

Había algo en su tono de voz que llamó la atención de la casera, la cual dejó de sacudir a Otto para fulminarla con la mirada. Después empezó a echar sapos y culebras por la boca —o eso imaginó Hannah— sin soltar al sollozante Otto. Por último, lo empujó hacia donde estaba Hannah y volvió a meterse en su casa.

Una vez descartado que la casera la fuese a desalojar, Hannah decidió tomarse la bofetada verbal como el menor de los males posibles, dadas las circunstancias.

—Otto, cariño, ¿qué voy a hacer contigo? —preguntó, más bien para sus adentros, porque Otto seguía atrapado en su propia confusión emocional.

Le pasó el brazo por la cintura y tiró de él escaleras arriba. Para cuando llegó a su apartamento en el tercer piso, los brazos le dolían.

Hannah se las apañó para cogerle de manera que al soltarle se desplomase sobre su cama. Se quedó mirándola con los ojos enrojecidos y rebosantes de sentimiento, la barbilla temblorosa mientras intentaba recuperar el control. Hannah se sentó a su lado y le acarició el cabello. Intentó no recordar la advertencia que Lucien le hizo unas horas antes, pero no pudo evitarlo.

Con la misma voz que habría puesto para hablarle a un chiquillo enfermo, preguntó:

—¿Qué ha pasado, cielo?

—Los odio.

En estas dos palabras ardía aquel fuego tan hermoso y a la vez tan mortífero.

—Lo sé —dijo Hannah con ternura al tiempo que le tiraba cariñosamente de un rizo.

—Nos han quitado todo —dijo Otto, no lamentándose, sino susurrando. A Hannah, esta nueva determinación que había en su voz la asustó todavía más—. Todo.

—La vida no nos la han quitado.

—Pero solo porque hemos tenido suerte —dijo él, y suspiró—. Hemos sido de los pocos afortunados.

Hannah asintió con la cabeza. No hizo falta que mencionasen a Adam.

—¿Qué ha pasado, cielo? —volvió a preguntar Hannah.

Era un camino muy trillado. Y, a pesar de que Otto olía a destilería, no era solo el alcohol lo que le había vuelto sensiblero.

¡Qué intensamente sentía el mundo a veces! Sus gozos, pero también sus crueldades. Aun así, en los últimos meses parecía que había ido a más, que estas emociones salvajes habían sido alimentadas por el alcohol y también, sospechaba Hannah, por un consumo esporádico de drogas. Pero ella no quiso verlo hasta que Lucien la obligó.

Debería haber intervenido antes, pero no había querido luchar. A veces, simplemente pasar el día ya era bastante agotador.

Otto sonrió, mirándola a los ojos. Después se sacó la camisa del pantalón y se la subió lo suficiente para revelar una cadera delgada. Y la empuñadura metálica de una pistola.

A Hannah se le hizo un nudo en la garganta, un nudo áspero y doloroso.

—Otto, no.

—He hecho amigos.

—Pues no te convienen, si te están dando armas —dijo Hannah, oyéndose en la voz ese temblor que detestaba.

Sin embargo, lo único que era capaz de ver era el rostro de Adam cuando hablaba de sus planes para destruir un edificio nazi de Berlín. Hannah había visto en su hermano entonces un fervor, una luz que sabía que ella jamás conseguiría aplacar valiéndose de la lógica y de advertencias de precaución. En estos momentos veía lo mismo en los ojos de Otto, por muy húmedos que estuvieran.

—Les conté lo de la feria —continuó Otto como si Hannah no hubiese dicho nada—. También ellos la ven venir, Hannah. La guerra. Lo saben, igual que lo sabemos nosotros.

—Que te maten los nazis a tiros no va a contribuir a evitar la guerra —dijo Hannah, apenas capaz de hablar por encima del lacerante gemido que reverberaba en su cabeza. Tenía que pensar, tenía que poner fin a esto.

—A lo mejor sí. A lo mejor así se consigue despertar a París, que los vean como los bárbaros que son.

—No. —Hannah agarró las manos de Otto; las suyas estaban frías y húmedas—. No, Otto. Ya conoces a los nazis, sabes lo que harán si matas a uno de los suyos. Se vengarán con los judíos del interior del país. Sabes que lo harán. Convertirán a la víctima en un mártir de la violencia judía.

—Jamás convenceremos de nada a los nazis —dijo Otto, que sonaba ahora mucho más lúcido—. A ellos no tenemos que convencerlos. Tenemos que convencer al mundo.

—Tus amigos te están utilizando, Otto. Quieren causar problemas. Esto es anarquía; esto no va a convencer a nadie.

—¿Tan mala es la anarquía, teniendo en cuenta que la otra alternativa es Hitler?

Hannah frunció los labios para no seguir discutiendo. En el estado en el que se hallaba Otto, iba a ser imposible convencerle.

—Háblame de ellos. De tus amigos.

Otto la miró con los ojos entornados, como si presintiese una trampa. Pero estaba demasiado acostumbrado a compartir cosas con Hannah como para contenerse ahora.

—Ya están formando un grupo de resistentes. Quieren ponerlo en marcha antes de que lleguen los alemanes. Quieren dejar preparados códigos y refugios.

—¿Tan seguros están de que van a venir? —preguntó Hannah, a pesar de que entre todos sus conocidos era ella quien más proclamaba lo inevitable que era la guerra. Pero estaba tan hecha a que la rebatieran que le parecía sospechoso que otros reconocieran lo que estaba sucediendo.

—Son dramaturgos y actores de teatro, tienen relación con gente de Alemania. Han visto lo que hemos visto nosotros. «Lo saben».

Repitió esto último varias veces hasta que casi no se le entendía.

Hannah intentó que no le temblase la voz cuando le preguntó:

—¿Y quieren que vengas a la feria de libros con esa pistola?

—Se la he pedido yo —dijo Otto, de nuevo con tono fiero y obstinado—. No han tenido que convencerme; se la he pedido yo.

—De acuerdo, cielo —murmuró Hannah acariciándole una vez más el pelo.

Hablaría con él por la mañana. Le haría entrar en razón.

Los ojos de Otto se fueron cerrando poco a poco con los dulces cuidados de Hannah, y su respiración se fue volviendo más acompasada.

Para cuando Hannah se decidió, el cielo empezaba a clarear y los rayos del sol avanzaban sigilosamente sobre la raída alfombra. Despacio, tan despacio como lo había hecho Otto unas horas antes, le levantó la camisa sin apartar los ojos de su rostro. Al ver que el joven no se movía, tiró de la empuñadura de la pistola cogiéndola con dos dedos, reacia a tocarla.

Una vez que la hubo sacado del pantalón, la envolvió con un viejo chal. Después, arrodillada junto al armario, buscó la muesca que había que apretar para levantar la tabla del suelo del armario. La encontró y, con el mayor sigilo que pudo, soltó el arma en la oscuridad.

# Capítulo 18

*Berlín*
*Febrero de 1933*

Volviendo la cabeza mientras la noche las iba envolviendo, Dev apremió a Althea para que apurase el paso. Althea encontró extraña la cautela; hasta ahora, nunca le pareció que Dev reparase en que eran dos mujeres solas en una ciudad.

Esta noche, sin embargo, era evidente que tenía el alma en vilo.

—¿Qué pasa? —preguntó Althea, dando saltitos cada pocos pasos para acompasarse con las largas piernas de Dev y sus andares angustiados.

—Quiero enseñarte algo —dijo Dev, repitiendo la que a estas alturas era ya una frase familiar.

Althea había perdido la cuenta de las veces que Dev se había presentado en su puerta con esta intención en las tres semanas transcurridas desde que se conocieron.

«Quiero enseñarte algo» podía referirse a cualquier cosa, desde un espectáculo subido de tono hasta un cuadro de alguno de los museos de la Isla de los Museos, pasando por alguna banda de música especialmente animada que estuviese tocando en el Tiergarten. Del brazo de Dev, Althea había visto más cosas de la ciudad de lo que habría visto durante toda su estancia si hubiese dependido solo de Diedrich.

Althea nunca había tenido una amiga de verdad. Quería a su hermano, y él siempre estaba dispuesto a interrumpir lo que fuera por ella. Pero los amigos de Althea siempre habían estado en las páginas de los libros que leía, o en las que escribía. Era una intimidad que solo era capaz de imaginarse y que estaba claro que nunca se le había dado demasiado bien.

Ahora que Dev había entrado en su vida como quien no quiere la cosa, haciendo notar su presencia en todos y cada uno de sus rincones, Althea comprendió todo lo que se había perdido.

Se chocó un momento con Dev cuando esta se detuvo. Sin avisar, Dev la agarró de la muñeca y la llevó al callejón más cercano. Desde allí caminaron a un paso todavía más rápido y salieron a la calle principal antes de volver a sumergirse en las sombras.

Cinco emocionantes minutos más tarde, Dev abrió la puerta de una cafetería que no tenía nada de particular. En el letrero de la puerta no había ningún nombre; solo un dibujo de una taza de café. Pero Dev no vaciló lo más mínimo.

El ambiente de la mayor parte del local era el habitual de una tranquila noche de lunes, con unos cuantos clientes solitarios repartidos por las mesitas. Pero al fondo había un grupo de hombres y mujeres de la edad de Althea o más jóvenes. Esparcidas por varias mesas que habían juntado y rodeado de un montón de sillas había tazas y hasta alguna que otra copa de vino. Uno de los jóvenes estaba de pie, a todas luces rodeado de admiradores y gesticulando con el aire de un actor shakespeariano.

Al ver a Dev la saludó y cruzó rápidamente la sala para estrecharla entre sus brazos.

Soltó a Dev, que se estaba riendo, y se volvió hacia Althea, que dio un paso atrás para no arriesgarse a recibir la misma bienvenida. Estaba acostumbrándose a conocer a gente nueva continuamente, pero no le apetecía ni pizca que aquel hombre tan extraño la cogiese en volandas.

El joven captó la indirecta y se limitó a sonreírle.

—Hola —la saludó.

Tenía ojos de cachorro de perro, de un castaño acuoso y lo suficientemente grandes como para utilizarlos en beneficio propio siempre que fuera menester. Las mejillas coloradas y la pelambrera castaña aumentaban el aire de ansiosa exaltación que le rezumaba por los cuatro costados.

De pronto, Althea se sintió dispuesta a seguirle adonde él quisiera. Había leído acerca de personajes que inspiraban este tipo de devoción inmediata, pero jamás había conocido a ninguno en la vida real.

—Althea, ya conoces a Hanna —dijo Dev, con un tonillo quizá un pelín insinuante que Althea no captó—. Bueno, pues te presento al señor Brecht.

Por un instante desgarrador, Althea pensó que sería el marido de Hannah. La buscó en el grupo con la mirada: allí estaba, observándolos, y, al ver que Althea reparaba en ella, arqueó una ceja.

—Soy hermano de Hannah —aclaró el hombre, y Althea recobró el aliento a la vez que se decía que Dev tenía un aire demasiado ufano como para no haberlo dicho adrede—. Me han dicho que eres amiga de Dev y de Hannah, y yo con los amigos no me ando con formalidades. Así que, por favor, llámame Adam.

Los demás saludaron a Dev con idéntico entusiasmo mientras les hacían sitio y cogían un par de sillas. Y, sin saber cómo, cuando amainó el bullicio, Althea se encontró, de nuevo, pegada contra Hannah.

En esta ocasión no iba de tiros largos, lo cual era lógico teniendo en cuenta que hasta ahora Althea siempre la había visto en salas de fiestas. Pero estaba igual de guapa con sus pantalones de talle alto, el jersey color guinda y el cabello recogido en un moño, que, junto con el toque de colorete, resaltaba sus facciones.

Olía a naranjas, ropa limpia y humo de cigarrillo, un aroma que Althea empezaba a descubrir que pertenecía de manera inequívoca a Hannah.

—Bienvenida a nuestro grupo de estudio —susurró esta última mientras Adam volvía a ser objeto de la atención de su público.

—¿Grupo de estudio?

Hannah le guiñó un ojo.

—Hoy toca *Les Misérables* —le informó.

Althea se daba cuenta de que había algo que se le estaba escapando, pero justo entonces Adam, con los brazos abiertos de par en par, dio un pisotón sobre la silla.

—Hay personas que observan las reglas del honor como quien observa las estrellas, desde muy lejos —dijo, proyectando la voz como si estuviese subido a un escenario. La chica de la barra puso cara de hastío, pero a sus labios había asomado una sonrisa. Los escasos clientes restantes hacían caso omiso del grupo, que no parecía molestar a nadie—. Morir no es nada. Lo que es aterrador es no vivir.

—¿Está soltando una retahíla de citas al azar, o qué? —le susurró Althea a Hannah—. Porque estas dos últimas frases no van juntas…

A Hannah se le abrieron los ojos de par en par y frunció los labios. ¿La habría ofendido?, se dijo Althea. Pero entonces se fijó en que le temblaban los hombros y en que una sonrisa intentaba escapar de su férreo control. Al final, Hannah perdió la batalla y se rio. Fue un ruidito sordo y ronco que le sentaba bien, y Althea inmediatamente quiso volver a oírlo.

Quería ser ella la que lo provocase.

—Madre mía —dijo Hannah, secándose el rabillo del ojo con un dedo—. Por favor, que no te oiga Adam. Se quedaría destrozado. Está convencido de que sus discursos son el colmo de la inspiración.

—La verdad es que sí parece inspirar a su público —dijo Althea. Todos los presentes estaban inclinados hacia delante como si quisieran acercarse más a Adam, a su entusiasmo, a su magnetismo, a su vigor juvenil. A Althea le sorprendió la diferencia entre los hermanos, la efervescencia de Adam en contraste con el desapego de Hannah. El sol y la luna—. Pero la verdad es que hace que te preguntes si realmente han leído el libro.

Hannah contuvo otra vez la risa, que salió en forma de resoplido. Iba a decir algo, pero tocó el muslo de Althea y, en lugar de ello, dijo:

—Espera, espera, que ahora viene lo mejor.

En ese momento, Adam estaba de pie encima de la silla y con las manos tendidas estaba diciendo:

—Incluso la noche más oscura terminará.

Althea conocía la cita, pero se sorprendió cuando varios de los presentes se levantaron y, con los puños en alto, corearon al unísono: «Y saldrá el sol».

Prorrumpieron en una ovación mientras Adam se bajaba de un salto y empezaba a dar palmadas en los hombros a los que estaban más cerca y a aceptar apretones de manos y abrazos de otros miembros del grupo.

Cuando miró a Hannah, Althea, sorprendida, vio que tenía lágrimas de risa en los ojos.

—Son muy jóvenes, y a veces muy fervorosos. Es bonito, pero también…

No fue necesario que terminase la frase, porque Althea ya estaba asintiendo. Por lo general, rehuía a la gente que se tomaba a sí misma demasiado en serio. Era lo primero que la echó para atrás de algunas de las damas de la alta sociedad que conoció por mediación de Diedrich. Althea no podía conectar con alguien que llamaba a Hitler «mi lobito» sin la menor ironía.

En cambio, el ambiente era distinto en aquella acogedora cafetería en la que todo el mundo parecía dispuesto a ir a las barricadas a luchar por la libertad. Sí, era bonito, pero a Althea también le hacía sentirse vieja y cínica.

No pudo evitar la cálida sensación que floreció en su interior al percibir que Hannah compartía el sentimiento.

—¿De verdad es un grupo de estudio? —dijo, a pesar de que sabía que era una pregunta tonta.

Hannah se mordió el labio y miró a Dev y a Adam antes de volver a posar la mirada en Althea.

—Te agobia que pueda contárselo a mis «amos» nazis… —intentó adivinar Althea.

—Y no lo haré.

—Parece que Dev confía en ti —dijo Hannah a modo de respuesta —. Pero ¿cuál es el verdadero valor de la confianza bajo los nazis?

Una parte de Althea quería marcharse para escapar de las conversaciones sobre política. Aquí no se hablaba de otra cosa, y no quería decepcionar más a Hannah soltando ideas equivocadas. Ojalá supiera cuáles eran esas ideas.

Althea apartó la vista de Hannah y volvió a mirar al grupo, las caras felices, el cómodo apiñamiento de cuerpos que no parecían necesitar su propio espacio, la alegría compartida… No, «alegría» no era la palabra exacta, sino más bien «entusiasmo».

—No quiero que os pase nada malo a ninguno —expresó Althea.

Esto Hannah sí pareció creérselo. Aplastó la colilla en el cenicero desbordado que tenían delante y suspiró.

—Los nazis han empezado a hacer redadas en todas las reuniones políticas que no celebren ellos. Muelen a palos a todo el que se encuentran y detienen al menos a la mitad.

—¿Qué? —dijo Althea con un hilo de voz.

—Y eso cuando los muy bestias no los asesinan directamente —dijo Hannah con voz serena, como si hablase del tiempo.

—Pero ¿cómo van a ir y asesinar así, sin más…?

—*Herr* Göring está al mando de los cuerpos de seguridad de Prusia —dijo Hannah; de nuevo, no como si quisiera convencer a Althea, sino como si fuese una descripción objetiva del estado de la cuestión—. Allí ni siquiera se denuncian los asesinatos, de modo que no sabemos cuántos enemigos políticos de los nazis han muerto a manos de ellos. Pero sí sabemos que esto solo puede ir a peor. —Hannah señaló al grupo con un gesto de la mano y después apuntó a varios ejemplares de *Les Misérables* que había encima de la mesa—. Conque somos un grupo de estudio de universitarios de la zona. —Althea miró a los demás, y Hannah pareció leer la pregunta implícita en sus hombros súbitamente tensos—. Aquí estamos a salvo. —Hannah hizo una pausa, y luego añadió—: Por ahora.

Antes de que Althea pudiese seguir preguntando, Adam empujó cordialmente al hombre que estaba sentado junto a Hannah y cogió su silla. Con el cabello sudoroso y el fuego que ardía en sus ojos, perfectamente podría haber salido del libro de Victor Hugo.

—He leído tu novela —dijo, inclinándose en la mesa para poder dedicar toda su atención a Althea.

—Ah, ¿sí? —intervino Hannah, pero acto seguido frunció los labios como si lamentase haber mostrado interés.

—Sí. —El joven dedicó una sonrisa torcida a su hermana—. Si me lo pides con educación, puede que te la preste.

—Sinvergüenza.

—Me pareció fascinante —dijo Adam, de nuevo dirigiéndose a Althea, que no oyó más que una sincera verdad en su voz. Algunos de los amigos de Diedrich habían menospreciado su obra, se habían burlado de que solamente supiese escribir en inglés o habían hecho comentarios maliciosos sobre su dedicación a algo tan frívolo como la literatura de ficción—. Y encima fue tu primera novela. Es impresionante.

—En realidad, fue la vigésima quinta novela que escribí —le corrigió Althea con una sonrisa tímida—. Fue la primera que publiqué.

—Eso nunca lo cuentes —dijo Dev por detrás. Althea casi se había olvidado de su presencia, tan absorta estaba en los hermanos Brecht —. Pensaba que habías saltado a la fama de la noche a la mañana.

—En parte sí, supongo —dijo Althea, haciendo un hueco para incluir a Dev en la conversación. Otto Koch, que estaba despatarrado en una silla al otro lado de Dev, también se arrimó, y Althea intentó que no se le trabase la lengua con tanta atención—. En realidad, fue un golpe de suerte. Un día mi actual editor iba de viaje, y, cuando pasaba cerca de mi casa, el tren se averió a las afueras de nuestro pueblecito, y se tuvo que alojar en la habitación que hay encima del bar de mi hermano.

Althea sabía que era una buena historia. El director de la editorial la había aprovechado para promocionar el libro: la historia de un diamante oculto en un remoto pueblo pesquero cuyo hallazgo llenaba de orgullo a su editor.

—Yo solía publicar novelas de misterio por entregas en el periódico local, porque la verdad es que apenas había nada más con lo que llenar las páginas. Mi hermano guardaba ejemplares en la habitación para que los huéspedes tuviesen algo que leer —continuó Althea—. Mi editor se leyó la serie entera y después buscó las anteriores. Al día siguiente ya estaba preguntando quién era yo y si tenía alguna obra sin publicar que pudiera leer.

—Y en un abrir y cerrar de ojos vas y te conviertes en una estrella literaria —dijo Dev, a modo de obvia conclusión.

—No acabo de acostumbrarme —dijo Althea, y se quedaba corta. Todos rieron, pero no era ningún chiste—. Creo que a mi editor le gustó la idea de descubrirme más de lo que le gustó la novela en sí misma, así que se empeñó en que se convirtiera en un éxito. Eso fue todo.

—Y llegó ni más ni menos que hasta el escritorio de Goebbels —dijo Adam, moviendo la cabeza y sonriendo con naturalidad.

Althea vio entonces el parecido físico con su hermana, aunque la expresión de Hannah casi nunca era tan amistosa y abierta.

—No estoy segura de cómo llegó hasta allí —admitió Althea, y entonces los demás se miraron.

—A los nazis les gustan las listas genealógicas —dijo al fin Adam—. Por lo que me han dicho, no conoces bien el estado actual de nuestra situación política.

El tanteo era más delicado que el de Hannah, pero más directo que el de Dev.

—Confieso que no sé si tengo capacidad para entenderla —dijo Althea, clavando los ojos en la mesa para evitar las miradas—. En los Estados Unidos apenas prestaba atención.

—Qué agradable debe de ser poder elegir la ignorancia —dijo una mujer minúscula con un desgreñado corte *pixie* a la vez que se dejaba caer sobre el regazo de Adam, que le estampó un beso en la comisura del labio y le acarició la mejilla con la nariz. Otra vez Adam le recordó

a Althea a un cachorrito.

La expresión de Hannah se volvió a la vez cariñosa y divertida al verlos juntos a los dos.

—Hola, Cla…

La mujer interrumpió bruscamente el saludo con una patada que le dio en el muslo.

—Los nombres, solo si es estrictamente necesario. Por muy seguros que estéis de que el pajarito no va a decirle ni pío a las Schutzstaffel, no hay que arriesgarse a que nos maten a todos —dijo la mujer.

—Yo nunca… —empezó a decir Althea al reconocer el nombre de los hombres de las camisas negras que se encargaban de la seguridad de Hitler. Pero entonces se fijó en que la mujer tenía las palmas de las manos, las muñecas y el pantalón manchados de tinta, también el chaleco—. ¿Estás imprimiendo algo?

La mujer le lanzó una mirada furiosa por toda respuesta.

—No le hagas caso —dijo Adam, y Althea observó que no pronunciaba el nombre de la mujer. Había respetado su deseo—. Se pone de mal humor cuando nos acercamos al cierre de edición.

—¿Cierre de edición?

—Los nazis han prohibido la mayoría de los periódicos de la oposición —dijo Adam a la vez que la mujer le acercaba la mano a la boca como para impedirle responder—. Si queremos que la gente se entere de las atrocidades que están perpetrando, tenemos que imprimir nuestro propio periódico en secreto.

—Y la palabra clave es «secreto» —dijo la mujer diminuta antes de levantarse del regazo de Adam—. Tengo que volver; solo quería saludar.

—Ve con cuidado —dijo Adam, y le cogió la mano y le plantó un beso en la palma sin pensar en las manchas de tinta.

A Althea le dio un vuelco el estómago al recordar el cabaré, el gesto similar con el que Hannah se había llevado a la boca la muñeca de aquella chica con la que bailaba. Sin apartar la vista de Althea.

Se arriesgó a mirar a Hannah de refilón y la sorprendió mirándola con expresión divertida. Vaya, ¿tanta gracia le hacía, o qué? Pero la risa de Hannah no le desagradaba, como otras risas que había oído cuando era más joven. Era como si envolviese a Althea, una risa de bordes suaves y acogedores.

—No soy yo la que necesita que le recuerden que ha de tener cuidado —dijo la mujer, dirigiendo por última vez a Althea una mirada penetrante.

—Yo no he pedido venir aquí —murmuró Althea para que solo lo oyese Hannah.

—Así es Dev. Le caes bien, y cree que te conoce mejor de lo que te conoces tú a ti misma.

—Eso no sería difícil —dijo Althea, a lo cual Hannah respondió con una sonrisa irónica.

—También pensó que Adam podría…

Hannah se quedó a medias, pero Althea adivinó el resto. Adam tenía un tipo de personalidad capaz de persuadir al más recalcitrante de los indecisos. En parte se debía a que te miraba como si fueras la única persona presente en la habitación. En parte, a que había leído su libro para conectar mejor con ella. Y, en parte, sencillamente a que tenía un encanto innato que pocas personas podían aspirar a imitar.

—Cuéntame —dijo Hannah, esta vez a un volumen normal—. ¿Sigues pensando que no somos más que unos monstruos, de distinto tipo que los nazis, pero monstruos al fin y al cabo?

De repente, todos los que habían oído la pregunta estaban pendientes de Althea (ni más ni menos que la mitad de los reunidos).

Si lo que decían era verdad, evidentemente los nazis eran unos bárbaros abominables que asesinaban a sus adversarios políticos con el fin de hacerse con el poder absoluto. Pero lo mismo decían los nazis de estas personas.

No obstante, no toda la información era igual, como tampoco las fuentes de las que venía. Althea pensó en los nazis que había conocido, en sus partidarios, en el mezquino tono de superioridad que trufaba tantísimas de sus conversaciones. Se acordó de las palabras de Helene sobre los supuestos «alemanes auténticos» y de los comentarios desdeñosos de Diedrich cada vez que Althea mencionaba a determinados escritores.

Después pensó en la acogida que le había dispensado este grupo, en la curiosidad desprejuiciada con la que contemplaban el mundo, en la bondad que manifestaban hacia las personas que eran diferentes y un poco raras y que seguramente habían estado marginadas toda su vida, de la misma exacta manera que Althea.

El silencio se alargó demasiado; las frases fueron languideciendo hasta que la conversación adquirió su punto final. No sabía por qué se resistía tanto a considerar malas personas a sus anfitriones. Una minúscula parte de su ser sospechaba que se debía a que no sabía lo que eso diría de ella: al fin y al cabo, los nazis se habían puesto en contacto con ella y la habían invitado a venir. Algo veían en ella que les atraía lo suficiente como para pagarle el viaje a Alemania.

Y Althea no quería reconocerlo.

Abrió la boca para decir algo: un desmentido, una explicación, una súplica…; no sabía qué.

Pero daba igual.

La puerta del local se abrió de golpe y dio paso a un joven que se quedó jadeando en el umbral con las manos sobre los muslos y la cara roja.

El local se sumió en un silencio absoluto, y a Althea se le puso la piel de gallina.

Por fin, el hombre se irguió y comunicó la noticia con una voz en la que se palpaba el miedo.

—El Reichstag está ardiendo.

# Capítulo 19

*París*
*Noviembre de 1936*

Hannah colocó el último libro del carrito de devoluciones —*Sin novedad en el frente*, de Remarque— y se estiró. Faltaba poco más de una semana para la feria del bulevar Saint-Germain y había sido un día muy largo en la Biblioteca de Libros Quemados.

Volvió al mostrador que había estado atendiendo, echó instintivamente una ojeada a la imagen que colgaba en la pared de enfrente, una fotografía de Goebbels presidiendo las hogueras en Berlín, tres años atrás. Siempre que estaba en el edificio, se obligaba a sí misma a mirarla. Una vez, Hannah preguntó por qué seguían teniendo la foto de aquel hombre cruel en las paredes —como también preguntó por qué seguían teniendo a aquellos hombres crueles en las estanterías—, y le contestaron que se trataba de una decisión tomada personalmente por el fundador de la biblioteca, Alfred Kantorowicz.

Para que nadie olvidase el objetivo de la biblioteca, porque con el tiempo y la distancia que acompañan a la historia venía el olvido.

—Debería descansar un poco, señorita Brecht —dijo el señor Mann por detrás.

Hannah se volvió y escudriñó su rostro, en el que también se reflejaba el agotamiento. En su cargo de presidente de la biblioteca, estaba trabajando aún más que el resto del personal. Hannah no pudo evitar que se le escapase una pregunta:

—¿Usted cree que servirá de algo esto que estamos haciendo?

El señor Mann guardó silencio unos instantes, meditabundo más que ofendido.

—Supongo que pasa igual que con la biblioteca, ¿no cree? —dijo al fin—. Es importante que los nazis vean que no todo el mundo los apoya. Importa que la Resistencia haga esfuerzos, y que los vean. Por pequeños que sean. Aunque no consigan nada más que demostrarles que la suya no es la única voz que hay en el mundo.

—En Alemania son la única voz que se puede oír —dijo Hannah con amargura.

—Pero no en París —dijo el señor Mann, negando enfáticamente con la cabeza.

Hannah hizo todo el camino de vuelta aferrada al optimismo del presidente. Aún no había llegado a las escaleras de su apartamento cuando Brigitte la detuvo gritándole de mala manera:

—¡Correo!

La patrona había estado todavía más brusca que de costumbre desde la escena de Otto, pero no la había echado y Hannah le estaba agradecida por ello.

Cogió el sobre con una sonrisa tímida. Y entonces vio el sello de «Urgente».

Se le doblaron las rodillas. El grito alarmado de Brigitte apenas consiguió traspasar el atronador zumbido de sus oídos.

Rasgó el papel, aterrorizada por si lo hacía trizas, pero incapaz de esperar el segundo de más que tardaría si lo abría con cautela.

Las letras se volvieron borrosas, pero al ver la firma de Johann al pie, lo supo.

Hannah se apretó las manos contra los ojos antes de volver a intentar que las palabras tuvieran sentido.

*El juicio de Adam fue una farsa. Se celebró el 2 de noviembre de 1936, y lo ejecutaron al día siguiente. Lo siento, Hannah. Mi más sincero pésame. Mis oraciones están contigo y con tu familia.*

Un grito ronco y desgarrador se expandió por el vestíbulo, y solo cuando Brigitte le dio una suave bofetada en la mejilla Hannah se dio cuenta de que procedía de ella.

—*Je suis désolé* —consiguió decir Hannah, pasándose las yemas de los dedos por los ojos—. *Je suis…*

Se interrumpió con un sollozo, algo tan impropio en ella que se asustó. Brigitte chasqueó la lengua y, agarrando a Hannah por las axilas, la levantó y la metió a rastras en el pequeño apartamento de la planta baja.

Después le echó una manta por los hombros y, por último, la obligó a coger una taza de té con un chorrito de *whisky*. Ardía al tragar, y, mientras le bajaba al estómago, Hannah notaba que el mundo iba recuperando sus contornos nítidos.

Todavía sentía los latidos en los oídos, pero la náusea había remitido y ahora era soportable.

—¿Su amante? —preguntó Brigitte.

Apretándose el papel contra el cuerpo como si pudiese sentir los latidos de Adam en la mezcla de madera muerta y pegamento, Hannah negó con la cabeza.

—Mi hermano.

—Ah… —Brigitte se ahorró el pretexto del té y sirvió más *whisky* directamente de la petaca—. Bendito sea su recuerdo —dijo, en un inglés casi perfecto.

Entrechocó su taza con la de Hannah, al ver su mirada inquisitiva, se encogió de hombros y dijo:

—Tengo amantes judíos. Tengo amantes ingleses.

Permanecieron sentadas en un reconfortante silencio. Hannah no se sentía presionada para levantarse.

Sabía cuál iba a ser el destino de Adam desde el mismo instante de su detención, y llevaba llorándole los tres últimos años. Casi le había parecido cruel que lo mantuvieran con vida, torturándolo. Cuando pensaba en él, las más de las veces se lo imaginaba como aquel día en la sala de visitas del centro de detención, con los guardias nazis alzándose imponentes sobre todos ellos.

Hannah y sus padres le llevaron su pastel favorito, un par de calcetines y una baraja de cartas. Seguramente acabarían confiscándoselo todo. Pero ¿cómo no iban a llevárselo?

A pesar de los cardenales, el labio partido y las mejillas chupadas, Adam intentó sonreír. Intentó consolarlos a ellos. En los años previos a su detención, Hannah le había tomado el pelo sin piedad, como hacen los hermanos, acerca de su optimismo. Y, sin embargo, jamás le había dicho hasta qué punto era para ella una fuente de inspiración.

Se arrepentía de muchísimas cosas, pero esta era una de las principales. Seguro que él lo había sabido… había sabido lo difícil que era echar una mirada a tu alrededor en un mundo frío y árido y no ver odio, muerte y destrucción, sino esperanza.

Por una vez, Hannah se lo imaginó, no en aquella habitación, sino antes, aquella primera noche en la que se encendió un fuego detrás de sus ojos. Fue en el verano de 1930, después de que el canciller de entonces promulgase decretos de emergencia que le permitían aprobar leyes sin el visto bueno del Reichstag. Adam siempre había sido apasionado, un líder nato, curioso y listo, aunque no fuera una persona muy leída. Pero hasta entonces no había encontrado el modo adecuado de canalizar estas cualidades.

«¿Qué podemos hacer?», le había preguntado Hannah, convencida de que la respuesta sería: «nada».

«Algo, lo que sea», había dicho él. «Lo que debemos temer no es el fracaso, sino la inacción».

Hannah decidió que así lo iba a recordar a partir de entonces: convencido de que, si quería vivir en un mundo mejor, tenía que ayudar a transformarlo en lo que creía que podía ser.

—Yo sabía que era inminente. Su ejecución —le confesó Hannah a su casera.

—Pero no por ello deja de doler —dijo Brigitte, acto seguido, bebió

directamente de la petaca—. Ya hemos visto demasiadas muertes. Y lo más triste es que esto no ha hecho más que empezar.

—Es un intermedio —observó Hannah.

En ese punto estaban.

La Gran Guerra solo había concluido su primer acto, no había terminado del todo. Y sabía que seguiría cobrándose las vidas de su público durante muchos años.

—Recemos para que no haya un bis —dijo Brigitte entre dientes.

Por fin, Hannah consiguió reunir las fuerzas necesarias para subir las escaleras. Se quedó junto a la *mezuzá* más tiempo del habitual, y al besarse las yemas de los dedos pensó en Adam. «Bendito sea su recuerdo», había dicho Brigitte. En la tradición judía, eso significaba que los que recordaban al fallecido tenían la responsabilidad de mantener viva su bondad.

Hasta ahora, Hannah había considerado su labor en la biblioteca como la antítesis de lo que había hecho Adam, pero, bien pensado, quizá la labor de su hermano no había sido tan distinta de la suya.

Era importante que los nazis vieran que no todo el mundo los apoyaba.

Mañana, distribuiría folletos para la feria de libros, colocaría en las estanterías las novelas que los nazis no querían leer, trabajaría duro junto a esas personas a las que tantas otras estaban aprendiendo a odiar.

Esta noche la reservaría para el dolor.

Pero mañana, y cada día a partir de mañana, mantendría viva la bondad de Adam.

# Capítulo 20

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

Sentada en el suelo de su oficina, Viv alzó la mirada cuando Edith Stone, una bibliotecaria que trabajaba con el consejo en la selección de títulos para las Ediciones de las Fuerzas Armadas, asomó la cabeza por la puerta.

—*Fruta extraña* ha sido aprobada para una de las series del año que viene. Siempre y cuando ganes contra Taft, claro —dijo Edith—. Y lo harás.

Viv miró al techo blandiendo el puño.

—Eres un regalo del cielo. Sabías que necesitaba una victoria, ¿verdad?

*Fruta extraña*, una novela sobre un idilio interracial en el sur de los Estados Unidos, se había publicado en febrero, y más tarde se prohibió en Boston y en Detroit. En mayo, el Servicio Postal de los Estados Unidos intentó sumarse al veto. La decisión fue revocada después de que interviniese Eleanor Roosevelt en persona, pero el libro seguía siendo polémico.

Edith, que había convertido la novela en su proyecto personal, sostenía que a los muchachos destinados en el extranjero les iba a encantar. Después de las historias que les llevaban recuerdos de casa —como *Un árbol crece en Brooklyn* y *Pollo todos los domingos*—, sus favoritos solían ser, en fin, sobre sexo. Sexo, escándalos y cualquier mezcla de las dos cosas.

—Ponme al día del jaleo de Taft —dijo Edith, sentándose frente a Viv en una silla.

—Bueno, he preparado una lista larguísima de cosas pendientes de hacer —dijo Viv, medio en broma, medio en serio—, y me agobio mucho cada vez que le echo un vistazo.

—Deja que te ayude —dijo Edith, inclinándose como si fuese a empezar a coger papeles sin ton ni son.

—Bastante sobrecargada estás ya —protestó Viv. Lo estaban todos los voluntarios, pero las bibliotecarias como Edith, que además tenían otros empleos, estaban bastante abrumadas—. Voy a dejarlo todo preparado. Solamente…

—¿Cuál es tu objetivo? —preguntó Edith al ver que Viv dejaba la frase a medias. Hizo un gesto con la mano al observar que Viv la miraba perpleja—. No tu objetivo final (ese ya sé cuál es). Me refiero al día a día. ¿Cuál es tu objetivo?

—Conseguir que a la gente le importe —dijo Viv sin dudarlo ni un segundo.

—¿Y cómo piensas lograrlo? —insistió Edith.

—Bueno, primero tienen que enterarse —dijo Viv, dando unos golpecitos a los periódicos que tenía sobre el escritorio—. Voy a ponerme en contacto con los grandes diarios de todo el país, sobre todo con los que han sacado artículos de nuestro programa. Y además tengo una lista de periódicos de los distritos de los congresistas que Taft considera influyentes. —Otro favor que le debía a Hale—. Les he escrito a todos explicándoles la situación e invitándoles a cubrir el acto.

—Está muy bien para empezar. ¿Qué más?

—Tengo un amigo en el *New York Times* que quizá pueda ayudarnos a colocar bien los artículos.

—Bueno, pues entonces la cobertura de prensa ya está resuelta. ¿Qué más tienes que hacer?

—La lista de invitados y organizar el orden de intervención de los oradores.

Era ahí donde las cosas iban a empezar a complicarse. Avisar a los periodistas y conseguir artículos y textos de opinión era pan comido para Viv, que llevaba tiempo haciéndolo como directora de publicidad del consejo. Preparar el acto era bien distinto. E importante.

—Podría ayudarte con las invitaciones a los voluntarios —sugirió Edith con tono animoso, y Viv la miró con una sonrisa de agradecimiento.

—Estaría muy bien —dijo Viv, intentando que no le remordiera la conciencia. Esta era su cruzada personal, y no le hacía ninguna gracia arrastrar a nadie sabiendo lo improbable que era la victoria—. Quiero dar la campanada con la lista de invitados. Nombres importantes, donantes políticos, ya sabes. Quiero que todos y cada uno de los miembros del Congreso comprendan que este tema va a afectar a los fondos de financiación de las campañas electorales.

—Ya, claro, y yo quiero un millón de dólares —bromeó Edith—. ¿Cómo, exactamente, vas a conseguir que se presente la Avenida de los Millonarios en un acto que trata sobre un programa de libros gratuitos?

—Gracias a Charlotte —dijo Viv con una sonrisa maliciosa—. Es mi arma secreta.

—Ah, la suegra… —Edith asintió con gesto cómplice—. Esa infrecuente pero poderosa aliada…

—Charlotte tiene enchufe con cualquier persona de esta ciudad dotada de unos bolsillos lo bastante profundos como para gastar dinero en campañas políticas. —Viv cogió un bolígrafo y garabateó una nota en su lista de cosas pendientes—. Esto me recuerda que debería enviar también una invitación a los cronistas de sociedad. Va a ser el acontecimiento del verano.

—Quién iba a decir que un acto contra la censura podría atraer a los chismosos —dijo Edith.

No tenía paciencia para estas cosas tan frívolas, pero las dos sabían que las damas de la alta sociedad tenían mucho poder.

—Y llegamos a mi principal problema… —admitió Viv.

—Que es…

—Que aún no tengo el gancho. Algo que consiga que la gente se interese por nuestra causa. De nada sirve que los partidarios de siempre prediquen a los conversos. Podría invitar al mismísimo Roosevelt, pero, si no traigo a ningún pez gordo al acto, al día siguiente nadie se acordará de nada.

—Con todos los artículos y editoriales que se han escrito elogiando nuestro programa, Taft todavía no ha cedido.

—Exacto —dijo Viv—. Necesito algo impactante, algo que la gente no pueda ignorar.

—¿Con qué oradores cuentas? —preguntó Edith, frunciendo los labios y con la mirada un poco ausente—. ¿Hay alguno especialmente atractivo?

—Betty Smith dijo que estaría encantada de venir.

—Un golpe maestro. —convino Edith. Las dos sabían que *Un árbol crece en Brooklyn* era una novela tan popular que se iba a enviar por segunda vez a los soldados de ultramar—. Nunca ha tenido pelos en la lengua.

—Exacto. Hay varios más, pero no tan importantes: van a intervenir también unos oficiales del Ejército, y puede que unos cuantos soldados.

—Pero…

—Pero las personas que vengan para ver a Betty Smith y a unos hombres heridos ya son de las que escriben a sus representantes en el Congreso para apoyar las Ediciones de las Fuerzas Armadas —explicó Viv—. Dudo que consigan atravesar el ruido del resto de las noticias que hay ahí fuera.

Se acordó de la bibliotecaria, de cómo había dicho «Estuve en Berlín la noche de las quemas». Quizá bastase con eso. A la gente le fascinaba saber cómo era la vida cuando los nazis ascendieron al poder. Si la bibliotecaria accedía a hablar de su época en Alemania, a lo mejor Viv conseguía la cobertura que buscaba.

Edith interrumpió esta reflexión:

—¿Sabes quién es Althea James?

—¿Quién no la conoce?

Althea James era toda una leyenda. Celosa de su soledad, había escrito dos de las novelas más vendidas en los últimos veinte años, pero no había concedido ni una sola entrevista sobre ellas. El hecho de que fuese una ermitaña la volvía aún más atractiva a ojos de su público. Todo el mundo quería saber quién era exactamente Althea James, pero jamás daba acceso a nadie. Viv ni siquiera sabía qué aspecto tenía, y dudaba que fuera la única.

—¿Has leído sus libros? —preguntó Edith.

—Aún no —dijo Viv, un poco avergonzada—. Pero hemos incluido el segundo en el catálogo de las Ediciones de las Fuerzas Armadas para este otoño. Es decir, si consigo que Taft revoque su enmienda.

—*Impensable oscuridad* —dijo Edith, pronunciando el título con aire ausente—. Va sobre la censura.

—Ah, ¿sí? —preguntó Viv, girándose en la silla como si fuese a aparecer un ejemplar en su oficina por arte de magia.

—Sí, y le dio más fama que la primera…

—*Luz sin fisuras* —la interrumpió Viv.

—Sí, creo que ese te gustaría. —Edith era la persona en la que más confiaba Viv para recomendaciones, así que tomó nota para leerlo—. Es sobre la guerra civil. Una familia con hijos e hijas a cada lado de la línea Mason-Dixon. Es bastante…

—¿Deprimente? —aventuró Viv.

Edith negó con la cabeza mientras buscaba la palabra adecuada.

—Ingenuo. Pero también esperanzador.

—¿Y crees que me gustaría, dices? —preguntó Viv, intentando no sentirse insultada.

—No finjas que no eres un terroncito de azúcar por dentro.

—Calumnias. ¿Y el segundo libro?

—Más oscuro. Recuerdo que muchos críticos comentaron el cambio de tono, que es muy llamativo.

—¿Eso fue antes de la guerra? —preguntó Viv, y Edith asintió con la cabeza—. Porque entonces no fue la guerra lo que influyó en el cambio de tono.

—Quizá se debió a algo más personal —dijo Edith, encogiéndose de hombros—. Pero el libro mismo está estructurado como un juicio. Una junta escolar es demandada para que retire del currículo un libro que se considera escandaloso porque su autor es un antiguo esclavo.

—¿Un libro de verdad?

—No. —Edith negó con la cabeza—. Pero es bastante duro. No tiene un final de cuento de hadas, ni caballero andante que aparezca y salve la situación. Es… —Hizo una pausa—. Brutal. Incluso doloroso. Una lección sobre las cosas por las que vale la pena luchar y cómo, al final,

a menudo esas luchas se pierden.

—Bueno, eso me suena —murmuró Viv, y acto seguido se dio cuenta de lo que acababa de decir y, animándose, añadió—: Y suena perfecto.

—Si consigues que venga, sería un buen reclamo; eso desde luego —dijo Edith—. Por ver a la mismísima Althea James en persona, la gente se abriría paso a codazos.

A Viv se le aceleró el pulso y sintió un hormigueo bajo la piel. Esto era lo que necesitaban, estaba segura. Una famosa ermitaña que había escrito ni más ni menos que sobre el mismo asunto que estaba promoviendo ella.

—Dudo que acceda, ¿no te parece? —preguntó Viv mirando con esperanza y aturdida por las posibilidades a Edith, cuya mirada era firme.

—Ni idea. Pero ¿sabes, Viv? —Edith se quedó pensando, dándose golpecitos con la uña en la barbilla—. Estoy empezando a aprender que es mejor no apostar en tu propia contra cuando quieres algo. Por cierto, su editorial es Harper & Brothers.

Viv se levantó, dio la vuelta al escritorio y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—Eres la mejor —le agradeció.

—Y que no se te olvide.

Althea James. Puede que fuera una apuesta muy alta, pero ni más ni menos que toda esta batalla. Y, si iban a perder, al menos esta era una manera de caer luchando.

# Capítulo 21

*Berlín*
*Marzo de 1933*

Althea nunca había oído el inconfundible ruido de un látigo arrancando capas de carne del hueso.

El cuero restalló en el aire y, al hacerlo, se superpuso a los lamentos y el impacto de los nudillos contra los huesos.

Al principio, no entendía lo que estaba viendo.

El revuelo de puños y movimientos confusos le recordó por un instante a los manifestantes que acudieron aquella vez a la Cancillería. Pero aquí, en esta placita de un barrio cualquiera del corazón de Berlín, no había sonrisas de oreja a oreja.

Las lágrimas le nublaron la vista incluso antes de que llegase a comprender del todo el horror de la escena que tenía delante. Se las enjugó enérgicamente y trató de recobrar el aliento.

Tirados por el suelo había tantos cuerpos que era imposible contarlos. Con los rostros ensangrentados y las extremidades retorcidas, gemían más como animales heridos que como humanos contorsionándose bajo las crueles imprecaciones.

Un puñado de hombres seguían enzarzados en la bronca, gritándose todo tipo de improperios. Aunque había una mezcla de civiles y camisas pardas, entre los hombres que yacían en el suelo no había ninguno con uniforme.

Althea se llevó la mano a la boca para sofocar un sollozo; no quería llamar la atención.

En el centro de la plaza se alzaba una cruz de san Andrés, y atado a ella había un hombre desplomado de tal manera que todo el peso del cuerpo recaía sobre sus muñecas. Tenía la espalda de cara a la multitud, tan desgarrada que parecía que ya no le quedaba piel que lo protegiese del salvaje instrumento de tortura.

A sus pies, una mujer suplicaba entre sollozos:

—Por favor, ya no más. Ya no más…

En la expresión del oficial de las SA que se alzaba frente a ambos no había ni una pizca de piedad. Descargó sin vacilar el cabo del látigo contra los músculos en carne viva, y la sangre le salpicó las botas y también el rostro de la mujer. El hombre de la cruz no lloró, ni gritó.

Estaba inconsciente.

O muerto.

—Son bolcheviques, cielo —le susurró a Althea una mujer de mediana edad que estaba a su lado—. No malgaste sus lágrimas con ellos.

A Althea empezó a darle vueltas la cabeza al percibir la indiferencia con que habían sido pronunciadas esas palabras. Se alejó un paso de la mujer, dos pasos, y su hombro chocó con un hombre que estaba detrás. Al volverse, su mirada se cruzó con la mirada glacial de un camisa parda, que frunció los labios. Althea apartó la vista, los brazos entumecidos solo de pensar que pudiesen arrastrarla a los violentos disturbios.

Pero el hombre no perdió el tiempo con Althea. La miró como si fuera transparente y se concentró de nuevo en la mujer de la que había estado tirando. Llevaba la cabeza afeitada, y de su cuello colgaba un letrero que decía TRAIDORA A LA RAZA.

La luz del sol se reflejó en el oro de la alianza de la mujer, que al pasar por delante de Althea la miró de arriba abajo con un odio y un desprecio en estado puro. La quemó en cada hueco recién abierto de su cuerpo.

Después, el camisa parda tiró de la mujer, y Althea se convirtió en una más en medio de una multitud de mirones que no hacían absolutamente nada por frenar todo aquello.

La mujer fue arrojada al suelo, pero no cayó despatarrada, ni acabó como un bulto indigno. Era pura furia contenida, el cuerpo tenso, casi vibrando de rabia. Alzó la barbilla con gesto desafiante, y un instante después cayó un salivazo justo al lado de las botas del camisa parda.

Althea la temió y la amó y ni siquiera pudo mirarla en aquel momento, tan profunda era la vergüenza que sentía de sí misma. De haber sido aquello un libro que estaba escribiendo, Althea habría entrado con paso firme en la plaza, se habría plantado delante de la mujer y se habría encarado con el agresor, sin pensar en las consecuencias. En la vida real, Althea se quedó mirando entre las sombras.

Acto seguido, el camisa parda abofeteó a la mujer.

—¿Qué es lo que ha hecho? —dijo Althea en un susurro, y la mujer madura de antes, sin que la disuadiera la repugnancia que aquello despertaba en Althea, se arrimó a ella.

—Casarse con un judío. —Fue la sencilla respuesta.

Althea estuvo a punto de vomitar en la acera.

La mujer de la cabeza rapada había conseguido ponerse de rodillas y era la viva imagen de la dignidad. Por la comisura de los labios le caía un hilito de sangre.

Al final, no fueron ni la sangre, ni los cardenales, ni la carne

destrozada, ni los huesos rotos lo que hizo que Althea se diese media vuelta. Fue la expresión del rostro de aquella mujer.

Con las manos temblorosas y las mejillas surcadas por lágrimas calientes, Althea bajó tambaleándose hacia el callejón. Las piernas casi no la sostenían y a punto estuvo de caerse a la cloaca, donde pensó que seguro que se sentiría como en casa.

Sucia. Se sentía sucia. Como si por mucho que se restregase con agua hirviendo jamás fuese a poder estar limpia de nuevo.

El corazón le latía con tanta fuerza contra las costillas que pensó que lo mismo se las hacía añicos, y le faltaba el aliento. Alguien la paró y le preguntó cómo estaba, primero en alemán y luego en inglés. Althea negó con la cabeza.

Y después más manos, agarrándola por los brazos.

Arrastrándola de nuevo hacia la plaza.

Donde le desgarrarían la carne de la espalda con aquel látigo infame.

No. No. La persona la soltó, se alejó.

Tenía que encontrar a Diedrich, tenía que conseguir que se lo explicase, que le diese sentido a lo que acababa de presenciar.

Se detuvo, se apoyó contra la pared.

Un hilito de sangre cayendo por una barbilla levantada con gesto desafiante.

Diedrich. Estaría en aquella cafetería en la que pasaba casi todas las tardes. Sus amigos se reunían al fondo del local, luego, por la noche, se iban a un bar a tomar cervezas.

Althea cruzó el umbral tropezándose y distinguió una mata de cabello rubio.

En un abrir y cerrar de ojos, Diedrich estaba a su lado.

—Althea, cariño —murmuró, poniéndole las cálidas manos en la espalda y trazando reconfortantes y lentos círculos en su piel. Instintivamente, Althea se encogió y se apartó de él.

—¿Por qué? —consiguió decir.

Diedrich parpadeó, y aquellos ojos del color de la nieve derretida que tan fascinantes le habían parecido a Althea nada más llegar a Berlín se le antojaron ahora simplemente fríos. Calculadores.

—Han apaleado a una mujer —dijo Althea, sacando a duras penas la fuerza necesaria para describir lo que acababa de ver—. Por casarse con un judío.

Diedrich se quedó paralizado.

—Ah —dijo.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo Althea.

—Ahí fuera hay una guerra civil —susurró Diedrich con tono urgente, protegiendo su conversación del resto del café con el cuerpo —. Ya sabes que, después del ataque al Reichstag, las calles no son

seguras.

Althea asintió con la cabeza. Sí, lo sabía. Aquella noche, el grupo de Adam casi se había dispersado antes de que aquel hombre jadeante terminase de dar la noticia. Aun así, tardaron varios días en comprender el peligro que habían corrido en aquel momento.

Desde el incendio, habían detenido a miles de comunistas. Dev le dijo que entre ellos estaba la muchacha que se había sentado en el regazo de Adam, y Althea casi se echó a llorar, a pesar de que solo era una desconocida sin nombre para ella.

Diedrich y los simpatizantes nazis justificaron las detenciones, por supuesto. Advirtieron contra las bandas ambulantes de comunistas que asesinaban a todos los niños con los que se cruzaban. Eran monstruos que querían reducir Alemania a cenizas, decían. Y, fíjese, insistían, han empezado con la sede del Gobierno.

Lo único que hacían los nazis era intentar proteger a los ciudadanos alemanes que respetaban la ley.

—Pero… ¿por qué? —le preguntó de nuevo a Diedrich.

Se daba cuenta de que sus propias palabras eran un galimatías: la mujer aquella de la plaza… tan flaca… el pómulo amoratado mucho antes de que la obligasen a arrodillarse ante su acusador…

—No lo entiendes —dijo Diedrich, y Althea vio que estaba intentando tranquilizarla. Le puso el pulgar debajo de la mandíbula, le ladeó el rostro para mirarla bien—. Tienes miedo, lo sé. Pero las cosas no van a tardar en arreglarse. Te lo prometo. Es la guerra, cielo. Bonita no es, desde luego, pero es necesaria. Para mantenernos a todos a salvo.

Althea quería acurrucarse contra él. ¡Cuánto más fácil sería creerle en lugar de tener que enfrentarse a su propia vergüenza!

Dio un paso atrás. Se soltó de su abrazo. Se dio la vuelta. Salió de la cafetería y se alejó calle abajo.

Esta vez, nadie intentó detenerla.

Cuando estaba con el grupo de Adam, Althea había sido incapaz de condenar a los nazis porque le preocupaba que admitir que eran monstruos significase que también ella lo era. Nadie se representaba a sí mismo como el villano de su propia historia.

Puede que Althea no hubiese estudiado literatura en una universidad de lujo, pero tenía capacidad de sobra para crear a un villano convincente. Los personajes nunca eran completamente buenos o completamente malos, sino que estaban hechos de una mezcla de características que, sumadas a las elecciones que hacían, definían el papel que jugaban en el relato.

Un héroe podía ser tozudo y utilizar su tozudez para defender a su patria. Un villano podía ser tozudo y negarse a ver que sus puntos de vista eran inmorales. Había pocas características que fueran

intrínsecamente malas.

La cobardía era una de ellas.

Mirando ahora en derredor, Althea sintió grandes remordimientos al ver por fin lo que no había querido ver antes, cuando pasaba por alto todo lo que tendría que haberla horrorizado desde el principio. Lo que tanta gente le había dicho que tenía que horrorizarla.

Los cristales de los escaparates estaban hechos añicos; la palabra *Juden* escrita en amarillo chillón sobre los que seguían en pie. Nadie se saludaba por la calle, todo el mundo caminaba mirando al suelo, el paso apresurado y decidido. Hasta el último milímetro de espacio público estaba cubierto de carteles que pregonaban a los cuatro vientos, con grandes letras negritas, las atrocidades sufridas por los arios a manos de los rojos, de los judíos, de todos salvo de ellos mismos.

Cuando llegó a su casa, era como si su alma estuviese envuelta en alambre de espino y se estuviera desangrando.

Cayó de hinojos junto a la estantería en la que había dejado el ejemplar de *Mein Kampf* que le había dado Diedrich para que lo leyera meses atrás. No había conseguido pasar del primer capítulo, pero ahora se obligó a leerlo.

Para cuando lo terminó ya era casi de noche.

Pensaran lo que pensaran de ella en Berlín, Althea no era una simplona. Prefería la seguridad de los libros a la realidad, nada más. Para bien o para mal, las novelas de ficción le permitían llevar anteojeras, le permitían encariñarse con las personas, aunque fueran inventadas, sin la vulnerabilidad que resultaba de ser conocida. Cuando tenía seis años, y nueve, y trece, los libros le habían ofrecido un refugio, un abrazo reconfortante, esa mejor amiga que en la vida real nunca había tenido; a veces, incluso un plan para vengarse de sus enemigos que sabía que jamás llevaría a cabo, pero en el que le daba gusto pensar.

Al recibir la carta de Goebbels, Althea había ido a la biblioteca y le había pedido a la vieja señora Malikowski que la ayudase a buscar artículos que mencionasen al Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Ninguno de los que había leído la habían disuadido de ir a Alemania.

Cuando Diedrich la recibió en el puerto y le habló de literatura y de temas y estilos literarios, nada le hizo pensar *Es una mala persona*.

A Althea la habían educado para que confiase en su Gobierno, para que confiase en la gente que se había portado bien con ella.

No había aprendido a contemplar el mundo con actitud de sospecha.

En cambio, al terminar de leer *Mein Kampf*, cualquier vestigio de inocencia que hubiese podido quedarle después de aquella tarde se

perdió definitivamente.

Era de los pocos libros que no le ofrecían ninguna seguridad; tan solo una realidad fea, terrible.

# Capítulo 22

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

Una capa de grasa envolvía el aire de la pizzería Midtown, y la cháchara de trabajadores y familias ocupaba todo el espacio. Los hornos del fondo hacían que el calor fuese casi sofocante mientras los parroquianos del almuerzo ponían a prueba el aforo del local.

Era el día después de que Viv decidiese que Althea James podría ser su mejor apuesta para derrotar a Taft, pero, cuando empezaba a trazar su plan de ataque, Charlotte había intervenido.

—Es sábado, Viv, y te estás matando a trabajar —había dicho—. Como me llamo Charlotte que te vas a tomar un descanso. —Al ver que Viv se quedaba mirándola como si no supiera qué hacer con su tiempo libre, había puesto cara de exasperación—. ¿Tienes veinticuatro años y no sabes cómo divertirte en una de las mejores ciudades del mundo? Qué vergüenza.

Viv no había sido capaz de negar la verdad de este comentario, así que se había dejado provocar y se había tomado el día libre.

Durante un rato había paseado sin rumbo fijo, jurándose que en otros tiempos había sabido cómo ocupar el tiempo.

Finalmente, había entrado en una pizzería que vendía raciones de *pizza* del tamaño de su cabeza, y entre risas intentó hincarle el diente a una mientras el queso caía chorreando en el plato.

—Tienes que doblarla —le dijo el chaval que tenía al lado, y Viv se giró. En realidad, no era un chaval, aunque ella dudaba que fuera mucho mayor de los dieciocho años necesarios para alistarse. El bonito color azul del uniforme realzaba el verde de sus ojazos. Tenía espinillas en la barbilla, pestañas tupidas y el pelo rapado que Viv deseaba no volver a ver jamás una vez que terminase esta maldita guerra—. Así —añadió el chico, arrastrando dulcemente la pronunciación.

Debía de ser del estado de Georgia, y Viv decidió llamarlo así. El muchacho se rio y no la corrigió. Viv se acordó de Cisco, aquel chaval de dieciséis años que había muerto por los disparos de un francotirador alemán aburrido y al que le había encantado la novela *Viento, arena y estrellas*. Luego, lo único en lo que pensó fue en el

estallido de orégano sobre su lengua.

—Embarco mañana —dijo Georgia, y clavó los ojos en una quemadura de cigarrillo que había en la mesa que habían decidido compartir.

—Eso se lo dirás a todas… —bromeó Viv con la garganta tensa.

Los ojos de Georgia se posaron en los suyos. Sinceros. Jóvenes.

—No, yo no hago eso.

—Venga, vamos a que te enseñe la Gran Manzana.

Le llevó a todos los lugares de interés turístico que se le ocurrieron. Se pararon al pie del Empire State Building y debatieron sobre los méritos de *King Kong*. Viv no mencionó que Hitler era un gran admirador de la película, y Georgia solo hizo un comentario pícaro sobre las caderas de Fay Wray.

Viv lo arrastró hasta el Museo Metropolitano, pero lo sacó de allí casi nada más entrar, cuando se dio cuenta de que no le interesaba nada. Era el último día que el chico pasaba en los Estados Unidos y tenía que ser divertido, no una tortura. Cerca de los escalones del museo, le compró un perrito caliente y le enseñó a untarlo de mostaza y comérselo mientras esperaba en un paso de cebra. Pasearon por Central Park y Viv le dejó entrelazar los dedos con los suyos.

—¿No hay nada especial que quieras hacer? —preguntó, mirando un globo que se le acababa de escapar a una niñita y se elevaba por encima de los árboles. Estaba atardeciendo, y la tela sudada de su vestidito azul claro se le pegaba a la parte baja de la espalda. Viv tiró de la tela, con cuidado de no soltar a Georgia—. Hasta ahora he sido yo la que lo ha elegido todo. —Georgia la miró con los ojos entornados, y Viv le dio un codazo—. Eres un fresco —le regañó.

Georgia soltó una risita, y de nuevo se dijo Viv que debía de ser jovencísimo.

—Si estaba pensando en una tarta de chocolate… —repuso.

—Ya, seguro… —dijo Viv, arrastrando también las palabras.

No obstante, una de sus pastelerías favoritas estaba solo a diez minutos caminando, cerca del lado oeste del parque.

Encontraron una mesa minúscula junto a la ventana, y al ir a sentarse se les chocaron las rodillas. Aunque una de las dependientas barría —estaban a punto de cerrar—, la dueña del local miró a Georgia con los ojos llenos de lágrimas y le partió un pedazo de tarta extragrande, a la que añadió helado y todo.

¿Habría perdido a un hijo, o a su marido?, se preguntó Viv. Pero aparcó la pregunta. No era un día para pensar.

—¿Cuál es tu libro favorito? —le preguntó Viv al chico, aunque la pregunta se acercaba demasiado a la lista de temas prohibidos que le había leído Charlotte esa mañana antes de obligarla a salir por la puerta a empujones.

A Georgia se le puso esa mirada traviesa que Viv ya empezaba a identificar a pesar de las pocas horas transcurridas. Menos mal que no parecía tomarse muy en serio las insinuaciones que le hacía, ni tampoco a sí mismo. Coqueteaba con ella como podría haber coqueteado con una compañera de colegio.

—¿Cuentan los tebeos… picantes? —preguntó, arrimándose y moviendo las cejas.

Viv le dio la satisfacción de mostrarse un poco escandalizada; no tenía corazón para mencionar que, con tantos amigos hombres como tenía, la mención de las tiras cómicas obscenas no le hacía ruborizarse. Incluso había visto unas cuantas, aunque no entendía su atractivo.

—Qué sinvergüenza eres. —Al ver que el muchacho por toda respuesta esbozaba una sonrisita de satisfacción y se comía otro pedazo de tarta, le dio con la rodilla, esta vez adrede—. Respóndeme en serio.

La expresión risueña de Georgia dio paso a una mirada ausente, y en ese momento Viv comprendió hasta qué punto le era consustancial aquel humor desenfadado.

—Esto… Es que a mí eso de leer nunca me ha llamado mucho la atención…

No era que Viv no hubiese oído esta respuesta montones de veces. Pero en esta ocasión intuyó que el rechazo del muchacho tenía que ver con algo distinto del mero desinterés. Insistió con dulzura.

—¿Y eso por qué?

—Las letras no paran de moverse.

—Ah… —murmuró Viv, sintiendo una punzada culpable en el pecho. Era, estaba claro, un tema delicado—. No pasa nada.

—Supongo… —dijo Georgia, tragando saliva— supongo que soy corto de entendederas. Antes me daba igual, pero ahora me preocupa por si no puedo leer las cartas de mi madre. —Se mordió el labio inferior y añadió de forma apresurada e innecesaria—: Cuando esté allí, quiero decir.

Viv sintió ganas de abrazarlo, pero pensó que cualquier muestra de apoyo podría interpretarse como pena.

—No eres corto. —Dejó el tenedor y se dijo que la ocasión merecía que se saltase las normas de Charlotte—. Alguien te las leerá.

Georgia la miró a los ojos.

—¿Cómo dices?

—Todos los días recibo cartas de soldados. Es parte de mi trabajo como… —Hizo un gesto con la mano—. Da igual. Allí hay montones de hombres para los que leer es pan comido. Te ayudarán los otros. Tú no tengas miedo de pedírselo.

—¿No crees que se reirán?

—Puede —admitió Viv optando por responder con sinceridad porque a fin de cuentas estaban hablando de soldados—. Pero solo para pincharte un poco. Después te leerán las cartas. Y escribirán una respuesta, estoy segura.

Georgia frunció los labios, asintió una vez con la cabeza y volvió a ser el pícaro de hacía unos instantes.

—¿Y también me leerán los tebeos picantes?

—Anda ya, como si fueran las palabras lo que te interesa… —dijo Viv con gesto incrédulo, y Georgia soltó una risotada de sorpresa y complacencia.

Viv habría querido congelarlo en ese momento, como en una instantánea. Como si pudiera mantener al joven a salvo dentro de una foto y soltarlo una vez que hubiese terminado la guerra. Para que pudiese volver a Georgia, volver con su madre y a su vida.

Forzó una sonrisa y le dejó cambiar de tema.

Al salir de la pastelería se fueron a cenar, y de ahí, en taxi, a un local en el que Georgia dijo que ponían buena música de *jazz*.

Se encontraron con un amigo suyo en un garito de la calle 115, y unos minutos más tarde Viv estaba en un reservado, espachurrada entre tres hombres de uniforme y dos señoritas con vestidos de seda y lentejuelas. Las chicas eran despampanantes; Viv jamás podría ser como ellas, y trató de contener el impulso, fruto de la timidez, de rebullirse nerviosamente bajo sus miradas.

—Me pareces muy guapa —le dijo Georgia al oído, el acento sureño todavía más marcado por la ingente cantidad de alcohol que habían consumido en la sala de fiestas.

A lo largo de aquella tarde, Viv había llegado a la conclusión de que Georgia era un muchacho dulce, con un humor subido de tono y una curiosidad irresistible. En otra vida habría sido un magnífico marido para algún bellezón del estado de Georgia.

En esta vida, probablemente acabaría siendo carne de cañón.

Viv fingió que estas palabras no le habían cortado la respiración y le dio un golpecito con la cadera.

—Venga, vamos a bailar.

Sin dudarlo un segundo, Georgia la agarró a la vez que el lamento metálico de las trompetas y el tañido del violonchelo los llevaba hacia una intimidad mucho mayor de la que habría permitido Viv en cualquier otra circunstancia.

—Embarco mañana —volvió a decir el muchacho pegando los labios a su mandíbula.

Pero Viv no sintió deseo acumulándose en la cuna de sus caderas. Lo que sintió fue la pena que sentían los millones de mujeres que no tenían más remedio que ver marcharse a sus hombres.

—Eso se lo dirás a todas… —repitió Viv.

Entonces —porque embarcaba mañana— movió la cabeza y dejó que Georgia atrapase sus labios.

Y no pensó en nada.

# Capítulo 23

*Berlín*
*Marzo de 1933*

—Estás muy callada —observó Diedrich con tono de preocupación.

Hacía dos días que Althea había visto a los camisas pardas desollando la espalda de un hombre y golpeando a una mujer en la cara, y, si lo peor que podía decir Diedrich de su aspecto era que estaba callada, podía dar gracias.

Mejor que dijera «callada» que «aterrorizada», «confundida», «furiosa».

Desde entonces había estado funcionando como si nada, sin saber qué otra cosa podía hacer. Cuando recordó que tenía que asistir a esta fiesta organizada para celebrar el resultado de las elecciones, se limitó a ponerse el vestido, calzarse los zapatos y subirse al rutilante coche negro que le había enviado Diedrich.

En estos momentos, la posibilidad de hacer cualquier otra cosa era demasiado agobiante.

Diedrich le cogió la mano y le rozó los nudillos con los labios. La miró a los ojos, creando un clima tan íntimo como el del beso que se habían dado en enero delante de la Cancillería.

Althea contempló la secuencia de los acontecimientos como si estuviese escindida y, desde la distancia, reconoció la estratagema. Cada vez que ella expresaba sus dudas, cada vez que empezaba a cuestionarse a los nazis, Diedrich volvía a ponerse romántico. Un beso, la mano en la parte baja de su espalda, un susurro, una broma. Era un hombre atractivo por naturaleza, pero solo se comportaba como un enamorado cuando quería controlarla.

La acidez le quemaba la garganta mientras tragaba saliva convulsivamente para contener el llanto. En ningún momento había sido tan tonta como para creer que Diedrich estaba enamorado de ella, pero hasta ahora no había pensado que tenía que ser un hombre verdaderamente frío para conseguir que funcionase aquella farsa.

—Ni que hubieras visto un fantasma, cielo —dijo Lina Fischer, acercándose a ellos.

Lina era una joven alumna de posgrado que estudiaba literatura e historia, y Althea jamás se había sentido tan intimidada por nadie

como por ella. Se conocieron en una de las lecturas públicas de Althea. Cuando Diedrich insistió en que cogiese un ejemplar del libro de Althea, Lina respondió con tono socarrón: «No tengo tiempo para leer frivolidades».

Diedrich y ella habían sido amantes, puede que todavía lo fueran. El hecho de que a menudo se olvidasen del espacio que los separaba hacía sospechar a Althea que más bien se trataba de lo segundo y que eran discretos cuando ella se encontraba presente.

Cada vez que Lina hablaba con Althea, su voz estaba cargada de condescendencia, pero esta noche, rodeadas de personas que querían hablar con Althea por ser quien era, más que nunca.

Se suponía que era una noche de celebración. Los nazis no habían conseguido los suficientes escaños en las elecciones de la semana anterior para hacerse con la mayoría en el Reichstag, pero al día siguiente Hitler había ilegalizado oficialmente a los ochenta y un comunistas electos. Al fin y al cabo, eran los comunistas los que habían conspirado para quemar el Reichstag, había dicho Diedrich. Si te portabas como un traidor, no podías llorar después porque te tratasen como tal.

Althea se preguntó por el momento elegido para el incendio: justo antes de las elecciones, cuando más necesitaban los nazis que el electorado estuviese de su parte. La idea era perfecta: considerar a un loco como el representante de un partido entero y sembrar entre la población el pánico a una inminente guerra civil.

La familia que daba la fiesta era riquísima, incluso para los estándares de los seguidores de los nazis. Había champán a discreción, y también comida. Aquí las estrecheces económicas brillaban por su ausencia.

Los invitados cantaron la canción de batalla nazi «Kampflied der Nationalsozialisten», así como el «Horst Wessel Lied», y bailaron y sonrieron y se abrazaron como si estuvieran en el lado correcto de todas las cosas.

—Un fantasma —repitió Lina al ver que Althea no respondía—. Se dice así, ¿no?

—Sí —dijo Diedrich, sin soltar la mano de Althea.

Le dio un ligero apretón y Althea pensó que en otros tiempos ella lo habría interpretado como un gesto de afectuosa solicitud.

Le miró a los ojos y se acordó de cuando él le dio *Mein Kampf*. El ejemplar de Althea era de Diedrich y estaba muy gastado. Muy leído (se veía en las suaves páginas y en los dobleces de la encuadernación).

«Disculpa» fue lo único que se sintió capaz de decir mientras se soltaba de la mano de Diedrich. Se obligó a caminar en lugar de hacer lo que le pedía el cuerpo: correr. Tranquila, sin prisas. La jubilosa multitud se la tragó a los pocos pasos, los cuerpos apretujándose y el

vino salpicándole los zapatos mientras se esforzaba por contener las lágrimas que llevaban dos días agolpadas contra sus párpados.

Desde que llegó a Berlín, Althea había estado a partir un piñón con monstruos. Ellos la habían utilizado y exhibido como un ejemplo de los éxitos de la raza superior.

Y ella les había seguido el juego de buena gana, con una sonrisa en el rostro e ilusionada por un hombre que por fin le había hecho caso. Para una chica a la que ni un solo chico había pedido nunca salir, aquello fue excitante, irresistible, embriagador. Los nazis no habían elegido a Diedrich como enlace por ser uno de los mejores profesores de Literatura de la universidad. Le habían elegido porque tenía unos ojos bonitos, un pelo bonito y una bonita sonrisa que desplegaba a voluntad.

De nuevo, Althea avanzó por las calles a trompicones, sin saber adónde se dirigía, hasta que miró en derredor y reconoció el vecindario.

Para cuando llegó a casa de Dev, la noche se había echado encima del todo.

Una vocecita le susurró que quizá se merecía cualquier acto de violencia que pudiese sufrir.

Llamó al timbre y esperó.

Al abrir la puerta, a Dev se le iluminó el rostro.

—Ay, cielo. —Cogió a Althea y la envolvió en un abrazo. Olía a rosas, humo de puro y una mezcla de especias que Althea no supo identificar. A un confort de proporciones increíbles—. Ven, nos estamos agarrando una curda de campeonato. —Althea no se molestó en preguntar a quiénes se refería. Se limitó a seguir obedientemente a Dev por las escaleras hasta un piso que, en comparación con el suyo, tan modesto, era lujoso. Tumbada cuan larga era en el sofá de terciopelo, enfundada en un vestido de seda color esmeralda que abrazaba todas las curvas de su cuerpo como la caricia de un amante, estaba Hannah Brecht. Tumbado a su lado en el suelo, con una postura forzada, estaba Otto—. Mirad lo que nos ha traído el gato —les dijo.

Hannah la miró de arriba abajo con ojos cansados. La última vez que se habían visto fue en la cafetería, la noche del incendio, cuando le preguntaron a Althea si aún pensaba que el grupo comunista era igual que los nazis.

La noche en la que Althea tardó tanto en responder.

Dev le puso en las manos una copa de algo muy fuerte y le dijo a Hannah:

—Acaba de caerse del caballo, como decimos en los Estados Unidos.

Hannah soltó una carcajada. Fue una risa gutural, atractiva y un pelín desdeñosa.

—Ya es un poco tarde para eso —comentó.

—Nunca es demasiado tarde —dijo Dev, inusitadamente seria.

Althea parpadeó para contener las lágrimas que le provocaba la bebida.

Tosió mientras el líquido le quemaba la garganta y bajaba hasta aposentarse, cálido y pecaminoso, en su estómago.

—No lo sabía —consiguió decir con la voz entrecortada.

—No querías saberlo —la corrigió Hannah, pero frunció los aterciopelados labios mientras estudiaba a Althea.

—Podrías haber preguntado —dijo Otto, aliándose con Hannah.

Althea se preguntó qué tipo de relación tenían; casi nunca se encontraba con el uno sin que estuviese cerca el otro. Tenían, estaba claro, una relación muy estrecha, pero se portaban más como hermanos que como amantes.

—Nadie quiere ser el malo del libro —dijo Althea, dejándose caer en el diván que había delante de Hannah.

Dev se instaló en una preciosa butaca de orejas que estaba junto a la ventana con un vaso de líquido ámbar entre las manos. No parecía muy dispuesta a allanar el camino entre Hannah y Althea.

—¿Eso eres tú, la mala? —preguntó Hannah.

Althea registró cada rincón de su ser en busca de la respuesta adecuada.

—¿Cómo, si no, llamarías a una persona que voluntariamente entierra la cabeza en la arena cuando a su alrededor triunfa el mal?

A Hannah se le arrugaron los rabillos de los ojos.

—Alemán.

El chiste dio paso a medio segundo de tensión, y después Althea se tapó la boca para sofocar las risitas que empezaban a brotar de su menguante pánico.

—Deberías ser una de esas maestras de ceremonias de los cabarés.

—La verdad es que les consienten que digan lo que les dé la gana, ¿no te parece? —observó Hannah—. No creo que yo tuviera tanta suerte.

A Althea se le pasó el momento de buen humor.

—Debes de odiarme.

—¡Anda ya! No has hecho nada que no hayan hecho todos los países del mundo, ni eres distinta de todos los líderes que ven a Hitler como un loco fanático que accedió al poder de chiripa —dijo Hannah, y Otto levantó el vaso como dándole la razón—. Con mayor motivo debería saltarles a la vista el mal, y sin embargo se niegan a mirarlo y reconocerlo como lo que es. No te culpo.

—Pues deberías —susurró Althea, y las palabras recortaron al salir el suave tejido de su garganta—. ¿Cómo está Adam?

Hannah entornó los ojos, recelosa.

—¿Por qué te importa?

Althea pensó en aquellos ojos de cachorrillo, en el cariño con que le había dicho «He leído tu novela».

—¿Cómo está?

—Desconsolado —dijo Hannah, y Otto chasqueó la lengua—. ¿Te acuerdas de la mujer que tenía manchas de tinta? La detuvieron esa misma noche.

Althea se chupó los labios y echó un vistazo a Dev.

—Lo sé.

—No creo que la maten —dijo Hannah con tono displicente—. Pero me preocupa lo que pueda hacer Adam enfadado.

—Hannah… —murmuró Otto, mirando a Althea de refilón.

Había que tener cuidado. Althea lo comprendió, pero se preguntó cuántas veces tendría que asegurarles que no los iba a traicionar para que la creyesen.

—No son lo que me imaginaba —admitió.

—Esto es muy muy serio —dijo Hannah, arrellanándose otra vez en la esquina del sofá. Dio unos golpecitos al vaso con la uña y miró a Dev antes de posar de nuevo la mirada en el rostro de Althea—. Te va a costar digerir lo que voy a decirte… —Althea se preparó. Ya no le quedaban más excusas que dar, ni más protestas. Hannah cogió aire y se inclinó hacia delante, como si estuviese a punto de contar un secreto—. Te comportas como si todo esto girase en torno a ti. Y no. Gira en torno a un dictador que quiere matar a todas las personas no arias del mundo. Y créeme si te digo que, si consigue llevar a cabo este horror, pasará a matar a arios de ojos castaños, y, de ahí, a los que tienen los dedos demasiado largos o los dientes torcidos. —Hizo una pausa y exhaló—. Conque no gira en torno a ti.

—Pero si yo…

—Si tú dijeras lo que piensas, si desobedecieras un boicot, si le cruzaras la cara a ese adiestrador tuyo, ¿sabes lo que pasaría? —preguntó Hannah, la mirada franca y seria, pero sin el menor asomo de malicia. Aunque eran palabras duras, no iban destinadas a machacar a Althea—: Que Hitler seguiría deteniendo y encarcelando comunistas. Seguiría haciéndoles la guerra a los judíos, seguiría asesinando a montones de adversarios políticos. Esto no gira en torno a ti.

La solemnidad con la que pronunció estas últimas palabras —incómodas, difíciles de encajar— hizo que calasen hondo en Althea, quien, aun así, no pudo evitar preguntar:

—¿Tú no crees que una persona pueda cambiar las cosas?

—Sí puede —dijo Hannah sin pestañear—. Solo que no creo que esa persona seas tú.

Althea estaba demasiado acostumbrada a pensar en términos de

protagonistas y personajes principales. Eran la razón de ser de los mundos en los que existían: sacaban de apuros, salvaban a la princesa, salvaban a la humanidad. Eran la razón de ser de todo.

Pero Althea ya no estaba viviendo en un libro.

Hannah suspiró y la seda del vestido se le deslizó por los suaves hombros.

—No te estaría defendiendo de ti misma si hubieses sabido de forma explícita lo que estaban haciendo y hubieses estado de acuerdo con ellos. Pero parece que has aprendido y que no los apoyas, así que tienes que pasar página.

—¿Y qué hago? ¿Me marcho?

Tenía dinero de sobra para comprarse el billete de vuelta a los Estados Unidos. Si lo que decía Hannah era verdad, Althea no tenía ningún poder para poner fin a esta locura. ¿No sería mejor que huyese del país, y ya está?

Dev hizo un ruidito, un conato de discrepancia. Como si le viese la lógica, pero no quisiera estar de acuerdo.

Fue Hannah, sin embargo, la que respondió.

—Podrías salir corriendo. O podrías…

—¿Qué? —la apremió Althea.

Hannah miró a Dev, que asintió con un brusco movimiento de cabeza, y se quedaron enfrascadas en una conversación silenciosa.

—¿Quieres hacer algo? —preguntó Hannah.

—Sí —dijo Althea con la voz entrecortada, aterrorizada, pero convencida.

—Entonces, quédate —dijo Hannah—. Dedícate a conocer el auténtico Berlín durante los próximos tres meses. Nuestro Berlín. Y luego, cuando vuelvas a tu país, asegúrate de que todo el mundo se entera de lo que está sucediendo exactamente en Alemania. No de la versión que dan los titulares, sino de lo que está sucediendo de verdad. Puedes corregir ideas equivocadas, puedes hablar con una persona para que se lo cuente a otra, y así sucesivamente. Puedes combatir la intolerancia, aunque prefieras limar asperezas. Al final dará su fruto, por mucho que no sea el gesto grandilocuente que tus emociones de ahora te piden que hagas.

Althea movió la cabeza.

—Eso no va a… No soy tan importante como parece creer la gente de aquí.

Sintió calor en las mejillas al reconocerlo. Había sido su secreto mejor guardado desde la primera vez que pisó suelo alemán.

—No sé yo —dijo Hannah mirándola detenidamente, como llevaba haciendo desde que Althea había entrado por la puerta—. Al final, puede que acabes siendo la heroína de esta historia.

# Capítulo 24

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

Viv no podía negar que Charlotte estaba en lo cierto. El sábado libre, la avergonzada confesión de Georgia, pensar en algo distinto de Taft y las Ediciones de las Fuerzas Armadas…, todo esto le había infundido un nuevo vigor. El lunes ya estaba dispuesta a iniciar su campaña para conseguir que Althea James se sumase al acto.

El primer paso era documentarse, y eso solo podía hacerlo en un sitio.

Se detuvo a ajustarse la tira del talón antes de subir las escaleras de la Biblioteca Pública de Nueva York, saludando afectuosamente a uno de los leones al pasar.

Si bien la biblioteca era francamente impresionante, Viv no pudo evitar comparar los techos altos y fastuosos y los suelos de mármol con la calidez de la biblioteca de libros prohibidos de Brooklyn, que era, de las dos, su preferida.

Detrás del mostrador había una joven. Tenía el cabello moreno elegantemente ondulado y lucía una blusa almidonada y una falda gris paloma que eran el último grito.

—¿La puedo ayudar?

—Estoy buscando periódicos antiguos, de hace, más o menos, una década —dijo Viv.

—Claro que sí, venga por aquí —dijo la mujer levantándose y haciéndole una seña—. Me llamo Missy.

La espontaneidad con la que le dijo su nombre casi hizo sonreír a Viv.

—Y yo Viv.

Missy la ayudó a localizar los periódicos publicados por las mismas fechas que los libros de Althea y la acompañó a una mesa situada al fondo de la sala de lecturas principal.

El sol avanzaba sigilosamente por la sala, deslizándose sobre las manos de Viv, sus brazos, sus hombros. Tuvo que cambiar de postura cuando empezaron a llorarle los ojos, pero por lo demás era como si el paso del tiempo fuese algo que solo sucedía fuera de aquella sala.

Edith no se había equivocado sobre las reseñas. Las primeras

menciones de Althea habían salido unos días antes de publicarse *Luz sin fisuras*. La crítica había encomiado el estilo, los temas, el uso experto del monólogo interior cuando se metía en la cabeza de la hija de la protagonista. Viv solo encontró una reseña que —al comentar que el final se antojaba demasiado facilón— no fuera entusiasta.

Eso sí, en todas las reseñas Viv detectó un ligero tono condescendiente. Todas se aseguraban de señalar en el mismo tono que Althea no tenía una educación formal, como si fuera un perro verde que sabía montar en bicicleta, y había varias pullas veladas acerca de sus aptitudes «a pesar de» ser mujer. Su editor, que la descubrió gracias a un capricho del destino, también figuraba de manera destacada, algo que Viv dudaba que hubiese sucedido si Althea fuera un hombre.

Viv fue pasando las páginas deprisa hasta llegar a las reacciones a *Impensable oscuridad*. Si las críticas anteriores le habían parecido amables, estas no podían ser más calurosas. Hablaban del nuevo calado de la escritura de Althea, decían que sus personajes eran todos moralmente grises en contraste con la ética descarnada que se desplegaba en *Luz sin fisuras*. Y el abandono de la estructura de cuento de hadas había conquistado incluso a los lectores más exigentes.

El redactor de la sección de libros del *New York Post* sugería que el cambio tal vez se debiese a que entre 1932 y 1933 Althea había pasado seis meses invitada en Alemania gracias a la iniciativa de Joseph Goebbels, que ofrecía residencias a autores extranjeros para mostrar los éxitos de la raza superior.

Era una frase escrita de pasada al final del artículo, pero a Viv le llamó la atención. Tres veces tuvo que leerla para poder entender lo que significaba en realidad, recorriendo mentalmente todas las posibilidades antes de aterrizar en la que parecía una verdad ineludible.

Althea James era partidaria de los nazis.

Viv dedicó unos instantes a asimilar el puñetazo en el estómago y negó con la cabeza.

No. No tenía por qué ser cierto. Aunque en los años treinta había habido un floreciente movimiento fascista en los Estados Unidos, era creíble que una chica provinciana del Maine rural no supiese a qué se estaba apuntando cuando accedió a participar en un programa cultural como aquel.

Pero Viv no podía pasar por alto el dato ahora que lo conocía. Dio gracias a que vivía en Nueva York y a que la biblioteca tenía una magnífica provisión de fondos. Y se puso a buscar.

Encontró ediciones del *Portland Daily News* de noviembre y diciembre de 1932, se dio la vuelta para regresar a su mesa y se detuvo. «Seis meses», decía el *New York Post* que pasó Althea en

Alemania.

Por fin, las ediciones de junio se sumaron a los montones.

Tardó otra hora en encontrar una referencia a que la destacada escritora local Althea James había sido invitada a Berlín, y después cuarenta minutos más para encontrar el artículo sobre su regreso.

Ninguno de los dos textos incluía fotos. Tampoco las reseñas. Si Viv no se había dado cuenta antes, ahora era evidente: Althea James era una mujer profundamente celosa de su intimidad. Ello no presagiaba nada bueno respecto a las posibilidades que tenía Viv de convencerla para que hablase en el acto de Taft.

Se obligó a no pensar en ello. Ya lo resolvería cuando llegase el momento.

Lo que sí contenían esos artículos eran unas palabras citadas de Althea, las primeras que Viv veía. Se preguntó si serían las únicas que había.

> «Me hace una ilusión tremenda ampliar mis horizontes literarios con este viaje», dice la señorita James, de 25 años de edad. «A lo mejor es el inicio de un maravilloso programa de intercambio entre Alemania y los Estados Unidos».

Pasó al artículo que hablaba del regreso de Althea. En su mayor parte era tan solo una biografía ligera y un resumen de su éxito literario hasta la fecha. Pero, al final, le preguntaban si había disfrutado de su estancia en Berlín.

> «En la medida en que puede disfrutar una persona que vive entre monstruos», dijo la señorita James, de 26 años, antes de cerrarse en banda a dar más detalles.

Viv cogió los dos periódicos, los colocó el uno al lado del otro y se quedó pensando con un dedo apoyado en cada cita.

Aunque las citas eran breves, el acusado cambio de tono era un claro eco de lo que los críticos —y Edith— habían dicho acerca de los libros de Althea.

«Ingenuo, esperanzador». Y luego: «brutal y oscuro».

«Monstruos». ¿Se refería a los nazis, o era esa la historia que quería contarse Viv a sí misma? El tiempo, ciertamente, tenía tendencia a oscurecer la realidad, a teñir de rosa los comportamientos perturbadores.

Pero, así y todo, si Althea James asistiera, causaría sensación. Y Viv

necesitaba llenar las sillas de invitados y llamar la atención sobre su causa. Si resultaba que Althea era una simpatizante nazi, Viv tendría que reajustar sus planes. Pero, por ahora, no había suficientes pruebas para decantarse por una cosa ni por la otra, y Viv era optimista por naturaleza.

Al salir de la biblioteca, tuvo que reconocer que había estado fingiendo una confianza en sí misma que no tenía.

No podía negar que, a pesar de todas sus estrategias para salir adelante, algunas noches se encerraba en el minúsculo cuarto de baño color turquesa y se bebía media botella de vino en la bañera, preguntándose, con la mirada clavada en los azulejos, si le acabaría estallando todo esto en la cara.

Para calmarse, había empezado a leer el *Oliver Twist* que le había comprado al librero ambulante. Le gustaba pensar que unos meses atrás Edward habría estado haciendo lo mismo en algún lugar de Italia.

Al morir sus padres, cuando tuvo que irse a vivir con el tío Horace, su mundo se redujo a la casona, el colegio y la iglesia. Estos eran los únicos lugares que tenía permitidos los primeros años que pasó con él. Qué pequeña era entonces su vida.

Los libros eran los que le daban una vida grande; le abrían las puertas de mil mundos distintos en los que podía ser mil personas distintas. Durante mucho tiempo, su actitud fue la de quien tiene un secreto que nadie más conoce.

Veía ahora lo erróneo de su planteamiento. El éxito de las Ediciones de las Fuerzas Armadas demostraba que compartir el secreto era mucho más potente que atesorarlo. El hilo de humanidad que unía a todos los lectores se apretaba, se fortalecía, se volvía más vibrante gracias a los mundos, las emociones y los viajes experimentados conjuntamente.

No era necesario conocer en persona a un soldado para saber que en medio de la noche había alguien más en el mundo consolándose con las mismas palabras que estaba leyendo ella en ese mismo instante. Era como mirar a la luna y sentir un vínculo con cualquiera a quien su luz estuviese tocando.

Cada persona que bregaba en esta guerra interminable —incluso las que estaban en el frente interno— tenía que encontrar su propia razón para seguir adelante.

La de Viv era asegurarse de que ese vínculo no les era arrebatado a los soldados.

Decidió proceder como si el éxito fuera inevitable: seguro que

Althea James no solo iba a asistir al acto de Taft, sino que además iba a soltar un furibundo discurso en el que acallaría cualquier posible inquietud sobre sus simpatías por los nazis.

Si bien tan ciego optimismo quizá era un poco temerario, lo cierto era que le permitía dar un empujón al resto de sus planes cuando terminaba su jornada en la biblioteca.

De manera extraoficial, llamó a una periodista del *Columbus Dispatch* de Ohio que había contactado con ella unos meses antes en relación con un publirreportaje sobre las Ediciones de las Fuerzas Armadas.

—¿Una exclusiva? —preguntó Marion Samuel cuando Viv le encargó un perfil de Althea James.

Marion pareció estar interesada, aunque vacilante.

Althea James se había convertido en una especie de celebridad a nivel nacional, y, entre que no concedía entrevistas y apenas hablaba con nadie, se había vuelto una figura sumamente enigmática.

Viv contestó con evasivas.

—Si consigo que acepte, claro está…

—Bueno, más vale que me arme de paciencia —dijo Marion—. Eso sí, seguro que una entrevista en exclusiva con Althea James la querrán sacar en primera plana.

La siguiente llamada fue a Leonard Aston, un veterano de la Gran Guerra que había vuelto a casa con ojos angustiados y una cojera permanente que le había eximido de participar en el desastre actual.

También había sido uno de los amantes más duraderos de Charlotte después de que Theodore Childs se mudase a otra casa. A veces Viv fantaseaba con el hecho de que Leonard la viese como a una hija, pero al final siempre se decía que no tenían una relación lo suficientemente estrecha para eso. Aun así, respondía a sus llamadas, que era lo que importaba.

Y eso a Viv le venía bien porque en estos momentos era el editor de «Vida y Estilo» de la revista *Time*.

—¿Que has concedido la exclusiva? —gritó Leonard por el teléfono, aunque, ya se sabe: «Perro ladrador, poco mordedor».

—¿Cuántos de los votantes de Taft son suscriptores de *Time*, Leo? —preguntó Viv pacientemente.

—Muchísimos. Centenares, incluso miles, seguro. —Pero esta vez Viv detectó el tono de humor—. Vale, vale. Pero yo no me quedo sin mi entrevista, ¿eh?

—Si consigo que me diga que sí… —dijo Viv, de nuevo contestando con evasivas.

—Jamás se me ocurriría apostar contra ti —dijo Leonard, y a Viv le habría parecido un comentario amable de no ser porque colgó sin aguardar respuesta.

Una vez dados estos pasos, Viv se puso en contacto con Harper & Brothers, donde una ayudante simpática pero firme la informó de que la empresa no proporcionaba información sobre sus escritores. Cuando Viv le pidió que, por lo menos, le diese el nombre del editor, la mujer le colgó.

Aunque no tenía contactos estrechos en esa editorial en particular, conocía a alguien que tal vez los tuviese.

Al día siguiente, Viv tentó a Harrison Gardiner para que saliese de su despacho proponiéndole un paseo por el barrio de los Libreros, en la Cuarta Avenida. A Harrison, uno de los jóvenes prometedores del mundo editorial, le gustaba mantenerse al día de las existencias de las grandes librerías, y pocas veces decía que no a salir temprano de la oficina.

Mientras esperaba a Harrison a la entrada de Biblo & Tannen, Viv pasó los dedos por los lomos de los libros que estaban amontonados en una de las mesas.

El hecho de estar ocupada esa tarde tenía una ventaja añadida: hasta ese momento, el Día de los Caídos nunca había sido una fiesta a la que ella diese mucha importancia, pero ahora no podía evitarlo. Máxime cuando todas las tiendas de la ciudad querían poner su granito de arena en el homenaje a los muchachos que habían muerto en combate.

No quería recordar a Edward como a un muchacho caído. Quería recordarlo como el hombre al que le había encantado pasar la tarde holgazaneando en esa misma calle, echando un vistazo a las mercancías.

Edward no fue un forofo de los libros. Como otros muchos hombres que conocía Viv, se había obligado a sí mismo a leer para el colegio y nunca había aprendido a hacerlo por placer.

Pero siempre le gustó observar a los clientes del barrio de los Libreros. Disfrutaba como un niño viendo lo que elegían, sobre todo cuando sus compras contradecían la idea que seguramente se hacía la gente de ellos. Por ejemplo, una diminuta abuela italiana que se había llevado un libro con una portada muy subida de tono.

Viv parpadeó para contener la emoción que la embargaba, molesta por haber recordado a Edward en público. Casi nunca pensaba en él fuera de la intimidad de su hogar; no quería que la sorprendieran sollozando en mitad de la acera. En parte, su dedicación al asunto de Taft y las Ediciones de las Fuerzas Armadas se debía a que apenas dejaba sitio para que el dolor se desatase y la devorase.

Tenía que creer que en algún momento se volvería soportable. Llegaría el día en el que sería capaz de caminar por esta avenida recordando cómo inventaba Edward historias protagonizadas por los desconocidos con los que se iban cruzando, haciéndolas más

estrambóticas cuanto más se reía Viv. O su manera de quitarle de las manos sus nuevas adquisiciones para recitar con aire teatral pasajes de lo más embarazoso allí mismo, en medio de la calle.

Sabía que el día menos pensado dejaría de volverse hacia un lado con intención de señalar a la misteriosa viuda cubierta de pieles y joyas, para encontrarse con que a su lado no había más que aire. Pero hoy no era ese día.

—Pareces demasiado triste para ser alguien que se está enfrentando al Capitolio y tiene todas las de ganar —dijo Harrison por detrás.

Viv sonrió, al principio de manera forzada y poco a poco con naturalidad. El recuerdo de Edward estaba a salvo en la cajita cerrada que llevaba siempre consigo.

—Creo que «ganar» es un verbo demasiado generoso… —dijo Viv, a la vez que ajustaban el paso, cogidos del brazo.

—Teniendo en cuenta que hace unas semanas te habías rendido, creo que esto se puede considerar un triunfo —razonó él, claramente satisfecho de sí mismo.

—Quieres que te dé las gracias, ¿no? —dijo Viv, fingiendo desconcierto.

—Un poco de agradecimiento ayuda mucho para que te concedan los favores que pretendes —bromeó Harrison—. Y supongo que en realidad por eso estoy aquí, por muy obvio que sea que disfrutas de mi compañía.

—¿Motivos ocultos, yo? —preguntó Viv, un dechado de inocencia, para hacerle reír.

Y acto seguido cambió de tono y le informó de todas las fichas que tenía sobre el tablero para el acto de Taft, incluida la posibilidad remota de que participase Althea James.

—Un colega mío de la universidad trabaja en Harper —indicó Harrison cuando se detuvieron delante de uno de los estantes de libros. Con eso precisamente había contado Viv, con que el mundo editorial era pequeño, y el círculo íntimo de los que manejaban los hilos, más pequeño aún. Eso sí, tuvo que sofocar el chispazo de irritación que le produjo que fuese tan fácil para él—. No puedo prometer nada. Pero expondré el caso.

—No pido más —dijo Viv, agradecida a pesar de la milésima de segundo de rabia—. Gracias.

Cuando se dirigían a la siguiente mesita de la acera, salió de la tienda un hombre con un blanquísimo sombrero tejano, pistolas blancas metidas en cartucheras cubiertas de joyas y un bigote de estilo Dalí que casi le llegaba hasta el cuello de la camisa.

Viv se volvió hacia la izquierda, donde solía estar Edward, y a punto estuvo de hacer un comentario jocoso.

Pero el espacio estaba vacío. Y así iba a ser siempre.

# Capítulo 25

*París*
*Noviembre de 1936*

La noticia de que los padres de Hannah habían obtenido visados para Inglaterra llegó el primer día de la feria de libros.

Con los ojos clavados en la carta, Hannah comprendió, anonadada, que sus padres ya habían embarcado con rumbo a Southampton sin haberse despedido de ella. De haber sido otra persona distinta, tal vez habría llorado. Pero Hannah siempre había sabido que en el orden de prioridades de sus padres ella ocupaba el último lugar.

Le habían repetido una y mil veces que no la culpaban de lo que le había sucedido a Adam, a pesar de que ella les había confesado la verdad poco después de que se lo llevasen al campo de concentración. Pero Hannah sabía que había estado cegada por una cara bonita, y que todos habían pagado el precio por ello.

La carta informaba a Hannah de que una suma cuantiosa había sido ingresada en su cuenta bancaria, la cantidad de dinero suficiente para que saliese adelante durante varios años. Era el único reconocimiento del deber familiar que sus padres seguían sintiendo hacia ella.

Hannah leyó el mensaje entero una vez más, y después respiró hondo y dijo «adiós». Adiós a unos padres que nunca la habían querido como deben querer los padres a los hijos, como habían querido a Adam.

Adiós a la inocencia de creer que el amor podía ser incondicional.

Hannah cruzó la habitación de tres zancadas y echó el sobre a las llamas. La tinta y el papel chisporrotearon su protesta mientras el fuego los devoraba, mientras se convertían en cenizas.

Otto era ahora su familia. Se aferró a esta idea mientras se vestía, se pellizcaba las mejillas, se calzaba y le decía adiós a Brigitte, que en los últimos días había empezado a estar más amable con ella. No pensó en la sensación que tenía desde que se mudaron a París de que Otto se iba alejando de ella.

Otto la saludó en la calle con una sonrisa alegre y despreocupada que Hannah se esforzó por imitar. Mientras caminaban hacia la feria del bulevar Saint-Germain, ella encauzó la conversación hacia chismes ligeros y divertidos, intentando ahuyentar la oscuridad de la mañana.

La oscuridad de lo que iba a suceder.

Pero, al ver asomar la esvástica, Hannah se sintió incapaz de seguir chismorreando.

Esto era París.

Era una tierra libre.

No era la Alemania nazi.

Hannah se repitió estos hechos una y otra vez mientras caminaba hacia las banderas que llevaban aquel signo de puro odio.

La Biblioteca de Libros Quemados se había instalado en la Société de Géographie, dos puertas más abajo de una tienda ante cuyo escaparate se paseaban unos nazis con uniforme militar alemán. El señor Heinrich Mann y su hermano Thomas Mann, también escritor de fama, estaban los dos presentes, supervisando el surtido de la biblioteca; y había varias figuras de renombre más, autores que Hannah reconoció de haber colocado mil veces sus libros en las estanterías. Todo el mundo era amable, todo el mundo estaba contento, y las sonrisas se volvían quebradizas cada vez que las miradas se posaban en los estandartes, en los uniformes, en los parisinos seducidos por la exhibición nazi.

La biblioteca había sacado sidra y pasteles para atraer a los transeúntes. Hannah hizo un esfuerzo ímprobo por hablar con cualquiera que saliera de la tienda de los nazis con una bolsa marrón bajo el brazo. Si su objetivo era ganar este combate, no podían guardar rencor a la gente a la que querían persuadir.

Otto ganduleaba en un rincón, al principio ofreciendo divertidos comentarios desde su butaca y, cuando empezaron a ver que la iniciativa no iba a tener tanto éxito como esperaban, comenzó a realizar observaciones amargas. La gente se paraba, hojeaba los libros, a veces incluso entablaban conversación. Pero Hannah no tuvo la impresión de que la biblioteca consiguiese hacer cambiar de opinión a nadie.

—Los nazis no pueden ser tan malos como dicen —oyó decir.

—Están transformando las cosas.

—… pero parece que los judíos tienen muchísimo poder.

Esto último fue susurrado en un tono lo bastante alto como para que todos lo oyeran.

Hannah se apartó del hombre, forzó una sonrisa y acompañó a una mujer mayor a la selección de libros de autores judíos que tan cuidadosamente había supervisado.

Pero sabía que todos habían oído el comentario. Si esto había sido una batalla por el alma de París, la Biblioteca de Libros Quemados había perdido.

Al acabar su turno, recogió a Otto. En cuanto pisaron el bulevar, se oyeron silbidos, a pesar de la presencia supuestamente disuasoria de

Otto.

El brazo de Otto se tensó bajo la mano de Hannah, quien, no obstante, siguió caminando y tirando de él, rogándole silenciosamente que no respondiese. Ella sabía que esta podría ser la excusa que Otto llevaba todo el día esperando. Los dos rabiaban por responder; la diferencia era que Hannah podía controlarse y optar por volver a casa y tomarse una taza de té.

Otto no tenía tanto autocontrol.

Hannah cerró un instante los ojos al ver que dos de los nazis se habían separado del resto y los estaban siguiendo. *Por favor, por favor.* Hincó las uñas en la tela del abrigo de Otto.

—*Fräulein* —dijo uno de ellos con voz arrogante y burlona.

Hannah siguió andando.

El otro pronunció lentamente la palabra.

—*Fräulein.*

—No ignore a estas dos pobres almas solitarias —dijeron en alemán, atrayendo las miradas de varias personas que pasaban por la calle.

Otto se detuvo al lado de Hannah, que murmuró apresuradamente:

—No les hagas caso, no les hagas caso.

Pero los hombres eran unos groseros, naturalmente. Eran un par de nazis en París; en ese momento, su único afán era ofender. Como tantos otros camisas pardas de Hitler, saltaba a la vista que estaban curtidos en la batalla, que durante la Gran Guerra habían sido despojados de todo y después se habían reconstruido en nombre de la violencia.

—Mírala, se aleja —canturreó el primero.

—Ya la miro, ya. —El segundo tomó el relevo—. Y menudo culo tiene.

Antes de que Hannah pudiera entender lo que estaba sucediendo, Otto se dio la vuelta y le asestó un puñetazo en la mandíbula al nazi más corpulento.

Por un segundo o dos, todo se detuvo, como si el tiempo se hubiese estirado antes de plegarse sobre sí.

Y entonces el hombre soltó un alarido, más de sorpresa que de dolor. Otto no tenía tanta fuerza como para hacerle un cardenal a nadie, pero daba lo mismo: cuando este tipo de hombres cataba la violencia, rebullía.

Unos nudillos entraron en contacto con la cara de Otto, y su cabeza se echó hacia atrás y sonó un chasquido como si se le hubiese partido la espina dorsal.

*Está muerto*.

A Hannah se le nubló la vista solo de pensarlo.

Pero Otto no se desplomó; simplemente tropezó; le seguían funcionando los brazos y las piernas. Recuperó el equilibrio, apretó los

puños y subió los brazos, un boxeador preparándose para el combate.

*Muévete.*

Pero Hannah no podía. Sus piernas no le respondían. No le respondían.

*Te van a pegar a ti también.*

Pero no era el miedo lo que la mantenía pegada al suelo. Era el espanto.

Esto era París.

Si pudiera pensar… Si pudiera… pensar…

El alboroto había atraído a una multitud, y sus ojos volaron de un rostro a otro, desesperados, inquisitivos.

Nadie dio un paso al frente.

El nazi al que había pegado Otto estaba de puntillas, dando golpecitos rápidos a la mandíbula de Otto o, más bien, amagando con darlos.

Otto tropezó, pero se las apañó para asestar unos cuantos puñetazos.

¿Podía evitarlo ahora, antes de que fuese a más?, se preguntó Hannah. Los nazis sobrevolaban en círculos, pero aún no habían descendido.

*Venga, muévete.*

Pero, antes de que Hannah pudiese parapetar a Otto con su cuerpo, el nazi se cansó de juguetear con su comida. Y se puso a repartir golpes a diestro y siniestro. Parpadeando, Otto cayó redondo, una marioneta a la que le habían cortado las cuerdas.

La sangre salpicó los nudillos de uno de los hombres.

La sangre salpicó la acera.

La sangre retumbó en sus oídos.

Socorro.

Necesitaban ayuda.

Y de repente los dos nazis estaban en el suelo, encima de Otto.

Nadie más se había movido. Hannah no se había movido. No se había plantado delante de Otto. No le había protegido.

Entre el ruido, distinguió un gimoteo, tan sofocado que lo normal habría sido que no lo hubiese oído. Pero lo había oído. Era un sonido grave y entrecortado, y terminó de hacer añicos un corazón que Hannah había pensado que no podía destrozarse más.

Hannah oyó cada momento de su vida en aquel gimoteo, cada momento de la vida de Otto.

*Haz algo.*

*Ya.*

Hannah se agachó para esquivar un brazo y se arrojó sobre la pila de cuerpos intentando agarrar a Otto de lo que fuera, de una pierna, del abrigo, de una mano. Lo que fuera.

Un dolor agudo le subió por la espina dorsal y se propagó por su

mandíbula en ráfagas intermitentes.

Una bota, se dijo mientras el dolor se convertía en un palpitante sufrimiento.

Sujetándose el rostro con una mano temblorosa, cruzó la mirada con la del nazi que le había dado la patada, a cuyos ojos afloró en ese mismo instante un fugaz remordimiento. Y, entonces, un codo errático le dio al nazi en la mandíbula, y todo su ser se endureció.

El hombre echó el puño hacia atrás, y a continuación sus nudillos hicieron contacto con la mejilla amoratada de Hannah.

Se quedó tirada en la acera con los dientes flojos y el cuerpo pesado y torpe; un sonidito metálico le zumbaba en los oídos. Le entraban arcadas… Ojalá pudiese cerrar los ojos un segundo…, solamente un segundo…

Otto gritó.

Hannah se incorporó con la respiración entrecortada; en su codo latía un sordo dolor.

Pero esto ahora no tenía importancia. Sin dudarlo, se volvió a arrojar sobre el montón de cuerpos, extendiendo el brazo hasta que por fin enganchó la camisa de Otto.

—¡Alto! —gritó en alemán—. ¡Por favor, ayúdenme! —Esta vez consiguió decirlo en francés, implorando a la muchedumbre. Y pensó en la pistola, pensó en pegar el cañón a la frente de uno de los hombres y apretar el gatillo. Era la primera vez en su vida que se veía matando a alguien. En aquel momento, sabía que, si hubiese tenido un arma, al menos lo habría intentado—. Por favor, ayúdenme.

Nadie se acercó a ayudarlos. La marea tiró de ella y la sumergió bajo olas de puños violentos y hombres crueles.

*Otto*, pensó mientras intentaba envolver en un abrazo el cuerpo maltrecho de su amigo.

Hannah exhaló. Pensó: *No.*

Y se puso a dar patadas. Chilló. Arañó. Agitó los brazos a ciegas, estampándolos contra rostros vulnerables mientras las manos asestaban golpes a diestro y siniestro.

Llegó la policía.

Pero llegó tarde, y ayudó poco.

# Capítulo 26

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

Viv estaba andando de un lado para otro delante de la oficina de campaña de Hale, nerviosa después de haber pasado la tarde con Harrison en el barrio de los Libreros. No quiso ir a casa, a un apartamento vacío; era la noche en la que Charlotte salía a jugar al *bridge* con sus dos amigas más antiguas y queridas. De manera que Viv había terminado en Brooklyn, no sin cierto asombro por su creciente familiaridad con esta orilla del río.

Al salir, Hale la sorprendió en plena zancada. A pesar de que hacía un día muy caluroso, se detuvo en lo alto de la escalera de entrada y se puso la chaqueta.

—Manhattan está por ahí —dijo, señalando al oeste.

Viv giró sobre sus talones con aire teatral.

—Entonces, ¿no estoy en Broadway? Juraría que doblé a la izquierda en Times Square.

Los labios de Hale se curvaron en una dulce sonrisa.

—Qué pasa, Childs.

—Qué pasa, Hale —respondió ella con el mismo tono irreverente, los brazos en jarra, la falda agitada por el viento.

—¿Y esa cara a qué se debe? —preguntó Hale después de bajar los tres escalones de un salto.

Viv se llevó una mano a la frente para protegerse del sol del atardecer y le miró con los ojos entornados.

—Será que estaba pensando en la vida…

—Tiene sentido, esto de pensar en la vida en mitad de una guerra —dijo él, moviéndose para que Viv pudiese mirarle a la cara sin destrozarse los ojos—. ¿Has venido a pedirme otro favor?

Viv negó con la cabeza y le dio un suave codazo.

—A distraerme un rato —contestó.

Hale le lanzó una mirada cómplice. Viv estaba segura de que había tenido que hacer varias comparecencias con motivo del Día de los Caídos, y probablemente habría recibido el pésame de un montón de personas bienintencionadas.

—¿Quieres dar una vuelta conmigo? —preguntó Viv.

Una fugaz expresión de sorpresa asomó al rostro de Hale. Aunque la sonrisa era cauta, asintió con la cabeza.

—Hace muy buena tarde. ¿Adónde vamos?

—Adonde nos lleven los pies —dijo Viv.

Hale titubeó, sin saber bien a qué atenerse. Viv no se lo reprochó. La última vez que se vieron ella vino a hablar con él envuelta en alambre de espino para protegerse.

Hoy, en cambio, se sentía con ganas de hablar con alguien que hubiese conocido a Edward. No porque Hale y él se parecieran; en lo que se refiere a sus personalidades, eran dos polos opuestos. Simplemente… era más fácil. Saber que alguien compartía su dolor en particular, no el sentimiento más amplio de duelo por todos los soldados que habían muerto.

Sino por Edward.

Le flaquearon las piernas, le costaba respirar. Las yemas de los dedos encontraron el ladrillo de una vivienda adosada y se apoyó contra el muro.

Ignorando la cara de preocupación con la que Hale se detuvo delante de ella, Viv cerró los ojos y se concentró en inspirar y exhalar.

Edward estaba muerto.

Jamás volvería a ver aquella picardía que asomaba a sus ojos justo antes de contar un chiste, jamás volvería a buscar consuelo en la calidez de su abrazo, jamás volvería a sonsacarle secretos, ni a dejarse sonsacar los suyos a cambio.

Los dedos de Hale se cerraron en torno a su muñeca, no para encadenarla, sino para anclarla. Se plantó a su lado, protegiéndola de la calzada y de las miradas cotillas de algún que otro viandante fisgón, y con el pulgar trazó un lento circulito sobre la piel que cubría el pulso acelerado de Viv. Ninguno dijo nada mientras los latidos se iban espaciando, pero tampoco apartaron la mirada.

—La mayor parte del tiempo me encuentro bien —dijo al fin Viv con voz áspera. El pulgar de Hale hizo una pausa de medio segundo y después siguió con el reconfortante movimiento—. La mayor parte del tiempo consigo no pensar en ello. —En la penumbra del atardecer, los ojos de Hale se habían vuelto de un verde tormentoso, y las motas doradas parecían pequeños relámpagos entre las nubes—. ¿Eso me convierte en mala persona? —preguntó Viv de manera atropellada—. Que no esté pensando en ello a todas horas ¿me convierte en mala persona?

Hale resopló y se arrimó más a Viv, que se dejó arropar por la actitud protectora del gesto; con cualquier otra persona, se habría sentido arrinconada.

—Si te obligases a pensar en ello a todas horas, te pasarías la vida de rodillas, incapaz de hacer nada que no fuera llorar —dijo Hale con

dulzura—. Yo soy capaz de levantarme cada día de la cama solo porque no me permito a mí mismo pensar en él.

Viv aspiró por la nariz y escudriñó su rostro. Quizá habría sido mejor que Hale y Edward no hubieran tenido una relación tan estrecha, pero así habían sido las cosas. Dos hombres que habían decidido ser hermanos en lugar de enemigos.

En aquel momento, Viv los quería con locura a los dos, sin límites ni condiciones, ni cicatrices. Quería a Hale porque había querido a Edward, porque había seguido siendo su familia cuando perfectamente habría podido negarle su afecto.

Apretó la mano contra el pecho de Hale, sobre su corazón. Hale apoyó la frente sobre la de Viv, y así permanecieron en medio del bullicio callejero, rodeados de trabajadores que volvían a casa al término de la jornada, madres con cochecitos de bebé y muchachas que se reían tontamente mientras intentaban no mirarlos.

Solo se separaron cuando algo chocó suavemente contra el pie de Viv.

Sorprendida, miró al suelo y vio una pelota de béisbol. No era una de esas pelotas de un blanco impoluto que se veían en los partidos de los Dodger, sino una sucia y raída como las de aquel verano en el que Hale la enseñó a jugar. El cuerpo le dolió al recordarlo.

Levantó la vista y Hale le sonrió con cara pícara. La desesperanza de los últimos minutos estaba ya olvidada; a estas alturas ya tenían mucha práctica.

Viv se agachó, cogió la pelota y miró en derredor en busca de su dueño. El muchacho estaba a varios metros de distancia, plantado en el bordillo de la acera con un baqueteado guante de béisbol colgándole de la mano y contemplando con los ojos como platos a Hale, al que claramente había reconocido como el querido representante vecinal que era.

Viv volvió a mirar a Hale a los ojos y esbozó una sonrisa inquisitiva.

Hale alzó los hombros e inhaló con expresión guasona, y después, cogiendo la pelota, se volvió hacia el chico.

—¿Tenéis sitio para dos más?

—Pero ¿y si se le estropea el traje, diputado Hale? —bromeó en voz baja Viv mientras el chico le miraba boquiabierto.

Los ojos de Hale recorrieron el coqueto vestido de Viv, sus zapatos de tacón, el sombrerito pulcramente colocado sobre el cabello.

—No creo que mi traje vaya a ser el problema, precisamente…

Viv se libró de tener que contestarle —y menos mal, porque la penetrante mirada de Hale la había dejado sin habla— gracias a que el chico del guante empezó a soltar gritos de entusiasmo y a llamar a sus amigos.

Viv y Hale le siguieron; Hale, quitándose la elegante chaqueta y

dejándola sobre una boca de riego, Viv mordiéndose el labio mientras se decía que, aunque el vestido no tenía remedio, los tacones se los iba a tener que quitar.

El suelo de la calle estaba bastante liso, y afortunadamente no llevaba medias, de manera que no tenía que preocuparse por si se le hacían carreras. Se descalzó bajo la mirada risueña de Hale. Los chicos se lo tomaron como una invitación a arremolinarse en torno a ambos, hablando todos a una.

A ojo de buen cubero, Viv les echaba unos diez años. Con demasiada frecuencia, veía en los niños de esta edad la expresión seria de quien se ve obligado a hacerse mayor demasiado pronto. Pero estos niños estaban radiantes por el sencillo placer veraniego de jugar al béisbol en la calle, un placer que iluminaba sus caritas con sonrisas irresistibles.

—Señorita —le dijo uno a Viv, dándole unos golpecitos en el tobillo con el bate—. El señor Hale dice que sale usted primero.

—Ah, ¿sí? ¿Eso dice?

Viv miró de refilón a Hale, que la observaba con una emoción que no supo identificar. Fuera lo que fuera, abrió algo que estaba latente en ella: zarcillos de esperanza, verdes como la primavera, que buscaban el calor que veía en sus ojos.

—Adelante —dijo uno de los muchachos más mayores a su desorganizado equipo—. Diez centavos a que no sabe ni coger el bate.

Viv entornó los ojos.

Para entonces ya había un montón de chicas reunidas en la acera. El espectáculo de dos adultos respetables sumándose al juego de los niños era demasiado interesante para pasarlo por alto.

—Te acepto la apuesta —gritó una de las niñas más altas.

Era delgada, con una larga melena morena y una mandíbula firme que delataba una terquedad que Viv reconocía de su propia juventud. La apuntó con el bate en un gesto universal de gratitud, y obtuvo a cambio una sonrisa llena de dientes.

A sus espaldas, Hale batía las palmas y gritaba. El tono bravucón le era casi tan familiar a Viv como la pelota sucia.

Se acercó al cartel indicador roto que hacía de *home*, agarró el bate, sacó el trasero de una manera que le valió los silbidos de un par de jóvenes viandantes y miró con furia al *pitcher*, que, con la chulería propia de quien tiene diez años de edad y se sabe el centro de atención, soltó una carcajada y lanzó la pelota al aire despreocupadamente.

—¡Venga, tira! —gritó Viv.

—¿Quieres que haga un lanzamiento de niña? —preguntó el chaval, y de nuevo las chicas de la acera lo abuchearon.

—Pero si tú ni siquiera sabes lanzar como una niña, Bobby.

—¿Cuál fue la última vez que llegaste a primera?

—¿A que se lo digo a tu madre?

Viv no sonrió, aunque ganas le daban. Frunció todavía más el ceño y dijo:

—Mucha palabrería veo yo aquí. Me apuesto a que no sabes ni lanzar la pelota.

La sana burla tuvo el efecto deseado: le borró la expresión guasona y le hizo lanzar lo mejor que pudo…, con lo cual la pelota fue más fácil de golpear que si hubiese querido engañarla tirándola por debajo del hombro.

Viv, para darle emoción, falló el golpe adrede. Pero también porque veía la alegría que irradiaban todas y cada una de las personas que estaban en aquella pequeña manzana de Brooklyn. Ahora había mujeres apoyadas en el quicio de la puerta y, aunque todas acababan mirando a Hale, algunas prestaban la suficiente atención a Viv como para animarla con sus gritos. Un par de marineros contemplaban la escena apoyados contra el muro de una tienda de ultramarinos, y el propietario se acercó al escaparate a ver el partido.

Con la incorporación de dos adultos, el ambiente entero se había vuelto festivo. Era puro placer, una celebración del verano, de la vida, de la felicidad.

Y Viv quería prolongarlo lo más posible.

—¿Lo ves? Te lo dije —gritó desde la tercera base el mismo niño de antes.

La niña larguirucha de la acera puso cara de desesperación.

—Ya sé que no eres muy listo, Jimmy, pero pensaba que sabías que en el béisbol tienes tres golpes antes de que te expulsen —dijo la chica, y Viv le guiñó un ojo.

Viv dejó que el segundo lanzamiento le pasase de largo y Hale, que parecía haber asumido el papel de árbitro, chilló «¡*strike*!» como si estuviese en Ebbets Field.

—¡Esta es la definitiva! —se oyó gritar a una voz de entre el público, que había ido en aumento.

Los niños vibraban de emoción por la atención de la que estaban siendo objeto.

Viv agarró más fuerte el bate. El dramatismo solo tenía gracia si conseguía concluir con el broche de oro.

Le vino a la cabeza su pelea con el senador Taft, pero aparcó el pensamiento al instante. Esta tarde no había sitio para eso; tenía que estar donde estaba, en el presente, lista para golpear con el bate.

La pelota abandonó las yemas de los dedos del niño y Viv levantó el codo, venció el peso del cuerpo sobre el otro pie y exhaló exactamente como le había dicho Hale.

El bate dio a la pelota con un grato chasquido que reverberó entre

la multitud. Por un instante eterno, todo el mundo contuvo el aliento mientras la pelota subía y sobrevolaba las cabezas de la línea de niños más lejana. Después, Viv soltó el bate y echó a correr impelida por el clamor que vino a continuación, la falda revoloteando en torno a sus piernas.

Se le clavaban piedrecitas en las plantas de los pies, le sudaban las axilas, las horquillas se le caían…; de todo hizo caso omiso mientras doblaba por la segunda base y se dirigía hacia la tercera. Los niños estaban todos revueltos, después de haber enviado a dos extremos a por la pelota, que por lo visto se había metido debajo de un coche lejano. A Viv la recibieron con gritos de ánimo e incredulidad al llegar a la tercera base, y la niña larguirucha de la acera estaba allí, con una sonrisa tan grande que le ocupaba la cara entera y girando el brazo en la señal para salir corriendo hacia el *home*. Las otras chicas se habían reunido detrás de la alta, sus cuerpos prácticamente vibrando mientras animaban a voz en cuello.

Por el rabillo del ojo Viv vio un ajetreo que a punto estuvo de distraerla. Habían encontrado la pelota y estaban formando una cadena humana para devolvérsela al niño que protegía la base de *home*. Viv hundió la barbilla, reunió toda la energía que le quedaba, preparó los brazos y alargó la zancada.

El *pitcher* tenía la pelota.

Viv estaba a dos pasos, tal vez a tres.

La pelota voló hacia ella…, hacia el guante que el *catcher* tenía extendido.

Cayó en el guante, tan solo medio segundo después de que el pie de Viv tocase el metal. Viv derrapó un poco al cambiar de superficie, pero consiguió mantenerse erguida mientras las miradas se dirigían en bloque a Hale.

Hale dejó crecer el suspense y mantuvo al público en vilo. Todos estaban pendientes de su veredicto, dispuestos a aceptarlo.

Por fin, con la pomposidad de quien decide un partido de la Serie Mundial, gritó:

—¡A salvo!

Las chicas recibieron con alaridos una victoria que habían adoptado como suya mientras los chicos discutían como malos perdedores. Las mujeres que habían hecho una pausa en la jornada sonrieron con gesto indulgente, el tendero rio y los marineros guiñaron un ojo a Viv antes de seguir su camino, fuera este cual fuera.

Y Viv, jadeante, con las manos en las caderas, sonreía para no llorar. No de tristeza, sino por la arrolladora oleada de alegría que amenazaba con hacer estallar las raídas y vulnerables costuras de su cuerpo.

¡Qué larga estaba siendo la guerra!: ¡tantos años de adversidades, de

sacrificios, miedo, muerte, dolor… y la sorda monotonía de la impotencia! Pero nada de esto los había doblegado. Incluso en los días más aciagos, en los días de más sufrimiento y cansancio, los seres humanos se las arreglaban para crear momentos tan intrínsecamente esperanzadores que no podían ser sino estímulos para que uno diese otro paso adelante. Y después, otro más.

Hale se acercó por detrás y le pasó un brazo por el hombro.

—Sabía que podías, Childs.

Sintiéndose magnánima, Viv le miró y dijo:

—He aprendido del mejor.

Los dedos de Hale se cerraron sobre el brazo de Viv, y un escalofrío trufado de pánico le recorrió el cuerpo al imaginárselo tirando de ella para besarla. Pero Hale se limitó a alejarse, dando palmas para llamar la atención de los niños.

Él, como Viv, conocía el poder de un buen final. Así pues, en lugar de ir al plato, felicitó a los niños por haber jugado un buen partido, se los llevó a la tienda del tendero que había presenciado el triunfo de Viv y le compró todos los polos que tenía en el congelador.

Viv cogió uno de uva y procuró no pensar en cómo sabría en la lengua de Hale.

Después de aquello, Hale estuvo rodeado en todo momento de devotos electores, pero de vez en cuando se le iban los ojos a Viv, que estaba sentada en un escalón charlando con una joven embarazada que había salido a coser para poder disfrutar de la fiesta.

En otras circunstancias, Viv le habría preguntado por su marido. Pero no ahora. ¡Había tan pocas noches como esta, noches no empañadas por la guerra! Era una velada teñida de oro y rosa, y lo último que deseaba Viv era oscurecerla.

Las dos mujeres hablaron de los partidos de béisbol de su juventud, del hijo de la mujer, que había estado jugando en primera base, e incluso de Hale.

Mañana amanecería un nuevo día, como siempre. Y con él, la tristeza que con tanto esmero habían aparcado esta noche.

Puede que el alivio temporal pareciera escaso en comparación con la enormidad de aquello a lo que se estaban enfrentando todos. Pero a Viv se le antojó similar al alivio que se imaginaba que encontraban los soldados en las Ediciones de las Fuerzas Armadas. Un pequeño recordatorio de que la vida no se reducía a sangre, bombas y miedo.

Y, si pudieran aferrarse a esos recordatorios, si pudieran ayudarse los unos a los otros a crearlos, tal vez entre todos podrían superar esta maldita guerra. No necesariamente intactos, pero sí manteniendo su humanidad.

# Capítulo 27

*París*
*Noviembre de 1936*

El penetrante olor del jabón carbólico se iba adhiriendo al fondo de las fosas nasales de Hannah mientras veía cómo subía y bajaba el pecho de Otto en la cama del hospital.

Los médicos le aseguraron que viviría.

No le hizo falta oír el tono de vacilación para saber que se había salvado por los pelos.

Los dedos de Hannah encontraron la culata de la pistola, de la que ahora no se separaba en ningún momento.

Habían transcurrido tres días desde el ataque del bulevar Saint-Germain y solo se había pasado por casa una vez, para cambiarse de ropa y sacar el arma del oscuro hueco de debajo de la tarima. Jamás volvería a estar tan indefensa como lo estuvo en la calle, desesperada y suplicando un auxilio que no acababa de llegar.

Tenía un recuerdo muy vago de la pelea, retazos de imágenes escurridizas y, al mismo tiempo, visceralmente aterradoras. Pero sospechaba que jamás olvidaría el momento en el que cruzó la mirada con el resto de los voluntarios de la biblioteca, que debieron de salir corriendo a la calle, pues estaban todos allí. De pie, mirando, de brazos cruzados.

Sus ojos se desplazaron hacia la ventana, hacia el sol que asomaba sigiloso sobre el horizonte parisino.

Por enésima vez se dijo que sus amigos de la biblioteca eran intelectuales, pensadores. Que seguramente jamás habrían pegado un puñetazo a nadie, menos aún peleado con aquel tipo de bestias cuyos cuerpos estaban hechos para la violencia. Habría sido una sentencia de muerte para ellos.

Otto gimió, se retorció bajo las sábanas, se calmó.

Los médicos decían que viviría. Pero ¿qué iba a ser de él? ¿Qué iba a ser de Hannah?

Su convicción de que la inminente guerra iba a transformarla —ya lo había hecho— era aterradora. En otros tiempos Hannah fue una persona alegre, feliz. Su escepticismo siempre había contrastado con el idealismo de Adam, pero su corazón nunca tuvo una capa de hielo.

¡Qué noches aquellas en Berlín, noches de baile, risas, amor, de champán en exceso y caros vestidos de seda! Y después, paseaba en bicicleta el primer día de primavera solo para llenar la cesta de tulipanes… Ella entonces creía en la bondad esencial de las personas, en que la mayoría de la gente intentaba hacer las cosas lo mejor que podía en un mundo que a veces era duro. Había sido franca, bondadosa, sarcástica, una buena amiga y una buena hermana. Una buena hija, no tanto, pero de esto no se culpaba. Le encantaban el pan, la mermelada de naranja, ir al teatro, y tenía sueños tranquilos que en su momento habían parecido posibles.

La guerra —y personalmente pensaba que, en efecto, ya estaban en guerra— te arrebataba todas estas pequeñas cosas, y lo que quedaba lo intensificaba. No había pequeños incordios ni celebraciones a pequeña escala. Todo era amor y odio, miedo y valentía, poesía y destrucción. El contraste lo volvía todo más intenso, y el término medio desaparecía.

Pero las personas estaban hechas de esas pequeñas cosas. Hannah ya se sentía devastada: por el dolor, por la traición, por la lenta erosión de su fe en la humanidad.

¿Qué aspecto tendría dentro de un año? ¿En quién se iba a convertir? Porque a la mujer que ella era en Berlín ni se le habría pasado por la cabeza que pudiese apretar un gatillo.

Tocó la pistola y se sobresaltó al sentir el metal en los dedos. Uno de los nazis le había roto tres. Hannah ni siquiera se había dado cuenta en el momento.

Pero lo peor eran los cardenales verdes, morados y amarillos que le recorrían la mandíbula. Estaba convencida de que se distinguía la huella de una bota.

Las pestañas de Otto tardaron dos días más en temblar sobre la pálida piel. Una vez, dos veces… y abrió los ojos.

Las lágrimas caían a borbotones por las mejillas de Hannah, le goteaban sobre el labio partido. No sabía qué habría hecho si hubiese perdido a Otto tan poco tiempo después de la muerte de Adam. Hannah siempre se había considerado fuerte. Había sobrevivido en el Berlín del ascenso de Hitler al poder, había sobrevivido a la traición de Althea, había sobrevivido cada día sabiendo que contribuyó en la detención de su hermano.

Pero estaba segura de que, si Otto hubiese muerto, ella habría acabado de romperse.

—Va a necesitar que alguien esté pendiente de él unos días —dijo el médico, como si pudiese haber alguna duda respecto a quién iba a ser

ese alguien.

Durante el trayecto de vuelta, solo tuvieron que pedirle una vez al conductor que aparcase un momento para que Otto vomitase en la cuneta. Hannah le retiró el pelo de la frente e hizo sonidos relajantes hasta que terminó.

Cuando llegaron a casa de Otto, Hannah lo arropó con una manta calentita y se fue a poner agua a hervir. Tocó el ejemplar de *Macbeth* que había al lado del fogón y se preguntó si, en el estado en que se encontraba, perdería el papel que le habían dado la semana anterior.

—Estás herida —murmuró Otto cuando Hannah se volvió hacia él.

Levantó un dedo tembloroso y recorrió con ternura la línea exterior de los cardenales.

—No mucho —dijo Hannah con sorna—. Deberías haber visto a los otros tipos. —Otto se rio tanto que acabó encorvado y tosiendo sangre, dejando el blanquísimo pañuelo tan manchado como los nudillos de los nazis. Hannah se tragó la bilis que le subió a la garganta—. Descansa, cielo —dijo y le puso un paño caliente sobre la frente.

Otto no protestó, señal evidente de su agotamiento.

Los siguientes días pasó más tiempo dormido que despierto, y Hannah no se movió de la mecedora que había al lado de su cama. En algún momento le ayudó a meterse en la bañera y frotó para limpiarle el sudor y la sangre secos de aquella piel tan querida. Otto se estremeció, después suspiró y por último casi se quedó dormido mientras Hannah le pasaba el jabón por los hombros, los muslos, las ingles, la tripa. La sensación de intimidad no era tan incómoda como cabría haber imaginado, pero Hannah no podía pensar con claridad, y mucho menos ponerse tiquismiquis con cosas como un cuerpo que conocía casi mejor que el suyo propio.

Lo envolvió con una toalla y lo secó con cuidado. Después, Otto se durmió en la cama, y Hannah volvió a llenar la bañera y se metió.

Mientras se enjabonaba, intentó recrear el rencor que la abrasó mientras asistía con impotencia a la pelea.

El escenario había sido una calle principal de París. Casi podía perdonar a los desconocidos, a aquellos que no tenían motivos para implicarse en una reyerta feroz. Pero buena parte del gentío que se había arremolinado a su alrededor eran amigos, personas que se consideraban soldados en la guerra contra el fascismo.

Hannah creía sinceramente en el poder de las palabras para librar esta batalla, hasta el punto de que se había convertido en la tarea más importante de su vida. La biblioteca era crucial. Había empezado como un símbolo, un faro, un baluarte. De ahí había pasado a ser un recurso práctico. Las personas que trabajaban allí habían ganado a gente para la causa gracias a la información que ofrecían.

Pero, si un bando de la guerra estaba integrado por hombres sedientos de sangre, y el otro, por hombres que se quedaban paralizados ante la más mínima muestra de violencia, no era muy probable que los segundos tuviesen muchas posibilidades.

Quizá al final la pluma pudiese destruir una nación, pero, para entonces, ¿cuántas vidas se habría cobrado la espada?

¿Qué pasaría cuando los nazis entrasen en París, cuando lo ocupasen, como estaba segura de que sucedería? ¿Se resistiría alguien?

¿Existía la valentía en la vida real, o estaba reservada para los cuentos de hadas?

# Capítulo 28

*Berlín*
*Marzo de 1933*

Dos días después de la velada en casa de Dev en la que Althea tuvo su momento de revelación, Hannah se presentó en su casa con dos bicicletas.

—Vamos —dijo, luego se sentó en el sillín de la amarilla y sujetó el manillar de la otra, una bici azul cielo con pequeñas rosas pintadas en el metal.

Delante llevaba una cesta de mimbre, y Althea pensó en buscar libros o flores para llenarla.

—No soy muy ágil —avisó mientras se montaba.

—¡No tiene ninguna ciencia! —gritó Hannah—. Seguro que te apañas.

—¡Tienes demasiada confianza en mis capacidades atléticas! —chilló Althea por encima del hombro a la vez que la rueda delantera se iba derecha hacia un árbol.

A pesar de los montoncitos de nieve sucia que había dejado una tormenta primaveral, hacía un día precioso. Althea notaba el calor del sol en la cara mientras pedaleaban por las calles.

Hannah iba escogiendo las más tranquilas, evitando los bulevares y las vías públicas que, sin lugar a dudas, habrían hecho entrar en pánico a Althea.

Las calles estaban llenas de bonitos escaparates, parejas que paseaban, niños risueños. Iban pedaleando tranquilamente por la orilla del Spree, y cuando les apetecía hacían un alto para descansar o caminar mientras compartían divertidas anécdotas sobre días semejantes de cuando eran más jóvenes.

En un parquecito, Althea se bajó de un salto de la bicicleta y la dejó caer sobre la hierba para explorar el jardín de tulipanes que empezaban a florecer. Hannah la siguió con una sonrisita que indicaba que la cháchara de Althea no le molestaba lo más mínimo.

Se tumbaron en una zona de hierba con sol y Hannah se colocó dando sombra al rostro de Althea.

—Te encanta Berlín, ¿no? —comentó distraídamente Althea, alisándose la blusa sobre el abdomen.

—Aquí siempre he podido ser yo misma —dijo Hannah de una manera que sorprendió a Althea por la intensa emoción de su voz—. Ahora que están los nazis es imposible verlo, pero, antes de que se hicieran con el poder, podías ser quien te diese la gana en esta ciudad y siempre te encontrabas con gente que te adoraba justo por eso.

Althea intentó entender exactamente a qué se refería.

—¿Como en los cabarés?

—Exacto —dijo Hannah, sonriendo—. Ahí no importa cómo te vistas, con quién bailes o cómo te ganes la vida. No importa quiénes sean tus padres, ni en qué barrio vivas, ni a qué dios le reces. Si valoras y respetas a la gente que te rodea, te harán sentir como en casa. —Hannah desplazó la mirada hacia dos nazis que paseaban por la acera, y después a las esvásticas que colgaban de las farolas de las inmediaciones—. Además, no sé si sabes que Hitler odia esta ciudad —añadió.

—Eso había oído.

—Cualquier lugar que Hitler deteste será un buen lugar para mí —dijo Hannah, sonriendo a Althea.

Althea se sonrojó, apartó la mirada.

—Ojalá que…

Dejó la frase inacabada porque en realidad no sabía cómo poner fin al pensamiento. No podía decir «ojalá no hubiese venido nunca». Sería mentira.

Pero Hannah tan solo le dio una patadita en el tobillo con la puntera de la bota y dijo:

—Ojalá dispusiera de un día entero en el que pudiera fingir que nada de esto está pasando.

Althea escudriñó el rostro de Hannah, pero su expresión estaba oculta entre las sombras.

—¿Qué harías con ese día? —le preguntó.

—Dar un paseo en bici —contestó Hannah, con una mueca pícara—. Leer un libro, beber una copa de vino. Besar a una bonita…

Esta vez fue Hannah la que no terminó la frase. Pero Althea vio las palabras que tenía en la punta de la lengua y se puso a buscar su bolsa para ocultar las emociones que le afloraban al semblante.

—Bueno, pues aquí tengo un libro —dijo.

Era un ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas* que había comprado tan solo unos días después de regalarle el otro al librero del mercado de invierno. Apenas habían pasado unos meses desde aquella noche y, sin embargo, parecían años.

—¿Qué, estamos tachando cosas de mi lista? —preguntó Hannah, y fue como si le guiñase el ojo con el tono de voz.

Quizá no fuese más que su manera de hablar y Althea estaba leyendo demasiadas cosas entre líneas, pero el sudor que se agolpaba

en la parte baja de su espalda y el ligero temblor de manos sugerían que no se equivocaba.

Buscó uno de sus pasajes preferidos y empezó a leer, lo suficientemente alto como para que Hannah la oyese y pudiesen perderse las dos en su pequeño mundo.

—¿Quién eres tú? —dijo la oruga.

No era una forma demasiado alentadora de iniciar una conversación. Alicia contestó un poco intimidada:

—En… En este momento apenas lo sé… Sé quién era cuando me levanté esta mañana, pero desde entonces creo que he sufrido varios cambios.

Cuando Althea terminó el capítulo, dejó caer el libro abierto sobre su pecho y que los ojos se le cerrasen lentamente mientras saboreaba la sensación de estar tumbada al sol con un corazón latiendo junto al suyo. Hannah le dio con la rodilla al cabo de unos minutos eternos.

—Tenemos una lista, ¿no? —susurró, como si fuera un secreto compartido.

Se levantó y tendió la mano a Althea.

Dos cálidas palmas se encontraron, y Hannah tiró de Althea y la levantó fácilmente. Althea tropezó, y su cuerpo se venció sobre el de Hannah. Sintió un hormigueo en la piel y calor en los sitios que se rozaron; apartó la mirada y se separó.

Mientras se subían de nuevo a las bicicletas, Althea no pudo evitar que sus ojos se posaran en Hannah, no pudo evitar que se detuvieran sobre su perfil, sobre la curva de su cuello y la caída de sus hombros, sobre sus pantorrillas flexionándose contra los pedales.

Cuando llevaban recorridas varias manzanas, Hannah hizo una seña a Althea para que se bajase delante de un pequeño café.

«Beber una copa de vino».

Se sentaron a una mesa de fuera, aprovechando el pedacito de sombra que daba el toldo de rayas. El camarero les trajo dos copas de un vino color rosa claro que debía de hacer juego con el rubor que asomó al rostro de Althea mientras se esforzaba por no pensar en el siguiente punto de la lista de Hannah.

—¿Cuándo supiste que querías ser escritora? —preguntó Hannah rozándole los nudillos con las yemas de los dedos antes de arrellanarse en la silla con su copa.

Tal vez fuera un roce distraído, pero en su sonrisa cómplice Althea percibió algo que le hizo pensar lo contrario.

—Siempre lo he sabido, creo —dijo Althea luchando contra la timidez—. Mi hermano era un niño muy consentido, y mi padre murió cuando éramos pequeños, así que todo el peso caía sobre mi madre y

sobre mí. Yo quería ayudar, y eso era lo que me salía.

—Contar historias —dijo Hannah.

—Contar historias —asintió Althea—. Y luego, cuando mi hermano creció… —Hizo una pausa y se mordió el labio. Hannah le dio con el tobillo y lo dejó pegado al de Althea, pantorrilla contra pantorrilla, un cálido punto de contacto—. Mi pueblo era tan pequeño… —dijo con un ligerísimo temblor en la voz—. Era una costumbre, supongo. Contar historias. Pero, cuando mi hermano dejó de necesitarlas, empecé a contármelas a mí misma.

Clavó la mirada en la copa.

—Claro —dijo Hannah, y el tono no era de burla, sino de afecto. Casi. Quizá.

—La cosa empezó porque no había nada más que hacer. Contarme historias a mí misma era un modo de pasar el tiempo. Pero luego… —Resopló, frustrada. Siempre le costó más hablar que escribir—. Nunca llegué a encajar del todo. Era callada y vergonzosa, me gustaba leer tanto como me gustaba contarme cuentos a mí misma. Y nunca me importaron las cosas que deberían haberme importado. Además, cuando escribes un cuento, tú eres quien decide qué quieres que suceda exactamente —continuó—. No tiene por qué doler, como duele la vida real.

—Pero tampoco puede darte la felicidad que te da la vida real —contestó Hannah, y Althea inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Antes, los momentos buenos nunca compensaban los malos.

Antes de Berlín.

—El mundo me asustaba antes de venir aquí —admitió Althea—. Era una niña sensible, me parecía que hasta el corte más pequeño jamás dejaría de sangrar. En términos de emociones, quiero decir.

—Claro.

—Así que fingía para que nada pudiese alcanzarme. Pero luego vine a Berlín. —Movió la cabeza y su mirada se cruzó con la de Hannah—. ¿Qué podía temer? ¿Burlas crueles? Solo eso. Nada en comparación con…

Hannah alargó el brazo y le apretó ligeramente la mano.

—Hoy no. —Rozó con el pulgar la muñeca de Althea—. Por favor.

—Bueno, el caso es que me contaba a mí misma historias sobre un mundo en el que yo no era diferente —dijo Althea, pero después movió la cabeza. Lo que acababa de decir no era del todo exacto, y se apresuró a corregirse—: Me refiero a un mundo en el que no pasaba nada por ser diferente. En el que era bueno ser diferente.

—Eso suena bien —dijo Hannah, con una neutralidad en la que había cierto tono alentador.

—Entonces comprendí que también podía contar otras historias —continuó atropelladamente Althea antes de seguir sincerándose—. Y

eso también se convirtió en una costumbre.

Hannah sonrió por encima de la copa.

—¿Me contarías un cuento ahora?

Althea se ruborizó, pero se esforzó por encontrar las palabras. Era poco lo que le pedía Hannah. Y así, mientras terminaban la copa y se servían la segunda, Althea hizo lo que siempre había hecho con su hermano y convirtió a Hannah en la protagonista de su historia.

—Érase una vez una joven muy valiente…

Envió a la joven Hannah a luchar contra un dragón que estaba aterrorizando una aldea. Pero la Hannah de esta aventura se dio cuenta de que los ancianos de la aldea querían que matase al dragón porque querían robarle su oro. Habían sacrificado a su ganado y habían reducido a cenizas las casas de sus vecinos para que sus mentiras sobre el dragón imaginario fueran creíbles.

—¿Cómo termina? —preguntó Hannah, los ojos como platos.

Althea se mordió el labio antes de preguntar:

—¿Quieres un final feliz o uno complicado?

Hannah se lo pensó tanto que Althea se dio cuenta de que se había tomado la pregunta en serio.

—Lo segundo.

—Hannah desvela la traición de los ancianos a la aldea, y se decide que, en castigo por sus infamias, los hombres habrán de ser sacrificados al dragón.

—Pero seguro que el dragón se negaría a comérselos —decidió Hannah, y Althea sonrió.

—El dragón intercedió por ellos y consiguió que los desterrasen —prosiguió Althea.

—¿No acaba ahí?

—Si te gustasen los finales felices, sí. Pero no. Durante un tiempo, la aldea prosperó bajo la protección de Hannah y el dragón. Después, designaron a un nuevo jefe para que llenase el hueco que habían dejado los ancianos. El hombre veía a Hannah como una rival. Eso sí, sabía que era muy valiente, así que, en lugar de amenazarla de muerte a ella, amenazó al dragón. Hannah se vio obligada a huir de la aldea, obligada a dejar atrás a su familia para proteger a su querido amigo.

—¿Y el dragón la acompañó?

—Claro —dijo Althea, asintiendo con la cabeza—. Caminaron durante días y días hasta que encontraron una nueva cueva, una en la que cabían los dos.

—Encontraron un hogar, los dos juntos —dijo Hannah, con un tono más grave del que merecía una historia tonta sobre un dragón y una aventurera.

—Crearon su propia aldea —continuó Althea—. Y se corrió la voz de que todo aquel que no encajase en ningún sitio, que sintiera que no

tenía hogar, podía refugiarse con ellos.

A los labios de Hannah asomó una sonrisa mientras escrutaba el rostro de Althea.

—No me equivocaba —dijo.

—¿Respecto a qué? —preguntó Althea, acalorada y un poco aturdida por sentirse objeto de tanta atención.

—El final complicado es mejor.

# Capítulo 29

*Nueva York*
*Mayo de 1944*

—Tienes que conseguir que se adelante la novela de Althea —dijo Viv sin más preámbulos a la vez que se sentaba delante del señor Stern el día después del partido de béisbol improvisado con Hale.

El señor Stern apartó la vista de la tarea que tenía entre manos y la miró parpadeando a través de las gafas.

—¿Qué?

—Althea James —dijo Viv como si fuera obvio, a pesar de que su propuesta era casi inviable—. *Impensable oscuridad* está programada para la serie de agosto de las Ediciones de las Fuerzas Armadas. Tenemos que conseguir adelantarla a la de junio.

—Que empieza mañana —dijo el señor Stern señalando una obviedad.

La logística necesaria para adelantar el calendario de las Ediciones de las Fuerzas Armadas era, en el mejor de los casos, abrumadora. Estaba concebida para maximizar la rapidez y la eficacia, pero cada paso del proceso llevaba un tiempo del que Viv no disponía. Si pedía este favor era solamente porque en cuestión de días se iba a decidir la tirada del libro de Althea.

—¿Hay algún modo de hacer un envío especial? —preguntó Viv—. A unas pocas bases militares. Sé que en el presupuesto de distribución hay cierto margen.

En los últimos tiempos no se podía confiar en el correo, pero ya se encargaría Viv de entregar personalmente a la señorita James las cartas de los soldados si era menester.

—¿Qué esperas conseguir? —preguntó el señor Stern. Al menos, no decía que no…

—Bueno, creo que el libro tiene el suficiente contenido político como para que lo afecten las restricciones de la enmienda de Taft si esperamos hasta agosto. Pero, si lo sacamos dentro de un par de semanas, podemos decir que la ley se aprobó demasiado tarde como para alterar la serie.

—Cierto.

—Y acabo de hablar con el editor de Althea de Harper & Brothers —

dijo Viv. En efecto, a Harrison no le había costado nada organizar una conversación telefónica con él—. Dice que no piensa «traicionar la confianza» (palabras textuales) que Althea James tiene depositada en él concertando una reunión entre nosotras. En cambio, sí me prometió exponerle mi caso y dejar que sea ella quien decida. Sabemos que cada vez que enviamos un libro el autor recibe un aluvión de cartas de soldados. Aunque sea una distribución limitada, seguramente recibiríamos al menos un saco. Quizá esto sirva para convencerla.

—Nada garantiza que fuese a recibir las cartas a tiempo, incluso si les enviásemos su libro hoy mismo a los muchachos —señaló el señor Stern—. ¿Por qué no elegimos a otra persona? Althea James no ha hecho ni una sola aparición en público desde hace una década. ¿No crees que te lo estás jugando todo a una sola carta?

—Sabes bien el caso que nos harían la prensa y el público si Althea James hablase en el acto. Lo que pasa es que… En fin, su editor dice que se pone un poco rara cada vez que sale el tema de la política. Creo que lo que le pasó con los nazis, fuera lo que fuera, le hace temer el aspecto legal de todo esto.

—Una invitada del Reich quizá no dé tan buenos resultados como piensas. —El señor Stern alzó la mano como anticipación para acallar sus protestas—. De acuerdo, dejemos de lado el hecho de que quizá sea simpatizante de los nazis. ¿Sinceramente crees que unas cuantas cartas más de unos soldados bastarán para convencerla de que acuda a la presentación, teniendo en cuenta lo mucho que detesta, según tú, la política y la exposición a la luz pública?

Viv intentó responder con un buen argumento, pero no se le ocurrió ninguno. Se dio por vencida.

—Bueno, quizá no. Pero no se pierde nada por intentarlo, ¿no? —se limitó a argüir.

El señor Stern se quitó las gafas y se pellizcó el caballete. Viv no insistió. Sabía cuándo tenía que cerrar el pico (era otra de sus virtudes).

—Dios —dijo el señor Stern.

A Viv le llamó la atención que prácticamente suspirase la palabra. La fatiga que delataba tenía que obedecer a algo distinto de la petición de Viv, que por lo demás era bastante sencilla.

—¿Qué pasa?

El señor Stern se quedó mirando al vacío y cogió aire. Pero, en vez de hablar, se levantó, cerró la puerta, volvió a su silla y siguió callado.

—¿Se trata de algo confidencial? —preguntó Viv inclinándose y bajando la voz.

El señor Stern suspiró y, a continuación, como para sus adentros, asintió con la cabeza.

—Está pasando algo que…

—Te escucho.

—No puedo contar casi nada… —Viv hizo el ademán universal de «adelante» con la mano—. Roosevelt ha estado especialmente interesado (y con esto quiero decir interesado en persona) en la serie de junio de las Ediciones de las Fuerzas Armadas —dijo el señor Stern, dotando a cada palabra de una importancia que Viv no acababa de comprender del todo.

Viv movió la cabeza.

—¿Por qué iba a…? —empezó a decir. El señor Stern se limitó a mirarla con fijeza, y Viv se esforzó desesperadamente por seguir el hilo de su razonamiento. Roosevelt había abogado por el programa de las Ediciones de las Fuerzas Armadas desde el inicio. Decía que obraba milagros en la moral de las tropas, en los soldados que arriesgaban la vida a diario… Viv inspiró bruscamente. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca. Esta información le venía grande. Al final, consiguió añadir, de la manera más serena que pudo—: Están planeando una invasión…

El señor Stern hizo un ruidito, como si quisiera interrumpir las palabras que iban saliendo por la boca de Viv.

—Yo no he dicho eso —repuso.

—Ya, pero ¿por qué si no iba a intervenir el presidente en persona? —preguntó Viv, y bajó la mirada al suelo. Ahora que los estrepitosos címbalos fruto del pánico habían dejado de resonar en las paredes de su cráneo, por fin lo entendía todo—. Quiere que los muchachos lleven encima los libros cuando vayan al matadero. ¡Dios mío!

—Ya basta, Vivian. En serio, nada de esto puede salir de esta habitación. Tienes que hacer como si no supieras nada.

—¿Por qué me lo has…?

Ni siquiera pudo concluir la frase: «¿Por qué me lo has contado? ¿Por qué me has echado encima esta carga?».

—Porque el general Eisenhower pidió que todos y cada uno de los hombres que participen en la invasión tengan un libro. Lo cual significa que ya cambié el calendario de publicaciones hace tres semanas —dijo el señor Stern, y Viv le miró a los ojos—. Teníamos que seleccionar varios libros más para la serie de junio.

—¿Y uno era el de Althea? —preguntó Viv, sin atreverse apenas a tener esperanzas. Pero algo había en la pícara sonrisita del señor Stern que le dio la respuesta—. Entonces, ¿me has dejado defender mi caso sabiendo perfectamente que…?

El señor Stern interrumpió la diatriba antes de que pudiera coger velocidad.

—Como imaginarás, es información de acceso restringido. Solo la junta directiva y los contactos militares estaban al tanto. —«A caballo regalado, no le mires el diente», pensó Viv. Si el libro de Althea James

había salido con el último envío, los soldados posiblemente lo estarían leyendo para la próxima semana. Todavía andarían un poco justos de tiempo para las cartas, pero podía contar con que llegarían bastantes durante el mes siguiente a la distribución de los libros. El señor Stern carraspeó—. Hay otra cosa que deberías saber —añadió—. Como ya he dicho, tengo que acatar la enmienda de Taft ahora que es una ley. Pero el comité ejecutivo del consejo se reunió ayer, y los miembros han expresado sus inquietudes. —Hizo una pausa y se quedó tamborileando con los dedos sobre el escritorio con gesto ausente. Evitó mirarla a los ojos—. También mencionaron en particular el revuelo que ha causado *Fruta extraña* en Boston. Dijeron que, entre eso y Taft, el movimiento censor empieza a ganar terreno. Les preocupa hacia dónde pueda dirigirse.

—Por eso estoy organizando este acto —dijo Viv, sintiéndose torpe por tener que señalar lo obvio.

—El comité ha pedido al señor Marshal Best, de la editorial Viking, y al señor Curtis Hitchcock, de Reynal & Hitchcock, que redacten una resolución oficial contra la enmienda.

Viv parpadeó, y solo fue capaz de susurrar un entrecortado:

—¿Cómo dices?

—Por supuesto, el comité ejecutivo te agradece tus esfuerzos —dijo un envarado señor Stern, con aquella actitud exageradamente formal que adoptaba cuando transmitía una mala noticia—. Pero consideran que una resolución oficial es un paso más concreto para conseguir que Taft rescinda la enmienda.

Viv sabía que algunos miembros del comité la consideraban una monada a la que se le había concedido un título de relumbrón solo porque tenía mucho dinero. Pensaban que se limitaba a leer los periódicos en busca de menciones de las Ediciones de las Fuerzas Armadas para recortarlas y pasárselas a la cadena de mando. Que les repetía a los periodistas citas fáciles que habían recibido el visto bueno de hombres importantes. Que organizaba visitas guiadas para bibliotecarios prominentes en las que leía un guion escrito por otra persona.

Y puede que desde fuera todo esto pareciera cierto, pero el señor Stern nunca le había hecho sentir que estuviera de acuerdo con ellos. Hasta ahora.

—Entonces, ¿quieren que cancele el acto? —preguntó Viv.

Los ojos del señor Stern se abrieron como platos.

—No, no. No. Esperan, claro, que el acto ya no sea necesario. Pero lo ven como un excelente plan B.

Viv cogió aire al imaginarse que todo su trabajo había sido en vano. Y luego exhaló. Esto solo podía ser para bien. Que el peso del consejo se volcase públicamente en contra de Taft no era un asunto baladí.

—¿Cómo puedo ayudar?

Las tensas arrugas que rodeaban la boca del señor Stern se relajaron.

—Pensaba que te enfadarías.

—Y así es —admitió Viv, encogiéndose de hombros con una despreocupación mucho mayor de la que sentía—. Pero salir de aquí hecha una furia sería tirar piedras contra mi propio tejado.

El señor Stern sonrió, casi con tristeza.

—La resolución apenas tendrá peso político, porque es más una declaración que otra cosa. Pero necesitamos que llegue a periódicos de todo el país, que lo saquen como un anuncio a toda página en todas las revistas que consideres oportuno. Utiliza los fondos discrecionales.

Viv se levantó, y después preguntó con tono vacilante:

—¿Por qué elegiste el libro de Althea? En aquel momento yo ni siquiera sabía todavía que iba a querer que ella hablase en el acto.

—Era uno de los libros que estaban listos para ser enviados —dijo el señor Stern. Al ver que Viv arqueaba las cejas adivinando un silencioso «Y, además…», el señor Stern suspiró y se recostó en la silla —. Como sabes, el libro trata sobre la censura. Quizá…, quizá lo elegí para inclinar la balanza de nuestro lado. —Se rio—. No pongas esa cara de sorpresa. Tengo tan pocos deseos como tú de que la enmienda de Taft prospere. Vale, igual no se me ha ocurrido avergonzarle en público para conseguir que cambie de opinión, pero tú no eres la única que lee las cartas de los soldados. Doy fe de que pueden ser muy persuasivas.

Viv frunció los labios para disimular una sonrisa de satisfacción.

—No estamos siendo egoístas, ¿verdad que no? —comentó—. ¿Crees que las tropas habrían preferido otro libro distinto?

—Es un buen libro. No lo elegí solo por esta batalla contra Taft. Cuando la señorita James reciba las cartas que inevitablemente le van a llover, quizá empiece a considerarse algo más que una marioneta política.

—No dejará de serlo, por supuesto. Pero a lo mejor se da cuenta de que no es solo eso.

# Capítulo 30

*Berlín*
*Abril de 1933*

Las reuniones de los resistentes aterrorizaban a Althea, y no obstante se sentía orgullosa de asistir.

Adam Brecht le dio un abrazo en la primera reunión a la que fue después de pasar el día con Hannah.

—¿Por qué le importa tanto lo que yo haga? —le preguntó Althea a Hannah cuando Adam volvió a alejarse—. Como dijiste, solo soy una persona. No puedo significar tanto.

Se sentaron al fondo, y Hannah se quedó tanto tiempo callada que Althea pensó que lo mismo no respondía.

—Lo importante no es que tú hayas cambiado de opinión sobre los nazis —dijo Hannah—. Es que fueras capaz de hacerlo en cuanto descubriste más cosas acerca de ellos.

—Represento la esperanza.

Althea había representado muchas cosas para muchas personas, pero pensó que esto debía de ser lo mejor que había oído hasta ahora.

—A Adam le sienta bien verlo —dijo Hannah.

Había algo en su voz que hizo que Althea se arrimase más a ella.

—Estás preocupada por él —le dijo.

—Está distinto desde el incendio, desde que detuvieron a Clara —contestó Hannah—. Y con toda la razón, pero sí, estoy preocupada.

—¿Qué crees que va a hacer? —preguntó Althea.

Detestaba que aquel miedo que le era tan familiar estuviese asfixiando su recién estrenada valentía.

Hannah escudriñó el rostro de Althea, pero no vaciló tanto como lo habría hecho antes.

—Algo para conseguir que todo el mundo le preste atención.

—¿Por ejemplo? —La voz de Althea subió lo suficiente como para que varias personas que estaban cerca las mirasen preocupadas. Se inclinó y susurró—: ¿Un asesinato?

—No lo sé —dijo Hannah, aunque sonó como si lo supiera—. Pero es un imprudente. No beneficia a nadie que lo metan con Clara en un centro de detención.

Ninguna de las dos mencionó que Adam, al ser hombre, tendría

muchas más posibilidades que Clara de ser ejecutado si lo pillaban confabulando contra los nazis. Hannah no necesitaba oírselo decir a Althea.

—¿Te hará caso? Si intentas decirle que no lo haga, quiero decir.

—No hace caso a nadie —dijo Hannah—. Ya le pedí a Dev que hablase con él. Y a Otto. Pero Adam se limita a decir que no podemos seguir pensando a pequeña escala.

Los ojos de Althea encontraron a Adam. Estaba al frente, hablando con una mujer que le sacaba una cabeza de altura, y tenía cara de profunda concentración. Siempre miraba a la persona con la que estaba en ese momento como si no hubiera nadie más sobre la faz de la tierra.

Intentó no imaginárselo en la plaza, atado a una cruz de san Andrés con una mujer arrodillada ante él. Pero era un joven judío, comunista con espíritu rebelde y alma nacida para la revolución. A Althea le había bastado verle dos veces para darse cuenta.

Incluso si Hannah conseguía desbaratar cualquier posible venganza que estuviese tramando, ¿qué futuro le aguardaba a Adam en un país lleno de hombres como Diedrich, como Goebbels, como Hitler?

¿Y a Hannah?

Una mano cálida se apoyó en su brazo. La mano de Hannah. Acarició con el pulgar la suave piel de la muñeca de Althea, un gesto reconfortante que se había convertido en un mensaje secreto entre ambas.

«Si tocas…, puedes sentir el corazón de una persona».

La reunión duró hasta bien avanzada la noche. Algunos participantes hablaban de estrategias: de rajar las ruedas de los coches de los oficiales nazis, de sabotear las vías del tren. Otros se centraban en la propaganda, todavía convencidos de que podían ganarse al público general con folletos y pintadas ingeniosas en las fachadas. Incluso había quienes hablaban de patrullar las calles para ayudar a cualquiera posible víctima de los camisas pardas.

Al final, Adam dio un discurso que la mente de escritora de Althea no pudo evitar juzgar como excesivamente acalorado, un discurso que no podía crecer poco a poco.

Aun así, cuando de nuevo utilizó aquella cita de *Les Misérables* para ponerle fin, esta vez ni Hannah ni Althea se rieron.

Asistir a las reuniones se convirtió en una rutina, tanto como lo había sido ir a los cabarés en febrero. A Diedrich cada vez le molestaba más que Althea no le mantuviese informado de lo que hacía por las noches, pero estaba tan ocupado trabajando ahora para Goebbels que Althea se salía con la suya.

El grupo de Adam se reunía a menudo, sobre todo los días posteriores al primer boicot oficial del régimen nazi contra los judíos.

El boicot en sí mismo no había sido muy satisfactorio para los nazis, que lo habían programado para el *sabbat*, cuando de todos modos muchísimos negocios judíos cerraban. Pero marcaba el comienzo de lo que todo el mundo sabía que se avecinaba. Tan solo una semana después, Hitler aprobó una ley que excluía a los judíos de trabajar en la Administración pública. A partir de ahí, todo iría a peor.

Era evidente que Hannah cada vez estaba más preocupada por Adam. Aún no había conseguido averiguar qué, exactamente, había planeado él, pero, a juzgar por lo que contaba, Althea veía que había motivos para la inquietud. No podía ser más que una misión suicida.

Cuando, con cautela, le mencionó a Hannah esta posibilidad, esta apretó los labios, pero no discrepó.

—Lo ataremos a una silla si es preciso —dijo Dev.

También a ella se le nublaba la expresión cuando hablaba de Adam en los últimos días.

Pero no todo era terrible.

La mayoría de las noches, Hannah acompañaba a Althea a su casa cuando el grupo se disolvía. Hablaban de literatura de la misma manera que habían hablado Althea y Diedrich, solo que Hannah la escuchaba en lugar de esperar su turno para hacer saber su opinión.

—Me preocupa que todo el mundo se decepcione —confesó Althea una noche mientras paseaban por la orilla del río—. Con mi segunda novela. ¿Y si la primera solo fue un golpe de suerte? ¿Y si la gente la compró atraída solamente por la historia de una chica ignorante que protagoniza el sueño americano, o algo por el estilo?

—No puedes controlar las reacciones de otras personas a tu arte. Solo puedes controlar lo que produces. —Hannah la miró—. ¿Sabes de qué vas a escribir?

—Del miedo —dijo Althea, con una convicción que no había notado que tenía hasta que la palabra salió de sus labios. No sabía en qué contexto situaría la novela, pero sabía que ese sería su principio vertebrador—. Todo esto se debe en gran medida al miedo, ¿no? Lo único que necesitó hacer Hitler fue conseguir que la gente tuviese miedo, en plan «ahí fuera hay un monstruo que te atacará si no me permites protegerte».

—Y, si eso exige sacrificar unas cuantas libertades, es el precio a pagar por la ley y el orden, ¿no? —concluyó Hannah.

—Sé que es más complicado —admitió Althea—. Pero es una de las raíces, y es muy profunda. —No mencionó que le preocupaba que también fuera una de sus raíces, una raíz enroscada en torno al tejido de su alma. Cambió de tema antes de que Hannah pudiese pensarlo también—. ¿Qué harás después?

—¿Después de la universidad? —preguntó Hannah. Al ver que Althea asentía, ladeó la cabeza y dijo—: Creo que he dejado de creer

que tengo un futuro.

Althea cogió aliento, de forma áspera y demasiado fuerte para el silencio de la noche.

—No digas eso.

—Es verdad —dijo Hannah con una mueca adusta—. A lo sumo, mi futuro está intentando sobrevivir.

Por mucho que Althea quisiera rebatírselo, no podía.

—¿Qué harías, si pudieras hacer algo? —se limitó a preguntar.

Hannah negó con la cabeza.

—Las fantasías bonitas duelen más.

—Trabajarías con libros —insistió Althea, impulsada por un hormigueo que le hizo estremecerse.

Necesitaba imaginarse a Hannah feliz, libre, haciendo lo que le entusiasmaba. Aunque fuera imposible y ambas lo supieran.

—Hay una canción… —dijo Hannah, y se puso a cantar con su voz ronca—: «Somos hijos de un mundo diferente. Solo amamos la sofocante noche violeta…». —Althea reconoció la melodía. Había oído fragmentos de ella en los cabarés. Era una de esas canciones por las que todo el mundo interrumpía lo que estuviese haciendo y se ponía a cantar y mecerse al compás. No acababa de entenderla, aunque Hannah la cantaba como si para ella fuese más importante que una mera sucesión de palabras y notas—. Es para gente como…, como yo —añadió Hannah cuando acabó.

—¿Judíos?

—No —dijo Hannah, sin dar más explicaciones—. Siempre me ha encantado lo de las «mil maravillas».

Althea intentó recordar el verso exacto.

*Somos distintos del resto,*
*que al principio vagan curiosos por mil maravillas,*
*pero al final solo ven lo banal.*

—Si pudiera, creo que tendría una librería —dijo Hannah, antes de que Althea pudiese detenerse a pensar en la letra—. Y la llamaría así.

—Las Mil Maravillas —dijo Althea. Le gustó el sabor que le dejaron estas palabras en la lengua. ¿Qué otra cosa, si no, eran los libros, las historias?—. ¿Dónde te gustaría que estuviera? —preguntó Althea.

Hannah esbozó una sonrisa triste y dijo:

—Aquí.

Ningún tema de conversación era demasiado íntimo, demasiado delicado, y a menudo volvían a casa por el camino más largo, los nudillos rozándose, hombro con hombro.

Una noche, Hannah se quedó delante del portal de Althea, arrimándose a ella mientras los peatones pasaban por la acera.

A Althea se le cortó la respiración, tuvo calor, después frío. Pero Hannah se limitó a pasar el dedo por la cara interna de su muñeca. Después, la miró un minuto más y susurró «buenas noches» antes de volverse y alejarse calle abajo.

Mal que bien, Althea consiguió entrar al apartamento antes de que le fallasen las piernas y se cayese de hinojos al suelo, mareada, aturdida, emocionada.

No era una colegiala boba que no supiera lo que era esto. En su pecho palpitó la misma emoción, y entre sus piernas se acumuló el mismo calor que había sentido los primeros días en Alemania, cuando Diedrich le parecía el hombre más guapo que había conocido en su vida.

Pero esto era más fuerte, más aterrador, porque se había incorporado a sus huesos como si formase parte de ella.

Althea era una cobarde, y pensar en esto, pensar en ellas dos juntas, hacía que quisiera meterse debajo de la cama para no volver a salir jamás.

Pero ahora era la versión berlinesa de Althea James. La versión berlinesa de Althea James flirteaba, y se reía, y salía a los cabarés con mujeres hermosas que sonreían como si te estuviesen entregando algo de sí mismas.

De modo que a lo mejor podía ser valiente. Solo por esta vez.

# Capítulo 31

*Nueva York*
*Junio de 1944*

Un caluroso día de verano, Nueva York se despertó con la noticia de que se había producido la invasión.

Charlotte despertó a Viv pocos minutos después de las seis de la mañana con el *New York Times* en la mano.

—Edición especial de la mañana —explicó con voz tensa a la vez que se lo daba.

Viv parpadeó para sacudirse el sueño de los ojos y lo cogió. El titular dominaba buena parte de la mitad superior de la página.

EJÉRCITOS ALIADOS DESEMBARCAN EN FRANCIA EN LA ZONA DE LE HAVRE-CHERBURGO; EMPIEZA LA GRAN INVASIÓN

Debajo había un mapa del canal de la Mancha y el norte de Francia. Viv devoró el artículo.

> Bajo la luz grisácea del alba estival, el general Dwight D. Eisenhower desplegó su gran ejército angloamericano […]. El primer comunicado de Eisenhower fue escueto, a fin de dar poca información al enemigo […]. Las emisoras alemanas fueron las primeras en informar del ataque […]. Eisenhower les dijo a sus tropas que estaban a punto de embarcarse en «una gran cruzada». «Los ojos del mundo os contemplan», dijo, y «os acompañan las esperanzas y las plegarias de las gentes que aman la libertad».

Cuando terminó de leer, Viv se había llevado la mano a la boca. Vio que Charlotte la miraba con expresión sombría.

—Ya ha empezado.

Estas dos fueron las únicas palabras que intercambiaron mientras se dirigían a la cocina, encendían la radio y, sentadas en los taburetes, dedicaban las tres horas siguientes a escuchar todos los boletines que encontraban.

Al final, Viv empezó a notar un hormigueo en la piel y las piernas inquietas.

—No podemos quedarnos aquí sentadas todo el día —observó.

Charlotte asintió:

—Tienes razón. Pero lo primero es ir a la iglesia.

De nuevo en silencio, se separaron para ir a vestirse. Viv no le dedicó más tiempo del estrictamente necesario: se limitó a recogerse el pelo con horquillas, a ponerse una sencilla camisa blanca y una falda gris y a darse pintalabios, extendiéndoselo un poco por las mejillas para quitarse el aspecto cadavérico.

Pero hizo una pausa cuando, al ir a calzarse, se fijó en los cajones de la cómoda. Si hoy no era una ocasión especial, entonces, ¿cuándo?

De dos zancadas cruzó la habitación y encontró sus preciadas medias de seda. Desenterró las ligas, y después, metódicamente, procedió a ejecutar el familiar ritual de ponérselas. El frufrú del nailon al rozarle la piel no solo la calmó, sino que le insinuó un futuro en el que no se había atrevido a pensar desde el momento en el que leyó el titular.

Cuando salieron a la calle, al principio parecía un día como otro cualquiera.

Después, Viv miró con más atención.

En los rostros de los transeúntes se reflejaba la misma maraña de pena y alborozo con la que llevaba toda la mañana luchando. La gente se arremolinaba delante de las tiendas para escuchar a los hombres que leían las noticias directamente de los periódicos subidos a cajas de jabón; banderas americanas ondeaban a varios metros de altura en las fachadas de los edificios; las calles estaban llenas de hombres, mujeres y niños que caminaban sin rumbo, pero que, al igual que Viv y Charlotte, estaban demasiado nerviosos para quedarse en casa.

Cuando llegaron a la iglesia, un letrero recién puesto las animó a entrar: DÍA DEL DESEMBARCO: ENTREN A REZAR POR LA VICTORIA ALIADA.

Todos los asientos estaban ocupados. Solo había espacio para estar de pie, y Viv se encontró apretujada entre desconocidos que, en estos momentos, no parecían desconocidos. Le pasó el brazo por el hombro a la mujer que tenía al lado, a la que le caían churretes de rímel por las mejillas, y cerró los ojos mientras le cogía la mano a Charlotte con la otra mano.

El cura no celebraba misa, sino que dirigía las plegarias de la congregación, sus palabras eran un bálsamo contra la amarga herida que se había abierto al saber que miles de hombres iban a ser masacrados ese mismo día. Ya habían sido masacrados. Incluso si los aliados se alzaban con la victoria, no cabía celebrar semejante matanza. Lo único que cabía celebrar era el posible fin de tanta violencia.

La gente seguía entrando en tropel, y Viv apretó ligeramente a la mano de Charlotte. Llevaban allí un buen rato y pensó que debían hacer sitio a otras personas. Charlotte asintió en silencio.

—Times Square —murmuró Charlotte una vez que salieron a trompicones a la calle.

Cada vez era más difícil moverse en la acera de la iglesia de San Vicente.

Varias manzanas después, pasaron por delante de una sinagoga que ofrecía oficios las veinticuatro horas del día, y Viv se acordó de la bibliotecaria de Brooklyn. Se preguntó cómo habría recibido la noticia al despertarse esa mañana. ¿Tendría a alguien que la abrazase, que le ofreciese consuelo en el día de hoy?

Ojalá, se dijo Viv.

Sería inexacto decir que Times Square se había paralizado, pero esa impresión daba. Todo el mundo estaba mirando en la misma dirección, las caras vueltas hacia el panel electrónico del *New York Times*, que simplemente decía: EJÉRCITOS ALIADOS INVADEN EUROPA. Los taxis daban bocinazos para que la gente avanzase, pero todo el mundo estaba atrapado en una especie de inmovilidad.

—¡Viv! —gritó alguien de entre el gentío, y al volverse vio a Bernice Westwood, del consejo, que se abría camino hacia Charlotte y ella.

Viv la abrazó con fuerza.

—¿Estás sola? —le preguntó.

—No —suspiró Bernice, apartándose lo mínimo para poder hablar —. Mi chico está en casa de baja por un brazo roto, ¡figúrate!

Rio sin mucha convicción, y Viv se dijo que debía de sentirse culpable por estar tan aliviada por la suerte de su amante. Apretó con fuerza los brazos de la muchacha y exclamó:

—¡Cuánto me alegro!

—El alcalde va a presidir un acto en Madison Square, por si queréis venir.

Viv lo consultó con Charlotte, que había apartado los ojos del panel para seguir el diálogo. Llevaban mucho tiempo caminando, y Viv apenas sentía los pies. No podía ni imaginarse lo cansada que debía de estar Charlotte.

Pero Charlotte hizo un gesto afirmativo, y ¿quién era Viv para poner en entredicho su resistencia?

—Iremos, claro que sí —respondió Viv.

Carteles animando a la victoria y banderas estadounidenses ondeaban por encima de las cabezas de la multitud. Por delante de Viv pasó un hombre que iba tocando el himno nacional con una tuba, y le dio en el codo con el metal del instrumento. Niños vestidos con ropa que imitaba los uniformes de los soldados americanos, subidos a los hombros de sus padres, gritaban felices sin que la tensión que

atenazaba a los adultos enfriase su entusiasmo.

—¡Buenas noticias para las Ediciones de las Fuerzas Armadas! —consiguió chillarle Bernice a Viv al oído cuando se acercaban a Madison Square.

La gente que tenían detrás no paraba de empujar, y, como el espacio tenía una capacidad limitada, cada vez era más difícil avanzar.

Viv contuvo las ganas de soltarle a Bernice que no era el momento de pensar en nimiedades. Se daba cuenta de que en realidad no se lo merecía. Ella misma había recorrido mentalmente un camino similar en el despacho del señor Stern cuando comprendió lo que podía significar una invasión para sus planes.

—Sí, creo que pueden ser buenas —convino.

Pero Charlotte pareció notar su angustia, y le dio un tironcito discreto. Bastó dicho gesto para separarla de Bernice, y tres mujeres aprovecharon para colarse en el hueco que habían formado.

En una esquina de la plaza habían improvisado un escenario, con una banda de música flanqueada por banderas americanas. A unos metros de Viv, subido al capó de un coche, había un hombre captando la escena con una cámara de bobina.

Minutos más tarde, el alcalde Fiorello La Guardia salió al escenario y se plantó delante de unos micrófonos enganchados a altavoces, de manera que hasta la persona que hubiera más al fondo oía su voz nasal. Un pitido de audio hizo que todos los presentes se estremecieran a la vez, y a continuación La Guardia se dirigió a los que rezaban y les instó a aferrarse a su fe.

—¡Nosotros, los habitantes de la ciudad de Nueva York, pedimos humildemente a Dios que os entregue la victoria total en la gran y valerosa lucha por liberar al mundo de la tiranía! —gritó a la vez que las tubas arrancaban a tocar a sus pies.

Viv y Charlotte se sumieron en el ímpetu del día. Después del discurso de La Guardia salieron a escena unos cantantes, y más oradores. La muchedumbre fluía y refluía, un hombre empezó a vender botellas de Coca-Cola en la esquina más cercana, otro empezó a repartir letreros de apoyo a Roosevelt y las tropas, estallaba la música en distintos puntos del público y los hombres hacían el saludo militar. Todo ello, presidido por banderas americanas.

Al cabo de un rato, Charlotte le pasó el brazo a Viv por la cintura.

—Creo que ya es hora de volver a casa.

A medida que caminaban hacia el norte, las calles estaban cada vez más tranquilas. Charlotte empezó a cojear cuando solo llevaban recorridas un par de manzanas, así que Viv la dirigió hacia el metro, en el que dudaba que Charlotte hubiese montado nunca. Pero los taxis estaban provocando atascos, incapaces de sortear a las multitudes que desbordaban las aceras.

En el vagón de metro, tres hombres acompañaban con sus violines la triste canción irlandesa que una mujer canturreaba a su lado en gaélico. Junto a Viv, Charlotte lloraba en silencio.

—Siete meses —consiguió decir, y Viv supo que hablaba de Edward, supo que se estaba preguntando por qué Dios no había querido perdonarle para que llegase hasta el final de la guerra.

Viv no disponía de más lugares comunes que decirle. Ambas los habían oído todos.

Al llegar a casa, Viv cayó en la cuenta de que no habían comido nada desde el apresurado desayuno de aquella mañana. Le hizo una seña a Charlotte para que se sentase en un taburete, cogió el delantal del gancho de la despensa y se lo ató a la cintura.

—Tortitas —decidió.

—¿Para cenar? —preguntó Charlotte, los ojos todavía rojos pero secas ya las lágrimas.

Viv no mencionó que eran el plato favorito de Edward. Hizo un guiño y dijo:

—Somos mujeres intrépidas. ¿Por qué no?

—Pues esta mujer intrépida necesita un poco de oporto para acompañar a las tortitas —dijo Charlotte, y soltó un gemido al levantarse. Cojeando, consiguió llegar al carrito de los licores, sirvió dos dosis generosas y le pasó la copa a Viv por la encimera mientras volvía a sentarse con un quejido—. Me temo que no voy a poder andar en una semana.

Viv cascó un preciado huevo en un cuenco y sonrió.

—Contrataremos a unos hombres para que te lleven como a Cleopatra.

—Tienes buenas ideas, cielo —dijo Charlotte, y le dedicó un brindis.

Hablaron mientras Viv cocinaba, pero no sobre el desembarco, no sobre aquel día. Había demasiadas cosas preocupantes, de modo que fingieron tácitamente que era una tarde como cualquier otra.

Y lo consiguieron, hasta que Charlotte puso la radio en el mismo instante en el que se emitía la introducción a las palabras del presidente. A Viv casi le parecía oír el zumbido de mil radios sintonizadas para oír el mismo mensaje.

La voz de Roosevelt resonó, clara y sincera, en la cocina.

—Dios Todopoderoso: nuestros hijos, orgullo de la nación, han acometido hoy una empresa de inmensas proporciones, una lucha para preservar nuestra república, nuestra religión y nuestra civilización, y para liberar a una humanidad sufriente.

»Guíalos por el camino recto y verdadero; da fuerza a sus brazos, determinación a sus corazones, tenacidad a su fe.

Viv apuró la copa de un trago.

Los próximos meses iban a ser largos y oscuros.

# Capítulo 32

*París*
*Diciembre de 1936*

La última carta de Althea llegó el primer día de invierno.

En su momento, Hannah no supo que sería la última, aunque, a medida que iban pasando las semanas y no llegaban más, le venía esta posibilidad a la cabeza. La carta estaba escondida debajo de *Alicia en el País de las Maravillas*, al igual que el resto del correo que había enviado Althea.

En el dorso del sobre había un mensaje escrito con una delicada caligrafía:

¡Importante! No seas terca.

De hecho, Hannah pensó en abrirla. Abultaba más que la mayoría de las anteriores. También pensó en tirarla al fuego, por despecho. Fue la primera que llegó después de que Hannah se enterase de la muerte de Adam, y por alguna razón esto hacía que le resultase más difícil guardarla.

Pero una irritante vocecita le decía que la conservase. Era la parte curiosa y práctica de Hannah, que pesaba más que la parte terca de la que le había prevenido Althea.

De modo que Hannah sacó la caja, guardó la carta con el resto y cogió el manoseado ejemplar de Alicia.

Hannah sabía que Althea había publicado otra novela. Era difícil no saberlo, teniendo en cuenta que Hannah se movía en círculos literarios y que la prensa internacional había puesto el libro por las nubes. Althea era la niña de los ojos de América en esos momentos, y Hannah se preguntó si los nazis habrían forzado a las tiendas a vender el libro.

A Hannah ni siquiera se le había pasado por la cabeza leerlo. O sí, por una milésima de segundo, pero la jaqueca que le sobrevino inmediatamente después la disuadió de tan absurda idea.

Hannah se preguntaba por qué Althea seguiría escribiéndole. ¿Sería por sentimiento de culpa, o por cualquier otra emoción que no venía a

cuento? Apenas se conocían de unos pocos meses antes de que todo terminase de manera desastrosa. No estaba ciega y sabía que Althea había estado lo suficientemente interesada por ella como para posar los ojos un poco más de la cuenta en lugares suaves, íntimos: los labios de Hannah, sus pechos, sus caderas.

Eso no significaba que Althea se hubiese dado cuenta de lo que se estaba cociendo entre ellas hasta aquella noche, aquella única noche. Y debió de entrar en pánico.

En lo más profundo y oscuro de su ser, a veces Hannah llegaba a reconocer que tal vez habría sido capaz de enamorarse de Althea. Sus ojos, tan sinceros; su optimismo, el humor que asomaba en los momentos más inesperados… Su manera de sonrojarse y su manera de caminar por los jardines de tulipanes, de posar con reverencia las puntas de los dedos sobre los libros y hablar sobre el lenguaje como si fuese un buen amigo suyo…

Eran diferentes exactamente en lo que tenían que serlo, e iguales en las cosas importantes.

O eso había pensado Hannah.

De haber tenido que hacer un pronóstico, habría dicho que jamás volvería a saber nada de Althea James después de que saliera huyendo de Berlín como una cobarde cuando todo se vino abajo.

Cuando la primera carta de Althea llegó al apartamento de París de Hannah, su reacción inicial fue de paranoia. Pensó en hacer las maletas y mudarse esa misma noche, pero ¿y si la estaban esperando los nazis al pie de la escalera? Después cayó en la cuenta de que Althea debía de seguir en contacto con Deveraux Charles, una de las poquísimas personas que conocían la dirección exacta de Hannah.

Después de aquello, las cartas se habían espaciado y llegaban cada dos o tres semanas, más o menos.

Hannah no solo no había respondido nunca, sino que ni siquiera había abierto ninguna. Pero Althea seguía escribiendo.

Quizá algún día, más pronto que tarde, la curiosidad de Hannah podría más que ella.

Pero hoy no era ese día.

Volvió a meter la caja debajo de la tarima del armario y se preparó para ir a trabajar.

No se ganaba nada viviendo en el pasado y deseando un futuro distinto. Lo que tenía era su presente, y, por ahora, le bastaba. Tenía que bastarle.

# Capítulo 33

*Nueva York*
*Junio de 1944*

La invasión tuvo el efecto de la rotura de una presa. Si durante semanas, meses, años, los americanos habían arrimado el hombro con su mejor cara, ahora Viv veía a chicas llorando a todas horas por los pasillos; en el metro la gente se enzarzaba con desconocidos, y los hombres salían en tropel de los bares a altas horas de la madrugada llorando y cantando en idéntica medida.

La guerra podía estar llegando a su fin, pero el camino iba a ser arduo, lleno de pérdidas y sufrimientos inconcebibles.

Eleanor Roosevelt dedicó su columna de prensa diaria al desembarco el día después de que sucediera, y a Viv no se le iban de la cabeza las palabras de la primera dama.

«Curiosamente, no siento ningún entusiasmo», escribió la señora Roosevelt. «Es como si llevásemos semanas esperando este día, y también temiéndolo, y se nos han agotado todas las emociones».

«Se nos han agotado todas las emociones». Durante las semanas siguientes a aquel día trascendental, Viv se despertaba, iba al trabajo, respondía cartas de soldados, planeaba el acto de Taft, volvía a casa, dormía, y vuelta a empezar. Pero la envolvía una especie de niebla que hacía que le pesaran brazos y piernas, le nublaba las ideas, le causaba letargo y también una ansiedad que le impedía dormir.

Once días después del desembarco, más de tres mil estadounidenses habían muerto, y según los informes había casi trece mil heridos.

Si era demasiado para una nación, cuánto más para una sola persona. De manera que Viv se concentró en aquello que podía controlar: las Ediciones de las Fuerzas Armadas.

A medida que empezaba a llegar información sobre el Día D, todo lo que oía Viv no hacía sino reafirmar su convicción de que, por pequeña que pudiese parecer desde fuera su batalla personal, lo que estaba haciendo era importante. Los corresponsales de guerra le escribían contándole que a los soldados solo se les había permitido llevar consigo a las playas artículos de primera necesidad…, y esta categoría, para muchos, había incluido sus libros de bolsillo.

El 9 de julio, poco más de un mes después del desembarco, Betty

Smith, una de las escritoras más populares del proyecto de las Ediciones de las Fuerzas Armadas, publicó un ensayo. En él hablaba de muchachos a los que todos conocían, esos muchachos que iban de puerta en puerta ofreciéndose a segar el césped del vecino a cambio de dinero para comprar caramelos; muchachos que montaban en bici y repartían periódicos; muchachos cuyas madres los querían más que a nada en el mundo. Betty finalizaba con un llamamiento a la nación para que cada persona que no estuviese en aquellas playas cumpliese con su parte, fuera cual fuera esa parte.

Viv encontró el texto en un periódico, lo recortó y se lo envió al senador Taft acompañado de copias de cartas que reproducían diligentemente una selección de la avalancha de originales escritos por militares destinados a lo largo y ancho del globo. Hombres que contemplaban la invasión desde lejos, horrorizados y abatidos por no estar combatiendo junto a sus hermanos. Los libros de las Ediciones de las Fuerzas Armadas les permitían escapar de aquellos sentimientos con los que, al igual que el resto del mundo, no sabían qué hacer. Les daban una excusa para llorar, una razón para reír, un lugar en el que colocar su alivio por no ser ellos los masacrados, un lugar en el que colocar sus remordimientos por no ser ellos los masacrados.

También estaba ocupadísima haciendo el seguimiento de las cartas al director, los editoriales y los artículos que desbordaban los periódicos de todo el país. La resolución formal del consejo contra la enmienda de Taft significaba que Viv ya no estaba librando una cruzada personal contra el senador, que ya no tenía que reunir a soldados rasos de editoriales inquietas o bibliotecas desbordadas. Se había alzado un ejército, indignado por aquella enmienda de tan largo alcance.

Varios periódicos habían obtenido —a través de Viv, pero eso no tenía por qué saberlo nadie— un listado de los títulos que se habían visto afectados por la normativa. Los periodistas revisaron a conciencia cada libro en busca de cualquier cosa que pudiese tener contenido político, y dijeron que no habían encontrado nada.

Sin duda, el público estaba de parte del consejo. Y, sin embargo, Taft seguía negándose a ceder.

Unos golpecitos en la puerta sacaron a Viv de su ensimismamiento. Era Edith, con el bolso al hombro.

—No te olvides de dormir, preciosidad —dijo Edith, señalando el reloj con la barbilla.

Viv lo miró parpadeando hasta que enfocó los números. Eran casi las ocho de la tarde.

Se llevó la mano a la cara con aire cansado.

—Cierro un par de cosas y me voy.

—¿Quieres que te espere? —preguntó Edith, frunciendo el ceño con

expresión preocupada—. Cuando vayas al metro va a estar todo muy oscuro.

Viv le hizo un gesto con la mano para que se marchase tranquila.

—Solo son un par de manzanas. Pero gracias de todos modos.

—¿Estás segura…? —dijo Edith con voz vacilante. Pero no era de las que tratan a sus amigas como si fueran bebés—. Vale, buenas noches entonces. No tardes mucho.

—Ahora mismo me voy —le aseguró Viv.

Terminó de recortar un par de artículos de periódicos locales de Texas, ni más ni menos, y los metió en un sobre que pensaba enviarle a Taft por la mañana. Aunque no iba a servir de nada, tenía que seguir presionándolo.

A lo que sí podía aferrarse, no obstante, era a que Hale parecía seguro de que Taft iba a acudir al acto, aunque solo fuese para parecer magnánimo. Si bien había contado con esto, se decía que ojalá tuviese a Althea James en el bote. Cada vez parecía más probable que tuviese que buscarse a otra persona para clausurar el evento.

Le vino a la cabeza la bibliotecaria de Brooklyn. Viv estaba convencida de que la mujer era casi igual de reservada que Althea James, pero al menos podría exponer su caso en persona.

El Times Hall estaba sumido en una oscuridad casi total cuando Viv por fin salió de su despacho, pero las sombras no eran amenazantes. A estas alturas, Viv conocía hasta el último recoveco del edificio, que era como su segundo hogar.

Pero cuando salió a la calle se activaron todas sus defensas. Viv se había criado en la ciudad, casi siempre había paseado sola sin darle más vueltas. Ahora, entre los cierres y los apagones parciales, buena parte de la brillante iluminación de Brooklyn estaba atenuada. Las sombras se arrastraban lentamente a su paso, y no eran amistosas sino amenazantes.

Cerró los dedos en torno a las monedas que llevaba preparadas para el billete de metro, una precaución que había aprendido hacía mucho tiempo. Uno de los requisitos para moverse sola sin miedo por la ciudad era saber reconocer los peligros reales.

Cuando estaba a unos pocos pasos de la boca de metro, un hombre salió sigilosamente de una de las entradas oscurecidas.

Viv soltó un chillido embarazoso, agudo, desesperado, y el corazón se le aceleró mientras buscaba a tientas el alfiler de sombrero que llevaba siempre en el bolso.

Pero el hombre levantó las manos y dio un paso atrás. La farola le alumbró los rasgos, poniendo de relieve sus pómulos, su nariz, su barbilla. Era bajito y elegante, con pelo castaño que empezaba a encanecer y a tener entradas. El terno estaba hecho a medida y saltaba a la vista que era caro; calzaba zapatos brillantes e impecables, y su

reloj de pulsera era un Cartier. Nada de esto impedía que fuera peligroso, pero Viv matizó la idea que se había formado de lo que podía querer de ella.

Consiguió cerrar la mano en torno al alfiler. Quería echar una ojeada a la calle en busca de ayuda, pero no podía arriesgarse a apartar la vista del potencial depredador.

—Señora Childs, le prometo que no hay motivo para alarmarse —dijo el hombre, arrastrando las palabras con un almibarado acento sureño.

Viv no le creyó ni medio segundo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué sabe cómo me llamo?

Las finísimas cejas del hombre se arquearon.

—¿Qué pregunta quiere que le responda?

No era momento para andarse con jueguecitos. Viv sacó el alfiler del bolso y pinchó el aire que había entre ambos.

—Todas —dijo, enseñando los dientes—. Y rapidito.

—Vale, vale, cálmese —dijo el hombre—. En vista de dónde estamos, debería haber supuesto que se pondría teatrera.

Sonrió satisfecho de su chiste, pero se puso serio al ver que Viv se acercaba con el alfiler.

—Dispone de diez segundos —amenazó Viv.

—La gatita tiene garras… He venido a hablar, nada más.

—¿A hablar de qué?

Las cejas del hombre se arquearon todavía más, como si fuese una pregunta estúpida.

—Del motivo de que esté usted de los nervios, señora Childs.

Fue tal la sorpresa de Viv que casi soltó el alfiler.

—¿La enmienda de Taft? ¿Toda esta historia de capa y espada se debe al acto que estoy organizando?

—La que ha sacado la espada es usted —dijo el hombre, y a continuación se tosió en la mano; las arruguitas de las sienes delataron ese regocijo que tan desagradable se le antojaba a Viv—. Perdón, quería decir el alfiler. Yo simplemente estaba esperando a que saliera usted; no tengo la culpa de que se pasee sola por la calle de noche. Quién sabe lo que podría pasarle…

—¿Qué quiere? —preguntó Viv, apretando más los dedos sobre el arma.

Por mucho que el hombre se burlase del alfiler, Viv había comprobado los daños que podía causar el metal.

—Qué desconsiderado he sido —dijo el hombre, pasándose las manos por la pechera del traje—. Ni siquiera me he presentado aún. El señor Howard Danes, a su servicio.

—¿Qué quiere? —repitió Viv.

Las dos palabras cayeron pesadamente entre ambos.

Howard suspiró, como si él fuera el hombre sufrido y paciente de un escenario, y ella, la mujer histérica.

—Solo hablar. A lo mejor podríamos llegar a un acuerdo, usted y yo.

—A no ser que haya venido a decirme que Taft va a quitar las multas de la enmienda —o, mejor aún, que va a deshacerse de ella por completo—, no tenemos nada de que hablar —dijo Viv.

Sinceramente dudaba de que ese hombre trajera buenas noticias, considerando que había elegido abordarla a ella en vez de al señor Stern. Y considerando que lo había hecho de noche, cuando estaba sola y era vulnerable. Desde luego, Taft no estaba ondeando una bandera blanca.

—Chica lista —dijo Howard, arrastrando las palabras—. Sabe que no va a conseguir nada con esta artimaña suya, ¿verdad?

Y, por fin, Viv se relajó.

—¿De veras? ¿Eso piensa? —replicó.

—Lo que intenta hacer es admirable, pero se ha metido usted en camisa de once varas… —prosiguió Howard, como si percibiera cierta debilidad en ella—. Creo que podríamos llegar a algún tipo de acuerdo.

—¿Acuerdo?

—Ahora sé que su marido murió por nuestro gran país —dijo Howard, llevándose la mano al corazón e inclinando la cabeza, de manera que no vio que Viv se ponía tensa de nuevo—. Para el senador Taft sería un honor proponer el nombre del señor Childs para que le sean reconocidos oficialmente sus valerosos servicios a la patria.

De buena gana habría sacado a tortas el nombre de Edward de la boca de aquel hombre despreciable.

—¿Intenta decirme que piensa darle a mi marido una Medalla de Honor a cambio de que le venda a precio de saldo su alma y la mía? —dijo Viv, con la misma voz almibarada que Howard—. No estoy a la venta. Y Edward tampoco lo estaba.

—Señora Childs, sea razonable… —dijo Howard, zalamero de nuevo.

—No —interrumpió Viv—. Usted cree que no puedo conseguir nada con mi pequeña… ¿artimaña, ha dicho? Bueno, pues ya he conseguido más en las cuatro últimas semanas que en los seis meses anteriores. Y ¿quiere que le diga cómo lo sé? —El hombre entornó los ojos como si se oliera una trampa. Y Viv casi sonrió al ver con el rabillo del ojo que titubeaba—. Gracias a usted —dijo ella, vocalizando con precisión—. Verá, no estaría usted aquí si no estuviésemos avanzando. De manera que gracias por ponerme al día. —Cambió de posición y llamó con la mano al guardia nocturno que acababa de doblar la esquina—. Por favor, señor, ayuda.

Y, sonriendo por última vez, se metió el alfiler en el bolso, se dio media vuelta y bajó por la boca de metro mientras el señor Howard Danes tartamudeaba sus excusas al policía. Estaba cansada, le temblaba todo el cuerpo, le entristecía que alguien pudiera pensar que ese tipo de tratos funcionaba. Pero, sobre todo, por vez primera desde hacía siglos, estaba segura de que estaba haciendo lo correcto.

## Capítulo 34

*Berlín*
*Mayo de 1933*

—Te he traído un regalo —dijo Dev al entrar en la habitación de Althea un día a comienzos de mayo con una bolsa en la mano.

Althea batió palmas con sobreactuado entusiasmo.

—¿Un perrito de lanas?

Dev la miró y sonrió.

—Tu sentido del humor es mejor de lo que dejas ver a la gente.

Ruborizándose por el cumplido, a pesar de que era de esos que no se sabía por dónde tomarlo, Althea se fijó en el vestido que le tendía Dev. La tela era de un azul oscuro que viraba hacia un negro aterciopelado. Una fina membrana plateada añadía profundidad al color, creando el efecto de un cielo nocturno.

Althea soltó un grito ahogado y miró a Dev a los ojos.

—No puedo ponerme esto —rehusó.

—¿Porque es elegante? —preguntó Dev, y levantó una ceja con gesto experto. Después le tendió unos zapatos de tacón a juego con el vestido y le indicó con un codazo que se lo pusiera detrás del biombo que había en un rincón del apartamento—. No acepto un no por respuesta, cariño.

—¿Adónde vamos? —dijo Althea, sin coger el vestido.

—A Moka Efti, un club nocturno al que aún no te he llevado —dijo Dev, obligándola a coger el fardo—. Estoy harta de todas estas reuniones de los resistentes. Es hora de divertirse. Venga, cámbiate. Nos espera Hannah.

«Hannah». Era evidente que Dev sabía que era la palabra mágica para que Althea accediese a ir. Althea vaciló unos instantes más, imaginándose qué aspecto tendría con el vestido. Entendía lo suficiente de moda como para saber que la intensidad del azul transformaría la palidez fantasmal de su tez en porcelana fina, que el brillo de la tela daría luminosidad a su rostro y que el corte resaltaría las delgadas pantorrillas y la delicada clavícula a la vez que disimularía la ausencia de curvas.

—¿Y qué hago con mi pelo? —preguntó Althea, con pocas esperanzas.

Tenía una gran mata que era su cruz.

Dev la miró detenidamente y después, con aire decidido, cruzó la habitación de tres zancadas.

—Horquillas —resolvió.

Althea cogió un puñado y se quedó quieta mientras Dev dividía su cabello en tres secciones. Con la meticulosidad de un general del Ejército, enrolló el pelo de Althea en un moño bajo, soltando algunos mechoncitos para quitarle severidad. Cuando Althea se miró en el espejo, a punto estuvo de quedarse boquiabierta. La suavidad del estilo no le hacía la cara redonda, como ocurría cuando era ella la que intentaba peinarse así. Más bien, acentuaba la línea del mentón y la carnosidad de los labios. Hasta las pecas que le salpicaban la nariz contribuían a la imagen soñadora, de tipo Monet, en la que la había transformado Dev.

Mirándola con satisfacción, Dev le dio una palmadita en el hombro.

—Y, ahora, el vestido —le indicó.

Mientras Althea se cambiaba, con cuidado de no estropearse el peinado, Dev husmeó en su apartamento como tenía por costumbre.

—Se me olvidaba: ¿has oído hablar de las quemas de libros?

—¿Las quemas? —dijo Althea, convencida de que no había oído bien.

—Una vergüenza, cariño. Un grupo de estudiantes las ha organizado para mañana por la noche. Hannah quiere ir a protestar.

—¡Qué horror! —dijo Althea, saliendo del biombo—. ¿Qué libros están quemando?

—Todo lo que tenga un sentimiento antialemán —dijo Dev, con gesto de exasperación—. Vamos, lo que viene a ser como decir que los libros que les vengan en gana. Estás despampanante. A Hannah le va a dar un patatús.

Althea bajó la vista al suelo al percibir el afecto cómplice de la sonrisa de Dev. Pero no pudo evitar una sonrisita al imaginárselo.

El ambiente del club era más de fiesta que de espectáculo. Nada más llegar, Dev le pidió a Althea una bebida que sabía a azúcar y a fuego, y que estaba demasiado rica como para tomarla despacio.

Se encontraron a Hannah y a Otto bailando en un oscuro rincón, girando felices. Hannah llevaba un vestido de aquel color ciruela que Althea empezaba a darse cuenta de que era su favorito. Por detrás tenía un corte bajo, y dejaba ver la piel color crema y los pequeños relieves de la columna vertebral. La falda era más corta que las que solía llevar, y al separarse girando de Otto se le vio fugazmente una liga.

—¡Ah, Hannah ebria! —exclamó Dev, encantada—. Cuando se deja llevar es cuando más divertida es, pero te aseguro que es un placer poco frecuente.

—¡Eh, amigas! —gritó Hannah al verlas, soltándose de Otto para plantarles un par de besos húmedos en las mejillas—. Bailad conmigo.

Dev dio un codazo a Althea para que se arrimase a Hannah, quitándole la copa de las manos antes de que se derramara.

La banda empezó a tocar algo rápido y estridente, y la mano de Hannah se acomodó en la parte baja de la espalda de Althea y la atrajo hacia sí, cuerpo con cuerpo.

La sala empezó a dar vueltas, y no precisamente porque se estuviesen moviendo al compás de la música.

—Qué guapa estás esta noche. —La boca de Hannah rozó la mandíbula de Althea mientras sus dedos bajaban peligrosamente por su espalda—. Aunque tú siempre estás guapísima.

Esto era lo que Althea quería, el motivo por el que, para empezar, se había puesto aquel vestido. El centro de su cuerpo se iba acalorando mientras sus piernas rozaban las de Hannah, y los pezones se le endurecieron al sentir la suave turgencia de los de Hannah por debajo de la seda del vestido.

Althea alzó la barbilla y vio lo cerca que estaban. Respiraban el mismo aire, un acto tan íntimo que Althea, expectante, sintió que se le secaba la garganta. Qué fácil sería dejar que la gravedad tirase de ella y borrase ese último centímetro que la separaba de Hannah.

Su vida cambiaría para siempre. Ya no podría volver a cerrar los ojos, no podría volver a aducir desconocimiento.

Los dedos de Hannah se hundieron en la espalda de Althea; el meñique se arrastró por la sutil curva de su trasero.

Y, de repente, fue demasiado para ella.

Quería ser valiente, pero no lo era. Quería ser la Althea James de Berlín, pero sabía que no lo era.

No era más que una boba de Owl's Head, Maine, y nunca iba a ser otra cosa distinta.

Sin aliento, a punto de llorar, se soltó y se abrió paso a trompicones por la multitud. Se iba chocando con unos y con otros; las risas eran demasiado estridentes, el humo demasiado denso para respirar bien, las luces le estallaban en los ojos.

Y, por fin, aire, bendito aire, aunque quizá demasiado caliente para ayudarla a calmarse del todo. Se apoyó contra el muro de piedra del callejón del cabaré, y de tanto respirar entrecortadamente se mareó. Aun así, mejor eso que el pánico feroz que brotaba de su interior.

De repente alguien le puso una mano en la nuca. Dio un respingo y, con los ojos abiertos de par en par, subió los brazos para protegerse. Pero solo era Dev, que la observaba con una expresión dulce que la dejó sin defensas.

Al mirar a su amiga parpadeó, y le rodaron por las mejillas unas inoportunas lágrimas.

—Ay, palomita… —suspiró Dev, pasándole un brazo por el hombro y dirigiéndola hacia la calle.

Cuando le indicó que entrase en el coche que las estaba esperando, a Althea le pareció oír que decía:

—Demasiado y demasiado deprisa.

El trayecto se redujo a una sucesión de colores borrosos mientras Althea se esforzaba por mantener la mente en blanco. Se negaba a pensar en lo sucedido en aquel oscuro rincón, rodeada de cuerpos sudorosos y vibrantes a los que el suyo respondía de la misma manera. Se negaba a pensar en el dulce aroma de la piel de Hannah y en la suave presión de sus manos.

Se negaba a pensar en la mirada de desolación que le lanzó Hannah en el momento en el que se zafó de sus brazos.

Althea se metió en la cama, vagamente consciente de que Dev la arropaba. Asustada por todo lo que iba a cambiar después de aquella noche —porque no podían tomarse a risa lo sucedido, sin más—, Althea se quedó mirando por la ventana hasta que empezó a amanecer. Solo entonces se permitió dormir.

Uno de los grandes temores de Althea era que Hannah dejase de hablarle. Sin embargo, cuando al día siguiente Hannah y Dev se pasaron por su apartamento a recogerla para acudir a la protesta contra las quemas de libros, Althea comprendió que era otra cosa lo que debería haberle preocupado.

Hannah se portaba como si no hubiese pasado nada en absoluto.

Y a Althea le costaba mirarla directamente.

Dev optó por hacer frente a la tensa incomodidad cotorreando sin parar.

—Goebbels está pidiendo a todos los alemanes que quemen sus colecciones privadas. Y además esta noche van a emitir las quemas desde Berlín. Al parecer esperan que haya una muchedumbre enorme.

—¿Va a ser peligroso? —preguntó Althea, aturdida con la idea de una hoguera masiva.

Seguro que al final solo iban unos cuantos estudiantes radicales y no era el macroacontecimiento que Dev pensaba que habían planeado.

—No creo que corras peligro —dijo Dev.

—Yo voy. No vais a conseguir que cambie de idea —dijo Hannah, y alzó las manos y cerró obstinadamente la mandíbula.

—Lo que no entiendo es por qué piensan que esta puede ser una buena estrategia. —Dev cogió el bolso de Althea y empezó a empujarlas hacia la puerta—. Total, los libros no se pueden desleer.

A Althea se le revolvió el estómago al imaginar la tinta y el papel

convirtiéndose en cenizas.

No pudo evitar recordar la predicción de Heinrich Heine. «Allí donde se queman libros, se acaban quemando personas».

Cuando Dev y Hannah se volvieron a mirarla con los ojos como platos, Althea se dio cuenta de que esto último lo había dicho en voz alta.

Dev hizo una mueca.

—Bueno, los poetas siempre se ponen muy dramáticos, ¿no?

Lo dijo con tono frívolo, pero ni las otras dos ni ella se rieron.

Al final salieron, y caminaron sumidas en un silencio cargado de terribles pensamientos. Cuando estaban llegando a Opernplatz, enfrente del edificio de la ópera nacional, la luz de las antorchas iluminaba a la multitud.

—Aquí os dejo.

Dev se despidió con un beso y desapareció.

—Esta noche le toca trabajar, ¿no? —preguntó Althea.

—Los nazis querrán que todo esto quede grabado —dijo Hannah—. Y querrán una cara bonita que lo narre.

A pesar de que Althea había venido invitada por el mismo programa que Dev, no entendía que Hannah pudiese estar tan tranquila.

—¿No te importa?

—Ojalá el mundo fuera distinto —dijo Hannah con un ligero tono de reprimenda, y Althea comprendió que había estado a punto de cruzar algún límite.

Hannah no quería —ni merecía— saber lo que pensaba Althea de sus amigos.

Althea recordó la noche en la que Hitler había sido nombrado canciller, cómo se había sumado ella a los manifestantes, contenta y aturdida por formar parte de algo que era muchísimo más grande que ella. No tenía ningún derecho a criticar a Dev.

El pensamiento fue devorado por las llamas que se elevaban hacia las estrellas de un cielo cada vez más oscuro y por los gritos alegres y asombrados de todos los que veían cómo centenares de historias ardían hasta desaparecer en la nada.

Althea estuvo a punto de caer de rodillas al ver la pira. Los rugidos subían hacia el cielo nocturno, un león furioso consumiendo todo lo que le daban de comer.

Y le daban de comer muy bien.

Hasta el último centímetro de la plaza estaba ocupado por montones de libros. Los estudiantes traían carretillas llenas, había jóvenes cargando con sacos a punto de reventar, maleteros de coches abiertos y llenos de libros que caían desparramados por la acera.

No eran solo unos cuantos libros, no era solo un fuego simbólico.

Estaban arrojando a las llamas miles y miles de libros.

Y miles y miles de personas vitoreaban, chillaban, hacían el saludo nazi. Coreaban: «Somos el fuego, somos la llama; ardemos ante los altares alemanes».

Las llamas alimentaban el entusiasmo enfervorecido de la multitud de la misma manera que la multitud alimentaba las llamas. De todos los edificios de la plaza colgaban enormes estandartes nazis, y por las ventanas se asomaban espectadores que expresaban a voz en cuello su apoyo. Una banda musical dotaba de un estremecedor acompañamiento a los delirantes alborotadores.

Hannah agarró a Althea de los brazos y fue entonces cuando Althea se dio cuenta de que había estado llorando. No lágrimas circunspectas, sino sollozos ruidosos y caóticos.

—Es un sacrilegio —susurró Althea.

Si Althea tenía una iglesia, estaba entre las cubiertas de los libros; si tenía una religión, estaba en las palabras en ellos escritas. Hanna se limitó a asentir con la cabeza y a decir:

—Lo sé.

Y sí, Hannah lo sabía. De eso, Althea estaba segura.

Había empezado a lloviznar, como si Dios mismo estuviese llorando por la atrocidad.

Entonces Goebbels salió a escena, el rostro hundido y cadavérico a la luz de las llamas. Althea se acordó de cuando le conoció en una fiesta y la suave luz de las velas parpadeaba sobre su piel. Le pareció en aquella ocasión un hombre torpe, un poco extraño, pero en términos generales agradable, interesado por la conversación intelectual, curioso y reflexivo.

Ahora era un fantasma de la pesadilla personal de Althea.

—¡No a la decadencia y la corrupción moral! —chilló Goebbels desde el podio. Habló de dar muerte al intelectualismo judío, a la obscenidad y la basura de la antigua era de Alemania. Hacia el final del discurso hizo señas a los estudiantes, que, apiñados contra el escenario, no perdían ripio de sus palabras—. Esta es una gran hazaña, firme y simbólica —prosiguió—, una hazaña que dejará constancia, para que el mundo entero lo sepa, de lo siguiente: aquí, el fundamento intelectual de la República de Noviembre se está desplomando, pero de estos escombros nacerá triunfalmente el ave fénix de un nuevo espíritu.

El público enardecido se puso a bailar bajo la lluvia, los cuerpos silueteados por las llamas de la hoguera.

—No puedo respirar —dijo Althea con voz entrecortada.

Hannah intentó acariciarle la espalda, susurrando palabras tranquilizadoras. Pero se perdieron bajo las voces que se alzaban al unísono en torno a ellas.

No se trataba de un mitin cualquiera, no era el clamor rabioso de

una multitud exaltada por las palabras en su mayoría vacuas de un orador arrebatado. Era la jubilosa destrucción del conocimiento, de la ciencia, de la poesía, del amor. Los estudiantes, que deberían haber valorado estas cosas por encima de todo, las veían arder extasiados.

Y Althea se quebró.

Abriéndose paso a empujones, fue en busca de Diedrich, que sabía que estaría en las primeras filas del espectáculo con sus amigos nazis.

Hannah la llamó a voces, pero Althea no se detuvo. No podía.

Le dio tiempo a ver la cubierta de uno de los libros que iban a ser lanzados a la pira, y, soltando un gemido, lo salvó sin pensárselo dos veces. Abrazándolo como abrazaría a un niño, siguió avanzando entre la masa de cuerpos.

Y de repente vio a Diedrich. Exactamente donde se había imaginado que estaría.

Riéndose.

A Althea se le nubló la vista. Antes de que se diera cuenta, estaba delante de él. Le plantó la mano en medio del pecho y le empujó con toda la rabia y el dolor que venían espoleándola desde que vio arrojar el primer libro a las llamas.

—¡Bestia! —dijo entre sollozos.

Diedrich se tambaleó, pero más por la sorpresa, se dijo Althea, que por la fuerza de su empujón.

—Althea. —La voz de Diedrich fue como una bofetada—. Contrólate.

—¿A ti todo esto te parece noble? ¿Justo? —Althea señaló el espectáculo con la mano—. ¡Un hatajo de hombres mezquinos haciendo malamente de tiranos! Sois unos simples matones, y la historia os juzgará como los bárbaros intolerantes que sois.

Diedrich dio un paso y la agarró tan fuerte de la barbilla que Althea pensó que le iban a salir cardenales. Aunque el ruido del gentío no había disminuido, los hombres que estaban detrás de Diedrich se habían quedado callados como muertos.

—Te estás olvidando de cuál es tu sitio —le gruñó él a la cara.

Y ella… ella se rio. Una risa burlona y cargada de todo el desdén que sentía por aquel hombre, por el partido, por los políticos sin voluntad que, como no podían ganar de manera justa, intentaban quemar cualquier idea que pudiese socavar su castillo de naipes.

La bofetada no la sorprendió. Pero la fuerza con que se la dio, sí. La mano de Diedrich dejó un ardor punzante a su paso, y la hizo caer de bruces.

Con el labio sangrando, el codo a punto de estallar y el cuerpo lleno de arañazos y magulladuras, Althea por fin comprendió que había cosas más grandes en el mundo que el miedo.

# Capítulo 35

*Nueva York*
*Junio de 1944*

Hacía varias semanas que Viv no había tenido tiempo de ir a una de las fiestas de Charlotte. Eran actos organizados para vender bonos de guerra, lo cual, por supuesto, era importante, pero incluían mucho palique y paripé. La poca tolerancia que hubiese podido tener en tiempos hacia este tipo de veladas Viv la perdió cuando empezó a dedicar casi todas sus tardes a las Ediciones de las Fuerzas Armadas.

Charlotte prometió que esta sería de especial interés para Viv.

—Vamos a celebrarla en la biblioteca Morgan, cielo. El lugar perfecto para que despiertes el interés por tu apoteosis final.

Viv se quedó mirando boquiabierta a Charlotte durante unos segundos antes de correr a abrazarla.

—Eres un tesoro.

Ahora, Viv vagaba por las salas de la biblioteca Morgan con una copa de champán en la mano, los ojos clavados en los techos dorados, los lujosos tapices y los miles de libros de incalculable valor encerrados en delicadas jaulas de oro.

Había hablado con tres prominentes cargos municipales, con editores del *New Yorker* y el *Saturday Evening Post* —era importante captar a sus lectores, muy distintos entre sí—, con el jefe de gabinete del alcalde de Nueva York y con cuatro damas de la alta sociedad famosas por sus generosas donaciones a políticos de su agrado.

Radiante de felicidad por la que hasta el momento estaba siendo una velada exitosa, Viv se concedió diez minutos de descanso para disfrutar del recinto antes de ponerse a buscar a otros invitados potencialmente influyentes.

Habían pasado ya dos semanas desde que Viv renunciara a pensar que la presencia de Althea James sería determinante para el acto, y desde entonces había hecho más avances que en las tres semanas anteriores. Tal vez los oradores no suscitasen tanto interés como Althea, pero hasta ahora ninguno había rechazado la invitación, e incluso había recibido montones de cartas de periodistas de fuera de la ciudad pidiendo pases.

Y, por si fuera poco, Taft estaba lo suficientemente nervioso como

para hacer que un imbécil la siguiera.

El acto se iba a celebrar en poco más de un mes, y a Viv todavía le quedaba mucho por hacer para garantizar la apoteosis final que deseaba. Pero el hormigueo se le había calmado un poco a medida que todo empezaba a cobrar forma.

—Con todas las bibliotecas que hay en el mundo, ¡ella entra en la mía! —dijo una voz por detrás, imitando bastante bien a Humphrey Bogart.

Se giró y vio a Hale ofreciéndole otra copa de vino. Viv cambió la copa vacía por la llena y Hale, a la vez que se la colocaba con desenvoltura a un camarero que pasaba por allí, le recorrió el cuerpo con ojos de admiración.

Viv se ruborizó, contenta de haber elegido uno de sus vestidos favoritos para la ocasión. El estilo era de los años treinta, pero se sentía tan favorecida que no le importaba. La tela sedosa, de un blanco perla, se le pegaba a las curvas de las caderas, a la suave turgencia del trasero. Tenía un escote alto que bajaba en forma de uve por la espalda y una fila de botoncitos alineados como soldados sobre la espina dorsal. La falda acariciaba sugerentemente los muslos, y a la luz de las velas revelaba casi más de lo que ocultaba.

El ambiente también favorecía a Hale, que lucía un traje azul y una camisa blanca almidonada. A estas alturas, llevaba los suficientes años dedicado a la política como para sentirse igual de cómodo en la atmósfera enrarecida de una gala benéfica que jugando al béisbol en mangas de camisa en medio de la calle.

—Hola —dijo Viv tontamente.

La energía que había tenido antaño para flirtear y bromear se le había agotado, y había días en los que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para mantener una conversación trivial.

—Hola —dijo él con dulzura.

Esta vez, su mirada no era de admiración, sino de inquietud, consciente del agotamiento que Viv era incapaz de ocultar. Viv pensó que ni siquiera lo intentaba. Con él, no. Había dado permiso a Hale para que pasase a su lado del muro, y la idea le pareció tan sorprendente que la aparcó para pensar en ella más tarde.

—¿Te puedo ayudar? —preguntó Hale.

Viv resopló.

—Deja de ser tan encantador —respondió.

—Tus expectativas en relación con el encanto son muy bajas —bromeó Hale.

¡Ay, aquel hoyuelo…!

Todo en Viv tendía hacia él. La primera vez que le vio en Brooklyn, casi le alivió comprobar que ya no sentía el tirón magnético de antaño. La rabia, la humillación y el dolor habían borrado el vínculo

entre ellos. Pero, a medida que iba conociendo al Hale adulto en las últimas semanas, cada vez se le hacía más difícil fingir que no quedaba un rescoldo de algo esperando a prender de nuevo.

No era el momento adecuado para preguntar; sabía que lo mejor que podía hacer era cerrar el pico. Pero estaba exhausta, harta de andarse con rodeos respecto a aquel pasado compartido que no acababan de mirar de frente. Ello seguía vivo en la periferia de cada conversación, simplemente esperando a que las palabras de ambos se volvieran hostiles.

—¿Por qué no respondiste a mis cartas? —preguntó Viv.

Le pilló desprevenido. Era un político y, por tanto, un experto en ocultar sus reacciones, pero se puso rígido y apretó los dedos en torno a la copa.

—Aquí no. —Viv estuvo a punto de protestar, pero cuando Hale la hizo salir de la abarrotada sala de lectura comprendió que «aquí no» no significaba «ahora no». Hale encontró un hueco en el que podían estar a solas con cierta intimidad, y Viv se apoyó contra la pared de mármol y esperó—. Pensé que sería más fácil para ti que no te escribiera —dijo Hale finalmente.

—Más fácil, ¿en qué sentido?

—Para tu vida —dijo él, como si tal cosa—. Yo era un chico bastardo de Brooklyn, Viv. Con el futuro que me esperaba, entre nosotros nunca iba a haber nada más que unos cuantos besos robados.

—Eso no podías saberlo. Yo te que…

—No —la interrumpió—. Éramos unos niños, Viv.

Aquello no era justo. Viv sabía lo que había sentido por él, y el paso del tiempo no había hecho sino reafirmarla en su convicción, justo porque había sido algo excepcional. Le había amado plena, desesperadamente. Como una tonta.

—No éramos unos niños. Tú tenías veinte años —repuso Viv.

—Lo bastante mayor para saberlo —dijo él con un ligero movimiento de cabeza—. Al final, te habrías dado cuenta. Simplemente, quise evitártelo.

Viv parpadeó, esforzándose por comprender. Aquel verano estaba teñido de rosa en su recuerdo, pero no todo había sido una felicidad superficial. Habían regañado, habían hecho las paces. Habían visto las mezquindades del otro, los celos. Aunque se conocían desde hacía poco tiempo, había dado la impresión de que los cimientos podrían durar.

Viv se repitió las palabras de Hale para sus adentros. «Al final, te habrías dado cuenta».

—Te asustaste —dijo Viv, moviendo la cabeza afirmativamente.

De pronto, todo encajaba. A Hale le entró tanto miedo de sufrir, tanto miedo de que ella lo rechazase, que se adelantó. Hale estaba

acostumbrado a que la gente de la posición social y económica de Viv le dijese que él era un cero a la izquierda, que le evitase, que se apartase de él. ¿Por qué iba a ser ella distinta?

—Fui realista —le corrigió él. No pareció que lo dijese a la defensiva, sino que seguía pensando que había hecho lo correcto—. Tú creías que estabas enamorada de mí. Te habrías casado conmigo. Y, más adelante, quizá al cabo de un año, quizá de cinco, habrías echado la vista atrás y habrías llegado a la conclusión de que podrías haber sido mucho más.

Viv se quedó mirando su perfil, consternada.

—Pensaba que me conocías mejor —se lamentó.

—La gente que viene de familia de dinero siempre se dice a sí misma que puede pasarse sin él —dijo Hale con tono amargo y lúcido —. Pero la vida real no es un cuento de hadas. —Y, antes de que Viv pudiese discutirle este último punto, añadió—: De todos modos, empezaste a escribir a Edward.

Viv se llevó tal sorpresa que casi se abrió la cabeza contra la pared. Nunca llegó a saber qué le había contado Edward a Hale sobre el tipo de relación que tenía con ella, pero había dado por hecho que la mayor parte del tiempo Edward se habría referido a ella exactamente como lo que había sido: una amiga muy querida. Al ver cómo apretaba Hale la mandíbula, cambió de opinión.

—Crees que sustituí a un hermano por otro… —dijo Viv. Los ojos de Hale se posaron sobre la mano de Viv—. Pero ¿Edward no…?

A Viv se le debió de notar el estupor en el rostro, porque la convicción que había antes en el semblante de Hale se tambaleó.

Por un instante, Viv se dijo que ojalá Edward estuviese allí para explicarlo todo, como debería haber hecho cuando estaba vivo. La imagen de los tres allí apiñados, hablando del matrimonio de Viv y Edward, era tan ridícula que no pudo contener una risita.

—¿Se puede saber qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó Hale, agarrotado por una emoción limítrofe entre la rabia y el dolor.

Pero Viv no podía parar de reír. Se encorvó, agachando la cabeza para intentar sofocar la risa. Le dolían las costillas y le temblaban los muslos y no recordaba la última vez que se había reído con el cuerpo entero.

Seguramente, con Edward.

Sintió el tirón de unas lágrimas auténticas, lágrimas de dolor más que de humor, pero las contuvo y se apoyó otra vez contra la pared, jadeando un poco.

—Me estaba imaginando a mi marido amenazando a su hermano para que me tratase bien —admitió por fin Viv, porque ¿para qué se iba a andar ahora con rodeos? La delgada línea de la boca de Hale casi esbozó una sonrisa—. Pensaba que Edward te habría hablado de ello.

Tal vez no de la razón por la que nos casamos, pero sí de que no nos casamos enamorados.

—Sabía que estaba preocupado por algo antes de marcharse, pero todo sucedió muy deprisa —dijo Hale—. No me dejaba preguntar por ti.

—Ni a mí por ti —dijo Viv, sintiendo una súbita oleada de cariño por Edward. No quiso entrometerse; no quiso hacer daño sin querer a ninguna de las dos personas que más quería—. No se lo puedes decir a Charlotte.

—Por supuesto.

—El testamento de tu padre… —dijo Viv, con cautela.

Hale nunca había dado importancia a la fortuna que se había perdido, pero necesariamente tenía que ser un tema delicado.

—Theodore Childs —corrigió Hale—. Mi padre era William Hale.

Viv inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Theodore dejó el grueso de su fortuna a Edward, claro está; no obstante, en el testamento había una condición: que, si Edward fallecía antes de casarse, la herencia pasaría a manos de diversas organizaciones benéficas. Y Charlotte se quedaría con las manos vacías.

—Theodore Childs no era un hombre dispuesto a dar ni un céntimo a obras benéficas.

—Sabía que no se llegaría hasta ese punto. Simplemente, se hartó de las juergas de Edward. Edward se arriesgó a seguir soltero todo lo que pudo…

—Pero con la guerra… —Hale finalizó la frase de Viv, que asintió mudamente.

—Ni siquiera hizo falta que me lo pidiese —dijo Viv—. No podíamos arriesgarnos a que Charlotte se quedase en la miseria. Y es demasiado orgullosa para aceptar dinero de mí.

—Tú también la quieres —dijo Hale, después de estudiar su rostro —. Lo suponía, pero pensaba que además le querías a él. No podía saber si lo que yo creía era verdad.

—Sí le quería —respondió Viv, dándole un pequeño apretón en el antebrazo—. Como se quiere a un amigo muy cercano.

—Me daban ganas de darle un puñetazo cuando mencionaba sus conquistas. Pensaba que… Bueno, está claro que me equivoqué.

—¡Ojalá hubiese habido algún modo de que me preguntases por ello! Algún sencillo método de comunicación que lo hubiese dejado todo claro —dijo Viv.

La antigua herida había cicatrizado un poco. En contadas ocasiones, la vida ofrecía momentos como este: podías guardar rencor, reducir una relación a cenizas, hurgar en la herida y mirar atrás solo para que te carcomiera la rabia, o podías reconocer que las personas cometen

errores, que tienen defectos y que merecen segundas oportunidades. Sobre todo, cuando se trata de decisiones que toman siendo muy jóvenes y padeciendo un profundo dolor.

Hale bajó la cabeza, pero a su rostro había asomado aquella sonrisa reservada tan suya. Como si hubiese oído el perdón en la voz de Viv.

—Te eché de menos cada día, cada hora, cada minuto —confesó Hale.

—¡Ay! —dijo Viv de forma entrecortada, y sintió cómo se consumía el poco rencor que le quedaba. Y no por estas últimas palabras, sino porque Hale había reconocido de manera implícita que no solo había leído todas las cartas que le había escrito, sino que las había memorizado lo suficientemente bien como para citarlas al cabo de tantos años. Se imaginó a un Hale de veinte años endureciéndose el corazón contra las confesiones de Viv, convencido de que el mundo volvería a hacerle daño si se lo permitía. Viv tenía tantas ganas de llorar que no podía hacer nada que no fuese hablar en broma—: Sí, bueno, sirvió para prepararme para el chasco que me he llevado ahora.

Hale parecía igual de impaciente por alejarse del tema emocional.

—¿Althea James sigue sin hacerte caso? —Al ver que Viv hacía un gesto afirmativo, se encogió de hombros—. Entonces tendrás que ir tú a verla a ella.

—¿Qué?

—Tienes que hablar con ella en persona. Tienes que explicarle por qué estás organizando todo esto.

Viv negó con la cabeza.

—Es mejor que la deje en paz.

Hale la miró con los ojos entornados y dijo:

—He leído los mismos informes que has leído tú sobre Normandía. Estos libros no son ninguna trivialidad.

—Es como si se hubiesen vuelto las tornas. —Viv le miró a los ojos —. Tú, convenciéndome a mí para que siga adelante con esto.

—Ya sabes que me gustan las causas perdidas —dijo Hale, con una sonrisa auténtica que Viv pensó que tenía reservada para ella—. Al fin y al cabo, soy un romántico.

—Vestido con el traje de un político desalmado —bromeó Viv, y después, de nuevo con tono serio, añadió—: Gracias por preocuparte.

—No hace falta que me des las gracias por preocuparme por nuestros muchachos —dijo Hale.

—Entonces, gracias por el consejo —dijo Viv, en vez de decir que para ella era más importante que Hale, a pesar de que también estaba extenuado, seguía intentando ayudarla con su causa.

—Puede que todo sea inútil. Incluso si Althea dice que sí, quizá Taft no cambie de opinión.

—¿Pero…?

—Pero la única manera de que duermas por las noches es que lo apuestes todo a esta baza —dijo Hale, alzando de nuevo la vista, los ojos brillantes—. La batalla que vale la pena no es siempre la que se hace para ganar. A veces es un modo de recordarle al mundo que ahí fuera hay gente dispuesta a intentarlo.

## Capítulo 36

*París*
*Febrero de 1937*

Una comezón se extendió por la piel de Hannah cuando empezó a sospechar que la carta que le había escrito Althea en diciembre había sido la última.

El ritmo de trabajo de la biblioteca había disminuido ahora que no se estaban preparando para la feria de libros, de manera que Hannah ya no podía distraerse con eso. Pensó en pasarse por casa de Lucien a ver si había una reunión de los resistentes, pero, a pesar de su recién estrenado aprecio por los puños y las balas, seguía recelosa.

Tenía demasiada ira acumulada. Si echaba gasolina a las llamas, lo mismo la devoraban por completo.

De manera que optó por ir al salón de Natalie Clifford Barney. Patrice estaba otra vez allí, salpicada de pintura y de nuevo soltera. Compartieron una botella de vino junto al fuego, interrumpiendo la conversación para escuchar al poeta de moda recitar unos cuantos versos y a una guapa escritora leer tartamudeando un capítulo de su libro.

—¿Piensas quedarte en Francia? —le preguntó Hannah a Patrice en un descanso.

—¿Tengo pinta de estar hecha para la guerra?

Razón no le faltaba. Patrice era delgada, delicada. Hannah se perdonó por la crueldad de pensar que durante una ocupación Patrice moriría porque la propia Patrice lo había dicho primero.

—Tú sí que estás hecha para la guerra —continuó Patrice, frunciendo el entrecejo para poner una cara cómicamente seria—. Siempre tristona, siempre lista para la batalla.

—No es verdad —protestó Hannah.

Estaba hecha para las palabras, no para las guerras. Pero… ¿acaso no había entrado en acción para salvar a Otto?

—Mata a unos cuantos nazis por mí, ¿vale? —dijo Patrice, dándole unas palmaditas en la mano—. Yo me largo a California. A Hollywood, para hacerme famosa.

Hannah se rio tontamente y sus ojos se cruzaron con los de Natalie Clifford Barney, que pasaba por allí delante, con su pequeño *bulldog*

bajo el brazo.

—Ah, Hannah, por cierto —dijo Natalie, acercándose a ellas—. Se me olvidaba: me he encontrado con una amiga tuya.

Hannah alzó la vista.

—¿Con quién?

—Deveraux Charles.

—¿Con Dev? —preguntó Hannah.

No la veía desde la última noche que salió por Berlín, años atrás, antes de marcharse a París.

—La misma que viste y calza —contestó Natalie—. Dice que los nazis están filmando no sé qué película terrible aquí, que quieren usar la Torre Eiffel y Notre Dame de telón de fondo. Va a estar en París el resto de la semana.

—Estará liadísima —dijo Hannah, aunque se preguntó por qué Dev no habría intentado localizarla—. ¿Cuándo fue eso?

—Mmmm… Hará tres días —dijo Natalie—. Eso sí, en cuanto caímos en la cuenta de que las dos te conocíamos, estaba deseando saber qué tal estabas.

—A lo mejor se pasa por la biblioteca —dijo Hannah con una sonrisa vaga.

Dev siempre fue voluble, pero sabía dónde trabajaba Hannah; fue la que le dio su dirección a Althea. Seguro que se pasaría a verla cuando tuviese un rato.

—¿Una antigua amante? —preguntó Patrice.

—No. Una amiga. Parece como si fuera de otra vida ya.

—Por las viejas amigas —dijo Patrice, alzando la copa.

Cuando terminaron la botella, abrieron otra, y el vino y el flirteo rascaron finalmente la comezón de la piel de Hannah.

Para empezar, jamás había esperado que Althea fuese a escribirle. ¿Por qué, entonces, le importaba que las cartas se hubiesen interrumpido?

Cuando Patrice sugirió ir a Le Monocle —el mejor bar de lesbianas de París—, Hannah no lo dudó. Bailaron y bebieron algo dulce y espumoso, y entre risas tontas volvieron tambaleándose al apartamento de Hannah.

Terminaron sudorosas, jadeantes y enredadas entre las sábanas. Cuando Patrice le preguntó si prefería que se marchase, Hannah le acarició suavemente el labio inferior con el pulgar y le dijo que se durmiera.

Pero no la abrazó por detrás, no la acompañó al dulce alivio de los sueños. Se quedó junto a la ventana, envuelta tan solo en una sábana, viendo cómo el sol asomaba poco a poco por encima de los edificios.

Y se preguntó qué estaría haciendo realmente Deveraux Charles en París.

Hannah intentó que la presencia de Deveraux en París no la carcomiera.

A estas alturas, Dev ya era una actriz mundialmente famosa, y no tenía nada de sorprendente que apareciese en la ciudad. Se habían escrito nada más mudarse Hannah a París, pero, con el tipo de vida de Dev, no había sido posible mantener una correspondencia regular. Se habían ido alejando, lo habitual entre dos amigas que vivían en países distintos.

Y tal vez había algo más. Dev seguía trabajando para los nazis, rodando películas, escribiendo guiones que la Dev de aquellas noches de cabaré habría ridiculizado de manera implacable. En cambio, en aquella primavera de 1933, las cosas eran distintas.

«¿No te importa?», le había preguntado Althea en cierta ocasión. Y Hannah sabía que, si le hubiese soltado a Althea «pues claro que me importa» y la hubiese acusado de formar parte del programa tanto como Dev, Althea habría recibido la bofetada sin chistar, se habría dado media vuelta y se habría escabullido en la noche.

Lo cierto era que a Hannah sí le había importado que dos de sus mejores amigas de aquellos meses fueran, en sentido estricto, invitadas del Reich.

La Hannah de ahora jamás habría permitido que eso llegase a suceder. Pero en su momento lo vivió con cierta sensación de irrealidad. Hitler había sido nombrado canciller porque los moderados habían creído que podrían controlarlo. Por aquella época, la mayoría de la gente que prestaba atención a la política pensaba que él se desvanecería en la oscuridad, que después de un fugaz resplandor su locura no tardaría en extinguirse.

Además, había algo exquisitamente subversivo en el hecho de convertir ni más ni menos que a las dos americanas que los nazis esperaban que difundieran su mensaje de odio e intolerancia al volver a su país.

Y Althea había dejado de pasar el tiempo con nazis por voluntad propia poco después del incendio del Reichstag. No fue difícil para ella olvidar la razón por la que estaba allí.

En cambio, Dev…

No había parado. A pesar de tener dinero y fama de sobra para escapar fácilmente de las garras de los nazis, no había parado.

Hannah no le mencionó la presencia de Dev a Otto. En los últimos tiempos estaba preocupada por él: bebía demasiado, iba a fumaderos de opio, buscaba pelea y se presentaba en la biblioteca con rastros de cardenales en la mandíbula.

Cuando le preguntaba qué había pasado, Otto le decía que no lo

tratase como si fuera un bebé, y después la evitaba hábilmente durante varios días. Dejó de hacerle preguntas.

Pero seguía preocupada.

Fue pura casualidad, tal vez una broma del destino, que una semana más tarde se encontrasen con Dev.

Hannah y Otto estaban dando un tranquilo paseo vespertino por la orilla izquierda, entrando en tiendas cuando les apetecía. El sol empezaba a calentar un poco más de la cuenta, y Hannah estaba a punto de proponer que tomasen un café cuando Otto se paró en seco, los ojos clavados en la acera de enfrente.

—¿Es…? —empezó a decir—. Dios mío, sí que lo es.

Hannah le siguió la mirada: era ni más ni menos que Deveraux Charles en todo su esplendor. Era casi imposible no verla: estaba fascinante con aquel pantalón tan chic y aquella camisa negra que le caía sugerentemente por los hombros. Lejos de darle un aspecto cetrino a su piel, el negro realzaba su palidez inmaculada. Llevaba grandes gafas de sol negras y el cabello corto, peinado hacia abajo y muy pegado a la cabeza, conforme a su estilo característico.

Otto cruzó la calle corriendo, echando solo un fugaz vistazo por si venían coches, y cogió a Dev en volandas para darle un efusivo abrazo.

Dev soltó un grito de sorpresa y dejó que Otto girase con ella antes de darle un manotazo en el hombro para que la soltase.

Hannah se acercó a un paso más tranquilo.

—Y también está Hannah. —Dev sonrió al verla y se subió las gafas a la cabeza—. Debería habérmelo imaginado. Donde esté Otto, estará Hannah, y viceversa.

En los viejos tiempos, Hannah se habría reído con el vacile. Pero ahora detectó algo duro e hiriente bajo sus palabras.

—Deveraux —saludó Hannah—. ¿Qué te trae por París?

—Qué formal te pones —bromeó Deveraux, y le dio en el hombro —. ¿Qué trae a la gente por París? El propio París, cariño.

Pero Dev miraba a Hannah sin verla. Estaba tensa, con el cuerpo medio de lado, como si estuviese a punto de salir corriendo.

—¿Hasta cuándo te quedas? —preguntó Otto.

—Nos vamos esta noche, por desgracia —dijo Dev, e hizo un mohín con los rojísimos labios—. La próxima vez tendréis que sacarme a cenar y a bailar, como en los viejos tiempos.

—¿Nosotros? —preguntó Hannah.

Dev dio un respingo. Apenas se notó, pero Hannah la estaba escudriñando.

—Lo siento, guapos, me tengo que ir pitando —dijo Dev, y se despidió de los dos con besos húmedos y apresurados.

Hannah se restregó la mejilla para quitarse el pintalabios mientras

veía a un hombre con uniforme de oficial nazi salir de una tienda situada varios portales más abajo.

Dev se enganchó a su brazo y echó hacia atrás la cabeza a la vez que se reía por algo que decía el hombre.

No se volvió a mirarlos ni una vez.

# Capítulo 37

*Nueva York*
*Julio de 1944*

Hasta un mes después del desembarco de Normandía, Viv no tuvo valor para volver a la biblioteca de libros prohibidos de Brooklyn.

Su inminente viaje a Maine en busca de Althea James fue lo que la impulsó. Quería pasar a hablar con la escritora solo después de asegurarse de que contaba con un sólido plan B con la bibliotecaria.

Lo cual significaba que había llegado la hora de mendigar.

A pesar de lo avanzado del día, el sol todavía brillaba cuando Viv salió de la estación de metro que estaba más cerca del Centro Judío de Brooklyn. Esta era más o menos la hora en la que su bibliotecaria terminaba la jornada. Viv quería pillarla, claro, pero una pequeña parte de ella esperaba que se le escapase.

El destino estaba a su favor —o en su contra; no tenía muy claro cuál de las dos cosas—, porque la bibliotecaria estaba bajando las escaleras nada más cruzar Viv la calle.

La mujer se detuvo al verla, pero después continuó y acabaron saludándose en la acera.

—Entonces, ¿esto va a ser algo habitual? —preguntó la bibliotecaria.

—¿Esto de que me presente en su trabajo sin invitación? —preguntó Viv, con tono desenfadado—. Dígame que no lo haga más y dejaré de hacerlo.

—Yo no he dicho eso. —Pero el tono de la bibliotecaria era cauto—. Supongo que su curiosidad despierta la mía.

Viv la miró subiendo un hombro.

—Parece que le vendría bien una amiga, ¿me equivoco? —dijo.

—Inténtelo de nuevo —dijo la bibliotecaria, pero parecía que se estaba divirtiendo.

—Lo que acabo de decir no es mentira. Pero tiene razón: no es toda la verdad.

—Lo sé. —Lo dijo con una convicción tan sabia que a punto estuvo Viv de rendirse en ese mismo instante por el mero hecho de que se sentía intimidada por ella—. Entonces, le pregunto: ¿cuál es toda la verdad?

—¿Tomamos un té primero? —sugirió Viv.

Cuanto antes escuchase la bibliotecaria lo que Viv había venido a pedirle, antes la dejaría con la palabra en la boca. Y Viv no había mentido: le agradaba su compañía.

—Me gustaría que viniese a hablar al acto del senador Taft —dijo Viv una vez sentadas en un café que había cerca de allí.

La bibliotecaria la miró parpadeando.

—¿Disculpe?

—Sé que le estoy pidiendo un inmenso favor —se apresuró a decir Viv—. Lo sé. Pero creo que sería usted una atractiva incorporación al programa.

—Aunque le oigo decir este tipo de cosas, sigo sin ver la relación que ve usted —dijo la bibliotecaria, no como si quisiera hacerle daño, sino como si quisiera no hacérselo—. Entre mi trabajo y sus Ediciones de las Fuerzas Armadas, quiero decir.

Viv se pasó la lengua por los labios, sintiendo sobre sus hombros el peso del acto de Taft en su totalidad.

—La primera vez que fui a su biblioteca, no veía el modo de seguir con esta lucha —reconoció Viv—. Pero de repente usted expresó con palabras por qué es tan importante todo esto. A los humanos…, en fin, a los humanos nos encanta contarnos historias los unos a los otros, ¿no? Lo hemos hecho en cuevas, en anfiteatros, en el Globe, en cocinas, en torno a fuegos de campamento y en las trincheras. Todas las culturas, todos los países, todos los tipos de personas que hay en el mundo cuentan historias. Las han susurrado, las han cantado, las han escrito en cachitos de papel y siempre, siempre han sido una parte indeleble de nuestra humanidad. —Viv se ruborizó y clavó la vista en el té, consciente de que había pasado demasiadas noches pergeñando el discurso que iba a pronunciar delante de Taft—. Y, cuando entré en la biblioteca y la vi a usted allí, como una guardiana de todas esas historias, simplemente me… —Viv tragó saliva—. Puede que mi batalla con Taft parezca una mezquina batalla política, pero el motivo de que me importe, de que siempre me haya importado, es que quiero proteger esta idea. La idea de que las historias pueden ayudarnos a entendernos los unos a los otros, y a nosotros mismos, y el mundo en el que vivimos. La idea de que incluso en nuestros días más aciagos puede haber algo más aparte de la mera supervivencia. La manera que tiene usted de hablar de la biblioteca y de los libros… En fin, ese es el mensaje que lanza. Cada vez.

La bibliotecaria esperó un instante, como para comprobar si Viv había terminado.

—Debería usted decir eso en lugar de meterme a mí en todo este tinglado.

—Yo soy la autora de todo este tinglado, no un personaje —

balbuceó, y después añadió con una sonrisa autocrítica—: Además, llevo meses diciendo todo esto y no he conseguido nada. Yo no soy la historia que hay que contar.

—Pero cree que yo sí.

Era extraño lo evidente que le parecía la respuesta a Viv.

—¿Cómo fue aquella noche? —preguntó de nuevo, queriendo provocar la misma respuesta que en su última visita—. Las quemas, quiero decir.

La bibliotecaria ladeó la cabeza, curiosa pero dispuesta a seguirle el juego.

—Lluviosa.

Viv esbozó una media sonrisa.

—¿Cuántas personas me darían esa respuesta?

—¿Unas diez mil, quizá? —sugirió la bibliotecaria.

Viv negó con la cabeza.

—No. Goebbels diría que fue una noche «triunfal» o «patriótica». Un guerrillero de la Resistencia, que fue «trágica». Un estudiante alemán diría «emocionante». Importa quién habla, quién lo cuenta.

—¿Y decir que fue una noche lluviosa es contar una historia más exacta?

—No —dijo Viv con cara de frustración—. Pero sí que es lo que hace que sea «su» historia. Y la gente reconoce la autenticidad cuando la ve.

La bibliotecaria dejó la mirada perdida durante un largo instante, y después suspiró y volvió a mirar a Viv a los ojos.

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó.

A pesar de que el tono era vacilante… no había dado un no por respuesta. Viv se lo tomó como un punto de partida.

—Un discurso en este acto que estoy organizando para finales de julio, unas cuantas entrevistas, si está dispuesta… —dijo Viv, esforzándose por que todo pareciera sencillo y espléndido al mismo tiempo—. También he pensado en el orden de intervención de los oradores para construir un relato. Primero los bibliotecarios que hablarán del programa; luego los soldados heridos y los autores, y después usted. Y…

Al ver que se interrumpía, la bibliotecaria arqueó las cejas.

—¿Y?

—Bueno, lo ideal sería cerrar con usted y con una de nuestras autoras de las Ediciones de las Fuerzas Armadas que también estuvo en Alemania durante las quemas de libros.

Tensándose de arriba abajo, con la voz agudizada, la otra mujer preguntó: —¿Y quién es esa autora, si puede saberse?

—Althea James.

La bibliotecaria se recostó en la silla, los ojos como platos.

—¿Cómo dice?

—Althea James —repitió Viv, aunque sabía que la bibliotecaria la había oído perfectamente—. Es una escritora estadounidense bastante reconocida. Pero nunca ha concedido entrevistas ni ha participado en actos aquí, en América, así que sería muy sorprendente que aceptara.

Viv no supo interpretar el complicado revuelo de emociones que provocó esta respuesta en la bibliotecaria. Se le descompuso el rostro. Al principio, Viv creyó que estaba sollozando y, agobiada, se puso a buscar un pañuelo. Pero no tardó en percatarse de que lo que salía a borbotones de la mujer no eran lágrimas, sino risa. Una risa descontrolada, desinhibida, que transformó su fría belleza en una belleza cautivadora.

Pasaron unos instantes antes de que la mujer consiguiera controlarse. E incluso entonces prorrumpió varias veces en risitas fuera de lugar mientras se enjugaba las lágrimas de los rabillos de los ojos.

—¿Está usted…? —Viv no sabía cómo terminar la pregunta.

Era evidente que estaba bien, pero ¿y si no lo estaba?

—Le pido disculpas —dijo la mujer, y justo después volvió a deshacerse en una risotada. Cuando se le pasó este ataque, carraspeó y, recobrada la compostura, dijo—: El mundo es extraordinario y exquisitamente pequeño.

—¿Conoce a Althea James? —preguntó Viv tímidamente porque, en caso afirmativo, su reacción no tenía ni pies ni cabeza.

—Se podría decir que sí —murmuró la bibliotecaria. Dio un sorbito al té y acto seguido pareció que tomaba una decisión—. De acuerdo, señora Childs. Yo seré la historia que quiere usted contar.

Una sensación de victoria pura y radiante estalló dentro de Viv, a pesar de que su curiosidad por lo que acababa de suceder no quedó del todo saciada.

—Estupendo.

—Supongo que ya es hora de que me presente —dijo la bibliotecaria, y a Viv casi le dio pena el que se fuese a desvelar el misterio. La mujer le tendió la mano, confiriéndole un carácter muy formal a la presentación, y, a la vez que Viv se la estrechaba, comentó —: Encantada de conocerla. Me llamo Hannah Brecht.

# Capítulo 38

*Berlín*
*Mayo de 1933*

Diedrich levantó la bota, quizá con intención de plantarla sobre el cuello de Althea, que yacía tirada en el suelo. Pero de repente Hannah estaba allí, la levantó de un tirón y la empujó hacia la protección y el anonimato de la multitud.

—¡Mira que eres boba! —murmuró Hannah con tono exasperado y afectuoso a la vez—. Venga.

Estaban empapadas. La llovizna se había convertido en un aguacero, y ello protegía los libros que aún no habían sido arrojados al fuego. Echaron a correr entre los alborotadores, que no habían permitido que el mal tiempo enfriase ni un ápice su entusiasmo, y atravesaron las calles riendo tontamente por la sola razón de que la experiencia las había dejado aturdidas.

Althea abrió la puerta de su casa y tiró rápidamente de Hannah. Se miraron incrédulas, y Althea se echó a reír de nuevo. Esta vez, resplandeciente, libre, cómoda.

—¿De veras lo he hecho? —preguntó, atolondrada. Solo entonces reparó en que todavía tenía entre las manos la novela que había cogido.

*Alicia en el País de las Maravillas.*

—Sí, lo has hecho —dijo Hannah, con idéntico pasmo.

Althea soltó el libro.

—Deja que te traiga una toalla. —Frunció los labios al ver el estado del vestido de Hannah—. ¿Y ropa quizá?

—No sé si me valdrá —bromeó Hannah.

—Igual tienes razón. —Suspiró Althea mirándose las piernas, mucho más cortas—. En fin, supongo que al menos deberíamos encender el fuego.

—Sí, pero… ¿será un fuego de esos que queman las cenizas de la vieja república y dan vida al ave fénix del Tercer Reich…? —preguntó Hannah, poniendo una voz acartonada.

Althea sonrió.

—Dios mío, mira que son grandilocuentes, ¿eh?

—Es su peor rasgo —asintió solemnemente Hannah mientras

encendía el fuego.

Althea la observó: su manera de moverse, el vestido mojado que abrazaba la curva de sus caderas, el cabello moreno que enmarcaba el pálido rostro.

Después se dio media vuelta y se fue a por toallas y ropa blanca.

Se sentaron en el suelo, los muslos y los hombros tocándose, y se quedaron mirando las llamas mientras se bebían el resto del vodka que Althea había guardado al fondo del armarito de la cocina. La bebida les soltó la lengua.

—Le has humillado —dijo Hannah—. No lo va a olvidar.

—Bueno, yo me voy de Alemania —le recordó Althea.

Casi le dolió pronunciar estas palabras. No porque no estuviese deseando huir de esa gente, del país. Pero no quería dejar a…

—Cuanto antes, mejor —dijo Hannah—. Vas a tener que andarte con cuidado.

—Lo haré. —Se humedió los labios—. Me…, me preocupas más tú.

—Lo dices por Adam, ¿no? —dijo Hannah, siguiendo con facilidad el hilo del pensamiento de Althea.

—Me inquieta su manera de hablar. —No era nada nuevo. Hannah y ella lo comentaban a menudo, buscaban estrategias para suavizar su rabia. Pero Althea nunca había confesado que también estaba aterrorizada por Hannah—. Me preocupa que te arrastre a sus planes, sean los que sean. Que acabes destruyéndote con él. —Hannah siguió contemplando el fuego por toda respuesta. Althea se puso en alerta. A estas alturas, entendía a Hannah muy bien. Probablemente Hannah no se percatase de lo bien que la entendía—. Hannah. —Sus labios se abrieron y se cerraron—. Hannah. —Althea envolvió la mano de Hannah con las suyas—. No. Tienes que mantenerte alejada de todo eso. Convencerle de que no se arriesgue a que lo maten es una cosa; implicarte tú… No, no puedes.

—Es mi hermano.

Hannah lo dijo tan sencillamente que Althea sintió ganas de cogerla por los hombros y zarandearla.

—No está pensando como es debido. Y lo sabes. —Hannah le dirigió una mirada de culpabilidad—. ¿Qué has hecho? —preguntó Althea con el pecho encogido; de pronto la habitación se había quedado sin aire.

—Seguirle.

Althea se miró las manos, vio que estaba agarrándose a Hannah y trató de relajar los dedos. Pero no la obedecieron.

—Ay, Dios. Le seguiste ¿adónde?

—Al hotel Adlon, cerca de la puerta de Brandeburgo —dijo Hannah, la voz distante como si no se diese cuenta de que había respondido. Althea había oído hablar del hotel, llamado también «la pequeña

Suiza» porque ejercía habitualmente como anfitrión de actos diplomáticos. Soltó una palabrota por lo bajo—. No sé qué es lo que piensa hacer —reconoció Hannah—. Pero me asusta que haya ido precisamente a ese lugar.

También a Althea la asustaba. Allí se reunían líderes mundiales. Y líderes nazis. Pero, por mucho que Adam le cayese bien, no era la prioridad de Althea.

—Tienes que alejarte de ese sitio —la conminó.

—No puedo dejarle morir así —dijo Hannah, los ojos llenos de lágrimas—. Pero no sé qué puedo hacer.

—Él sabe que a ti te importa que viva —dijo Althea. Era lo único que podía ofrecerle en esos momentos. Hannah, sus amigos y el resto del grupo de resistentes habían intentado razonar con Adam y, al parecer, había sido en vano. Tendrían que confiar en que en algún momento tomaría la decisión correcta—. Para él es bueno saber que hay alguien que se preocupa por él. A lo mejor ello lo persuade de cometer una estupidez. —Hannah no dijo nada, pero tampoco se apartó. Se quedaron absortas largo rato con el fuego. Finalmente, Althea carraspeó, debatiéndose entre decir o no lo que estaba pensando. Total, ¿por qué no, cuando el mundo estaba envuelto en llamas?—. Y tú también deberías saberlo. Que le importas a alguien. Que a mí…, que a mí me importas. Me importaría que te pasara algo.

A Hannah se le cortó la respiración de forma audible, y pareció que volvía en sí. Cogió la mano de Althea y se llevó su muñeca a la boca. Apretó los labios y le plantó un beso, mirándola a los ojos.

—Tendré cuidado. Te lo prometo —le aseguró.

Algo se aflojó en el pecho de Althea, por razones que era incapaz de explicar. Recordó el terror que había sentido en el cabaré, lo buscó y no encontró más que una agradable y vibrante emoción.

Althea llevaba toda la vida asustada. Ahora que se había enfrentado a un matón y le había dicho «no», le había dado un empujón, había sido empujada por él y había sobrevivido, ya nada le parecía tan aterrador como antes.

Al llegar a Berlín, había intentado ser una versión de sí misma que no existía. Había querido ser la Althea James berlinesa. Pero ahora sabía que no tenía que ser nadie más que ella misma.

Se levantó y tendió la mano.

Hannah inspiró, sus hermosos ojos dorados grandes y redondos.

Sorprendidos.

A Althea le latía el corazón en los oídos y, por un instante, se preguntó si Hannah la habría entendido mal.

Pero entonces Hannah deslizó la mano en la de Althea, se dejó levantar, se dejó llevar a la cama.

Althea se sentó, flanqueando con las rodillas los muslos de Hannah,

que se inclinó y rodeó con las manos la mandíbula amoratada por la violencia de Diedrich a la vez que le acariciaba el pómulo con el pulgar, esperando, preguntando.

—Sí —dijo Althea en un susurro, y la boca de Hannah se encontró con la suya y se tragó la palabra sin dar tiempo siquiera a que aterrizase entre las dos.

El beso fue lento, muy distinto de como se lo había imaginado Althea. Al principio no fue más que un suave roce de labios, un simple hola, y después se volvió más profundo: la lengua de Hannah se coló en la boca de Althea, recorriendo la cresta del paladar, el interior caliente y resbaladizo. Un dulce y sutil olor a lluvia y naranjas envolvió a Althea mientras Hannah la hacía tumbarse en la cama sin renunciar a su boca.

Althea se dejó llevar, gozando con el peso de las caderas de Hannah, que empujaban las suyas contra el colchón. Subió las pantorrillas, las cerró en torno a los muslos de Hannah para acercarla todavía más, persiguiendo el placer que iba creciendo entre sus piernas.

Hannah suavizó el beso, le mordisqueó el labio inferior. El pinchacito de dolor hizo que Althea arquease la espalda y ofreciese la garganta.

—Por favor.

Ni siquiera sabía qué estaba pidiendo, pero Hannah pareció entenderlo y respondió acariciándole el cuello con los labios, abriendo la boca para darle un beso en la delicada clavícula a la vez que iba subiendo una mano por su cuerpo y la detenía sobre un pecho.

El cuerpo entero de Althea vibró con el contacto, y gimió.

—Shhh, cariño —murmuró Hannah, y Althea se sumió en la afectuosa calidez de esa palabra.

Quería que Hannah la despiezase, porque estaba segura de que después volvería a juntar las piezas.

A partir de ese momento las sensaciones se desdibujaron: pasaron de ser casi excesivas a no ser suficientes. A ratos Hannah era delicada, reconfortante, y a ratos era exigente, retadora, como un baile que Althea iba aprendiendo sobre la marcha.

Cuando todo amainó, se quedaron tumbadas en la estrecha cama de Althea, cara a cara como un par de comillas, las rodillas rozándose, las manos aplicadas a tiernas caricias.

Hannah ya formaba parte de la historia personal de Althea, estaba firmemente entretejida en su tapiz. Incluso cuando Althea se marchara, quedaría Hannah.

Althea le pasó un dedo por el labio inferior.

—¿Hay finales felices para las personas como nosotras?

No era eso lo que quería decir. Ni siquiera estaba intentando decirse a sí misma que Hannah y ella podían ser felices y comer perdices.

Vivían a miles de kilómetros de distancia, y no era probable que esta situación fuese a cambiar a corto plazo.

Pero todo esto, el hecho mismo de que «esto» existiese, era una novedad para Althea. Y por eso lo había soltado sin pensar.

—Sí —susurró Hannah, y la respuesta envolvió a Althea con la misma certeza con que su olor la había envuelto antes—. Puede que sean finales complicados, pero eso no significa que sean menos felices. De hecho, creo que lo son más por eso mismo.

—¿Me lo prometes? —pidió Althea.

—Te lo prometo.

Así continuaron, a la deriva, hasta que el sol hubo salido del todo. A punto estaba Althea de quedarse dormida cuando se oyeron unos porrazos.

Se incorporó y miró la puerta antes de volverse hacia Hannah. Se estaba poniendo una camisa que Althea había dejado sobre la silla, al lado de la cama.

Su boca tenía una expresión sombría.

—Si no abres, entrarán a la fuerza —dijo Hannah.

Althea se vistió a la carrera, y antes de cruzar la habitación se aseguró de que Hannah estuviera presentable.

Abrió la puerta. Era Diedrich, con el puño a medio subir para golpear de nuevo. La mirada se le disparó hacia el lugar en el que Althea supuso que debía de estar Hannah, y de repente su expresión se volvió furibunda.

Althea retrocedió un paso, y fue entonces cuando se fijó en los camisas pardas que estaban detrás de él.

# Capítulo 39

*París*
*Marzo de 1937*

Por mucho que no sintiese París como su hogar, Hannah no carecía de recursos.

Empezó a preguntar a unos y a otros por Deveraux Charles. La opinión general era que la guapa actriz había sido conquistada por los nazis.

Hannah intentó recordar aquellos meses de finales de 1932 e inicios de 1933, recuerdos a la vez dulces y hediondos. Noches en los cabarés, pero también noches en reuniones de resistentes. El entusiasmo de la universidad, pero también la progresiva desaparición del cuerpo estudiantil; amigos expulsados por el mero hecho de ser judíos. Había habido ligeros indicios de recuperación económica en el ambiente, pero también enfrentamientos callejeros en los que se aceptaba que la muerte pudiera ser el efecto de cualquier escaramuza.

Ahora, Hannah ni siquiera era capaz de recordar cómo había conocido a Deveraux. La amiga de una amiga de una amiga, tal vez. Tan glamurosa, tan cínica, con tanto mundo… Los insultos que dirigía a los nazis no eran ni velados ni sutiles. Había dejado bien claro que pensaba utilizarlos para financiarse la estancia en Alemania, pero que no los apoyaba.

En 1933, aquella era una postura comprensible.

Ahora, Hannah estaba convencida de que eran las personas como ella las que habían permitido que Hitler tomase el poder. Los terribles hombres de los que se había rodeado este eran absolutamente cómplices de lo que estaba sucediendo, pero también lo eran las personas, por lo demás respetables, que pensaban que el éxito de Hitler podía acabar beneficiándolas si se limitaban a taparse la nariz en relación con todo aquello que no les gustaba de él.

—Lo único que sé es que se aloja en el hotel Majestic —dijo Natalie cuando Hannah le preguntó por su encuentro con Dev—. En el distrito dieciséis. Me dijo que se marchaba, pero no sé quién ha dicho que anoche la vieron en Le Chat.

—¿Sabes qué se dice de ella? —preguntó Hannah, intentando que no se le notase demasiado la curiosidad.

Ni siquiera se explicaba por qué sentía esa comezón que la impulsaba a hacer ese tipo de preguntas.

—Que es la *putain* de los nazis —dijo Natalie sin vacilar. Hannah todavía no hablaba francés con soltura, pero *putain* era de esas palabras que aprendías nada más llegar al país—. Sale en sus películas, se acuesta con los oficiales, y mejor cuanto más alto el cargo. Va de uno a otro. Consigue que le dediquen artículos entusiastas en la prensa…

—Hace que los nazis les resulten más aceptables a los americanos.

Hannah sacó la consecuencia lógica, y Natalie inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Aunque hay muchos americanos que tampoco es que necesiten estímulo.

—Como en todas partes —contestó Hannah, y de nuevo Natalie asintió.

—Me sorprendió que la conocieras.

—Parece que fue en otra vida… —dijo Hannah, deslizándose hacia el pasado.

Y comprendió que lo que la había estado acechando todo este tiempo era la imagen de Althea desplomada en la acera, susurrando con lágrimas en los ojos: «No he sido yo».

El domingo por la mañana, Hannah estaba delante del hotel Majestic, rondando por la esquina del inmenso edificio. En el bolsillo de la chaqueta, bien pegada al costado, llevaba la pesada pistola de Otto.

El hotel, al igual que el resto de la arquitectura parisina, tenía un diseño ostentoso, pero estaba construido con un anodino mármol blanco que sumía a la ciudad entera en un inolvidable borrón.

Cuando llevaba más o menos una hora esperando, un elegante Mercedes negro se detuvo en el bordillo y salió Deveraux, tambaleante, enfundada en un ajustado vestido de seda, sin duda de la víspera, que dejaba ver buena parte de sus muslos.

Tras ella se apeó un hombre con uniforme nazi, también con paso vacilante. Al parecer, los dos seguían borrachos.

Soltaron una risotada desagradable, lo que provocó tanto miradas escandalizadas como sonrisitas de admiración por parte de las personas que entraban y salían del vestíbulo del hotel.

Hannah cerró los ojos, se dijo que estaba siendo insensata, incluso que actuaba a tontas y a locas. Y acto seguido asintió una vez con la cabeza y se decidió.

Siguió los pasos de la pareja, parapetándose detrás de dos señores mayores que llevaban maletines.

Por suerte, estaba lo bastante cerca como para oír el número de habitación que le dijo Deveraux con lengua estropajosa al

ascensorista. Cuarto piso.

Hannah se desvió hacia el pasillo trasero en busca de la escalera, felicitándose por haberse puesto pantalones y un calzado cómodo.

Se cruzó con una mujer que bajaba, pero la mujer no la miró dos veces.

Hannah seguía preguntándose qué estaba haciendo, qué plan tenía. El hecho de conocer el número de habitación de Dev no cambiaba nada, máxime cuando lo último que quería era sorprenderla con su amante nazi, quizá en pleno acto sexual.

Aun así, ni siquiera esta posibilidad la disuadió. Siguió avanzando sin detenerse hasta que llegó a la puerta de la cuarta planta, donde se quedó esperando a oír el ding que señalaba la llegada del ascensor.

Palpó la empuñadura de la pistola.

¿De verdad era así ella? ¿Qué planeaba hacer con el arma? ¿Qué sospechaba, para empezar? No acababa de saberlo. Solo sabía que la fuerza que le daba cerrar los dedos en torno al metal la centraba de una manera que no la había centrado nada desde 1933 en Berlín, cuando su mundo saltó por los aires.

Salió al pasillo.

No se veía a la pareja por ningún sitio, pero Dev iba dejando tras de sí el repiqueteo de su risa como si fuera un mal perfume. Lo único que tenía que hacer Hannah era seguirlo.

Al doblar la esquina, los vio.

Dev estaba apoyada contra la pared junto a una puerta, el rostro de su amante nazi hundido en su cuello, el muslo enroscado en torno a la cintura del hombre, la mano enredada en el cabello de él, y la cabeza echada hacia atrás para ofrecerse mejor.

Aunque Hannah no había hecho ningún ruido, la mirada de Dev se posó de repente en ella. No la tenía nublada por el alcohol, como Hannah esperaba, sino despejada y alerta. Bajó los ojos a la pistola y acto seguido los volvió a subir al rostro de Hannah con una especie de sombrío entendimiento.

Dev agarró al hombre del pelo y consiguió dirigirlo hacia la habitación, evitando que se girase y viese a Hannah y, sobre todo, la pistola con la que esta los estaba apuntando a los dos.

Una vez que el hombre hubo entrado, Dev cerró, se apoyó contra la puerta y se quedó mirando a Hannah con los ojos entornados.

—Lo has averiguado.

En realidad, no. Pero no quería dar a conocer sus cartas, de modo que dijo:

—¿Por qué lo hiciste?

Dev cogió aire, lo soltó, miró al fondo del pasillo y volvió a mirar a Hannah.

—Aquí no.

—¿Dónde?

—En la azotea —dijo Dev, mirando hacia el techo.

—¿Por qué iba yo a ir a ningún sitio contigo?

Dev echó a andar con paso firme y majestuoso. Se detuvo delante de Hannah y se arrimó para susurrarle en el oído:

—Piensa que ahí arriba te va a ser muchísimo más fácil matarme.

Hannah la siguió al ascensor.

# Capítulo 40

*Owl's Head, Maine*
*Julio de 1944*

A Viv le había engañado el letrero de la estación.

Decía sin lugar a dudas que era la parada de Owl's Head. Pero, al parecer, lo que Viv y el letrero entendían por «parada» eran dos cosas radicalmente distintas.

Llevaba casi una hora caminando por un camino de tierra que no llevaba a ninguna parte y estaba a punto de ponerse a gritar. Le habían salido ampollas no solo en los talones, sino también en la mano, pues arrastraba una maleta que habría hecho con mucho más cuidado de haber sabido que iba a tener que cargar con ella durante kilómetros y kilómetros.

Finalmente, cuando estaba a punto de echarse a llorar, se dijo que tenía que hacer un alto para descansar. Soltó la maleta y se sentó encima, haciendo caso omiso de la nube de polvo que se arremolinaba en torno a ella.

No se iba a poner a llorar.

Al menos, eso era lo que se repetía sin cesar para sus adentros.

Justo cuando estaba contemplando la posibilidad de volver a la estación, coger un tren de vuelta a Nueva York y hacer como si nada de aquello hubiese sucedido, oyó el ronroneo de un motor.

Viv juntó las manos, dio gracias al cielo y se puso en pie, lista para hacerle una seña al conductor de la camioneta roja que se dirigía hacia ella.

Fuera quien fuera, mejor eso que morirse por falta de agua y exceso de caminata.

Ni siquiera hizo falta que enseñase la pierna. La camioneta se detuvo a su lado, y el conductor se inclinó sobre el asiento para bajar la ventanilla.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó.

Era la viva imagen de la idea que tenía Viv de los habitantes de Maine. Grande, fornido, con una barba poblada y manazas.

Viv intentó hablar, pero tenía la garganta llena de tierra. Escupió, consciente de la estampa tan poco atractiva que ofrecía, y a continuación agachó la cabeza para mirar por la ventanilla, esperando

que el coqueto pestañeo compensase los gargajos.

—¿Owl's Head? —consiguió decir al fin.

Daba la impresión de que al hombre le hacía gracia verla en aquel apuro.

—Todo recto, quedan tres kilómetros.

—Maldita sea —soltó Viv sin pensarlo, pero el hombre se limitó a abrirle la puerta.

—Suba —dijo, moviendo la mano.

Infinitamente agradecida, Viv se sentó en el asiento de cuero agrietado y subió la maleta de un tirón.

—Buen hombre, es usted mi salvador —le reconoció Viv.

—Habría conseguido llegar sola.

—Puede ser, pero desde luego mis pies le están agradecidos.

—Está más lejos de la estación de lo que parece. —La miró de reojo —. Usted es de Nueva York.

—¿Tanto se nota? —preguntó Viv, aunque sabía que sí.

Pese a que iba vestida para viajar, iba «vestida»: llevaba ropa buena y elegante, por no hablar del peinado y el maquillaje.

—Joe —dijo el hombre, sin responder.

Le tendió la mano encallecida, y Viv encajó la suya en su palma.

—Vivian —dijo ella a su vez, en vista de que él se había presentado sin ceremonias.

—¿Y qué te trae a Owl's Head, Vivian? —preguntó Joe.

Conducía con una seguridad envidiable a pesar de los baches.

—Estoy buscando a Althea James.

—Bueno, bueno, bueno… Conque es usted una de esas.

—No —contestó Viv, irritada porque pudiese considerarla una especie de fisgona—. De hecho, vengo a proponerle un asunto.

—«A proponerle un asunto» —repitió Joe con tono burlón e imitando sin éxito su acento. Viv le hizo una mueca de desagrado, aunque no la estaba mirando—. ¿Y qué asunto es ese, si puede saberse?

—¿Y a ti qué te importa? —le soltó Viv.

—Yo diría que mucho, teniendo en cuenta que soy su hermano y su representante —dijo Joe, mirándola con una sonrisa de satisfacción—. También puedo darme media vuelta y llevarte a la estación de tren.

Viv recostó la cabeza en el asiento.

—Ay, los pueblos pequeños… —se lamentó.

—Sí, no hay modo de escapar.

—¿Al menos puedo almorzar en algún sitio antes de que me des la patada?

Joe la llevó al pintoresco pueblo, que tenía una calle principal, un par de calles laterales con viviendas y nada más. Viv oyó el fragor del mar al bajar de la camioneta, y no pudo por menos de admitir que le

encantó.

—Mi casa —dijo Joe, indicando con un gesto el bar a cuya entrada había aparcado.

En el interior todo era cuero oscuro y exquisita madera de caoba. Una preciosa barra recorría el local a lo largo, y unos reservados amplios y mesas muy cuidadas decoraban el resto.

—¿Pescado con patatas? —ofreció Joe, y Viv aceptó.

Ambos sabían que no había más opciones, y en cualquier caso lo que Viv quería era comer.

Viv le hincó el diente al almuerzo con ganas: las patatas estaban perfectamente pringosas, y el pescado era fresco y delicado a pesar del aceite. Al final, cuando se estaba chupando los dedos, reconoció que estaba muerta de hambre.

—Bueno. —Joe, trapo al hombro, apoyó los codos en la barra—. Ya te he dado tiempo suficiente. ¿Qué quieres de mi hermana?

Y Viv se lo explicó. Le habló de las Ediciones de las Fuerzas Armadas, de la enmienda de Taft, del intento de censura, incluso del Día D y de todo lo que había oído desde entonces.

—Sinceramente pienso que su presencia podría servir de mucho —terminó Viv, pero, en comparación con el impresionante relato que acababa de soltarle, las palabras sonaron irrisorias.

Joe la miró, y después se dio media vuelta. Cogió una gruesa jarra y la llenó hasta el borde de una espumosa cerveza. Se tragó la mitad de una tacada y volvió con Viv.

—¿Sabes por lo que ha pasado mi hermana?

Parecía una pregunta sincera, así que Viv intentó responder honestamente.

—Tan solo me lo imagino.

—No puedo combatir.

Viv no le preguntó a qué se refería. En los últimos tiempos, la gente decía cosas muy raras, sin venir a cuento. Se limitó a mover afirmativamente la cabeza y a decir: —Bueno, no pasa nada.

—Yo quería —continuó Joe—. Pero ya ves, tengo asma.

—Debe de ser duro.

No lo decía para consolarle. Había visto cómo afectaba a los muchachos la prohibición de ir al frente. Por supuesto, los que estaban en ultramar lo tenían mucho peor, pero Viv jamás negaría el dolor de ser el único que no había podido ir. Aquel al que se quedaban mirando los hombres ancianos y las mujeres jóvenes que habían perdido demasiado. Viv había visto cómo le daban una bofetada a un chico por no estar en el frente, y eso que estaba ciego de un ojo. Algunas personas querían que fueran carne de cañón en cualquier caso; otras simplemente no sabían dónde encajar a un chaval de aspecto saludable que tenía una situación más favorable que algún

hombre de su familia.
—Althea odia a los nazis —dijo él.
Viv empezaba a comprender que este era su modo de hablar: un pensamiento inconexo tras otro.
—Como nos pasa a todos, ¿no?
—No —respondió Joe, brutal y sincero.
Viv no se lo discutió. Estaba casi segura de que había americanos que respaldaban secretamente el detestable discurso que vomitaban los nazis.
—Bueno, pues yo sí los odio —dijo Viv, observándolo—. ¿Qué quieres que haga para demostrar que vengo de buena fe?
—Nada. Has hecho un viaje muy largo para venir aquí. Te voy a dejar que lo intentes.
Aliviada, Viv relajó los hombros.
—Gracias.
—No me lo agradezcas hasta que la conozcas. Vámonos.
Joe le hizo una seña a un mozalbete que estaba tirando cervezas al fondo de la barra.
—¿Ahora? —preguntó Viv, pero ya se estaba bajando del taburete y cogiendo el bolso.
Joe le dijo al chico que se encargase de la barra y volvieron a salir. Señaló el camión y Viv subió. El trayecto fue silencioso, pero no tenso. Llevaban las dos ventanillas bajadas. Viv solo había olido el mar cuando fue a Coney Island, pero allí el aire no era puro.
Aquí la sal se podía saborear, y las olas eran un canto de sirena. La carretera bordeaba los negros acantilados, y la vista se le perdía en la eternidad. No recordaba haberse sentido nunca tan pequeña.
En un lugar que parecía el fin del mundo había una cabaña. Flores de color rosa, morado, amarillo y blanco la rodeaban, ni más ni menos que como un cuadro que hubiese cobrado vida.
—Dile que me llame para que venga a recogerte, y, si no, coge la bici para volver —dijo Joe, indicando con la cabeza una bicicleta que estaba apoyada contra una valla.
Pensando en el recorrido, Viv se dijo que ojalá Althea le permitiese al menos usar el teléfono antes de darle la patada, si es que era eso lo que iba a hacer.
—Gracias —dijo, antes de hacer acopio de valor para bajarse de la camioneta.
Joe tocó una vez el claxon mientras daba marcha atrás, y Viv se estremeció. Ya no podía ocultar que estaba allí; tenía que preparar sin más dilación lo que le iba a decir a Althea. En estas estaba cuando la cortina de la ventana se movió.
Ahora o nunca. Viv se acercó a la puerta, levantó el puño y llamó.
Se abrió casi al instante.

En el umbral había una mujer menuda con una tupida melena que le llegaba hasta por debajo de los hombros. Su cara dulce y redonda estaba salpicada de pecas que la hacían parecer mucho más joven de los treinta y seis años de edad que Viv sabía que tenía.

—No sé qué quiere —dijo Althea James, la voz rasposa como si fuera la primera vez desde hacía mucho tiempo que la usaba—, pero la respuesta es no.

Y, sin más, le dio con la puerta en las narices.

# Capítulo 41

*Berlín*
*Mayo de 1933*

La habitación a la que llevaron a Althea era pequeña y no tenía ventanas, y había un olor insoportable a podrido. Al ver las desapacibles paredes desnudas, se le entrecortó la respiración, y todo lo que la rodeaba empezó a reducirse a un diminuto punto.

Los hombres que la habían sacado a rastras de su apartamento la empujaron sobre la única silla del cuarto, y con la fuerza del impulso se cayó como una muñeca de trapo incapaz de oponer resistencia.

En un intento desesperado por mantenerse anclada a la realidad, Althea se agarró los muslos y empezó a contarse los dedos. Uno, dos, tres… Esto estaba pasando de verdad. No era una horrible pesadilla.

De golpe, le vino la imagen del hombre atado a la cruz de san Andrés en mitad de la plaza, desmayado mientras la mujer lloraba a sus pies con el rostro salpicado de su sangre.

En la expresión del nazi no había habido compasión.

Transida de dolor, Althea apretó la frente contra el frío metal de la mesa.

Diedrich entró sigilosamente. Una sonrisa cruel torcía sus rasgos, afeándolo de una manera que Althea jamás habría creído posible.

—¿Te crees que puedes humillarme? —preguntó con voz grave y monótona, más aterradora si cabe por lo controlada—. Tú. Una americana ignorante, sin ningún atractivo.

Althea intentó no inmutarse. Sabía que él nunca había tenido interés romántico por ella; había sido una mentira para mantenerla sumisa. Aun así, el fantasma de las mariposas de aquellos primeros días era un duro recordatorio de lo boba que había sido. Apartó la vista y apretó los labios.

—¡Con lo amable que fui contigo! —continuó Diedrich, andando de un lado para otro, con las manos a la espalda. Cada dos zancadas, tenía que darse la vuelta, lo cual habría tenido gracia si Althea no se hubiese estado esforzando por evitar que se deshilachasen las costuras de su entereza—. Te enseñé todo cuanto podías desear en la vida, cosas que solo en sueños habrías conseguido. —Hizo una pausa y se señaló a sí mismo—. Personas que solo habrías tenido en sueños.

—A ti jamás querría tenerte —consiguió decir Althea, orgullosa de ser capaz de articular aquellas palabras, y sobre todo de escupirle el insulto.

Le temblaban las manos, pero aun así lo hizo.

Diedrich se abalanzó sobre ella y le pellizcó la barbilla con el índice y el pulgar, obligándola a mirarle a los ojos.

—Ay, cielito —prácticamente ronroneó—. Los dos sabemos que eso no es verdad.

Un día antes quizá se habría acobardado. Pero algo había florecido la noche anterior en su interior. Había prendido un poder que no sabía que tenía, y las llamas habían quemado el miedo que empezaba a pensar que era una de sus piedras angulares.

—Puede que me fijase en la bonita máscara —dijo Althea, intentando impregnar sus palabras de la mayor dosis de veneno posible—. Pero ambos sabemos que el monstruo que hay debajo es repugnante.

Diedrich se rio como si fuese una niña dando puñetazos al aire. Sin hacer caso, prosiguió:

—Y tú ¿cómo me lo pagaste? Retozando con esa puta judía.

Althea cogió aire.

—Es mil veces mejor persona que tú.

Diedrich le agarró la cara más fuerte, y Althea vio la ira que hervía a fuego lento bajo la superficie. Sin embargo, para su sorpresa, la soltó y retrocedió tanto que acabó pegado a la pared.

Después de un silencio insoportable, Althea echó un vistazo a la puerta. ¿Iría a llamar a esos matones suyos para que la reventasen a golpes? Sintió náuseas al imaginarse tirada en el suelo, el cuerpo magullado y ensangrentado. O peor. Podían hacerle algo muchísimo peor.

—¿Qué me vas a hacer?

Fue como si Diedrich hubiera estado esperando esta pregunta. Una inquietante sonrisa asomó lentamente a su rostro, que en estos momentos ofrecía un aspecto cadavérico realzado por una maldad que convertía sus facciones en una macabra imitación del disfrute.

—Absolutamente nada.

Su respuesta debería haber sido un alivio, pero a Althea se le tensó el cuerpo entero como si esperase recibir un golpe que le estaba prometiendo que no iba a darle.

—¿A qué te refieres?

—Jamás haríamos daño a una de nuestras amigas de América —dijo Diedrich, arrastrando las palabras—. Saldrás de aquí sin un solo rasguño en tu persona. Y se lo puedes decir a tu embajada, cuando te pregunte.

Althea negó con la cabeza. La indefinible sensación de peligro se

negaba a desvanecerse.

—No lo entiendo. Entonces, ¿por qué me has traído aquí?

Reconoció la expresión que asomó a los ojos de Diedrich cuando vio a Hannah en el apartamento. Una ira que iba más allá de la política. Los hombres como Diedrich no toleraban que los humillasen. No iba a dejarla marchar así como así.

Esto no era una visita de cortesía. Tampoco un mero tirón de orejas. Pero el miedo la había confundido. No acababa de entender qué había planeado Diedrich.

—Pensé en arrojarte a mis hombres —dijo Diedrich, cada palabra cargada de un desprecio indiferente—. Pero he de admitir que esto va a ser más divertido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Althea mientras Diedrich le lanzaba una última sonrisa y dirigía sus pasos hacia la puerta. Lo intentó de nuevo, aunque sabía que no la oiría—: ¿Qué quieres decir?

Solo le respondió el eco de su propia voz rebotando contra las paredes alicatadas de la diminuta habitación.

Tuvieron encerrada a Althea once horas.

Le dieron un trozo de pan y un vaso de agua y la acompañaron dos veces al retrete.

Ninguno de los oficiales respondió a sus preguntas, a sus súplicas, a sus histéricos ruegos.

Las paredes vibraban a su alrededor, venciéndose sobre ella hasta rozarle los hombros, y el acre moho se le metía en los pulmones. En aquellos momentos cerraba los ojos, recordaba el baile en el cabaré, los dedos de Hannah trazando reconfortantes dibujos en su espalda desnuda, su mirada suave y seria.

Althea abrazaba con fuerza aquellos momentos contra su pecho, intentaba inhalarlos y exhalarlos.

Después de lo que parecieron días, dos camisas pardas abrieron la puerta de la celda improvisada y la sacaron al pasillo.

La oscuridad amenazaba en la periferia de su visión mientras el corazón le latía desbocado. Una estridente sirena reverberaba en el interior de su cráneo, las luces estallaban en forma de halos de estrellas y no sentía ni los pies ni las manos.

Iban a matarla. Estaba segura.

Sobre el fondo de sus párpados vio pasar imágenes fugaces de su vida. Su hermano. Los acantilados. Aquellas bombillas de colores del mercado de invierno, los libros. Aquel día de comienzos de primavera en el que Hannah, sentada, le daba sombra en la cara. La noche anterior, el calor del fuego sobre su piel.

No quería morir.

Althea dejó que los hombres tuvieran que cargar con todo su peso, obligándolos a arrastrarla mientras chillaba mirando al techo, la garganta irritada para cuando llegaron al vestíbulo del edificio. Y entonces la soltaron y, desconcertada por su inesperada libertad, cayó desplomada al suelo, y ellos se dieron media vuelta y se alejaron sin decir esta boca es mía.

Se puso en pie con dificultad, las piernas tambaleantes, mareada, con arcadas. Llegó hasta la puerta a trompicones, consiguió agarrar el pomo con dedos vacilantes, de alguna manera consiguió empujar… y estaba en la calle.

Respirando un aire que no estaba contaminado por los rancios rastros del miedo y la tortura.

De repente sintió unas manos sobre ella, y se encogió de miedo.

Pero eran manos suaves, amables, cuidadosas. Parpadeando, Althea intentó concentrarse en el rostro que tenía delante.

Lo único que veía eran unos ojos cálidos, dorados.

Se relajó y exhaló, dejando que su cuerpo se destensara entre los firmes brazos de Hannah.

—Althea, dime que no estás herida, por favor, dímelo —dijo Hannah, con voz desesperada y apremiante pero tranquilizadora a la vez—. ¿Qué te han hecho?

Negando con la cabeza, Althea intentó que sus labios entumecidos hicieran algo más que articular inútiles palabras mudas.

—Nada —consiguió decir por fin.

—¿Cómo dices? —preguntó Hannah, sus manos todavía explorando en busca de huesos rotos, cardenales, piel rasgada.

Althea se pasó la lengua por los labios súbitamente secos, sin saber del todo por qué estaba nerviosa cuando repitió:

—Nada.

—Eso no…

Hannah dejó la frase inacabada como si no creyese a Althea, como si se negase a creerla.

—No sé por qué —confesó Althea en un susurro, deseando que la niebla que se había instalado en su mente se despejase. Había algo que no encajaba y no conseguía saber de qué se trataba. Sobre todo, cuando Hannah la miraba así, con una preocupación tan desgarradora —. Me estabas esperando…

—Pues claro. —Hannah por fin abrazó a Althea con fuerza, sus firmes brazos procurándole el anhelado consuelo sin tener que pedírselo—. Cuando te llevaron… No sabes el miedo que he pasado.

Althea hundió el rostro en el cálido y suave hueco del cuello de Hannah. Quisiera quedarse allí a vivir para siempre, sin tener que recordar jamás aquel día, aquel terror horrible, abrumador, la nada

que había venido a continuación.

—Me avisaste de que se vengaría.

—¿Y no te ha hecho daño? —preguntó Hannah de nuevo, emitiendo desde lo más hondo de su pecho un ruido sordo.

No soltó a Althea; simplemente la dejó acurrucarse allí, cuerpo con cuerpo, mientras trazaba en su espalda lentos círculos con las palmas de las manos.

—No —respondió Althea—. Dijo que esto era más divertido.

—¿Qué es lo que era más…?

Un grito las interrumpió. Era Otto llamando a Hannah.

Todavía estaba a media manzana de distancia, pero había gritado lo bastante alto como para que le oyeran. Althea se soltó a regañadientes del abrazo de Hannah mientras se volvían a saludarle.

Un rubor se extendía por su cuello y sus mejillas. El pelo, siempre estudiadamente despeinado, estaba ahora de punta como si se hubiese estado tirando de los mechones. Cuando llegó a la altura de las dos mujeres, se quedó encorvado, jadeando.

—¿Otto? —preguntó Hannah con un discreto tono de alerta.

Althea no pudo evitar imitar la rígida postura de Hannah. Era evidente que algo iba mal.

—Tienen a Adam —dijo Otto.

—Pero ¿cómo? —susurró Hannah.

—No lo sé, no lo sé —contestó Otto enderezándose.

Tenía los ojos abiertos como platos, desenfocados.

—Nadie sabía dónde estaba —dijo Hannah, pronunciando las palabras a borbotones, como si enunciar los hechos fuese a cambiar la realidad—. ¿Se marchó del hotel Adlon?

—No, montó una escena en el vestíbulo —dijo Otto, moviendo la cabeza—. Es lo que me han contado. Lo sacaron a rastras de su habitación.

—Pero si nadie sabía dónde est… —Hannah se interrumpió y miró a Althea.

Clavó la vista en su rostro y a continuación la desvió hacia el edificio en el que acababa de estar detenida por los nazis. Después, sus ojos volvieron rápidamente a Althea, como si se diese cuenta otra vez de que esta estaba entera, de una pieza, sin cardenales ni marcas nuevas.

Althea, angustiada, iba a la zaga de los pensamientos de Hannah. Su cabeza no iba lo bastante deprisa para seguir la conversación.

—No —replicó.

—Tú sabías dónde estaba —dijo Hannah—. Te lo conté.

La áspera respiración de Otto rasgó el aire que separaba a las dos mujeres.

—No, no. —Althea tendió sus temblorosas manos a Hannah y, al ver

que esta daba un paso atrás, las cerró y se las llevó al pecho; temía que le fallasen las rodillas, caerse en la acera—. Diedrich ya lo sabía, seguro que lo sabía.

—¿Y cómo se enteró?

La pregunta no otorgaba el beneficio de la duda. Le salió como una bofetada, como una sentencia ya dictada.

A la vez que se le formaba un peligroso nudo en la garganta, Althea intentaba pensar.

—Dijo que… —Miró a Hannah a los ojos—. Que esto era más divertido que hacerme daño a mí. Lo planeó, Hannah. —Pero ya había perdido a Hannah. Althea notó que sus palabras se estrellaban contra una fachada de cemento. No había entrega, ni ternura, ni aquel afecto que solo ahora comprendía que le había sido concedido cuando se conocieron—. Por favor.

Althea dio un paso y tropezó, sin saber siquiera lo que estaba haciendo. Pero Hannah, el desprecio grabado en el rostro, retrocedió de nuevo.

—No me toques —dijo, y Althea pensó que habría preferido que le escupiese.

Las palabras cayeron sobre su piel lacerándola, creando esas mismas cicatrices que le faltaba tener para demostrar su inocencia.

—Yo no fui.

Fue lo único que consiguió decir mientras se abrazaba la cintura con ademán protector, los ojos empañados por las lágrimas que se negaba a derramar. Si se le escapaban, Hannah podría interpretarlas como prueba de que era culpable.

Finalmente, Otto dio un paso adelante y cogió a Hannah del hombro, abrazándola, ofreciéndole el consuelo que Althea habría querido darle. La señaló con el dedo.

—No te acerques a nosotros —dijo. Y después le dijo una palabra que Althea no conocía pero que se le quedó grabada en los huesos. «Puta», «traidora», «perra». ¿Una combinación de las tres? Daba igual cuál fuera. La repugnancia se transmitía fácilmente en cualquier idioma—. Venga, cariño —le murmuró Otto a Hannah, que a estas alturas estaba blanca como una pared y se apoyaba contra Otto como si fuese lo único en este mundo que podía mantenerla erguida.

—Lo han detenido —dijo Hannah, tan bajito que casi fue como si se le movieran los labios y no saliera sonido alguno. Pero Althea la oyó —. Se lo dije a Althea.

Althea respiró entrecortadamente, deseando —Dios, ¡cómo lo deseaba!— hacer cualquier cosa antes que quedarse ahí contemplando cómo se derrumbaba su mundo.

Y entonces oyó la voz de Hannah en su cabeza. «Esto no gira en torno a ti».

Anhelaba con toda su alma agarrar a Hannah de los brazos, obligarla a que la creyese, hablar y hablar y hablar hasta que Hannah cediese y reconociera que tenía que haber otra manera de que los nazis hubiesen encontrado a su hermano.

Pero en estos momentos Althea no era la protagonista.

De manera que dio un paso atrás y dijo, encogiéndose:

—Lo siento.

Seguro que los dos se tomaban su disculpa como una confesión, pero no le importó. Lo lamentaba, lamentaba todo aquello, lamentaba haber conocido a Diedrich, lamentaba haber creído las mentiras de los nazis, haber aceptado dinero nazi para venir a Berlín. Por mucho que no hubiese delatado bajo tortura el paradero de Adam, ¿acaso no era cómplice de su detención?

Porque Diedrich había tramado todo aquello como un castigo, de eso no cabía la menor duda. Y todo aquello empezaba y terminaba en Althea.

Lo único que no lamentaba era haber conocido a Hannah. Puede que hubiese llegado el fin del mundo, pero por una vez Althea había sido capaz de comprender algo que los demás parecían captar intrínsecamente: el amor no tenía por qué ser difícil. Podía consistir en esos ratitos bebiendo vino en la terraza de una cafetería, el suave roce de unos dedos sobre una piel brillante de sudor, bailar riendo entre las estanterías de una librería, miradas cómplices que no precisaban de palabras.

Hannah la contempló con una expresión dolida que se clavó de forma profunda y permanente en Althea. Aunque viviese cien años, jamás olvidaría cómo la miró en aquel momento.

La traición de Hannah era una carga tan pesada que le flaquearon las piernas. Sucedió tan deprisa que ni siquiera se dio cuenta de que se estaba cayendo hasta que sus rodillas chocaron contra la acera. Le iban a salir cardenales… ¡Ojalá ya le hubieran salido!

—Yo no fui —murmuró una vez más, incapaz de levantar la vista para mirar a Otto, el ángel vengador, y a Hannah, el ángel destruido.

—Ahórrate tus mentiras para quien se las quiera creer —dijo Otto, y, tirando de Hannah, añadió—: Venga, vamos; no merece la pena.

—No —dijo suavemente Hannah—, no la merece.

# Capítulo 42

*Owl's Head, Maine*
*Julio de 1944*

Al final, en efecto, Viv volvió al pueblo en bicicleta. Al verla llegar, Joe se echó a reír a carcajadas y tuvo que apoyar la mano en el capó de la camioneta para sostenerse.

Viv pensó que debía de estar hecha un asco, cubierta por otra capa más de polvo, seguramente.

Joe la alojó en una habitación que estaba encima del bar, y a la mañana siguiente Viv cogió la bicicleta para volver a la casita de Althea. Y también a la mañana siguiente, y a la otra.

Viv calculó que en poco menos de dos semanas tendría que volver a Nueva York a prepararse para el acto de Taft. Pensaba aprovechar bien el tiempo que le quedaba.

El quinto día, Althea le sacó fuera una taza de café. Después volvió a darle con la puerta en las narices, pero en cualquier caso Viv se lo tomó como una victoria.

Aquella noche, en el bar, estaba que no cabía en sí de gozo. Joe se limitó a mirarla moviendo la cabeza…, pero también sonrió un poco, y Viv lo interpretó como otra buena señal.

El octavo día, al caer la tarde, Althea salió de la casita. Cuando Viv se levantó del banquito en el que estaba leyendo, Althea indicó los acantilados con la cabeza.

—Acompáñeme a dar un paseo —propuso.

Viv consiguió reprimir una sonrisa, pero solo por los pelos.

Caminaron por los acantilados en silencio. Algo le decía a Viv que era mejor no presionar.

Al cabo de veinte minutos, Althea señaló el libro de bolsillo que Viv había olvidado que llevaba bajo el brazo.

—¿Qué está leyendo?

—*La feria de las vanidades* —se apresuró a responder Viv, encantada de que Althea hubiese iniciado una conversación—. Lo sacamos en la serie de junio de las Ediciones de las Fuerzas Armadas.

—Junto con el mío… —rumió Althea—. ¿Está bien? No lo he leído.

Viv se quedó pensando.

—Creo que sí. El subtítulo es *Una novela sin héroe*, que a mi modo de

ver es una advertencia acertada.

—¿Hay personajes desagradables?

—O, por lo menos, con defectos —dijo Viv después de pensárselo—. Aunque a mí los personajes con defectos me parecen muchísimo más interesantes. Me imagino que a usted también.

—Ha leído mis libros, ¿no?

No era una pregunta.

—Así es.

—Bueno, y ¿dónde está la sarta interminable de halagos? —le chinchó Althea, torciendo el gesto de manera desagradable.

—Sospecho que con los que ya ha recibido tiene más que de sobra para el resto de sus días —dijo Viv, y Althea arqueó las cejas.

—Cuando se pide un favor a alguien, conviene dorarle la píldora —dijo Althea, pero sonó a que le daba la razón.

—Con usted no creo que funcionen los halagos.

Pero la curiosidad sí. Y, en efecto, Althea preguntó:

—¿Y qué es, si puede saberse, lo que cree que sabe de mí?

A Viv se le disparó el corazón. Si se equivocaba, habría perdido su única oportunidad.

—Que no escribe para que la halaguen, sino como penitencia. —Althea se paró en seco, se abrazó y estudió el rostro de Viv con los ojos muy abiertos y casi dolidos. Al ver que no decía nada, Viv continuó—: La gente no busca elogios por la penitencia. Lo que busca es el perdón.

La boca de Althea se abrió una vez, se cerró, los labios formaron una línea fina y apretada. Y de repente se dio media vuelta y dejó a Viv plantada en medio de los acantilados, un portazo metafórico.

Aquella noche, cuando le contó la conversación a Joe y le preguntó si pensaba que debía renunciar, él la miró con aire pensativo.

—Inténtalo una última vez.

—¿Estás seguro? —preguntó Viv, intentando parecer despreocupada y dudando de haberlo conseguido—. A ver si me va a sacar la escopeta…

—Le pareces interesante. Hacía mucho tiempo que no se encontraba con nada que se lo pareciera. Inténtalo un día más.

A la mañana siguiente, Althea estaba esperándola junto a la verja. Sin mediar palabra, señaló el sendero con la barbilla, y a Viv casi se le saltan las lágrimas del alivio.

—Quiere que me vaya con usted a Nueva York, ¿no? —dijo Althea, cuando llevaban media hora de silencioso paseo.

Viv, que estaba medio en trance, disfrutando de la brisa salina, se sobresaltó.

—Sí. Yo correré con los gastos, si es un problema —dijo Viv, y, acto seguido, avergonzada, hizo una mueca.

Althea James no necesitaba que nadie le pagase nada.

Pareció como si a Althea le entraran ganas de reír, pero no lo hizo.

—¿Qué quiere que diga? Que le diga al senador ese, me refiero.

—Lo que usted quiera. ¿Qué le parece si le habla de los peligros de la censura gubernamental?

—¿Por qué supone que sé lo suficiente como para hablar de eso?

¿La estaba examinando?, se preguntó Viv.

—Por *Impensable oscuridad*.

—¿Y no porque estuve en Berlín durante las quemas de libros?

—Bueno, también por eso —admitió Viv.

—Eso me imaginaba.

—El peso del acto no recaerá completamente sobre usted. Quiero que esté presente porque creo que los americanos conectarán con su historia. Pero, si dice que no, me marcharé.

—¿Qué, acaso el portazo no fue lo bastante directo? —preguntó Althea, pero en su voz había cierto tono de broma.

—Dicen que soy… persistente —reconoció Viv—. Quería que entendiera a qué le estaba diciendo usted que no.

Althea la miró y Viv tuvo la sensación de que la iba a poner a prueba.

—¿Cuál es su libro favorito? —le preguntó.

—Esa pregunta es mi especialidad —dijo Viv, más para sus adentros que en voz alta, pero Althea reaccionó con un ruidito que denotaba interés—. Siempre hago esa pregunta. Es mi barómetro.

—¿Qué considera una mala respuesta? —preguntó Althea, sonando sinceramente interesada por primera vez.

—Que me digan que no les gusta leer —dijo Viv, con una sonrisita.

—Ah, pero no tienen la culpa. Es solo que algunas personas no han encontrado su libro.

Althea señaló con la cabeza un banco de piedra que miraba al mar, y Viv corrió a sentarse antes de que le diese por retirar la invitación.

—Creo que las Ediciones de las Fuerzas Armadas ayudan a que cada soldado encuentre el suyo —dijo Viv.

Althea frunció los labios con expresión guasona y dijo:

—Por si no me había quedado claro, ¿no?

—Soy perseverante. —Viv se encogió de hombros—. Pero lo cierto es que en parte es así como hemos conseguido que los editores se suban al carro. Estamos creando una generación de hombres que entienden lo que es leer por placer; antes, puede que jamás tuviesen a su alcance libros que, mira tú por donde, pudieran gustarles, y no solo los que les obligaban a leer en la escuela.

—Está tratando de convencerme de que su causa es justa. Pero yo no temo que usted sea como los nazis —dijo Althea, dándole con un dedo en la pierna—. Lo que temo es que otros lo sean.

—Y, en cuanto salga usted en toda la prensa del país, la gente no parará de acosarla… —dijo Viv, entendiéndolo por fin.

—Me gusta mi vida de ermitaña, aquí, en los acantilados —dijo Althea, casi como si pidiera disculpas—. Así no me meto en líos.

—Pero también la aleja de las cosas buenas, ¿no? —preguntó Viv.

—Puede que en otra época eso me importase —dijo Althea, la mirada perdida en el mar—. Ahora creo que a veces lo mejor que podemos hacer es proteger al mundo de nosotros.

Viv la escudriñó, preguntándose cómo se iba a tomar lo que estaba a punto de decirle.

—Creo que se atribuye demasiado mérito.

Althea clavó los ojos en el rostro de Viv, que por un terrible instante pensó que la había perdido por completo. Y entonces Althea echó la cabeza hacia atrás, y su risa atravesó los rítmicos lametazos de las olas. Después, se pasó el pulgar por el rabillo del ojo.

—Lo siento. Me ha recordado a alguien.

—¿A quién? —preguntó Viv.

La sonrisa de Althea se debilitó, pero no desapareció del todo.

—A alguien que nunca se andaba con chiquitas. Decía que el ascenso de los nazis al poder no giraba en torno a mí. Y que sentirlo así me convertía en una persona increíblemente egocéntrica.

—Vaya, no pretendía…

—Sí que lo pretendía. No pasa nada —interrumpió amablemente Althea—. Creo que, una vez más, me he convertido en la inmerecida protagonista de una historia que no es mía. Le pido disculpas; lo cierto es que vivo una vida muy aislada. —Hizo una pausa—. En fin, supongo que siempre ha sido mi mayor defecto.

—Nos pasa a todos, ¿no cree? —preguntó Viv con un suave resoplido—. Míreme a mí, embarcada en esta solemne misión pensando que, si consigo convencerla para que venga a Nueva York, habrá un antes y un después gracias a mí.

Althea inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y después la miró con ojos escrutadores.

—Todavía no me lo ha dicho. ¿Cuál es su libro favorito?

—Siempre respondo que *Frankenstein* —dijo Viv, midiendo las palabras—. Y me encanta Mary Shelley. Fue una adelantada a su tiempo, y, a pesar de que estuvo rodeada de un montón de hombres con fama de brillantes, estoy segura de que su legado sobrevivirá al de ellos.

Althea ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Y no es la verdadera respuesta?

—Yo sería una crítica literaria terrible —dijo Viv, encogiendo un hombro—. Siempre pienso que el libro que estoy leyendo en ese momento es mi favorito, aunque en sentido estricto no sea mejor que

otros que me entusiasman. —Esbozó una sonrisa socarrona—. Pero en cualquier caso me gusta esta pregunta.

—Entonces, ¿es capaz de saber al instante si alguien no le va a caer bien? —preguntó Althea, mirándola de reojo—. Entre los favoritos de Hitler están Dante y Jonathan Swift, como sabrá. El gusto por la lectura no es sinónimo de ser buena persona.

—Tiene razón —dijo Viv, con una pequeña reverencia. No había esperado este razonamiento por parte de una autora de renombre mundial, pero hizo que le cayese todavía mejor. Con demasiada frecuencia había un esnobismo en el mundo literario que impedía que la gente descubriese lo que le gustaba leer. A Viv no le importaba que fueran tebeos, novelas de detectives o novelas de amor. No había una sola respuesta correcta a su pregunta, porque todas eran la respuesta correcta—. ¿Y el suyo?

—¿Mi libro favorito, quiere decir? —preguntó Althea, pero parecía una pregunta retórica, así que Viv se limitó a esperar—. En cada época de mi vida ha habido uno distinto. Mi madre tenía una versión preciosa de los *Cuentos de los hermanos Grimm* que me encantaba cuando era pequeña. Después, *Ivanhoe,* y después *Alicia en el País de las Maravillas* —añadió, estremeciéndose—. ¿Ahora? *Suave es la noche*.

—F. Scott Fitzgerald —dijo Viv distraídamente—. No es su novela más popular.

—Fitzgerald siempre mejora pasados unos años. Es una novela un poco oscura —dijo Althea con tono seco. Volvió a mirar el mar—. Habla de lo que significó amar a una persona en un momento concreto. No habla de amarla para siempre, sino de recordar que hubo algo que hizo que esa persona amase a la otra y que siempre lo habrá.

—Qué romántico —dijo Viv, con el tono más neutral posible; tenía la sensación de que estaba pisando sobre un hielo muy fino.

—La escribió cuando Zelda estaba en el hospital debido a su locura —dijo Althea, de nuevo con aquel tono casi sarcástico—. Pero sí, lo es. —Después, se quedaron mirando las olas durante largo rato, lo suficiente como para que el sol se pusiera a sus espaldas. Finalmente, Althea se plantó las manos en los muslos y se puso de pie—. De acuerdo, seré su mono de feria.

—Yo la veo más bien como un león que salta a través de un aro en llamas… —dijo Viv con tono guasón, aunque el sí de Althea hizo que una maraña de emociones batiese como las alas de un pájaro contra su costillar.

Althea se rio, y por primera vez Viv vio a una mujer viva, luminosa y bella.

—Prefiero un hipopótamo patinador —dijo Althea.

Emprendieron el camino de vuelta a la casita. Viv sabía perfectamente que no debía insistir, pero, si Althea tenía un gran

defecto, Viv también.

—¿Qué le ha hecho decidirse? —le preguntó.

—Puede que no tenga lo necesario para ser la heroína de la historia de nadie —dijo Althea, abrazándose a sí misma—. Pero esta vez, en mis manos está no ser la villana.

# Capítulo 43

*París*
*Marzo de 1937*

En la azotea del hotel Majestic soplaba un aire tan fresco que Hannah tiritaba mientras apuntaba con la pistola a Deveraux.

Se dijo que no eran los nervios, que era el frío.

Dev, apoyada indolentemente contra la balaustrada, rebuscó en su bolso y sacó una fina cigarrera. Ni una vez dirigió la mirada hacia el arma.

—Mira que es mala suerte —reflexionó Dev mientras veía cómo se disolvía el humo en la nada—. Tenías que acabar justo en París. Y yo también. —Hannah dio la callada por respuesta. Dev ya se había enterado de que ella estaba aquí. No fue precisamente una sorpresa—. Es verdad que sabía dónde estabas —asintió Dev, como si Hannah hubiese hablado en voz alta—. Pero, con lo grande que es París…

—Los círculos en los que nos movemos nosotras, no —dijo Hannah, y, aunque se le trabó la lengua, pensó que había quedado airosa.

—Los nazis y los que huyen de ellos.

—¿Y tú con quién estás? —preguntó Hannah.

—¿Todavía no lo tienes claro? —contestó Dev, y por primera vez desde que estaban en la azotea señaló la pistola.

Hannah había dejado de confiar en la gente hacía mucho tiempo, más o menos por la época en la que Althea salió de aquel edificio nazi ilesa y compungida a la vez. Pero también sabía que en ocasiones las respuestas eran más complicadas de lo que parecían.

—Dímelo tú.

A pesar de ser una actriz consumada, Dev no pudo disimular su sorpresa. Fue visto y no visto, un fugaz destello que a Hannah se le habría pasado por alto de haber parpadeado. Acto seguido, aplastó la colilla con un gesto aparentemente despreocupado que, sin embargo, le permitió volver la cabeza y ocultarla de la vista de Hannah.

Al girarse de nuevo, la máscara estaba otra vez en su sitio.

—Les dije dónde estaba Adam.

No debería haberlo sentido como un puñetazo, pero la fuerza de la confesión casi tiró a Hannah al suelo. Hasta ahora, había dudado, había pensado que estaba loca por sospechar siquiera que Dev pudiese

estar implicada.

—¿Por qué?

—Porque soy la puta de los nazis, ¿te basta con eso? —dijo Dev, arrojando la verdad como si fuera una granada.

Y Hannah quizá la habría creído si años atrás no hubiese oído exactamente ese mismo tono en innumerables ocasiones. Por aquel entonces, Dev odiaba a los nazis casi tanto como Hannah.

¿De veras todo habría sido una farsa?

Aunque Hannah conocía a montones de personas que despreciaban a los nazis y después se sumaban a su causa —por miedo, por agotamiento, porque de lo contrario sus vidas quedarían destrozadas —, lo cierto era que Dev nunca lo había necesitado.

Podría haber vuelto a los Estados Unidos.

—No —dijo Hannah, mostrándose lo más firme que pudo. De nuevo, la fugaz sorpresa. Dev sacó otro cigarrillo y dio la callada por respuesta—. Adam murió, ¿lo sabías? En noviembre. —A Dev se le movió un músculo de la mandíbula. Siguió callada—. Aunque antes debieron de torturarlo —continuó Hannah. Se sentía distanciada, como si estuviese contemplando la escena y no participando en la misma—. Johann dijo que al final era todo huesos. —Dev evitó mirar a Hannah—. Y tú tuviste la culpa —dijo Hannah, hurgando en la herida—. ¿Te importa siquiera?

—Por supuesto que me importa —masculló Dev, y después exhaló ruidosamente como si se arrepintiese de haberlo admitido—. Pero ¿de veras crees que de no ser por mí no lo habrían pillado?

Hannah rio, pero fue una risa amarga, de desconfianza.

—Tú lo entregaste.

—Era una misión suicida. Lo sabes tan bien como yo. No había manera de hacerle desistir, no atendía a razones —dijo Dev, empezando a perder la compostura—. Lo habrían matado en el acto.

—Por favor, no intentes decirme que lo entregaste a los nazis para salvarle la vida. Ni siquiera tú puedes ser tan estúpida. —De nuevo, Dev espachurró la colilla, y esta vez Hannah se fijó en que le temblaban las manos—. ¿Por qué? —repitió suavemente Hannah, no con compasión, sino con una amabilidad que consideró necesaria para obtener respuesta.

La pregunta quedó flotando en el aire, una presencia densa que arrastraba consigo a las dos mujeres. El mundo se detuvo.

—Tenía que darles algo —dijo al fin Dev, con voz temblorosa—. Les había dado demasiada información falsa.

Y Hannah respiró. El ruido volvió, volvieron los pájaros, la cháchara en las calles, el zumbido de un motor lejano. Dejó caer el brazo, y la pistola se quedó apuntando al suelo. Las extremidades ya no la obedecían.

—Eres una espía —susurró Hannah.

—Una aficionada —le corrigió Dev, con una sonrisa torcida, autocrítica, en la que Hannah percibió asco—. Al menos, por aquel entonces. Ahora he mejorado. —Pero entonces miró al suelo y movió la cabeza antes de que se le fueran los ojos a la pistola—. O eso pensaba.

—Algo sospechaba —murmuró Hannah, y volvió a levantar el arma —. Cuéntamelo todo.

Dev no se inmutó.

—No fui a Berlín con expectativas de ningún tipo. Era actriz, guionista, directora. Nada más.

—Y viste que se te abría una oportunidad —adivinó Hannah.

—Casi inmediatamente —asintió Dev—. Por aquella época no había muchas personas en nuestro Gobierno que considerasen que los nazis fueran un problema, pero algunas sí había. Pregunté a unos y a otros; me ofrecí por si podía ser útil.

—Y, aunque los nazis les trajeran sin cuidado, supongo que lo que sí les importaba era recibir información confidencial sobre naciones enemigas.

—Has dado en el clavo. Mi contacto era fácil de persuadir. Puede que sus jefes no reconocieran la amenaza, pero él sí, una vez que empecé a dar detalles de lo que sucedía detrás de las bonitas fachadas que levantan los nazis para el resto del mundo.

—De modo que Adam fue… ¿qué? ¿Una desgraciada víctima de tu necesidad de mantenerte informada?

—Esto es la guerra, cielo —dijo Dev, pero de nuevo tenía una expresión tan tensa que parecía a punto de resquebrajarse—. Aunque todavía no se haya declarado, tú sabes tan bien como yo lo que se avecina. En la guerra no hay respuestas fáciles.

—No, pero sí hay respuestas equivocadas —contestó Hannah—. Adam no era un mero títere en tus manos. Era una persona.

—Era una persona que ya había tomado la decisión de que su vida tenía más sentido si la utilizaba para eliminar a los nazis —respondió Dev, que ya no estaba alterada. Hannah nunca había visto semejante temple—. Si delataba a Adam antes de que él entregase su vida, volverían a confiar en mí. ¿Tú sabes a cuántas personas he salvado gracias a esta confianza?

—Entonces, ¿esto va de intercambiar vidas? Esto no es mejor que lo que hacen los nazis. ¿Cuántas vidas vale un judío?

Dev retrocedió como si Hannah la hubiese abofeteado.

—Qué palabras tan feas.

—Tan feas como tus decisiones —le soltó Hannah.

—He utilizado mi posición con los nazis para ayudar a sacar clandestinamente del país a cientos de judíos alemanes —dijo Dev—.

Aunque no tengo por qué darte explicaciones.

Hannah movió ligeramente la pistola.

—En realidad, sí tienes que dármelas —replicó.

—Dispara si quieres —dijo Dev, levantando la barbilla con gesto desafiante—. Cada día tengo que soportar la carga de mis decisiones, pero en estos momentos mi realidad es esta. No lo lamento.

—¿Ni siquiera vas a disculparte? —preguntó Hannah—. Tu vida está en mis manos…

—¿Quieres oír un montón de palabras vacías? Si quieres, te las digo. Pero no van a significar nada. A Adam lo iban a pillar y a matar si seguía adelante con su plan. Lo sabes tan bien como yo.

Y sí, Hannah lo sabía. Había pasado noches y más noches intentando convencer a Adam de lo inútil de su idea. Pero él, tan encantador, tan inteligente, nunca había fracasado en nada. La vida, su vida, le había convencido de que siempre tenía razón. Y el mundo se lo había confirmado. Su plan era chapucero, un plan condenado al fracaso.

Y, sin embargo, Adam no dudó de que conseguiría cambiar las cosas.

Hannah jamás perdonaría la decisión de Dev —Hannah habría preferido morir antes que tomar una decisión como esa—, pero en lo más profundo de su ser estaba dispuesta a reconocer que quizá, solo quizá, lo entendía.

Aun así…

—Tú no sabías dónde estaba Adam —observó Hannah—. Sé que él no te lo contó. —Dev la miró sin pestañear. Hannah movió la cabeza. Sintió que algo se le retorcía en las entrañas, aunque aún no sabía por qué dolía tanto—. Solo lo sabíamos tres personas, Adam, Althea y yo.

—Ay, cielo… —susurró Dev.

—No. —Los dedos de Hannah buscaron desesperadamente la fría piedra y sintió que se le entumecía el cuerpo—. No.

—Althea no fue la única persona a la que se lo contaste —dijo suavemente Dev. Tan suavemente que le hizo daño.

Hannah retrocedió como si fuera posible escapar de la verdad de estas palabras. Pero Dev tenía razón. Por supuesto que la tenía.

—Él no… Él no lo…

El mundo se redujo a un punto diminuto, todo se volvió oscuro salvo la expresión de Dev. Remordimientos, comprensión. Pena.

—Ya sabes que bebía —dijo Dev—. Pero nunca te contó lo de las apuestas porque le avergonzaba demasiado. Tenía deudas que pagar, y también información que yo necesitaba.

Hannah pestañeó con fuerza, derramando lágrimas a borbotones al comprender que Dev decía la verdad. Le dolía el cuerpo, tenía la piel en carne viva. Habría preferido mil veces una puñalada a aquel dolor.

Al exhalar, no pronunció más que un nombre:
—Otto.

# Capítulo 44

*Nueva York*
*Julio de 1944*

Todo avanzó rápidamente después de que Althea accediese a participar en el acto.

Viv le concertó entrevistas con Marion Samuel, del *Columbus Dispatch*, y con Leo Aston, de la revista *Time*. Esta segunda no iba a salir hasta agosto, unas semanas después del acto de Taft, pero a Viv le pareció que era el momento perfecto. Si Taft estaba indeciso, tambaleante, estos dos artículos sobre la solitaria escritora superventas Althea James le asestarían el golpe definitivo.

La invasión de Europa Occidental seguía lentamente su curso, pero la cantidad de cartas que recibía el consejo no hacía sino aumentar. La insistencia de Roosevelt en que los muchachos tuvieran lecturas durante la misión había reforzado de nuevo el papel que desempeñaban las Ediciones de las Fuerzas Armadas en los esfuerzos para mantener alta la moral de las tropas. Viv tenía más cartas que darle a Althea que sacos en donde meterlas.

Habían alojado a Althea en el hotel Plaza. Mejor dicho, Viv le había pagado una habitación de su propio bolsillo.

—No es un precio caro si se tiene en cuenta que es para estar en el lado correcto de la historia —le dijo Viv a Hale el día que ella volvió a Nueva York.

Hale se limitó a sonreír y a darle un suave codazo.

—Estoy orgulloso de ti —dijo.

Semanas atrás, Viv tal vez se hubiese ofendido y hubiese buscado trazas de sarcasmo en la voz de Hale. Ahora, se ruborizó un poco; no estaba acostumbrada a la sinceridad, casi le daba vergüenza. Chocó la frente contra el hombro de Hale a modo de respuesta y acto seguido se apartó para encargarse de las catorce cuestiones urgentes que había que resolver antes de la visita de Taft.

En algún momento iba a tener que hacer algo en relación con el batiburrillo de revelaciones que había tenido en torno a Hale, pero ahora, a pocos días del acto que tanto tiempo llevaba planeando, no

era el momento. Por su parte, Hale hacía gala de una paciencia infinita y parecía bastante entretenido siguiendo los pasos de Viv, como llevaba haciendo desde que ella había vuelto a entrar en su vida.

Aquella noche, cuando Viv le llevó las cartas al hotel, Althea se quedó mirándolas con una mezcla de fascinación y terror.

Sentadas en el suelo de la suntuosa habitación de Althea, bebiendo el champán cortesía del hotel Plaza, abrieron los mensajes y los compartieron mientras lloraban sin dejarse desbordar por la emoción.

—«Hacía mucho que había olvidado por qué estaba luchando» —leyó Viv—. «Cada noche, al cerrar los ojos, lo único en lo que era capaz de pensar era en la sensación de los cuerpos bajo el agua, los cuerpos sobre los que había caminado para llegar a la orilla. Aquellos primeros días, odiaba a todo el mundo. A más de uno le puse el ojo morado, lo mismo me daba que fueran oficiales que soldados rasos. Hice más daño que los alemanes, pero no podía contenerme». —Althea hizo un ruidito con la garganta para dar a entender que estaba escuchando, pero no interrumpió. De modo que Viv continuó—: «Y, entonces, una noche, un amigo mío sacó su libro. Leyó el primer capítulo, el segundo. Después dijo que seguiría leyendo la noche siguiente, si sobrevivíamos. Y, por primera vez desde que desembarqué, quise sobrevivir».

«El libro me gustó bastante» —continuaba la carta, y Althea soltó un bufido por lo moderado del elogio—, «pero lo más importante es que esta mañana, en lugar de desear que una bala me atravesara el corazón, me he despertado con la esperanza de que no me alcance ninguna. Y si hay un mérito que quepa atribuirle, señorita James, es que ha ayudado al menos a un miserable soldado a levantarse un día más y luchar. Que Dios la bendiga. Sargento Tommy D'Annunzio, Segunda División de Infantería».

—Bueno —dijo Althea, alargando el brazo para coger la botella medio vacía mientras Viv pensaba en pedir otra. Después, alzó la copa—. Por las pequeñas victorias.

Y así transcurrió la noche, hasta que el amanecer se coló en la habitación sorprendiéndolas a ambas.

Viv se levantó, se estiró, gruñó.

—¿Te apetecen unos *bagels*? —preguntó.

A Althea se le iluminó el rostro, lo que confirmó que estaba más en contacto con la comunidad judía de lo que daba a entender. En Nueva York, la mayoría de la gente ni siquiera sabía lo que era un *bagel*. En febrero, cuando la Mafia robó la carga de un camión que llevaba mil quinientos *bagels*, la policía ni siquiera terminaba de comprender qué habían robado exactamente.

—¿Puedes conseguirlos?

Viv guiñó un ojo.

—Solo unos pocos elegidos estamos en el ajo —contestó.

La panadería más cercana que vendía *bagels* estaba a cuatro manzanas. Aunque no era ni mucho menos una caminata, les permitió respirar a pleno pulmón después de pasar toda la noche encerradas.

—¿Qué pasó allí? —preguntó Viv, demasiado cansada para controlar sus preguntas.

Althea bostezó y levantó el rostro hacia el sol.

—Nada especial —contestó.

Viv pensó que mentía, pero, como le pareció que le había hecho una pregunta impertinente, no insistió.

Se pararon en una esquina a comerse los *bagels* con salmón ahumado, sin saber qué otra cosa hacer. Viv no podía hablar por Althea, pero ella, personalmente, estaba tan agotada como si se hubiera corrido una juerga la noche anterior. Dormir estaba descartado, pero también ir a trabajar —pasarse nueve horas con la mirada perdida en la pared no era lo más aconsejable, teniendo en cuenta que faltaban dos días para el acto de Taft—.

Viv intentó nuevamente iniciar una conversación con Althea:

—¿Estás escribiendo otro libro?

—Siempre —dijo Althea con una sonrisita que Viv no terminó de entender—. Eso, en teoría. En la práctica, no sé si tengo nada más que decir.

—¿Estás obligada a decir algo siempre? —preguntó Viv.

No tenía intención de hurgar en la herida, sino que lo preguntó con sincera curiosidad.

—¿A diferencia de…?

—No sé, del soldado que escribió esa carta —dijo Viv, indicando el hotel con la cabeza—. En realidad, el mensaje no le importaba. O sea, no le importaba lo suficiente como para escribir sobre él. Pero sí le importaba el relato.

—¿Te parece que son dos cosas distintas? —preguntó Althea, aunque sin agresividad.

—Tu mensaje está hecho a medida para motivar a los hombres a ir a la guerra para defender los valores de este país —dijo Viv, intentando abrirse paso por la niebla mental para dar forma a sus pensamientos sin insultar a la escritora de fama internacional que estaba a su lado —. Hasta empezó la carta diciendo que no sabía por qué luchaba. Y, sin embargo…

—Lo que más le interesaba era saber qué iba pasar a continuación —dijo Althea, captando la idea—. Lo que le enganchó fue que mantenía su atención, no que le transmitiera una verdad.

—No me malinterpretes —se apresuró a añadir Viv—. Tus temas son importantes, pero…

—¿Pero?

—Creo que a veces la gente se centra tanto en el prestigio literario de una novela —dijo Viv, encogiéndose de hombros— que pierde de vista que leer debería ser divertido.

—*Las mil y una noches* —dijo Althea, y Viv inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—No pienso que la tarea de los escritores consista siempre en cambiar el mundo. Creo que a veces consiste en volverlo más ameno. Aunque sea por muy poco tiempo.

—Tu proyecto de las Ediciones de las Fuerzas Armadas —dijo Althea—. Mira que te gusta dejarlo bien claro, ¿eh?

Al ver que Althea la había descubierto, Viv se rio.

—Mi proyecto de las Ediciones de las Fuerzas Armadas —confirmó.

—Espero que esta guerra no dure tanto como para que otro libro mío tenga la oportunidad de ayudar a algún desdichado soldado — dijo Althea, y Viv no pudo por menos de darle un ligero apretón en el brazo para darle la razón—. Pero no te estarás echando atrás con lo de Taft, ¿no? Por mucho que todo esto pueda ser irrelevante dentro de unos meses.

Viv negó con la cabeza y se explicó:

—No creo que la necesidad vaya a desaparecer, ni siquiera si la guerra se acabase mañana. Estos muchachos van a estar torturados por lo que vieron allí. Si les quitamos los libros, ¿qué les queda? Pesadillas, nada más.

—De todos modos, no van a dejar de tener pesadillas —dijo Althea con un tono que dejaba bien claro que ella también las tenía.

—Ya. Pero al menos no será lo único que tengan.

# Capítulo 45

*Berlín*
*Mayo de 1933*

Mal que bien, Althea consiguió despegarse de la acera.

Sus piernas se negaban a colaborar, pero también sus brazos, de manera que todo quedaba compensado. Se dirigió hacia su apartamento, sin saber si iba por buen camino. Y sin que le importase.

La expresión de Hannah la obsesionaba. A cada paso que daba veía los ojos heridos, los labios magullados, el rostro impenetrable. Durante una noche maravillosa, Althea había tenido acceso al otro lado de estos muros. Ahora se le había vedado para siempre.

Las escaleras que subían a su piso eran todo un desafío, pero obligó a sus pies a subirlas mientras seguía abrazándose la cintura como si realmente pudiera protegerse del golpe.

Cuando por fin entró en casa, le temblaba hasta el último milímetro del cuerpo bajo el peso de todo lo sucedido.

No solo por la noticia de Adam, no solo porque la hubieran detenido los nazis, no solo por el cruel regocijo con el que Diedrich perpetró su venganza. También por los dulces momentos de la víspera (Hannah cogiéndole la mandíbula allí mismo y pegando los labios contra los suyos, explorando su cuerpo como si sus manos tuviesen ya derechos adquiridos).

En el cabaré, a Althea la aterrorizó lo que después sintió cuando la boca de Hannah le rozó la mandíbula. Pero aquí, en este refugio, ardió. El fuego de la pasión la consumió. Y después surgió de las cenizas como una persona nueva.

Althea no sabía, no se imaginaba, que pudiera ser así. Una conversación entre dos cuerpos sin cruzar una sola palabra. Siempre que había intentado flirtear con alguien, se había considerado en cierto modo insuficiente. Se ponía demasiado nerviosa, o le interesaba demasiado poco, o estaba demasiado cohibida. Y entonces apareció Hannah, con aquellos ojos tan dorados y tan cálidos, con aquellas caricias tan dulces a la vez que firmes…

De nuevo se dio cuenta de que estaba en el suelo cuando el dolor de las rodillas se volvió casi insoportable. Cambió de postura y recorrió el apartamento con la mirada: las sábanas todavía arrugadas, la taza de

té de hacía dos noches, el libro que había dejado sobre la mesa.

Sin pensarlo, sus dedos lo buscaron a tientas. *Alicia en el País de las Maravillas.*

No tenía sentido que los nazis hubiesen querido quemar un ejemplar del libro; la novela no contradecía ninguna de sus creencias. Althea se preguntó si lo habrían puesto en el montón por error. Pero, si hubiese tenido que verlo arder, habría perdido una parte de sí misma que jamás habría sido capaz de recuperar.

Recordó aquella noche de invierno de la época en la que aún era joven e ingenua. El librero le hizo un regalo y ella le dio a cambio su ejemplar de *Alicia*.

*Die Bücherfreundin.*

«La amiga de los libros».

Ahora le parecía que la etiqueta estaba sucia, contaminada.

Althea tenía tres semanas por delante hasta que pudiese salir del país. Diedrich no iba a seguirle los pasos (ya había ejecutado su castigo). Ella le había humillado y él la había destruido. No sabía cómo se había enterado de lo de Adam Brecht. Pero ya no tenía importancia. Hannah ni siquiera contempló otras posibilidades, y Althea comprendió que era eso lo que más le dolía.

Las lágrimas le habían empapado el cuello de la camisa, en la que, de haber podido, de buen grado se habría escondido. Aquella misma mañana se la había puesto mientras Hannah la miraba con afecto (al menos, con lo que Althea pensó que era afecto).

Negó con la cabeza. Quizá no supiese gran cosa sobre este mundo, pero sí sabía que lo que habían compartido ellas dos era verdadero. Como también había sabido siempre que el amor de Diedrich no lo era.

Al menos, eso Hannah se lo había dado.

Althea se limpió las mejillas con las manos y se levantó con dificultad. Tenía que haber algún modo de coger un barco que zarpase antes; no concebía que los nazis fuesen a intentar impedirle que se marchase. Total, ya no querían saber nada más de ella.

Cruzó la habitación y se puso a rebuscar en el armario. Sacó su maleta, la tiró encima de la cama. Solo entonces se dio cuenta de que todavía tenía *Alicia* entre las manos.

Era un ejemplar delgado, pesaba poco. Se quedó mirándolo un buen rato, debatiéndose. Después lo apartó y, con más rapidez que elegancia, empezó a recoger las cosas del minúsculo apartamento que había considerado su hogar desde hacía unos meses.

De camino a la estación del tren que habría de llevarla al puerto de

Rostock, Althea dio un rodeo y se dirigió al apartamento de Hannah.

No se atrevía a llamar al timbre. Sabía que no sería bien recibida.

Dejó el ejemplar de *Alicia* que había envuelto y que estaba dirigido a Hannah en la mesita de la entrada. Tal vez lo recibiría, tal vez no.

En la portadilla, Althea había dejado un último mensaje, expresado con las propias palabras de Alicia.

*Sé quién era cuando me levanté esta mañana, pero desde entonces creo que he sufrido varios cambios.*

Debajo de la cita, Althea había garabateado «Gracias», con la esperanza de que Hannah lo entendiera.

# Capítulo 46

*Nueva York*
*Julio de 1944*

Viv amaneció la mañana del acto de Taft con un estómago de acero y el pulso firme. Llevaba tanto tiempo planeando ese día que era casi como si no hubiese llegado de verdad.

Pero sí había llegado. Ella era Wellington y este —por fin— era su Waterloo.

Se vistió con esmero: un impecable traje chaqueta gris paloma con una falda de tubo y una blusa blanca almidonada. Se puso las medias por las que había pagado la escandalosa suma de veintidós dólares después de que se hiciera una carrera en su preciado par anterior, y, por último, se pintó los labios de un bonito rojo que le hacía las veces de armadura.

A punto estaba de salir de la habitación cuando se paró en seco y, con la mano todavía sobre el pomo, se dio la vuelta y miró la ventana que daba a la avenida.

Cruzó la habitación de un par de zancadas y la abrió de par en par.

«Ruge», dijo aquella vez Edward.

Viv echó la cabeza hacia atrás y, sacando todo lo que llevaba dentro, gritó hacia el cielo de la mañana.

Todas las dudas, los temores, los dolores y las alegrías de los tres últimos meses se agolparon en su voz, en su grito primigenio.

Rugió por Edward, enfrascado en *Oliver Twist*, por Althea en los acantilados, por Hannah Brecht perdida entre los estantes de libros. Por Charlotte, espátula en ristre, y después por la Charlotte que había llorado en el metro. Por Georgia, en aquel club de Harlem, y por Bernice el Día D, y también por aquellos chiquillos de Brooklyn que simplemente quisieron jugar al béisbol.

Y después rugió por sí misma, por la Viv de hacía seis meses y de hacía un año, cuando lo único que tenía en su agenda era vender bonos de guerra a sus amigos ricos.

Mientras su voz se iba apagando, un transeúnte gritó «¡Cállate la boca!», algo que en Nueva York era tan inevitable como respirar.

Viv se rio, le hizo una peineta y cerró la ventana.

Podía conseguir cualquier cosa que se propusiera. No le cabía la

menor duda, porque se lo había dicho su mejor amigo.

Charlotte se despidió de ella con un abrazo después de un copioso desayuno con tortitas y efusivos elogios, gracias a los cuales Viv no tuvo que pellizcarse las mejillas para darse un poco de color.

Ni se molestó en sacar una novela de las Ediciones para el trayecto de metro. No era día para distraerse, y repasó la lista de cosas por hacer para asegurarse de que no se le había quedado nada en el tintero.

Bernice y Edith la saludaron en el vestíbulo del Times Hall, ambas con las sonrisas resueltas de unos soldados rasos dispuestos a recibir órdenes. Viv las estrechó entre sus brazos, incapaz de contener la arrolladora emoción que le producía tan evidente muestra de apoyo. Y a continuación les asignó tareas, porque en un día como aquel habría sido absurdo rechazar cualquier ofrecimiento de ayuda.

Faltaba una hora para que los periodistas empezaran a desfilar, pero tenía la sensación de que el senador Robert Taft ya había llegado.

La sospecha se confirmó cuando vio al señor Howard Danes apoyado a la entrada del despacho del señor Stern.

Al verla, levantó las manos con exagerado aire de inocencia.

—No se chive a los polis, señora. Me han invitado, se lo juro —dijo.

Viv detectó en su voz el mismo humor irreverente de aquella oscura noche en medio de la calle, y volvió a sentir el mismo repelús.

—No me obligue a sacar el alfiler de sombrero —amenazó ella, y pasó de largo sin esperar respuesta.

La risotada del hombre la siguió hasta el interior del despacho del señor Stern.

Taft estaba de pie junto al escritorio, los gruesos dedos agarrando con fuerza el hombro del señor Stern. Viv se dio cuenta de que acababa de interrumpir una diatriba sobre el póster de propaganda que había en la pared. El que proclamaba que en esta guerra los libros eran armas.

Los dos hombres levantaron la vista al oírla carraspear. Los ojos de Taft recorrieron el cuerpo de Viv, provocándole un desagradable escalofrío.

—El mío, con leche —dijo Taft, con ese acento campechano que Viv sabía que se esfumaba en cuanto se enfurecía.

Viv se mordió los labios para cerrar el paso a una contestación que habría podido estropear el día antes de empezarlo siquiera. Haciendo acopio de paciencia, dijo con voz serena:

—Hemos puesto una cafetería en el vestíbulo. Seguro que alguien podrá indicarle el camino.

El señor Stern disimuló con una tosecita las ganas de reír y se dispuso a presentarlos de nuevo.

—Senador, seguro que se acuerda de la señora Childs, nuestra

directora de publicidad. —Nadie mencionó la emboscada del restaurante, y añadió—: Ha cumplido una función decisiva en la organización del acto de hoy.

—Señora Childs.

Taft pronunció su nombre con el mismo desdén con el que habría dicho «Hitler».

—Senador Taft. Espero que este programa le parezca… didáctico… —dijo Viv con voz almibarada—. Le estamos muy agradecidos por haber venido. Así podrá comprobar hasta qué punto son importantes las Ediciones de las Fuerzas Armadas para los muchachos destinados en el extranjero. —Hizo una pausa—. Porque seguro que es eso lo que más le preocupa, claro.

—Hay un montón de maneras de ayudar a los chicos —dijo Taft agarrándose las solapas—. Tal vez haya oído hablar de la Ley de Reajuste de Militares que propuse para ayudarlos a seguir educándose cuando los traigamos a casa.

—Sí, he oído hablar de ella —concedió Viv a regañadientes—. Da gusto, lo bien que salen las iniciativas cuando se trabaja en comandita, ¿no cree?

Los ojos de Taft se entornaron como si estuviese a punto de zambullirse de pleno en el debate, pero el señor Stern volvió a toser para diluir la tensión.

—Todos salimos ganando —dijo este último.

—En efecto —consiguió decir Viv.

Sabía que el señor Stern quería facilitarle al senador un modo de salir airoso. El ángel bueno de Viv le hacía estar de acuerdo con el señor Stern, pero el diablo que llevaba en el hombro quería que pisotease verbalmente a ese hombre que se había convertido en su pesadilla.

Sin molestarse en expresar también su acuerdo, Taft se giró y gritó por la puerta abierta:

—Bollitos de pasas. Café.

A punto estuvo Viv de sonreír al imaginarse al sarcástico hombrecillo teniendo que hacer un recado de tan poca categoría. Se le cruzó la mirada con la del señor Stern, que asintió una vez con la cabeza para darle a entender que podía escaparse. Como Viv no tenía ningún interés en perder más tiempo con el engreído y desdeñoso senador, cogió la oportunidad al vuelo y salió al pasillo.

Se sacó de la cabeza —al menos por el momento— a aquel odioso personaje mientras bajaba en dirección al escenario principal, donde había empezado a congregarse la prensa.

Entre los trajes y las cabelleras, todos prácticamente idénticos, localizó a Leo Aston, y se abrió paso por el pequeño gentío saludando a los periodistas que conocía y agradeciendo su presencia a los que no.

—Taft es un político interesado y ruin, y hoy se le va a ver el plumero —aseguró Leo cuando Viv estuvo lo suficientemente cerca—. Hay demasiadas personas observando como para que no cometa un desliz. Si conseguimos una cita impactante, conseguirás el respaldo público que buscas en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero es un tipo listo —dijo Viv toqueteando el collar de perlas que con tanto esmero se había enrollado aquella mañana alrededor del cuello.

—Bueno… —Leo arrugó la nariz—. Es arrogante, y, cuando te alejas del grupo de Capitol Hill, no cae bien. La gente va a buscar un motivo para distanciarse de él, pero para eso necesitan cobertura política. Esto… —señaló las sillas, que se iban llenando poco a poco de congresistas, literatos, destacadas figuras públicas y, lo más importante, de los donantes políticos más ricos de la ciudad— esto es cobertura política. Bien hecho, chavala.

Viv, alisándose la falda —por otra parte, ya lisa— con mano temblorosa, asintió con la cabeza.

—Los oídos, siempre bien abiertos, ¿eh? —le pidió al periodista.

—Siempre —prometió Leo, y le dio un apretoncito en el hombro antes de volver a fundirse con el resto de los periodistas.

Viv, con los nervios tapados por una mezcla de orgullo y afecto a partes iguales, recorrió los pasillos mirando a los asistentes. Leo no había exagerado cuando había tomado nota de la multitud. Los medios de comunicación no eran los únicos que habían acudido a espuertas. Entre el público había diez o doce mujeres que Viv identificó como bibliotecarias voluntarias; estaban Harrison Gardiner y otros jóvenes brillantes de las editoriales junto con sus jefes, más viejos y aburridos; estaba el anciano del Centro Judío en el que trabajaba Hannah Brecht y varias personas más que Viv supuso que serían los colegas de Hannah; estaba Hale, y también veintitantos hombres que Viv sabía que eran políticos. Miró a Hale con una sonrisa de agradecimiento que él le devolvió sin esfuerzo.

Betty Smith se encontraba junto al escenario, rodeada de gente, el cabello moreno austeramente recogido con horquillas. Viv había coincidido con ella en varias ocasiones, y en cada una su magnetismo la había sorprendido como si fuera la primera vez que la veía. La fama que le había procurado *Un árbol crece en Brooklyn* le habría garantizado por sí sola la atención del público, pero lo que la iba a mantener era su actitud reflexiva.

Betty asintió con la cabeza al cruzar la mirada con Viv, que sintió que una indefinible calidez se irradiaba por su pecho al ver el gesto de aprobación de la escritora.

Se acordó de aquella tarde de borrachera del mes de mayo en que Harrison, dando golpecitos con el dedo en la barra del bar, le dijo:

*Si esto fuera un libro, ¿sabes en qué punto estaríamos ahora mismo? […] Es el momento del «todo está perdido».*

Pero ahora tenían su espectáculo. Tenían su ejército.

Viv solo tenía que confiar en que fuera suficiente para sacar de la nada un final feliz.

# Capítulo 47

*París*
*Marzo de 1937*

Los pulmones de Hannah se colapsaron, vaciados de aire tras una exhalación temblorosa.

—Otto.

Dev observaba a Hannah con las manos alzadas como si estuviese lista para coger a Hannah en caso de que se cayera. Como si no hubiese sido ella la que la empujó.

Por un momento alarmante, Hannah se vio a sí misma utilizando la pistola. Vio la sangre manando de la herida abierta en el pecho de Dev, sus dedos tocando la carne rasgada como si pudieran cauterizar los pedazos. Vio ese último reconocimiento que asomaría fugazmente al rostro de Dev antes de caer desplomada al suelo, sin vida.

Hannah dejó caer el arma, y esta golpeó contra el cemento, con un ruido fuerte y estridente que hizo que Dev se estremeciera.

—¿Lo volverías a hacer? —preguntó Hannah, oyendo las palabras, suaves y pastosas, como si resonasen en un túnel sin final—. Ahora que sabes cómo salió todo.

—No lo dudaría.

La respuesta no sorprendió a Hannah —dudaba de que nada pudiera sorprenderla a estas alturas—, pero necesitaba oírla.

Asintiendo con la cabeza, se giró, forzó a sus piernas a obedecerla y avanzó a trompicones hasta la puerta por la que habían salido a la azotea del hotel.

—Hannah —oyó que decía Dev, su voz teñida de compasión—. No fue culpa de Otto. Si tienes que echarle la culpa a alguien, échamela a mí.

Hannah no se detuvo, no titubeó, no suplicó más detalles acerca de la traición del que había sido su amigo del alma.

Años atrás, en aquella acera de Berlín en la que Althea la miró con ojos húmedos y culpables, Hannah pensó que había perdido por completo la inocencia.

Pero, como había dicho Dev, la confianza que Hannah tenía en Otto era algo innato, formaba parte de ella, tanto que ni siquiera pensaba en ello. Habría sido como preguntarse si su propia mano podría

clavarle un cuchillo a su corazón.

París, asfixiante y ruidoso incluso en una tranquila mañana de domingo, la oprimía. Hannah sabía que estaba caminando, doblaba las curvas cuando había que doblarlas, evitaba los coches y las bicicletas maquinalmente, pero no se sentía anclada a su cuerpo.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero de repente se vio delante de la puerta de Otto. La madera se burló de su incapacidad para alzar la mano y llamar. El sol le caía sobre la nuca y hacía que el sudor le resbalase por la espalda, acumulándose en la región lumbar. Cuando llevaba un buen rato sin moverse del sitio, empezaron a temblarle las piernas.

Por fin, el picaporte se giró, la puerta se abrió. Otto. Las moradísimas ojeras, la delgadez del rostro, los profundos surcos que había a cada lado de su boca cobraban sentido ahora.

Otto jamás volvió a ser el mismo desde que salieron de Alemania. El alcohol, la distancia, el llanto, la pelea con los nazis, la maldita pistola… ¿Cómo no se había dado cuenta?

¿Tendría todavía deudas que no podía saldar? Seguramente sí. Ese tipo de conducta no desaparecía de la noche a la mañana.

Otto la miró fijamente. Después asintió con la cabeza una vez.

—Lo sabes —dijo.

Sin esperar respuesta, se dio media vuelta, dejando la puerta abierta. Se abrió camino a trompicones por el oscuro pasillo hasta llegar a la cocina del pequeño piso. Había allí un asiento bajo la ventana en el que a Hannah siempre le encantaba acurrucarse a beber té y ver a los pájaros entrar y salir del exuberante jardincillo trasero.

Delante de este asiento, sobre una mesa, había ahora una licorera casi vacía. Otto se dejó caer en los cojines, el cuerpo perezoso y desgarbado. Pero el aire relajado de sus piernas despatarradas se contradecía con la tensión que Hannah veía con meridiana claridad en su rostro.

Otto se las apañó para enganchar el licor. Echando un trago directamente de la licorera, la miró con la indolente indiferencia de un joven hastiado del mundo.

Era todo fachada, por supuesto, pero a Hannah le entraron más ganas todavía de darle una bofetada. Cuando ya no pudo soportar seguir mirándole ni un segundo más, se volvió y se dirigió hacia el fregadero, sobre el que había una ventana que daba a un rosal que aún no había florecido.

Hannah dejó que el silencio se expandiese entre los dos mientras recordaba cada momento que había vivido con Otto: cuando corrían de niños por campos de flores, cuando pescaban en el arroyo de debajo de la casa de campo de los padres de él, cuando ensayaban besos y veían después que a ninguno de los dos les interesaba

demasiado el asunto, cuando se escabullían los calurosos días de verano a leer libros bajo los árboles, cuando compartían secretos, cuando compartían los secretos más gordos del mundo mundial. Después, en la universidad en Berlín, los clubs nocturnos y una libertad que hasta poco antes solo habían conocido en sueños. Y cuando Hannah asistía a las obras de teatro de Otto, y Otto acompañaba a Hannah a lecturas públicas en librerías. Noches de borrachera, y las inevitables jaquecas a la mañana siguiente.

Después, Adam y Althea, los nazis, la vida desmoronándose a su alrededor. Cuando empezó a construir una nueva vida en una ciudad extranjera que solo era su hogar cuando Otto estaba con ella.

Hannah quería preguntar por qué, pero era incapaz de mover los labios.

Y, además, Otto fue el primero en arrancar. Siempre era él.

—¡¿Vas a decir algo?! —gritó al fin, levantándose de golpe con aquel dramatismo que llevaba en la sangre.

Se le puso una mirada salvaje. Tenía los nudillos blancos de apretar la licorera recién vaciada.

Hannah se preguntó si estaría pensando en estamparla contra la pared solo por ver cómo se hacía añicos algo más aparte de él.

—¿A qué precio? —preguntó ella con dulzura, a sabiendas de que de este modo las palabras le herirían en lo más hondo—. ¿A qué precio vendiste la vida de mi hermano?

Un sonido visceral, descarnado, retumbó en el pecho de Otto.

—¿Acaso importa?

Hannah cerró los ojos para protegerse de las incesantes oleadas de dolor.

—Sí.

—Diez mil —confesó Otto en un susurro.

—¡Ah, Otto…! —Hannah fue incapaz de cerrarle el paso a la empatía. Su adorado Otto… Otto, que lo era todo para ella… ¡Qué miedo debió de tener, qué desesperado tuvo que estar! Pero Adam también tuvo miedo. Y también estaba desesperado. Lo veía sentado ante ella en la prisión nazi, la cara rota, hinchada, casi irreconocible —. ¿Por qué no…, por qué no dijiste nada? —enunció Hannah arrancándole la pregunta a su garganta contraída por el dolor.

—¿Qué habría cambiado? —contestó él, y, al hacerlo, el delirio de su mirada se propagó a su voz.

Otto estaba al límite, tirante y casi temblando como un arco tensado, borracho, agobiado por la culpa y empeñado en fingir que no estaba de ninguna de esas maneras.

—Puede que nada —reconoció Hannah.

Se dio la vuelta y se apoyó contra el fregadero con los brazos cruzados.

Otto apartó la vista. Tenía la mandíbula apretada.

—¿Qué quieres que diga?

Hannah soltó una amarga risotada. ¿Qué quería que dijera? Para empezar, «lo siento», pero no daba la impresión de que estuviese pensando en decirlo. Aparte de eso, ¿qué podía ofrecer? Hannah no necesitaba sus excusas ni sus explicaciones. Sabía por qué no le había contado que el traidor era él y no Althea: habría sido difícil, y a Otto nunca le gustó hacer las cosas que son difíciles. Tal vez hasta se hubiese autoconvencido de que no fue el único al que se le había escapado el secreto.

Aquel día él vio la expresión de culpabilidad de Althea, al igual que la vio Hannah. Quizá se contó a sí mismo la bonita historia de que la verdad de que él había delatado a Adam era redundante.

Y quizá de verdad pensara que no habría cambiado nada. Al fin y al cabo, Hannah no le había hablado de las cartas de Althea, no le había dicho que ella había seguido escribiéndole durante años después de su breve amorío. ¿Qué habría pasado si Hannah se hubiese sentido capaz de abrir siquiera una de aquellas misivas?

¿Qué habría cambiado?

Aunque nada de esto tenía importancia ya. Al final, Otto había elegido lo fácil por encima de lo correcto. Y Hannah había visto cómo el país entero hacía esta elección una y otra vez. Seguramente habría infinidad de personas por ahí que harían lo mismo…, pero a Hannah se le había acabado la tolerancia hacia ellas.

Si Otto simplemente hubiese estado borracho y el secreto se le hubiese escapado en un descuido, quizá ella se habría sentido capaz de perdonarlo. Pero Otto había tomado una decisión desalmada, había calculado cuánto valía la vida de Adam y había escogido la opción más egoísta de todas las posibles.

—Quiero que te despidas —dijo ella, con la misma dulzura con la que había hablado hasta el momento.

Pero para el caso podría haberle cortado el pescuezo, en vista de cómo se le descompuso el rostro antes de caer desplomado. En el suelo, afeado por primera vez en su vida por las lágrimas, abrazó la licorera como si viera en ella un bálsamo.

—Hannah. —Pronunció su nombre entre sollozos—. No me hagas esto.

Hannah cruzó la habitación, se arrodilló ante él y le rodeó las mejillas con las manos. Otto hundió el rostro en ellas como un niño en busca de consuelo. Pasándole el pulgar por debajo de los ojos para secarle la humedad, Hannah se inclinó y le besó en la frente. Después se sentó en cuclillas y le obligó a mirarla a los ojos.

—No me has pedido que te perdone —le dijo—. De todos modos, te voy a perdonar. Pero no quiero volver a verte jamás.

Lo único que logró hacer Otto fue espirar de forma entrecortada. Hannah esperó. Le estaba dando otra oportunidad sin verlo a él allí, sino a Althea disculpándose por algo que ni siquiera había hecho. A Althea disculpándose por haber hecho daño a Hannah, a pesar de que era inocente del crimen. Al contrastarlos, los pedazos rotos del alma de Hannah volvieron a coserse unos con otros.

No todo el mundo se elegía en primer lugar a sí mismo.

Al ver que Otto callaba, Hannah sonrió con tristeza, se levantó y se dirigió hacia el pasillo.

—De todos modos, se iba a morir —dijo Otto, con la misma voz con la que la había saludado. Una voz joven, descarada, a la defensiva.

De nuevo, Hannah sintió aquel cosquilleo en los dedos que no eran sino ganas de abofetearle. Pero se contuvo.

Se volvió y se quedó mirando a aquella escoria humana que era Otto.

—Me culpaba a mí misma —dijo, y Otto gimió, pero no respondió—. Por haberle contado a Althea lo de Adam —continuó Hannah, por si Otto no lo había entendido—. Jamás estuve tan enfadada con ella como lo estuve conmigo misma. Y tú me dejaste cargar con eso durante años. —La boca de Otto se movió, pero no salió de ella ningún sonido—. Cada día que te despertabas y elegías no contármelo era un día en el que yo podía haberme odiado a mí misma un poco menos —continuó Hannah, que ya no tenía ningún interés por guardarse nada—. Cada día, sin excepción, te despertabas y te elegías a ti mismo por encima de mí. La vida está hecha de esas elecciones; tú estás hecho de esas elecciones.

Otto se acurrucó todavía más.

—Ahora puedes odiarme a mí en vez de a ti misma.

—Ya te encargas tú de hacerlo por los dos —dijo Hannah, posando los ojos sobre la licorera—. Adiós, Otto.

Se dio media vuelta, y esta vez fue la definitiva.

Hannah no se permitió pensar, no se permitió divagar, preocuparse, obsesionarse; se limitó a poner rumbo a su casa por el camino de siempre, el que había recorrido en infinidad de ocasiones con y sin Otto.

Sin darse cuenta, de repente estaba otra vez en su apartamento, apoyada contra la pared y abrazando sobre su regazo la caja de cartas que nunca había abierto, y sobre la que estaba el ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Metódicamente, abrió cada sobre y leyó cada carta. Esperaba encontrar acusaciones, disculpas, incluso súplicas. En cambio, lo que recibió fue una historia que identificó como la segunda novela de Althea.

Cuando llegó al último sobre, el más pesado de todos, el que llevaba

escrito «No seas terca» por la parte de fuera, encontró un visado para los Estados Unidos, un billete abierto para la travesía en barco y un último papelito.

En el papel había una dedicatoria, que Hannah estaba segura de que no había entrado en el texto definitivo del libro.

La leyó enjugándose las lágrimas.

*Para Hannah, por ser la heroína que cualquier novela querría tener*.

# Capítulo 48

*Nueva York*
*Julio de 1944*

A Viv le preocupaba que Althea James se le desmayase encima. Estaba demasiado pálida, tenía los labios tirantes, y los nudillos blancos de tanto apretar los puños.

—Respira —susurró Viv mientras la acompañaba a la parte de atrás del escenario, allí donde los actores debían de esperar a que les dieran el pie cuando el teatro estaba abierto. Desde allí era imposible que Althea viese al abrumador público antes de salir a hablar—. Dicen que ayuda imaginárselos a todos en ropa interior. —Al ver la mirada que le lanzó Althea, a Viv le recordó a un caballo espantado—. En realidad, no, no me hagas caso —siguió diciendo al ver a la secretaria Bernice Westwood en el vestíbulo. Viv Oyó el pánico que asomaba a su propia voz al preguntarle—: ¿Podrías quedarte un ratito con la señorita James, Bernice? Solo unos minutillos.

Lo peor que podía hacer Althea en estos momentos era reconcomerse en silencio. Bernice se encargaría de evitarlo.

—Pues claro, corazón. —Bernice se apoyó contra el brazo del sofá azul en el que estaba sentada Althea y se dispuso a desempeñar su papel a la perfección—: ¿Sabe lo que me han dicho sobre dos editores de *Publishers Weekly*? Por lo visto, acaban de enterarse de que comparten a la misma amante…

Viv sonrió y se fue a buscar a Hannah Brecht, apagando varios incendios de poca intensidad por el camino.

Mientras que Althea había estado a punto de derrumbarse, Hannah estaba completamente serena. Se encontraba entre bastidores, observando el trajín con una mirada un tanto risueña. Había llegado tan temprano que Viv la dejó en su oficina y le dio un ejemplar de *El gran Gatsby* de Fitzgerald, una novela de próxima publicación por las Ediciones de las Fuerzas Armadas cuyas deslucidas ventas habían obligado a Edith a pelear para que se incluyese en el programa.

Pero en cuanto el público empezó a entrar, Hannah empezó a prestar atención al ajetreo.

Viv hizo una pausa y la observó unos instantes. Llevaba un favorecedor vestido verde abotonado que realzaba el cálido color de

sus ojos y hacía un bonito contraste con los rizos oscuros que le caían en cascada sobre los hombros. Los focos la mantenían medio en penumbra, medio iluminada, y Viv pensó que quizá era así como Hannah vivía su vida: al sol y a la sombra a la vez, compartiendo cosas con los demás, pero también manteniendo su misterio.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Viv cuando se acercó a ella.

Hannah no apartó los ojos del público.

—No exactamente —respondió Hannah, arrastrando las palabras con un tono cercano al humor pero que no lo era.

—Hummm… —dijo Viv.

No se acababa de acostumbrar a la reticencia de Hannah, a su manera de observar el mundo, no como parte activa, sino como espectadora. Era una actitud que desconcertaba a Viv, quien nunca sabía qué hacer para no preocuparse demasiado por las cosas y, por tanto, se sentía torpe charlando de trivialidades, charla que, por otro lado, Hannah ni siquiera parecía necesitar.

—Dijiste que la señorita James asistiría, ¿no? —preguntó Hannah mirándola por fin.

Viv echó un vistazo al fino reloj que había elegido ponerse para ese día especial.

—Sí, de hecho, voy a esperar para ir a buscarla a que se haya ido la mayoría de los demás oradores. Parecía… nerviosa.

A Hannah se le contrajeron las comisuras de los labios, pero se limitó a cruzarse de brazos y a mirar mientras el señor Stern salía con paso firme al escenario para presentar al primer invitado, un hombre que había perdido las piernas en primavera y al que los libros de las Ediciones de las Fuerzas Armadas le habían amenizado la estancia en el hospital.

Viv no se había limitado a cuidar solamente de Hannah y de Althea mientras organizaba el acto. Reclutó a bibliotecarios que ejercían de lectores voluntarios para el consejo, a un familiar de un soldado cuya última carta a casa trataba sobre el proyecto de las Ediciones de las Fuerzas Armadas, al soldado que había descubierto los libros en un hospital de Italia, a un corresponsal de guerra que había estado estacionado con las tropas en el Pacífico. Si Taft era capaz de resistir ese bombardeo, significaba que era un hombre aún más cínico de lo que Viv imaginaba.

Pero eran sus electores los que importaban, y Viv estaba casi segura de que sus compatriotas serían ganados para la causa.

Cuando se acercaba el momento de la intervención de Hannah, Viv miró en derredor hasta que localizó a Edith, que estaba por allí cerca.

—Voy a buscar a la señorita James. ¿Podrías avisar a la señorita Brecht cuando le toque salir? —le pidió.

—Claro que sí —dijo Edith, y tendió la mano para acercar a Hannah

hacia sí.

Hannah vaciló, y miró a Viv por un instante como si quisiera decir algo; después, esbozó aquella sonrisa suya tan reservada y se volvió hacia Edith.

Viv hizo una pausa, sin saber si Hannah necesitaría que le diese ánimos antes de enfrentarse a la multitud. Pero, tras un breve debate interno, optó por aceptar lo que le acababa de decir Hannah, esto es, que no estaba nerviosa exactamente, y se dirigió hacia la sala de espera.

Los ojos de Althea seguían abiertos como platos cuando Viv volvió al cuarto de la parte de atrás del escenario, pero a Viv le dio la impresión de que estaba más intrigada por el cotilleo de Bernice que asustada por su comparecencia.

—¿Preparada? —preguntó Viv después de que Bernice le guiñase discretamente un ojo.

Althea se había puesto una blusa blanca almidonada y una falda roja a cuadros que le habría sentado mejor a una mujer más alta. Aun así, proyectaba un aura de seriedad que Viv sabía que tendría buena acogida entre el público.

—Todavía hay otra oradora antes que tú, pero pensé que te gustaría verla —dijo Viv, conteniéndose para no abrazar a Althea.

El hecho de que hubiesen estrechado la relación no significaba que Viv hubiese olvidado que, no hacía tanto, Althea le había dado con la puerta en las narices. ¿Y si no le hacía ninguna gracia que aludiese a lo nerviosa que estaba?

—¿Quién es? —preguntó Althea, y por el tono Viv sospechó que en realidad le traía sin cuidado y que lo que quería era centrarse en algo que no fuera su inminente discurso.

—En realidad, se trata de una mujer que he conocido aquí, en Nueva York —dijo Viv mientras se abrían paso hacia la zona entre bastidores.

Hannah estaba esperando junto a Edith mientras el señor Stern la presentaba al auditorio.

—Trabaja en el Centro Judío de Brooklyn, que tiene una biblioteca dedicada a los libros prohibidos por los nazis. En París trabajó en una biblioteca parecida.

Al lado de Viv, Althea, los ojos clavados en la silueta de Hannah, se quedó paralizada.

—Hannah —musitó.

Fue solo una exhalación, que se perdió entre los aplausos del público cuando Hannah salió al escenario.

—Sí —dijo Viv, mirando de la una a la otra. Althea estaba, si cabe, más pálida todavía, la mandíbula temblorosa como si estuviese intentando contener el llanto—. Mencionó que te conocía.

Althea cerró los ojos y soltó una risa sardónica.
—Hace mil años…

# Capítulo 49

*Nueva York*
*Julio de 1944*

Había pasado más de una década desde la última vez que Althea vio a Hannah Brecht. Y aun así reconoció a Hannah solo por su silueta, por la postura erguida, por la densidad del pelo y el cimbreo de sus caderas al caminar.

Lo que más deseaba Althea en esos momentos era ceder a sus piernas temblorosas y desplomarse sobre el suelo. Hannah Brecht, en los Estados Unidos. No solo en los Estados Unidos, sino en Nueva York, y a tan solo unos metros de distancia de donde estaba ella.

Hannah Brecht viva. No enterrada en una fosa común.

Que Hannah estuviese viva no era ninguna certeza para ella. Sobre todo, después de que los nazis tomasen París. Althea todavía mantenía la esperanza, todavía se decía a sí misma que Hannah había abierto su última carta. Pero la guerra estaba diseñada para aplastar cualquier brizna de esperanza que pudiese albergar una persona. La esperanza era más que ridícula: era peligrosa.

El sonido volvió en tromba cuando Hannah saludó al público. El micrófono recogió el deje mordaz de su voz, esa voz que hablaba de las muchas vidas vividas, de los muchos horrores vistos y superados, de personas y discursos de una categoría muy superior a la de lo que estaba a punto de contar.

Pero Vivian Childs, entornando los ojos con cara de preocupación, miraba a Althea, no a Hannah. Althea la miró y parpadeó un par de veces, sin saber qué decirle siquiera para tranquilizarla.

—¿Ella sabía que yo iba a estar aquí? —preguntó al fin.

—Sí —dijo Viv en voz baja, con una expresión inusitadamente amable.

Althea no se atrevía a decir que la conocía bien, pero a estas alturas habían pasado el suficiente tiempo juntas como para pensar que la tenía calada.

Era joven, vivaz, apasionada como no recordaba Althea haberlo sido nunca. De manera que por supuesto que el mundo podía ser bueno, por mucho que ella hubiese visto lo malo que podía ser.

Después de leer todas aquellas cartas de soldados en una sola noche, Althea se quedó desgarrada, sangrando. Vivian tenía que hacer eso mismo a diario y seguía luchando por arreglar las injusticias que veía.

Una parte de Althea sintió vergüenza al ver cómo se movía Viv por la vida. ¿Qué había hecho Althea sino esconderse y lamerse las heridas durante más de una década? De haber llamado a su puerta cualquier otra persona, Althea la habría mantenido cerrada. Pero, al mirar a Vivian, vio lo que le gustaría haber sido cuando era más joven.

Althea James siempre quiso ser una versión distinta de sí misma.

En cambio, dudaba de que a Vivian Childs se le hubiese pasado alguna vez este pensamiento por la cabeza.

Estar cerca de Viv le hizo creer de nuevo, creer que podía cambiar el mundo lisa y llanamente porque quería.

Pero si Althea hubiese sabido que Hannah participaría en el acto…

¿Qué? Era incapaz de terminar la frase. ¿Habría venido? ¿O se habría quedado paralizada, como en los diez últimos años? Por el miedo, por la culpa, también por la ira. Porque la ira estaba ahí, no podía negarlo. Ardía en su pecho como una llama infinita, recordándole en todo momento la expresión herida con la que se había vuelto Hannah hacia ella, tan dispuesta a culparla, tan dispuesta a creer que Althea era capaz de traicionarla.

La guerra volvía irrelevantes las heridas del pasado. Pero, al ver a Hannah, esta herida se reavivó.

Aunque nada de esto tenía importancia, porque en ese momento Hannah empezó su discurso:

—Pocas personas se ven obligadas a presenciar la destrucción de su país —dijo, su lírica voz más cautivadora si cabe por la suavidad de su tono. Althea vio que estaba inclinándose hacia Hannah, y supuso que el resto del público también—. Yo he tenido este dudoso privilegio, y puedo asegurarles que no acaece como un grito rebelde, sino como un sigiloso susurro. Las grietas se van abriendo de manera absolutamente insidiosa. Puede empezar con murmullos sobre una prensa que no es de fiar y rumores sobre enemigos políticos que amenazarán a tu familia, a tus hijos. Puede agudizarse con cada comentario desdeñoso sobre la ciencia, el arte y la literatura que se haga un viernes por la noche en un bar. Viene envuelto en una capa de patriotismo y amor al país, y los utiliza como armadura contra cualquier crítica.

»Cuando oigo hablar de Alemania hoy en día, se me parte el corazón. No hay mucha gente que recuerde que algunos de los principales pensadores y artistas de nuestra época son compatriotas míos. Einstein, Schrödinger, Mann, Arendt…; la lista es interminable. Pese a lo que quieran hacerles creer los carteles de propaganda, estos exiliados representan mucho mejor la Alemania que yo conozco que el

loco que está al timón de mi país en estos momentos. Me crie en un lugar que estima en mucho el intelectualismo, la razón y el diálogo civilizado, en un país que veneraba los libros. Me crie en la tierra de los cuentos de hadas de los hermanos Grimm y de la épica de Goethe. Me crie en una democracia, aunque fuera una democracia en ciernes, que daba cabida a las ideas radicales y a las discusiones incómodas, que fomentaba el pensamiento crítico y la libertad de expresión.

»Cuando cuento lo de las quemas de libros que hubo en Berlín en 1933, mucha gente se escandaliza al enterarse de que fueron unos estudiantes los que encabezaron el ataque, los que encendieron las hogueras y echaron los libros a las llamas.

Althea cerró los ojos y pensó en la llovizna, en las novelas apiladas en carretillas, en la expresión retorcida de Diedrich cuando se enfrentó a él.

—Porque ¿cómo pudo suceder? —prosiguió Hannah—. Aquellos estudiantes amaban los libros. Como también muchos alemanes a lo largo y ancho del país que quemaron sus colecciones de libros después de aquella noche. Pero amaban todavía más sus creencias. Y ese es un tipo de amor que puede pudrir a una persona por dentro. Que puede pudrir a un país por dentro.

Hannah mantenía con facilidad la atención de la sala, como si no le costase agarrar los hilos del público y tirar.

—Hay noches en las que me quedo despierta preguntándome en qué momento perdimos la Alemania que yo conocí. Algunos dirían que fue con la invasión de Polonia, la declaración de guerra oficial. Otros, que con la anexión de Austria. Hay millones de momentos como estos: la *Kristallnacht*; la Noche de los Cuchillos Largos; los boicots a los comercios judíos; las leyes raciales; la creación de los campos de concentración; el Armisticio de noviembre de 1918, que tanta amargura generó… Pero a veces pienso que fue el momento inmediatamente anterior a que se echase gasolina sobre los libros. El momento en el que el país más educado del mundo se apartó (por voluntad propia, con gozo y con entusiasmo) del saber.

Hannah bajó la vista, no para leer unas notas sino como si quisiera coger fuerzas.

—Me han pedido que hable hoy porque una joven brillante y apasionada pensó que tengo algo importante que decir sobre los peligros de la censura gubernamental. Y puede que sí tenga algo que decir. Puedo decirles que ahí fuera hay personas que quieren que el mundo piense solamente como ellas. De hecho, mucho antes de que Hitler tuviera el poder necesario para instigar quemas de libros por todo el país, escribió en *Mein Kampf* que los lectores inteligentes deberían quedarse solo con aquellas ideas de los libros que apoyan sus creencias y desechar el inútil lastre del resto. —Recalcó la última frase

con un tono que daba a entender que era una cita directa.

»Puedo asegurarles que prohibir libros, quemarlos y bloquearlos es un modo habitual de eliminar a un pueblo, un sistema de creencias, una cultura. De decir que estas voces no tienen cabida aquí, incluso cuando esos escritores representan lo mejor de un país.

»Puedo contarles muchas cosas acerca de cómo los hombres que ansían el poder utilizan el miedo y el pánico que suscitan ciertas ideas para conseguir sus objetivos. Exactamente lo que hicieron Goebbels y Hitler aquella noche de mayo cuando convencieron a un país de que prender fuego a palabras que no te gustan o con las que no estás de acuerdo te dará la razón. No obstante, creo que es aún más importante que les hable de la destrucción de mi país, destrucción que yo presencié. De cómo la democracia de Alemania se convirtió en cenizas bajo su propio peso.

»Estoy aquí para avisarles de que es muy fácil dejar que el combustible se derrame sobre esas páginas. Una vez que salta la chispa, una vez que el fuego se enciende y las llamas empiezan a consumir lo que más valoras, no hay nada en el mundo que pueda apagarlo.

»No podemos impedir que haya gente que lee con el único propósito de confirmar sus creencias ya arraigadas. —Silabeó las palabras a la vez que las subrayaba con golpecitos que daba en el estrado con el puño—. Pero sí podemos pararles los pies a los dictadores, a los tiranos, a los matones que intentan imponer ese método a otros. Quizá parezca insignificante hablar, aquí y ahora, en esta sala, de una enmienda a una ley que se redactó con la mejor de las intenciones. Pero les puedo asegurar que la historia se construye sobre momentos que parecen insignificantes. La noche de las quemas de libros no pensamos que fuese a ser nada especial. Nos imaginamos que habría unos cuantos estudiantes con unos cuantos libros. Incluso cuando llegamos y vimos los montones de libros y revistas de investigación, no caímos en la cuenta de todo lo que vendría después.

»En 1928, mi padre, junto con el resto de mi país, se burlaba de Hitler. Lo veían como una farsa, alguien a quien se podía controlar fácilmente, alguien que se consumiría una vez que todo el mundo hubiese oído sus desquiciadas peroratas. Tan solo unos pocos años más tarde, tuvimos que huir de Alemania después de que se llevasen a mi hermano a un campo de concentración, donde lo acabarían asesinando por sus creencias.

»La historia se construye sobre momentos que parecen insignificantes —repitió Hannah, y a Althea le maravilló su capacidad para soltar cada palabra como un puñetazo—. De modo que pregúntense en cada momento: ¿Quiero ser de los que reparten las latas de gasolina, o de los que intentan apagar el fuego?

—Sí —susurró Viv mientras el público estallaba en una ovación.

Conmovida y abrumada, húmedos los ojos, Althea rio. Le dolía el alma y volvió a verse en aquella plaza, en aquel único momento de toda su vida en el que fue valiente. Aunque no volviese a hacer nada bien en esta vida, al menos siempre le quedaría aquella noche. Viv sonrió de oreja a oreja, un poco sobreexcitada.

—Te toca.

Althea la miró parpadeando.

—¿Pretendes que hable después de esto?

# Capítulo 50

*Nueva York*
*Julio de 1944*

Viv volvió a desaparecer entre las sombras mientras Hannah Brecht salía del escenario. Tampoco es que importase, porque Hannah tenía la mirada clavada en Althea.

Por el «Hace mil años» con el que había reaccionado antes Althea, Viv dedujo que la relación entre las dos mujeres encerraba algo más. Pero la intensidad con la que se miraban ahora lo confirmó. Viv sospechaba que si hubiesen estado solas ya se habrían enredado la una en los brazos de la otra.

—Estás aquí —susurró Althea.

—Por ti —respondió Hannah, menos temblorosa que Althea y con la mano sobre su muñeca, encerradas las dos en su propio mundo.

Muy a su pesar, Viv tuvo que interrumpir el reencuentro. Había un público esperando a Althea, y el espectáculo tenía que continuar. Dio un paso al frente para hacerse notar, y dos pares de ojos la miraron sorprendidos.

—Perdón, pero… —Dejó la frase inacabada y señaló con la cabeza el escenario, donde el señor Stern esperaba sumido en un silencio expectante—. ¿Althea?

Althea sacudió ligeramente los hombros y abrió la boca para decirle algo a Hannah, pero acto seguido la cerró. Sonrió a Viv.

—Voy.

Hannah no se movió hasta el último segundo, apartándose lo justo para que al pasar Althea sus hombros se rozasen.

Viv miró con gesto de interrogación a Hannah, que le devolvió la sonrisa y movió la cabeza.

Viv se alegraba de que, al margen de lo que supusiera para Althea ver a Hannah, al menos hubiera recuperado el color del rostro. Ya no parecía que una racha de viento pudiera derribarla.

Desde su sitio, Viv vio que Althea cogía aire nerviosamente antes de empezar, pero dudó que el público pudiera verlo también. Estaba todo el mundo en pie, brindándole una sonora ovación que casi hizo que Viv se cayera de espaldas.

Era exactamente lo que quería.

La gente tardó unos minutos en volver a sentarse, pero Althea apenas pareció fijarse en el revuelo.

—Me han dicho que mi libro estaba en los bolsillos de los soldados cuando desembarcaron en las playas de Normandía —empezó diciendo, y el ligero parloteo que había perdurado después de la ovación se acalló inmediatamente—. Acabo de leer una infinidad de cartas de los soldados, de sus familias y de los dirigentes que los representan en las que me aseguran que mi libro los ha salvado. Y quizá debería hablar de esto. De cómo las Ediciones de las Fuerzas Armadas transforman las vidas, entretienen a unas tropas agradecidas… En fin, estas cosas. —Hizo una pausa y cogió aire—. Pero prefiero hablarles de los meses en los que gustosamente me habría sumado a los nazis. —Un murmullo se propagó entre el público.

»En 1932 fui invitada a Alemania por Joseph Goebbels, el hombre que dirige la maquinaria de propaganda nazi…, y, por cierto, de manera muy eficaz —continuó Althea—. La noche en la que Hitler fue nombrado canciller, me sumé a las celebraciones callejeras. Era muy ingenua. Pensaba que la política era siempre civilizada, que los líderes mundiales estaban limitados por las leyes, que, si bien podía haber y había habido guerras, los que harían esa guerra serían hombres racionales.

»Hasta entonces nunca me había interesado la política —continuó, con un leve encogimiento de hombros—. No me afectaba, me decía. Y, además, ¿qué podía hacer yo? Podía votar, en última instancia. Pero ¿para qué, cuando el mundo seguiría girando igual que siempre? La política tenía lugar muy lejos de mi vida; era un juego al que se entregaban unos hombres que tenían demasiado tiempo libre. —Unas risas aquí y allá taparon los murmullos ofendidos de varios de los diputados que ocupaban las primeras filas.

»Cuando llegué a Berlín, los nazis utilizaron esa apatía contra mí. Inventaron apasionantes historias acerca de una recuperación económica, del retorno a una Alemania que era más poderosa que nunca, de un movimiento que había nacido del descontento de los jóvenes. Y, en la otra cara de la moneda, me pintaron un espantajo al que temer: los comunistas, que, decían, si se cruzaban contigo en la calle te mataban sin pensárselo dos veces. En realidad, eran los matones nazis los que no tenían el menor escrúpulo en hacerlo. —Hannah, que estaba al lado de Viv, asintió con la cabeza.

»Y ¿qué tiene todo esto que ver con las Ediciones de las Fuerzas Armadas, se preguntarán? —dijo Althea, con una sonrisa ligeramente autocrítica—. Empecé a prestar más atención a la política en la década siguiente a que se me abrieran los ojos de manera brutal en Alemania. Y mi opinión al respecto apenas ha cambiado: todavía me parece

como si la gente estuviese jugando al póquer, al béisbol o al *rugby*. Cada equipo cuenta sus triunfos y sus derrotas sin tener en cuenta las vidas que están en juego, y la mayoría de las veces no pasa nada. Se oscila hacia la izquierda y hacia la derecha, y en medio acaba asomando algo parecido a un Gobierno. —El discurso era un poco más incisivo de lo que Viv se había esperado, pero, como era Althea James la que hablaba, nadie quería arriesgarse a dar mala imagen marchándose hecho una furia.

»La mayoría de las veces —repitió Althea—. Pero también te pueden cegar las ocasiones en las que la política no es solo política. Hubo líderes mundiales que se pasaron los años anteriores a que Hitler invadiera Polonia intentando aplacarlo. Le trataban como si fuera un político más de los que se ciñen a las reglas del juego, esas reglas tácitas que impiden que millones de ciudadanos desaparezcan a plena luz del día. Esas reglas tácitas que impiden que los camorristas del partido asesinen a sus contrincantes en la plaza del pueblo. Esas reglas tácitas que impiden que los países maltraten a sus vecinos y masacren a su propio pueblo.

»La señorita Brecht les ha dicho que están aquí sentados en un momento que podría ser mucho más trascedente de lo que parece —dijo Althea, y Viv vio que a los labios de Hannah asomaba una sonrisa—. Y yo, que estuve aquella noche con ella en la quema de libros, no puedo por menos de darle la razón. —Sus palabras provocaron un murmullo del público, sorprendido y encantado al ver que había un vínculo entre las dos oradoras.

»Ya no soy aquella inocente joven de mirada soñadora de Owl's Head, Maine, que estaba ciega a las crueldades porque simplemente no le importaban lo suficiente. Aunque sea un secreto a voces para todos los que estamos hoy aquí, sé a qué se debe esta enmienda, sé los aspectos políticos que hay detrás. El hombre del saco al que usted teme, senador Taft, es el cuarto mandato de Roosevelt.

Viv agarró con fuerza la tablilla sujetapapeles.

—No se anda con medias tintas, ¿eh? —comentó.

—Eso parece —dijo Hannah, que claramente se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Y quiere que los números de su lado del marcador sean más altos que los de sus contrincantes —dijo Althea, clara y tajante—. Pero si se desentiende de lo que está en juego en el día de hoy, si se desentiende de todos y cada uno de los testimonios que dan fe de la alegría y el consuelo que aportan las Ediciones de las Fuerzas Armadas a nuestros muchachos de ultramar, se quedará encerrado en una cancha jugando una partida tras otra mientras el resto de nosotros vivimos en el mundo real.

»En este mundo hay cosas más grandes que la política —continuó

Althea—. En este mundo hay cosas más grandes que marcar un tanto para el propio equipo con el único fin de marcar un tanto para el propio equipo. Puede que a algunos de ustedes esto se les antoje una reacción exagerada, melodramática; puede que se burlen de que se arme tanto barullo en torno a los libros. Había montones de personas que pensaban así en mayo de 1933. Y les prometo que, si algo he aprendido de la época que pasé en Berlín, es esto: que el ataque a los libros, a la racionalidad, al conocimiento, no es una tormenta en un vaso de agua, sino un canario muerto en una mina.

»En la vida hay momentos en los que hay que poner lo que es justo por encima del partido al que votas. Y, si no sois capaces de reconocer esos momentos en los que es poco lo que está en juego, os aseguro que no los reconoceréis cuando sea mucho. Gracias.

—Madre mía —murmuró Viv, pero al girarse para sonreír a Hannah se encontró con que a su lado no había nadie.

Aunque ello la desconcertó, no tuvo tiempo para pensarlo: Viv tenía a Althea delante, y se lanzó a abrazarla con fuerza.

—Estoy orgullosa de ti —susurró con la boca pegada a la sien de Althea, sin importarle que probablemente a Althea le traía al pairo que Viv estuviese orgullosa de ella.

Althea le dio unas torpes palmaditas en la espalda.

—Espero no haberte metido en un lío con el senador.

—No importa —dijo Viv, separándose un poco—. Incluso si los periódicos se limitan a publicar extractos de tu intervención, él parecerá mezquino si se empecina en el tema.

—Y, si publican lo que ha dicho Hannah, parecerá que es un nazi y que está en el lado equivocado de la historia —dijo Althea, deslizando la mirada hacia el hueco que había detrás de Viv. Hannah no estaba allí, y no se la veía por ningún sitio entre bastidores. Althea hundió los hombros, pero enseguida volvió a ponerse la coraza. La sonrisa que le dedicó a Viv era forzada, pero Viv no la conocía lo suficiente como para insistir—. Enhorabuena. Estoy convencida de que Taft retirará la enmienda después de esto.

—Opino lo mismo —dijo una voz desde las escaleras que daban al pasillo.

Viv se giró y vio a Hale, que, con un traje impecable y despeinado con esmero, era la imagen cabal de un intimidante congresista. Pero Viv vio alegría en sus ojos risueños, en su sonrisa reprimida, en el modo de inclinarse hacia ella como si quisiera envolverla en un abrazo como el que ella le había dado a Althea.

—¿Crees que ha sido suficiente? —preguntó Viv, casi sin aliento.

Llevaba meses intentando sacar esto adelante… ¿Y si realmente lo había logrado? Ni en sus sueños más descabellados habría contemplado esta posibilidad.

—Sí. —Hale cruzó la habitación y le dio un golpecito en el hombro, un suave puñetazo que hizo que Viv le mirase sonriendo—. Creo que es suficiente.

Y tenía razón.

Los medios de comunicación ya se habían volcado en apoyar la causa del consejo, pero, después del acto de Nueva York, los periódicos de todo el país subieron las apuestas. Casi todos sacaron editoriales. El mensaje general era: unos hombres que estaban arriesgando su vida eran perfectamente capaces de decidir por sí solos lo que querían leer.

Con todo, lo que más complacía a Viv era el consenso general acerca de que los libros no eran solo libros. Eran historias que ayudaban a los exhaustos soldados de ultramar a recordar por qué luchaban: por la libertad de pensamiento, por los valores americanos, por el sentimiento antifascista. Para un país que llevaba años preparándose con propaganda antinazi, la idea de que se le pudiera asociar con Hitler y su pensamiento autoritario era aborrecible.

Fue Leo Aston el que ayudó a dar el golpe de gracia. No con su reseña de Althea James y la época que había pasado en Berlín como invitada de los nazis, aunque este fue uno de los números de la revista *Time* que mejor se vendió.

Lo decisivo fue que al salir del Times Hall oyó cómo Taft le decía a un miembro de su equipo que, si pudieran, el setenta y cinco por ciento de los soldados votarían a Roosevelt, y que por eso estaba en contra del voto de los militares. En cuanto estas palabras empezaron a circular, hasta los aliados de Taft se distanciaron de él y de su desmesurada enmienda.

Además, aunque no era esta la historia que Viv quiso contar y aunque sus esfuerzos no estaban encaminados a esto, al final el acto la ayudó a conseguir su objetivo.

Para mediados de agosto, por todas partes había congresistas deseosos de respaldar la derogación de la enmienda.

Poniéndose manos a la obra a una velocidad que Viv jamás había visto en el Congreso, los diputados dejaron la enmienda de Taft casi sin efecto por una mayoría abrumadora. El presidente se apresuró a firmar la ley y, en un abrir y cerrar de ojos, el consejo tuvo vía libre para incluir los libros que quisiera en el programa de las Ediciones de las Fuerzas Armadas.

Hale invitó a Viv a cenar en Delmonico's para celebrar el triunfo con un buen vino tinto y un buen chuletón, al más puro estilo de los políticos. Viv no le puso ningún pero; Delmonico's le gustaba tanto

como a los congresistas.

—Y ahora ¿qué va a pasar? —preguntó Hale, contemplando la carta de los postres.

—La vida sigue —dijo Viv, suspirando y recostándose en la silla. Llevaba todo el día empapada en sudor, pero en el fresco y oscuro restaurante encontró un alivio exquisito y no tenía ni pizca de ganas de enfrentarse otra vez al calor—. Seguiremos luchando por lo que es justo siempre que podamos, supongo.

Hale entornó los ojos y la observó con una mirada oscura, pensativa, pecaminosa.

—¿Qué piensas hacer cuando termine la guerra?

—¿Y eso cuándo va a ser? —preguntó ella con una risita.

—Sabes tan bien como yo que todo apunta a que será pronto. ¿Te animas a trabajar para mí?

—¿La oferta va en serio? —preguntó Viv, un poco desconcertada.

—Sí y no —dijo Hale, dejando la carta en la mesa para concentrarse en Viv—. Sí, en la medida en que pienso que serías un valioso fichaje para mi equipo. No, en la medida en que no creo que aceptes.

Viv sonrió.

—Si hay algo que he aprendido de esto es que prefiero casi cualquier cosa a la política —contestó.

—No puedes culparme por intentarlo —dijo él con aire despreocupado, sonriendo al camarero que acababa de acercarse. Pidió tarta de chocolate y dos cafés exprés—. Pero, en serio, ¿qué vas a hacer?

—Buscar más causas justas y luchar por ellas —dijo ella, y le dio una patadita en el pie.

Hale le atrapó el tobillo con los suyos y Viv no intentó apartarlo.

—Eso suena a política —respondió él con una sonrisita socarrona.

—A ti todo te suena a política —contraatacó ella. Después se puso seria y apartó los ojos de la penetrante mirada de Hale—. Creo que me dedicaré a los libros. Hemos creado una generación de nuevos lectores que han sido destinados en el extranjero. Cuando vuelvan a casa, las editoriales van a tener mucho trabajo.

—Contando historias… —dijo Hale asintiendo con la cabeza, y el tono no era condescendiente—. La gente te confía sus historias.

Viv apoyó la barbilla en el puño.

—Eso espero —dijo.

Hale entrelazó los dedos de su mano libre con los de Viv.

—Yo te confiaría las mías.

—Tú estás predispuesto a mi favor —dijo ella con una sonrisa burlona.

—Puede ser —admitió él, acariciándole el nudillo con el pulgar. Viv no le apartó, como habría hecho unas semanas antes, y Hale la

escudriñó a la vez que se le iba desvaneciendo la expresión jocosa—. ¿Eres feliz?

—¿Hay alguien que lo sea? —preguntó ella con forzada ligereza. Al ver que el gesto serio de Hale no remitía, luchó contra el impulso de escabullirse, y admitió—: Es difícil serlo.

—¿Por la guerra?

—Sí. Pero además creo que las novelas me han influido demasiado —dijo Viv, bajando la vista a las manos entrelazadas.

—¿A qué te refieres?

«Si esto fuera un libro…».

—Hay un relato que va creciendo y creciendo hasta que llega a adquirir definición —dijo Viv, intentando reunir sus pensamientos dispersos para que adquiriesen sentido racional—. Y luego hay un desenlace, y después un final.

—Tú tuviste tu definición —dijo Hale, siguiéndola con facilidad—. Pero ahora la vida continúa.

—Los finales felices son para las novelas, no para la vida real —dijo Viv, y después, retirándose el pelo de la cara, añadió—: Me enfadaría si este fuera mi final, no me malinterpretes.

Hale asintió con la cabeza como si sus palabras tuvieran sentido y respondió:

—Pero resulta extraño ir a trabajar, pagar los recibos y tomar café como si fuera un día como cualquier otro, ¿no?

—Althea James reconoció que se consideraba con demasiada frecuencia la protagonista de todas las historias —dijo Viv—. Ahora lo entiendo.

—Tú has sido la protagonista de esta —dijo Hale, apretando el pulgar contra el hueco de la mano de Viv—. Has peleado como una leona, y lo has conseguido.

—Pero, en la próxima historia, puede que sea un personaje secundario —señaló Viv.

Hale se rio. La risa le favorecía, y Viv se dijo que quería ser la persona que le hiciera reír siempre.

—Pues que sepas —dijo Hale, acercándose la mano de ella a la boca y rozándole los nudillos con los labios, el aliento cálido, los ojos demasiado intensos para un momento como aquel— que para mí jamás vas a ser un personaje secundario.

—Qué bobo eres —dijo Viv.

Pero sintió un calorcito en el vientre, un calorcito dorado como un champán espumoso que le hacía creer que aquello realmente podría ser un comienzo feliz si tan solo pudiera ser lo bastante valiente para admitirlo.

—Puede ser —dijo Hale levantando una ceja—. Pero por eso me quieres.

—Así es —reconoció suavemente Viv, y al ver la radiante sonrisa de Hale no pudo evitar devolvérsela—. No, si todavía acabaremos convirtiéndote en un caballero andante…

# Capítulo 51

*Nueva York*
*Julio de 1944*

Althea rechazó el ofrecimiento de Vivian Childs de acompañarla a hacer turismo por la ciudad y la dejó disfrutar de su victoria y de su galán, que estaba claro que solo tenía ojos para ella. Vivian había hecho algo extraordinario, e incluso, si después de todo esto no lograba su objetivo, sabría que lo había intentado.

¿Y acaso no era esto más importante que la propia victoria?

Althea no estaba segura. Se decía a sí misma que sí, pero el hecho de que, después de haberse expuesto sobre el escenario, Hannah se hubiese largado fue un duro golpe para ella.

Hannah había tenido una intervención magnífica, inspiradora, valiente. Como era ella. Y, por una vez, Althea había pensado que había estado a su altura, compartiendo un espacio digno de admiración.

Sin embargo, al salir del escenario, se encontró con que Hannah se había ido. ¿Se habría quedado siquiera a escuchar algo de lo que dijo Althea?

En caso afirmativo, ¿tenía importancia?

Al final, Althea se alegraba de haber dado el discurso, de haber hecho algo verdadero en lugar de recluirse en su casa. Había permitido durante demasiado tiempo que un mal juicio dictase sus actos. ¿Y qué si durante unos meses de principios de los años treinta había pensado que los nazis eran un partido legítimo? Lo mismo podía decirse de la mayoría de los líderes mundiales, y eso que eran muchísimo más inteligentes que ella.

Hacía mucho tiempo que se había desprendido de cualquier residuo de culpa que hubiese podido arrastrar todos estos años. Desde luego, no se merecía una cadena perpetua por su conducta.

Lamentaba mucho que Hannah hubiese sufrido, pero ahora comprendía que ella no había sido la causa de su dolor. La detención de Adam había sido un castigo por los actos de Althea, sí, pero los nazis no necesitaban excusas. Si hubieran sabido que estaba conspirando contra ellos, lo habrían detenido de todas formas. El castigo no era más que una especie de premio personal para Diedrich.

Durante años, Hannah había sido juez, jurado y verdugo de cada movimiento de Althea, quien no podía culpar de esto a nadie más que a sí misma. El fantasma de Hannah había permeado cada aspecto de su vida porque ella se lo había permitido.

Y, al final, sabía que en realidad no era la voz de Hannah la que la perseguía cada instante del día, sino la suya propia.

Había apoyado a los nazis durante tres meses y lo había pagado durante diez años.

Ya era hora.

Ya era hora de pasar al siguiente punto. Ya era hora de perdonarse a sí misma. Ya era hora de perdonar a Hannah.

Althea había estado esperando el momento en el que pudiera ser la heroína de la historia. Pero ahora veía que no necesitaba serlo. Se había expuesto a la luz pública y había matado a los monstruos, o al menos había ayudado a matarlos, y ninguno de sus problemas había desaparecido.

Sinceramente pensaba que, si hacía lo correcto, si luchaba con valentía, podría redimirse. Pero la redención no era cosa de un único momento. La redención vivía en miles de momentos.

Vivía en los tiempos en los que había escrito sobre la intolerancia y el odio, que se hincaban de mil maneras en el alma y se negaban a soltarse.

Vivía en los tiempos en los que había llevado provisiones a un vecino al que, en la Alemania nazi, lo habrían llevado a un campo de concentración debido a su incapacidad para caminar; en los tiempos en los que había desmentido las desconsideradas calumnias de una amiga; en los tiempos en los que había revelado sus errores con la esperanza de que otros aprendieran de ellos.

Jamás volvería a querer ser una heroína, pero quizá pudiera demostrar con cada uno de sus actos que tampoco era una villana. Simplemente era una persona que intentaba vivir lo mejor que podía, asegurándose, a la vez, de no hacer daño a nadie.

Vivian le dio la dirección de Hannah con cautela, de una manera que llevó a Althea a agradecer que fuera esta mujer la persona que cuidaba secretamente de Hannah.

Habían pasado tres días desde el gran acontecimiento del Times Hall, y Althea todavía tenía que hacer acopio de valor para llamar a la puerta de Hannah.

Porque Hannah a ella no le había escrito, y eso que seguramente había abierto sus cartas, sobre todo aquella con el visado que Althea había conseguido moviendo todos los hilos posibles.

¿Seguiría Hannah culpándola de la detención de Adam?

Pero, entonces, ¿por qué sonrió de esa manera a Althea al salir del escenario?

Althea se estuvo paseando por el parquecito que había enfrente del apartamento de Hannah. Era un barrio de Brooklyn en alza, un barrio en el que Althea podía imaginarse sentando la cabeza. Los chavales jugaban al béisbol en la calle, las mujeres cotilleaban en las escaleras, los ancianos jugaban a las damas en las aceras. Para Althea tenía un aire de hogar, a pesar de que su hogar siempre habían sido los acantilados y el mar.

Le hizo pensar que quizá el hogar no fuera un lugar, sino una persona.

Se quedó mirando la dirección y recordó aquella noche.

«¿Hay finales felices para las personas como nosotras?», le había preguntado a Hannah aquella vez.

«Puede que sean finales complicados, pero eso no significa que sean menos felices».

Althea cogió aire y contuvo la respiración, haciendo acopio de valor.

Y a continuación cruzó la calle, subió las escaleras y llamó a la puerta.

## Capítulo 52

*Nueva York*
*Julio de 1944*

Hannah huyó.

No se consideraba una cobarde, pero por una vez se permitió serlo.

Althea era deslumbrante, poderosa. Cada vez que pronunciaba una palabra, Hannah temblaba.

Hannah se había enamorado de la chica de los ojos grandes y las grandes emociones, de la chica que mostraba abiertamente sus sentimientos y se ruborizaba con la misma facilidad con la que respiraba. Aquella chica la había destrozado, había clavado las garras en una parte de su alma y después había echado sal en las heridas.

Esta mujer que tenía delante, esta mujer que hablaba con tanta convicción, podía ser mucho más cautivadora. Y eso a Hannah la aterrorizaba.

Había utilizado el visado de Althea para huir de París y de todo lo que sabía que iba a suceder. Para huir de Otto y de su mirada angustiada.

Pero no había intentado localizar a Althea. Había tenido miedo de cómo reaccionaría cuando le dijera que la había acusado de algo que no era verdad durante años. Que la había tenido por un monstruo.

Al llegar a Nueva York, Hannah se encontró con un país que le recordaba demasiado todo aquello de lo que había huido. Había visto las fotos de americanos negros bebiendo de fuentes separadas de las de los americanos blancos, las fotos con letreros proclamando que los judíos eran la plaga secreta de Occidente. Tanto le recordaron a la Alemania nazi que casi vomita después de verlas.

La tierra de la libertad y la igualdad no se había esforzado mucho por darle la bienvenida. Una mañana, a las tres semanas de llegar a Brooklyn, amaneció con insultos pintados en la puerta. Y el Centro Judío se veía obligado a cambiar con frecuencia las ventanas porque les lanzaban ladrillos.

Hannah se había fortalecido, había comprendido que la gente buena existía, pero también el miedo y el odio. La mayoría de las personas eran capaces de cualquier cosa con tal de proteger su cómoda concepción del mundo y el *statu quo* que las ayudaba a sobrevivir.

Apenas había visto nada en su nueva tierra que le hiciera cambiar de opinión y pensar que merecía la pena luchar por la humanidad. Así pues, se había escondido, había vivido su vida, se había hecho amiga de las personas verdaderamente bondadosas que había encontrado en su vecindario y, cuando se sentía superada por todo, trataba de ensimismarse en los libros.

Pero algo cambió en su interior cuando volvió a ver a Althea.

Althea no tenía ningún aliciente personal para ponerse bajo los focos como acababa de hacer con aquel discurso. Su libro ya había sido enviado a las tropas, había cosechado los elogios tanto de los medios de comunicación como de la crítica. No le hacía ninguna falta reprender explícitamente a unos congresistas por su egoísmo y su falta de sensibilidad ante las necesidades de los soldados.

Y, sin embargo, lo hizo.

La fortaleza de carácter no siempre era una cualidad innata. A veces era fruto del conflicto, de la lucha, del fracaso. Otras, del crecimiento.

Althea habría podido amargarse. Acusada falsamente por una amante y utilizada por un partido político sin escrúpulos, habría podido dejarse llevar, volverse una persona desagradable. Nadie se lo habría reprochado.

En cambio, utilizaba el poco poder que tenía para intentar que el mundo fuese un lugar mejor para unos hombres que estaban a un suspiro de morir en las trincheras.

Hannah no podía por menos de admirarla por eso.

Aun así, era difícil.

Era difícil ver a alguien a quien habías despreciado, de quien habías pensado lo peor… Era difícil mirar a los ojos a la persona cuya alma habías destruido… y pedirle perdón.

Otto no se lo había pedido.

Y a Hannah esto le había oprimido el pecho durante años, incluso después de que le llegase la noticia de su muerte. Suicidio con opio. Le había llorado, había buscado un río y había soltado en sus aguas una corona de lilas. Había rezado sus oraciones, se había despedido y había vertido tantas lágrimas al río que habrían podido cambiar las mareas.

Y, aun así, jamás olvidaría que Otto no le había pedido que le perdonase.

Quizá debería haberse quedado después del discurso de Althea. Debería haberla mirado a los ojos en aquel espacio en penumbra, libres las dos del equipaje que habían acarreado durante años.

Por una vez, se compadeció de Otto. Jamás se habría imaginado que fuese tan difícil reconocer que estaba equivocada.

Aun así, pensaba hacerlo, y también pedirle a Vivian Childs la dirección exacta de Althea. Solamente necesitaba unos días para

respirar antes de dar el paso.

Y entonces oyó un golpecito en la puerta.

Salió de la cocina al pasillo, los ojos clavados en la puerta de la calle. Nunca recibía visitas. Ahí, en su refugio, no.

Otro golpecito.

Hannah avanzó sigilosamente con un trapo entre las manos, barajando un sinfín de posibilidades. Todas acababan en Althea.

Llegó a la puerta y echó un vistazo por la mirilla.

Después apoyó la frente contra la madera.

Pensó en las cartas, pensó en la noche en la que Althea la miró con los ojos como platos, pensó en Althea desplomándose en la acera. Pensó en *Alicia en el País de las Maravillas* y en las excursiones primaverales por Berlín. Pensó en la cama, en la calidez de las sábanas y de los dedos que disfrutaban explorando la cálida piel.

Pensó en posibilidades.

Pensó en finales felices que quizá ni siquiera se merecía.

Pensó en finales complicados que quizá sí.

Y abrió la puerta.

# Epílogo

*Berlín*
*Mayo de 1995*

Pocas personas se fijaron en las dos mujeres que estaban sentadas en el banco observando desde lejos la ceremonia de descubrimiento del monumento en memoria de las quemas de libros de la Bebelplatz.

Pero Martha Hale Schumacher no les quitaba la vista de encima desde el inicio. Tocó el codo de su madre y las señaló con la cabeza.

Los ojos de Vivian miraron hacia donde indicaba su hija y al verlas se suavizaron.

—Desde ahí no pueden verlo —dijo Martha con gesto mohíno.

El monumento estaba hundido en el suelo y era muy fácil que pasara desapercibido. Ese mismo día, Martha se había abierto camino hasta el borde y había visto las filas de estanterías blancas vacías que había debajo de sus pies, con capacidad suficiente para los veinte mil libros que fueron quemados aquella noche de mayo de 1933.

Conmemorados para siempre en forma de vacío.

—No les hace falta —dijo Viv, pasándole un brazo por la cintura.

A sus setenta y cinco años, su madre todavía era lo bastante fuerte para tirar de ella, lo bastante alta para plantarle un beso en la coronilla.

Martha se dejó reconfortar por este gesto ausente que le era tan familiar. Su madre era muy tocona, era su manera de consolar a sus hijos y, a decir verdad, a cualquier persona. Martha tenía la sensación de que había vivido buena parte de sus cuarenta y nueve años envuelta en el abrazo de Viv.

Su padre no le andaba a la zaga a su madre, y en los años de su adolescencia Martha había pasado una vergüenza terrible —a la vez que se alegraba secretamente— porque sus padres parecían incapaces de dejar de manosearse.

—¿Tú crees que no querían venir?

Martha sabía que a veces podía ser una apisonadora, exactamente igual que Viv. Y había sido ella la que había planeado este viaje a Berlín después de leer acerca del monumento de la biblioteca vacía. Sus tías nunca habían sabido decirle que no a nada, y Martha se había aprovechado de esta circunstancia más de una vez… o de dos, o de

veinte.

—Qué va, cielo —dijo Viv, dándole unas palmaditas en el brazo—. Claro que querían. Pero ya han oído muchos discursos en su vida. No necesitan oír uno más.

Y puede que fuera cierto, pero las dos mujeres eran la razón de que Martha hubiese ido a Alemania. Así pues, dio otro pequeño apretón a su madre en la cintura y, apartándose de la multitud, se dirigió hacia ellas sorteando a los turistas que vestían pantalones cortos con la bandera estadounidense y chanclas.

Hannah sonrió al verla detenerse ante ella, tapando el sol. A sus casi noventa años de edad, Hannah no había perdido un ápice de su belleza a ojos de Martha. Sus cálidos ojos dorados se habían nublado, pero la inteligencia que había tras ellos era tan aguda como siempre.

—Te lo estás perdiendo, tesoro —dijo Hannah.

—Esa es mi especialidad —bromeó Martha, dándole una patadita en el pie.

Las dos mujeres, que estaban cogidas de la mano, tenían un aspecto relajado y no acusaban la fatiga del viaje a pesar de que debían de estar agotadas.

—Ya hemos asistido a suficientes actividades en nuestra vida —dijo Althea, con una sonrisa burlona en las comisuras de los labios que se hacía eco involuntariamente de las reflexiones de Viv.

Martha quería discutir, mencionar las semanas que Viv y ella habían dedicado a planear este viaje para las cuatro. Señalar que habían tenido que sacar pasaportes y billetes de avión y reservar habitaciones de hotel adaptadas a dos ancianas que no tenían precisamente unas caderas de primera.

Pero dedicó unos instantes a estudiar sus rostros. Aunque estaban serenas, no pudo por menos de fijarse en la tensión de sus posturas. Estaban, las dos, encerradas en un recuerdo, y no le correspondía a ella arrancarlas de ahí solo porque quisiera vivir el momento conmovedor que se había imaginado mientras organizaba todo aquel tinglado.

Además, debería habérselo figurado. Aunque podía decirse de ambas que eran activistas, nunca les había hecho demasiada gracia hablar de la época de Berlín. Eso sí, se habían asegurado de que los niños que formaban parte de su vida —incluidos Martha y sus dos hermanos— supiesen con qué facilidad podían sobrevenir las atrocidades cuando la gente buena miraba para otro lado. Pero no era un tema sobre el que les gustase insistir en su tiempo libre.

Bastante tiempo le dedicaban ya en sus vidas profesionales.

Después de tres novelas tremendamente exitosas, Althea había escrito varios libros de ensayo sobre la facilidad con que las democracias sanas pueden derivar hacia el fascismo. Había hecho

giras de conferencias e incluso la habían entrevistado para un documental del Servicio de Radiodifusión Pública que, vestidos con sus mejores galas, habían visto todos juntos por la tele. Al cumplir los sesenta, había empezado a escribir libros infantiles que abordaban los mismos temas, pero adaptados a los niños, con dragones y princesas y finales más enrevesados que los habituales en este género. La serie había gozado de una inmensa popularidad, y Martha tenía toda una estantería de primeras ediciones firmadas que le había leído a su hija.

Hannah había librado una batalla más silenciosa, trabajando en la biblioteca de libros prohibidos del Centro Judío de Brooklyn hasta que cerró en los años setenta, incapaz de sobrellevar la presión de la mentalidad de la Guerra Fría. Con la ayuda de Althea y de Viv, Hannah también había fundado una pequeña editorial, Mil Maravillas, que publicaba de todo, desde libros de bajo coste de teoría feminista hasta cruciales panfletos educativos sobre la epidemia del sida.

Habían puesto en marcha la imprenta en un pequeño local de Brooklyn, a apenas una calle de distancia de la primera oficina de campaña del padre de Martha. El vestíbulo principal que Althea y Hannah habían convertido en punto de encuentro de intelectuales, estudiantes, poetas y filósofos casi nunca estaba vacío. La única regla que impusieron fue que no hubiese ningún tema tabú.

Martha se había criado allí y también en las campañas electorales. No había cumplido siete años, y ya sabía cómo eran los dos sistemas distintos de Gobierno y cómo convertir un proyecto de ley en ley.

Pero, sobre todo, Martha aprendió que los libros eran sagrados, incluso aquellos con los que no estaba de acuerdo o que no le gustaban.

—¿Por qué no te ha gustado? —le preguntaba Althea del libro en cuestión, obligándola a formar una respuesta inteligente a partir de una reacción instintiva.

Martha sostenía que la implacable insistencia de sus tías a la hora de enseñarle a tener pensamiento crítico era la razón de que ella se contase entre los congresistas más jóvenes jamás elegidos para la Cámara de Representantes.

Recordando todo aquello, Martha comprendió por qué Hannah y Althea no necesitaban toda la pompa y solemnidad de aquel día.

Ellas mismas eran monumentos conmemorativos de los ideales que se estaban celebrando, por el mero hecho de cómo habían vivido la vida.

De modo que, en lugar de insistir para que se levantasen del banco, se sentó al lado de la mujer a la que siempre había llamado «tía» y se acurrucó, como venía haciendo desde que era niña.

—Cuéntame un cuento.

Althea le acarició el pelo a Martha con la mano que tenía libre y se

rio. Pero, como siempre, le hizo caso.
—Érase una vez…

# Agradecimientos

Publicar un libro es cosa de muchos, y yo estoy infinitamente agradecida a todas y cada una de las personas que me han ayudado.

En primer lugar, un millón de gracias a mi agente, Abby Saul, por animarme a hacer realidad mi deseo de escribir ficción histórica; y también, por ayudarme pacientemente a encontrar el corazón de este libro a través de su increíble ojo editorial; por dar saltos en el vacío conmigo de la mano, esperando caer sobre almohadones; por los brindis con champán, por las celebraciones en las bibliotecas y por todo lo demás. No podría estar más contenta de que me acompañes en esta fantástica aventura.

Muchísimas gracias a Tessa Woodward, que con tanta claridad vio este libro incluso antes de estuviese completamente pulido. Desde la primera vez que hablamos de tu instinto editorial, me encantó que se te ocurrieran tantas maneras de impulsar esta historia para que acabara siendo su mejor y más potente versión posible. En todo momento tuve la certeza de que harías de mí una escritora mejor.

A todo el equipo de William Morrow, muchísimas gracias. Entre bastidores hay muchísimas personas que ponen todo su corazón y su talento para que un libro llegue a manos de sus lectores. Me siento honrada de poder trabajar con vosotros.

Al grupo #TeamLark: sois el mejor ejemplo de cómo hay que apoyar a una colega escritora. Os agradezco vuestra sabiduría, vuestros juegos de palabras y vuestra amistad.

Cuando empiezas a escribir, todo el mundo te dice que no esperes que tus amigos lean tus libros, pero en mi caso ha sido lo contrario. Hay quienes, llevados por su afán promocional, incluso han empezado a reclutar a sus familias y a amigos de las familias. Os quiero. Un reconocimiento especial a Abby McIntyre, Katie Smith, Marissa y Jesus Carl-Acosta, Julie Volner, Teresa Goncalves, Tonya Austin, Jessie Silko, Kathleen y Kendra Hayden y Katherine Kline, entre tantísimas personas más.

Nada de esto sería posible sin el apoyo de mi maravillosa familia: Deb, Bernie, Dana, Brant, Raegan y Grace. Sois mis personas favoritas, me caéis bien, os quiero.

Cuando digo que publicar es cosa de muchos, esto os incluye a vosotros, queridos lectores. Muchísimas gracias por apostar por este

libro, por gastar un dinero ganado con esfuerzo y por dedicarle ese tiempo que es un bien tan escaso en los tiempos que corren. Al igual que Viv, creo que la tarea del escritor es ayudar al lector a escapar durante unas horas, alegrarle el corazón y hacerle sentir. Gracias por confiar en mí para que lo haga.

Por último, quisiera dar las gracias a los magníficos hombres y mujeres que ayudaron valientemente a proteger los libros contra los nazis. El mundo está en deuda con vosotros.

# Nota de la autora

Fui una niña devoralibros, la que siempre tenía la nariz metida en las páginas de alguno, la que prefería la biblioteca a los columpios, la que se convertiría en la adolescente que dedicaba horas y horas de su tiempo libre a hojear libros en Barnes & Noble y, más adelante, en la mujer que jamás salía de casa sin algo para leer.

Los libros siempre han sido una piedra angular en mi vida, y si algo sabía era que algún día les escribiría una carta de amor. Y entonces me crucé con el maravilloso *Cuando los libros fueron a la guerra*, de Molly Guptill Manning. (Sí, también soy una apasionada de la historia que lee sobre la guerra en sus ratos de ocio).

Pero, a pesar de la gran cantidad de contenido sobre la Segunda Guerra Mundial que he consumido en mi vida, jamás había oído hablar de las Ediciones de las Fuerzas Armadas[1]. La idea me cautivó al instante. ¿Qué mejor manera de rendir homenaje al poder de los libros que a través de una iniciativa que llevó novelas a los soldados en sus momentos más difíciles? Así nació *La guardiana de los libros quemados*.

Pasemos a lo que todo lector de novela histórica quiere saber: qué es verdad, qué es fruto de la invención y qué es lo que está entremedias. Los protagonistas son todos creaciones mías, pero los acontecimientos en los que se ven envueltos, muchos de los momentos históricos que dan forma a la novela y varios personajes secundarios son verdaderos.

Las Ediciones de las Fuerzas Armadas fueron una iniciativa francamente extraordinaria del Consejo para los Libros en Tiempos de Guerra. Las increíbles personas involucradas en este proyecto revolucionaron el mundo del libro: el libro de bolsillo se normalizó, y a raíz de esto nació una nueva generación de lectores. Entre 1943 y 1947 se publicaron y se enviaron a soldados destinados en el extranjero en torno a 122 millones de ejemplares de más de 1300 títulos. (De hecho, las Ediciones tuvieron algo que ver con que *El gran Gatsby* fuera rescatado del olvido). Si bien todos los libros del programa que se mencionan en esta novela formaron parte de la iniciativa, reconozco que cambié alguna que otra fecha para que encajase mejor con mi cronología. Quisiera señalar también que el consejo no tenía conocimiento del deseo del general Eisenhower de

que cada hombre que participase en la invasión aliada de Normandía tuviese un ejemplar de las Ediciones de las Fuerzas Armadas. El Ejército retuvo envíos anteriores y reservó más o menos un millón de libros para distribuirlos días antes del desembarco entre los hombres que estaban en las zonas de concentración.

En efecto, el senador Robert Taft de Ohio intentó obstaculizar el programa con la excesiva enmienda de censura que sepultó en la Ley de Voto Militar de 1944. Se mantuvo en sus trece frente a la infinidad de editoriales de prensa que clamaban por su eliminación, y no cedió hasta que se reunió con el consejo en julio de 1944. Es en este punto, en la confrontación de tono cinematográfico entre Taft y Viv, donde más libertades me he tomado con la historia. Es cierto que el consejo (con la ayuda de las páginas de opinión de periódicos y revistas de todo el país) emprendió una cruzada contra la enmienda del senador, pero la reunión final entre las partes fue un almuerzo formal en el que había un enjambre de periodistas esperando en la calle, y no un emocionante acto protagonizado por apasionados oradores. Al terminar el almuerzo, unos periodistas le oyeron a Taft hacer comentarios políticos condenatorios sobre el presidente Roosevelt y el derecho de voto de los soldados. Ni cortos ni perezosos, sus colegas del Congreso aprovecharon el tropiezo para distanciarse de él, y la enmienda quedó prácticamente sin efecto.

Si quieres seguir leyendo sobre el consejo, las Ediciones de las Fuerzas Armadas y su programa predecesor (la Campaña de los Libros de la Victoria), te recomiendo encarecidamente el libro de Manning, donde también encontrarás cartas auténticas de los soldados a los escritores. Este ensayo proyecta una mirada mucho más amplia y exhaustiva sobre las distintas maneras en que los libros sirvieron de armas en la lucha contra Hitler y los nazis.

Cuando se piensa en la Segunda Guerra Mundial y los libros, es inevitable que venga a la cabeza una imagen sobrecogedora: las llamas sobre el telón de fondo de un cielo oscuro, los estudiantes arrojando libros a espuertas a las hogueras, el público jaleándolos alegremente.

Es imposible amar los libros y no inquietarse por todo lo que acabó por representar aquella noche de mayo de 1933. A menudo me preguntan si pongo algo de mí en mis personajes, y casi siempre respondo que no. La excepción es la reacción de Althea a las hogueras:

> Es un sacrilegio —susurró. Si Althea tenía una iglesia, estaba entre las cubiertas de los libros; si tenía una religión, estaba en las palabras en ellos escritas.

Empecé a escribir *La guardiana de los libros quemados* en 2020, cuando el fervor que hay ahora en los Estados Unidos por prohibir libros era más un ruido sordo que un grito. Pero dicen que, aunque la historia no se repite, lo que sí hace es rimar. No era difícil ver los paralelismos del presente con la época en la que acababa de zambullirme, así que sabía dónde era probable que acabásemos.

Pero hasta en los tiempos más oscuros es posible encontrar la luz.

Yo la encontré al enterarme de la existencia de las bibliotecas de París y Brooklyn. Es poca la información que ha sobrevivido al paso del tiempo: varios artículos escritos con motivo de su apertura, un par de entradas de Wikipedia y un puñado de textos especializados *online* que probablemente me deban la mitad de las visitas. En general, ambas bibliotecas se mencionan solo de pasada en el contexto más amplio de la censura de la época. Contaban con famosos mecenas y simpatizantes —H. G. Wells y los hermanos Mann en París, y Einstein y Upton Sinclair en Brooklyn, entre otros muchos—, pero han sido casi olvidadas por la historia. Aun así, la idea de estas bibliotecas me atrapó inmediatamente, porque representaban lo mejor de lo que podemos ser cuando nos acercamos al mundo con empatía, curiosidad y asombro en lugar de con miedo, odio e intolerancia.

Es fácil estudiar el pasado y pensar que el impulso a destruir libros es profundamente humano e inevitable. Sin embargo, también lo es nuestro deseo de protegerlos.

En 2022, la Biblioteca Pública de Nueva York y la Biblioteca Pública de Brooklyn impulsaron sendos programas para poner a disposición de los lectores de todo el país libros habitualmente prohibidos a los que no podrían acceder por otros medios. Una pequeña biblioteca de una isla de Maine se hizo el firme propósito de llenar los estantes con los libros incluidos en todas esas listas. Un grupo de mamás de Ohio abrió una página web con mapas que permiten localizar los libros perseguidos a lo largo y ancho del país.

Siempre hay una luz.

Es difícil pasar por alto que muchas de las persecuciones que estamos viendo en la actualidad se dirigen a libros y autores *queer*. No era mi intención escribir una historia de amor sáfica cuando se me ocurrió la idea de *La guardiana de los libros quemados*, y, sin embargo, en cuanto Hannah apareció en la página —montando en bici por las calles de París, con el corazón roto, dura como el diamante—, supe que había estado enamorada de Althea.

Una vez decidido esto, inicié una espiral investigadora que me llevó hasta el Berlín y el París de entreguerras, donde, para mi gran alegría, descubrí que no solo había comunidades *queer*, sino que prosperaban.

En Berlín en particular había cabarés y clubs nocturnos, claro, pero también películas populares, canciones de éxito y revistas que

mostraban la experiencia *queer*. Magnus Hirschfeld, el hombre cuyo instituto fue asaltado por los fascistas antes de las quemas de libros, se adelantó muchas décadas a su época con sus investigaciones sobre la identidad *queer*. La gente vivía abiertamente de una manera que no habría de repetirse hasta muchas décadas más tarde. Para leer más sobre esta época de la ciudad, sugiero *Gay Berlin* de Robert Beachy.

Si bien el París de los años treinta no estaba al mismo nivel que Berlín, había allí una dinámica comunidad abierta a los residentes *queer*. Le Monocle, en Montmartre, fue uno de los primeros y más famosos clubs nocturnos sáficos de París, y la lesbiana Natalie Clifford Barney tenía, en efecto, un salón literario semanal en su casa de la orilla izquierda por el que, entre otras muchas personas, se pasaba gente como Gertrude Stein.

A menudo se nos dice que el trauma y el sufrimiento son partes indelebles de cualquier relato histórico LGTBQ, tanto que los relatos de amores *queer* gozosos ambientados en el pasado a veces se consideran poco realistas o directamente fantásticos. Aunque no podemos negar nuestras cicatrices, no deberían borrar el hecho de que allí también había felicidad y amor. Las personas *queer* siempre han sido capaces de «vagar curiosas por las mil maravillas» y ver, al final, más allá de las banalidades.

Unas palabras sobre los aspectos históricos más amplios mencionados en la novela. Casi todos los acontecimientos y figuras históricas están retratados, hasta donde yo sé, con exactitud. Pero, como soy muy muy humana, estoy segura de que se me habrá colado más de un error. Pido disculpas de antemano.

Elegí enmarcar el punto de vista de Althea en la primera mitad de 1933 no solo por las quemas de libros, sino también porque en ese periodo temporal concreto pasaron tantas cosas y tan deprisa que siempre me ha fascinado. Si hubiese incluido todas las maneras en las que esos meses encauzaron a Alemania hacia la guerra y el holocausto, esto se habría convertido en un libro de texto. Pero si te interesan los primeros días del ascenso de Hitler al poder, te recomiendo los Great Courses que he incluido en la sección «Para saber más».

Aunque la historiografía suele poner el foco sobre los hombres que hicieron posible a Hitler, yo he querido incluir a Helene Bechstein, célebre por los fabricantes de pianos Bechstein. Helene y otras mujeres ricas y poderosas como ella instruían a su «lobito» en modales de mesa y otras cuestiones de etiqueta, guiándole por las altas esferas berlinesas. Su ayuda fue fundamental para que Hitler fuese aceptado por la alta sociedad cuyo apoyo financiero necesitaba para llegar al poder. Es tan frecuente que se borre la presencia de las mujeres en la historia que se olvidan fácilmente los papeles que podemos

desempeñar en los momentos cruciales que dan forma a la humanidad… para mejor, sí, pero también para peor. No lo olvidemos.

También hay que mencionar que los temores de Hannah por las fantasías de asesinato de Otto se basan en acontecimientos auténticos que ocurrieron mucho después de que Hannah huyese de París. En 1938, Herschel Feibel Grynszpan mató a tiros a un diplomático alemán, y los nazis aprovecharon el incidente como excusa para promover la *Kristallnacht*.

Si bien el trasfondo histórico de *La guardiana de los libros quemados* se ajusta en su mayor parte a acontecimientos reales, en algunos casos hice retoques. Entre los principales —además de añadir considerables dosis de dramatismo a la confrontación final con Taft— está el programa de intercambio cultural de Goebbels. Aunque Goebbels estuvo al frente de la agenda cultural del Reich de Hitler, me inventé esta iniciativa concreta para poder situar a Althea bajo el control de los nazis.

Espero sinceramente que el momento histórico que sale en *La guardiana de los libros quemados* haya despertado tu interés, pero al final, más que nada, lo que espero es que el relato te haya conmovido, que te hayas identificado con él, que te haya hecho reír o llorar o sentir ese nudo en el pecho que solo cabe describir como un millón de sensaciones a la vez.

Como dice Jewell Parker Rhodes, autora incluida en la lista de éxitos de ventas del *New York Times*, «Me encanta la ficción histórica porque combina una verdad literal con una verdad de las emociones, y lo que la escritora de ficción intenta crear es esa verdad de las emociones».

Mi objetivo es haberte ofrecido esto.

Muchísimas gracias por leer.

## Club de lectura
## Preguntas para debatir

1. ¿Habías oído hablar de las Ediciones de las Fuerzas Armadas [Armed Services Editions, ASE, en inglés] o de las bibliotecas de libros quemados antes de leer *La guardiana de los libros quemados*? ¿Has aprendido algo en relación con ellas que te haya sorprendido?

2. Cada punto de vista (Althea, Viv y Hannah) se enmarca en un lugar y un momento distintos. ¿Qué papel juegan el año y la ciudad en el desarrollo de cada personaje a lo largo de la novela?

3. *Alicia en el País de las Maravillas* se menciona con frecuencia. ¿Crees que sus temas se reflejan en la temporada que pasa Althea en Berlín?

4. ¿Has disfrutado de las citas literarias intercaladas en distintas escenas de la novela? ¿Te ha parecido que aportan algo a la narración? ¿Alguna te ha tocado de manera especial?

5. En la novela, Hannah se debate entre resistirse a los nazis mediante el poder de las palabras y resistirse mediante la violencia. ¿Crees que hay momentos en los que la violencia se vuelve necesaria? ¿Todo el mundo es susceptible de ser empujado hasta ese punto?

6. En el capítulo 5, Hannah le dice a Viv que la importancia de la biblioteca de Brooklyn estriba en que tiene como objetivo proteger la cultura judía. «Los libros son un modo de dejar huella en el mundo, ¿no cree? Son un testimonio de que estuvimos aquí, de que amamos y sufrimos y reímos y cometimos errores y existimos». ¿Estás de acuerdo con estas palabras? ¿Las ves reflejadas en los tipos de libros que han sido prohibidos en los últimos años?

7. Viv entiende que su misión consiste en contar una historia convincente para que los votantes apoyen su causa. ¿De qué otros modos emplearon esta misma táctica ambos bandos durante la Segunda Guerra Mundial? ¿Ves que se utilice en la política actual?

8. ¿Te resultó incómodo leer los primeros capítulos, cuando Althea estaba fascinada con los nazis? ¿La juzgaste por no darse cuenta antes de lo que eran? De haber estado en una situación semejante, ¿te habría sido fácil o difícil liberarte de una ideología?

9. ¿Cuánto sabías acerca de la vida nocturna de Berlín y su comunidad *queer*? ¿Las escenas te han sorprendido? ¿Has encontrado paralelismos con el panorama actual en el hecho de que, tras la

apertura y la aceptación de la sociedad progresista, viniera un retroceso?

10. En el capítulo 16, Hannah dice: «Quemar libros sobre cosas que no te gustan o no comprendes no significa que esas cosas ya no existan». Y, sin embargo, ha habido quemas de libros prácticamente desde que hay producción masiva de libros. ¿Por qué es tan común esta estrategia? Y luego, en el mismo capítulo, Hannah dice que los libros que más le inquietan son los que no fueron quemados porque los nazis los utilizaban para estudiar a los mismos colectivos a los que querían borrar de la faz de la tierra. ¿A ti cuál de las dos opciones te inquieta más?

11. ¿Hay casos en los que esté moralmente justificado prohibir un libro?

12. ¿Te sorprendió que las bibliotecas tuvieran *Mi lucha* en las estanterías? ¿Estás de acuerdo con su razonamiento?

13. En el capítulo 23, las mujeres hablan de hasta qué punto puede una persona cambiar las cosas, y de si la suma de pequeños cambios puede significar más que un gesto grandilocuente. ¿Qué opinión te merece la política individual en comparación con la acción colectiva? ¿Es más eficaz la una que la otra? El libro ¿refleja finalmente este debate o está en contra de él?

14. Los personajes responden a la pregunta «¿Tienes un libro favorito?» de diferentes maneras. ¿Hay alguna respuesta que te haya llegado de modo especial? ¿Cuál es tu libro favorito (si es que tienes uno)? ¿Por qué?

15. Viv señala que la tarea de los escritores no siempre es decir la verdad. Puede que simplemente consista en entretener a los lectores. ¿Estás de acuerdo?

16. ¿La traición de Otto fue imperdonable? En este caso, ¿tú habrías quemado las naves, como hizo Hannah?

17. ¿Qué te han parecido los discursos finales? ¿Te llamó la atención algún fragmento, para bien o para mal? ¿Te han parecido complementarios los discursos de Hannah y Althea? En caso afirmativo, ¿por qué? ¿Algo de lo leído te ha hecho pensar en lo que está ocurriendo hoy en día en la política?

18. El epílogo ¿te pareció satisfactorio, o te habría gustado imaginarte un final complicado para los personajes?Π

# Nota

[1] Armed Services Editions.

# EL CENTINELA

Reyes Martínez

Edición revisada

HarperCollins
*Juvenil*

# El Centinela

Martínez, Reyes 9788410021617
272 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Celia está siempre alerta. Alejandro lleva en su mochila los deberes de varios compañeros. A Martín no paran de agobiarle por WhatsApp… ¿Quién puede ayudar y protegerlos? Celia, Alejandro, Martín, también Paola y Elías van a un instituto de Gijón donde según el director, Toño, no hay ningún caso de acoso escolar. Pero cuando vuelve de unas jornadas de formación, se da cuenta que ha estado de lo más equivocado. Por ello, decide que un alumno se encargue de investigar por él y se infiltre para obtener de primera mano información. El joven al que elige está a punto de no aceptar, no es ni quiere ser un chivato. Poco a poco, el Centinela se da cuenta de que su labor va mucho más allá de informar al director. Y parece que se lo toma demasiado en serio… Un libro trepidante que se lee como una novela de misterio. Inspirado en un caso real de acoso escolar. Opiniones de los lectores: «Lectura ágil, con un estilo asequible para jóvenes lectores que trata con sensibilidad un tema muy delicado». «Nos sumerge en el problema del acoso escolar y nos muestra los diferentes puntos de vista de los protagonistas invitando a recapacitar sobre el papel que jugamos cada uno». «Magnífica la orientación que da a un tema tan delicado. Distinto a lo típico, presentando los diferentes puntos de vista de los implicados, donde no todo es siempre lo que parece, donde muestra las consecuencias del acoso e implica a los propios compañeros en la solución del problema. Engancha desde la primera página. Imprescindible para todos, jóvenes, padres, docentes… Reyes Martínez, ¡genial!». «Interesante novela, por el tema del acoso escolar, por el modo de abordarlo teniendo en cuenta todos los puntos de vista (el que lo sufre, el que supuestamente lo hace, las familias, los docentes, las autoridades…) y porque resulta muy ágil su lectura». «Libro imprescindible para la lucha contra el acoso escolar. Debería ser lectura obligatoria en la ESO. Recomendable 100 %». «Creo que por fin se ha escrito el libro

perfecto para hablar sobre el acoso escolar y poder atrapar a los chicos y chicas, […] van a descubrir que hay muchos tipos de acoso, que todos tenemos un papel que desempeñar y que a veces las cosas no son lo que parecen».


ALESS LEQUIO
ANA OBREGÓN
El chico de las musarañas
HarperCollins

# El chico de las musarañas

Obregón, Ana

9788491399056

256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

**Ana Obregón, una de las mujeres más queridas y reconocidas de nuestro país, nos ofrece un desgarrador testimonio sobre la pérdida de su hijo Aless Lequio, tras una larga y dura enfermedad.**

El corazón de este libro es *El chico de las musarañas*, el texto que Aless empezó a escribir cuando le diagnosticaron cáncer. Un relato sincero, ácido, irónico, vibrante, con un sentido del humor único, que no pudo terminar, y que nos descubre el talento, el carisma y la personalidad de un joven que, sin duda, hubiera triunfado como escritor.

A través de estas páginas, Ana se desnuda en un viaje de esperanza, lucha y fuerza, donde muestra un huracán de sentimientos y emociones sin filtro, en el que sumerge al lector en una experiencia inolvidable.

La prueba de amor más bonita de una madre, una narración conmovedora, que sobrecogerá y en más de una ocasión despertará una sonrisa cómplice.

<p

Cómpralo y empieza a leer

«Escrito por uno de los mejores periodistas económicos de nuestro país. Un relato vivo, dinámico y muy entretenido».

Del prólogo de Luis Garicano

# CAPITALISMO de AMIGUETES



## CÓMO LAS ÉLITES HAN MANIPULADO EL PODER POLÍTICO

Carlos Sánchez

HarperCollins

# Capitalismo de amiguetes. Cómo las élites han manipulado el poder político

Sánchez, Carlos
9788410021204
256 Páginas



**La historia económica de España y muchos de los problemas actuales no se entienden sin la influencia de los grupos de presión y los pactos de sangre de las élites con el poder político.**

Puertas giratorias, caciquismo, clientelismo, tráfico de influencias o amiguismo son algunos de los males que han transitado de generación en generación por las alcantarillas del poder. Y detrás de ellos hay acuerdos, conspiraciones y maniobras que reflejan la existencia de una oligarquía paralela en torno a las instituciones que ha debilitado y desgastado al Estado.

Carlos Sánchez, uno de los periodistas más prestigiosos y reconocidos, se adentra en nuestra historia más reciente para ofrecernos, desde el rigor y a partir de informaciones contrastadas, una detallada y completa investigación sobre los lobbies que han condicionado el desarrollo de las estructuras económicas y sociales de este país.

**UNA OBRA ESENCIAL QUE NOS DA LAS CLAVES PARA NO REPETIR Y SUPERAR VIEJOS ERRORES DEL PASADO.**

«Escrito por uno de los mejores periodistas económicos de nuestro país. Un relato vivo, dinámico y muy entretenido».

Del prólogo de **Luis Garicano**

JAVIER URRA

Mi confinado ADOLESCENTE



HarperCollins

# Mi confinado adolescente

Urra, Javier 9788491395775

26 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Convivir con adolescentes nunca ha sido fácil, pero la situación de confinamiento ha hecho que nos sorprendan gratamente.En Mi confinado adolesceste, el psicólogo Javier Urra nos explica como estos jóvenes están dando un buen ejemplo a la sociedad, han sacado lo mejor de ellos al darles la oportunidad de ayudar, comprometerse o compartir. En un momento como el que estamos viviendo es preciso ser flexibles con ellos y transmitirles confianza. Una oportunidad única para conocerles y que nos conozcan. Urra reflexiona también sobre las lecciones que nos están dando nuestros adolescentes, nos cuestionan sobre el maltrato al planeta y están aprendiendo que no podemos cambiar las circunstancias, pero sí las actitudes. Un texto imprescindible con una mirada amable y conciliadora de la adolescencia.

Cómpralo y empieza a leer





# ASESINATOS EN FAMILIA

Nada une tanto a la familia como un asesinato a la vuelta de la esquina.

NINA SIMON

HarperCollins
*Thriller*

# Asesinatos en familia

Simon, Nina
9788410021341
416 Páginas



**Nada une tanto a la familia como un asesinato a la vuelta de la esquina.**

La influyente empresaria Lana Rubicon tiene mucho de lo que enorgullecerse: su sagaz inteligencia, un gusto impecable y el imperio inmobiliario que ha construido en Los Ángeles. Pero, cuando se encuentra atrapada a quinientos kilómetros al norte de la ciudad, convaleciente en un aburrido pueblo costero con su hija adulta Beth y su nieta adolescente Jack, a Lana no le queda más remedio que contar nutrias en vez de metros cuadrados, con la esperanza de que el aburrimiento no acabe con ella antes que el cáncer.

Hasta que Jack –pequeña en estatura, pero con una independencia feroz– se topa con un cadáver mientras monta en kayak. Enseguida se convierte en sospechosa de la investigación por homicidio y las mujeres Rubicon se sumen en el caos. Beth cree que Lana debería concentrarse en su recuperación, pero Lana tiene otros planes. Se pondrá su peluca, encontrará al verdadero asesino, protegerá a su familia y demostrará que aún tiene poder.

Con la ayuda de Jack y Beth, Lana destapa una red de mentiras, venganzas familiares y disputas territoriales que acechan bajo la superficie de una comunidad poblada por rústicos ecologistas y acaudalados rancheros. Pero, conforme su investigación de aficionadas se adentra en terrenos cada vez más peligrosos, las testarudas mujeres Rubicon deberán aprender a hacer lo único que siempre se les ha resistido: depender las unas de las otras.

«Divertida y escalofriante a partes iguales: una entretenida novela de misterio».

**BENJAMIN STEVENSON**, autor de *Todos en mi familia han matado a alguien*

«*Asesinatos en familia*, de Nina Simon, es una novela única. Una ligera y tierna historia familiar que Simon transforma con destreza en una novela de misterio que te mantendrá en vilo, con el telón de fondo del ecologismo: ninguna novela había logrado que el drama familiar (o el asesinato) fuera tan divertido. Una mezcla entre *La camarera* y un drama familiar estilo *De buena familia*».

**KATY HAYS**, autora superventas de *The New York Times*

«*Asesinatos en familia* es la mezcla perfecta de drama familiar y novela de misterio. El debut de Nina Simon se adentra con maestría en las complicadas relaciones entre padres e hijos. Estoy deseando pasar más noches con sus personajes. Simon es una escritora a tener en cuenta».

**KELLYE GARRETT**, autora superventas de *Like a Sister*

«Con una atmósfera acogedora, esta novela de misterio, el debut de su autora, gira en torno a las heridas familiares y a la redención, y dejará a los lectores con un agradable sabor de boca».

*Booklist*